

Regalo del Editor

VICTORIAS DE CARLOS VII

Y DE CRUZADOS MODERNOS

Años de 1873 y 1874 ▣ Odisea Republicana

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Notas de Historia (agotada).

Apuntes de Estrategia (agotada).

Carlistas de antaño (ilustrada con 50 grabados).—2'50 pesetas.

Cruzados Modernos (ilustrada con 51 grabados).—2'50 pesetas.

Victorias Carlistas de antaño (ilustrada con 125 grabados).—2'50 pesetas.

Bocetos Militares.—1'50 pesetas.

Príncipe Heroico y Soldados Leales (ilustrada con 95 grabados).—2'50 pesetas.

Políticos del Carlismo (ilustrada con 94 grabados).—2'50 pesetas.

Bocetos Tradicionalistas (ilustrada con 110 grabados).—3 pesetas.

Guerra de Montañas.—25 céntimos.

Heroismo Carlista (premiada en Juegos Florales).—25 céntimos.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

Victorias de la Independencia.

Cuentos de Campaña.

Carlistas ilustres de Andalucía (premiada en público certamen).

EN PREPARACIÓN

Glorias del Ejército Español del Siglo XIX.

B. de Artagan



VICTORIAS DE CARLOS VII

Y DE CRUZADOS MODERNOS

Años de 1873 y 1874 ▣ Odisea Republicana

SANCHIS, TORRES Y SANCHIS
SAN VICENTE, 99. – VALENCIA



AL LECTOR

Pretensión harto frecuente de muchos liberales, sobre todo de los más sobrados de espíritu sectario que de ilustración, ha sido siempre hacer todo lo posible por desacreditar las armas carlistas, presentando á sus tropas como en vergonzosa huída la inmensa mayoría de las veces que han tenido ocasión de hacer frente á isabelinos, republicanos ó alfonsinos.

Los militares contrarios, los que se han batido con los carlistas, los que les han conocido en los campos de batalla... esos (justo es confesarlo) rara ha sido la ocasión en que no han hecho justicia al heroismo de los tradicionalistas, aun á trueque, algunas veces, de afrontar críticas tan faltas de sentido común como de hidalguía, atentos más que á pasión alguna á la caballerosa conducta que inspira siempre el honor de vestir uniforme militar, de ceñir espada de combate.

Y esta imparcialidad, además de honrarles como caballeros, enaltece su propia valía, tanto más cuanto que si los militares carlistas hubieran significado poco, mal parado habría podido quedar el concepto de los que para concluir con el levantamiento de unas bandas cobardes hubiesen necesitado siete años de pelear en la primera guerra car-

lista, dos en la segunda y cuatro en la tercera, á pesar de contar desde el principio de cada una de dichas campañas con cuerpos regulares mandados por entendidos y valerosos jefes, disponiendo de todos los parques, fábricas de armas, plazas fuertes y academias militares de la nación, así como de los inagotables recursos de todo Gobierno constituído, á más de las legiones extranjeras cuando así lo consideraron oportuno para procurar contener mejor el vigoroso empuje de las armas carlistas.

Por hoy, según parece, nadie piensa en lucha armada, al menos como cosa próxima ó inmediata; puede ser que vuelva la época de ello, y si así fuera, abrigamos la convicción profunda de que reverdecerían laureles pasados, ó que, por lo menos, sobrarían ánimos esforzados, siempre dispuestos á sucumbir con gloria. Pero aun dentro de los límites marcados por los temperamentos pacíficos que imperan actualmente, justo es rechazar erróneos conceptos lanzados á los vientos de la tan zarandeada opinión pública por el inconsiderado celo de los enemigos del carlismo, recordando, frente á sus tan decantadas derrotas, sus indiscutibles victorias, ya que, como habrán podido observar los que hayan leído nuestra anterior obra, *Victorias carlistas de antaño,* describímoslas haciendo constar que como derrotas de los liberales fueron reconocidos aquellos combates incluso por ilustres militares y escritores tan enemigos del Carlismo como lo fueron los generales Marqués de Mendigorría, Marqués de San Román, D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, D. José López Domínguez, D. Miguel de la Vega Inclán, D. Mario de la Sala, D. Romualdo Nogués, el Marqués de Villa-Antonia, los demás jefes y oficiales del ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército encargados de la sección histórica, el gentilhombre alfonsino D. Ildefonso Antonio Bermejo, los académicos D. Antonio Pirala y don

Juan Valera, el Diputado á Cortes isabelino D. Buenaventura de Córdova, el Diputado á Cortes revolucionario don Eduardo Chao, el director de *El Correo Militar* D. Melchor Pardo, el Comandante de Infantería D. Francisco Villamartín, y, en fin, todos cuantos han escrito obras serias y no libelos como lo publicado por algunos escritores liberales que ni dignos son de que sus nombres sean recordados.

En nuestro folleto titulado *Heroismo Carlista* (al que cupo el honor de ser favorecido con el premio destinado por el Duque de Solferino para los primeros Juegos florales jaimistas celebrados en España), publicamos la relación de más de doscientas piezas de artillería cogidas por los carlistas á los liberales en las guerras civiles del siglo pasado, y la lista de ciento sesenta victorias obtenidas por aquéllos en las citadas campañas, sin incluir en ellas la entrada de los carlistas en las capitales de provincia como Oviedo, Valladolid, Guadalajara y otras que no recordamos en este momento, así como en Santiago de Compostela y en infinidad de poblaciones de importancia, cuya ocupación también constituía un verdadero triunfo, bien desde el punto de vista moral ó material, ó bien desde el estratégico ó político.

Aunque solamente han transcurrido dos años desde que enviamos el citado folleto nuestro á público certamen, obran ya en nuestro poder otros nuevos datos suficientes como para poder describir, no ya *ciento sesenta*, sino *doscientas* victorias carlistas, y sabe Dios á cuál cifra podrá llegar el total de ellas, toda vez que constantemente estamos adquiriendo curiosísimos detalles de la vida militar de la Comunión Católico-Monárquica, cuya enumeración, aun á la ligera, basta (á nuestro juicio) para que las personas imparciales se formen una idea de la brillante altura á que no pudo por menos de rayar el heroísmo carlista para salir

victorioso de tantos hechos de armas en un levantamiento de carácter popular, como lo ha sido siempre el suyo, y que á pesar de la abnegación de todos no podía por menos de adolecer en toda época de las deficiencias de índole técnico-militar inherentes á la referida clase de alzamientos, máxime cuando con ellos se trata de luchar en contra del excepcional poderío de todo Gobierno constituído si le sostiene el Ejército de la Nación.

Verdad es que el resultado definitivo de aquellas campañas fué adverso á los carlistas; pero también es cierto que la primera guerra civil concluyó por un convenio que si no honró mucho á los jefes carlistas que lo elaboraron, no por ello disminuyó la valía intrínseca de las tropas de Carlos V, puesto que aquello, militarmente considerado, no constituyó una derrota de carácter belicoso, sino político; fué una transacción que no podía afectar al buen concepto de índole exclusivamente militar de ninguno de los dos ejércitos convenidos, puesto que para en adelante se reconocían por el Gobierno de Isabel II todos los empleos, grados y condecoraciones que los generales, jefes y oficiales carlistas habían conquistado luchando en contra de su trono, pretendiendo acabar con su reinado.

En cuanto á la segunda guerra carlista, justo es recordar que se llevó á cabo cuando la Revolución hacía vacilar todos los tronos de Europa; y público y notorio es que para pacificar Cataluña acudieron los liberales á la seducción de algunos jefes carlistas (los brigadieres Pons y Pozas, entre otros), como lo confiesa el teniente general isabelino don Fernando Fernández de Córdova, Marqués de Mendigorría (Capitán general del Principado por aquella época) en su interesante obra titulada *Mis Memorias Intimas;* en fin, en la historia consta *que dió la casualidad* de acabarse aquella guerra cuando algunos jefes carlistas, de triste memoria, se

revolvieron contra sus antiguos compañeros de armas.

Por lo que respecta á la última guerra civil, bien puede asegurarse que no sufrieron los carlistas una derrota, propiamente tal, sino los efectos de la disolución de sus tropas, debida á la falta de recursos, á las rivalidades entre algunos generales carlistas, á la ineptitud ó sospechosa conducta de otros de ellos, y, sobre todo, al agotamiento de las fuerzas del país que sostuvo el nervio de la campaña y á la proporción de *uno contra diez*, en que, últimamente, hubieron de pelear los militares carlistas.

Varios periódicos liberales, al criticar nuestra anterior obra titulada *Victorias carlistas de antaño,* se han burlado (pero sin pruebas) de la afirmación que en su prólogo (como en el presente) hacemos de que los militares carlistas, en sus campañas, habían llegado á apoderarse de *más de doscientas* piezas de artillería pertenecientes á los liberales.

Con este motivo consideramos oportuno reproducir aquí la siguiente detallada relación, que publicamos en la página 19 de nuestro folleto titulado *Heroismo Carlista.*

«*Piezas de artillería cogidas á los liberales.*

He aquí la relación de las piezas de artillería pertenecientes á las tropas liberales, y de las cuales se apoderaron los militares carlistas en sus campañas del siglo pasado:

«*Durante la primera guerra (1833 á 1840).*—Un cañón, »al principio, en Alava.—Dos en Alegría.—Otro en Orbai»ceta.—Tres en Echarri-Aranaz.—Dos en Guernica.—Trece »en Plasencia.—Diez y nueve en Lequeitio.—Dos en Buja»laró.—Cinco en Segovia.—Ocho en San Mamés.—Dos en »Burceña.—Cinco en Oriamendi.—Cuatro en Peñacerrada. »—Diez y siete en Morella.—Dos en Manlleu. Dos en Ri»poll.—Cuatro en Villar de los Navarros.—Tres en Cór-

»doba.—Cinco en Valmaseda.—Dos en Berga y otros dos »en Cantavieja.

»*Durante la última guerra (1872 á 1876).*—Un cañón en »Eraul.—Otro en Gironella.—Dos en Lamindano. Otro en »el túnel de Lizárraga.—Otro en San Adrián.—Otro en »Udabe.—Dos en Portugalete.—Uno en el Desierto.—Dos »en Alpens.—Uno en Caserras.—Otro en Oristá.—Otro en »Prades.—Dos en Vich.—Otros dos en Axpe.—Uno en As»tigarraga.—Otro en Manresa.—Cuarenta y ocho en Seo »de Urgel.—Dos en Vendrell.—Cuatro en Castellfullit.— »Seis en Olot.—Dos en Blanes.—Otros dos en Llagostera. »—Otros tantos en Castellón de Ampurias.—Uno en Car»dona.—Siete en Vinaroz.—Tres en Amposta.—Cuatro en »Cuenca.—Tres en La Guardia.—Otros tantos en Lacar, y »tres también en San Feliu de Saserras.»

Como la anterior relación la formamos á la vista de nuestras obras de consulta (cuyos nombres figuran en las páginas 269 á 276 de nuestra obra titulada *Carlistas de antaño*), y como las más de dichas obras de consulta están escritas por liberales, si alguien quiere convencerse de si es verdadera ó falsa la relación que antecede, no tiene más que comprobarla, confrontando dichos datos con los que aparecen en las descripciones de los correspondientes combates publicadas en nuestras referidas obras de consulta, y si alguien llega á demostrarnos que nos hemos equivocado en algo, como nosotros no queremos sostener afirmación que no sea exacta, verdadera, lo rectificaremos muy gustosos en el prólogo de la primera de las obras que, Dios mediante, publicaremos aún, relativas á la vida militar de nuestra querida Patria en el siglo pasado.

El Autor

CAPÍTULO I

Ripoll, La Gleva y Campdevanol

(MARZO DE 1873).

La toma de Ripoll por los carlistas constituyó la primera victoria de importancia que sus armas obtuvieron en la guerra de 1872 á 1876, no ya, precisamente, por lo que pudo suponerles de ventajoso la entrada á viva fuerza en un punto fortificado como aquél lo estaba, sino porque ello hubo de darles ocasión de obtener nada menos que tres éxitos en sólo un par de días, al batir, además, á la columna del Brigadier Cabrinety, y al ver, también, retirarse ante unos pocos y aún bisoños batallones carlistas la columna de un General de tanto prestigio, de tan distinguida historia militar y tan afortunado como lo era D. Arsenio Martínez de Campos, quien ya en el parte oficial de sus operaciones de aquellos días que dirigió al General en Jefe del Ejército republicano de Cataluña, confesó claramente su vencimiento al decirle que *su objeto principal* (que era rescatar los prisioneros hechos por los carlistas) *no pudo verlo realizado, y que aunque con pesar* (palabras textuales) *hubo de emprender al fin un movimiento de re-*

troceso, siendo seguido en él por unos veinte ó treinta voluntarios carlistas, que desde las cumbres hacían algunos disparos sobre sus tropas: todo lo cual, con otros muchísimos detalles que no consideramos tan pertinentes al caso, pueden verlo nuestros amigos en las páginas 73, 74, 75, 76 y 77 del *noveno* tomo de la *Narración Militar de la guerra carlista*, escrita por el ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

S. A. R. D. Alfonso de Borbón y de Austria-Este, General en Jefe de los carlistas catalanes, en el parte oficial que de aquellas operaciones dirigió á su augusto hermano Carlos VII, explica las referidas operaciones en la forma que á continuación extractamos, porque el trasladar aquí íntegros estos documentos nos llevaría á formar una obra poco menos voluminosa que la del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

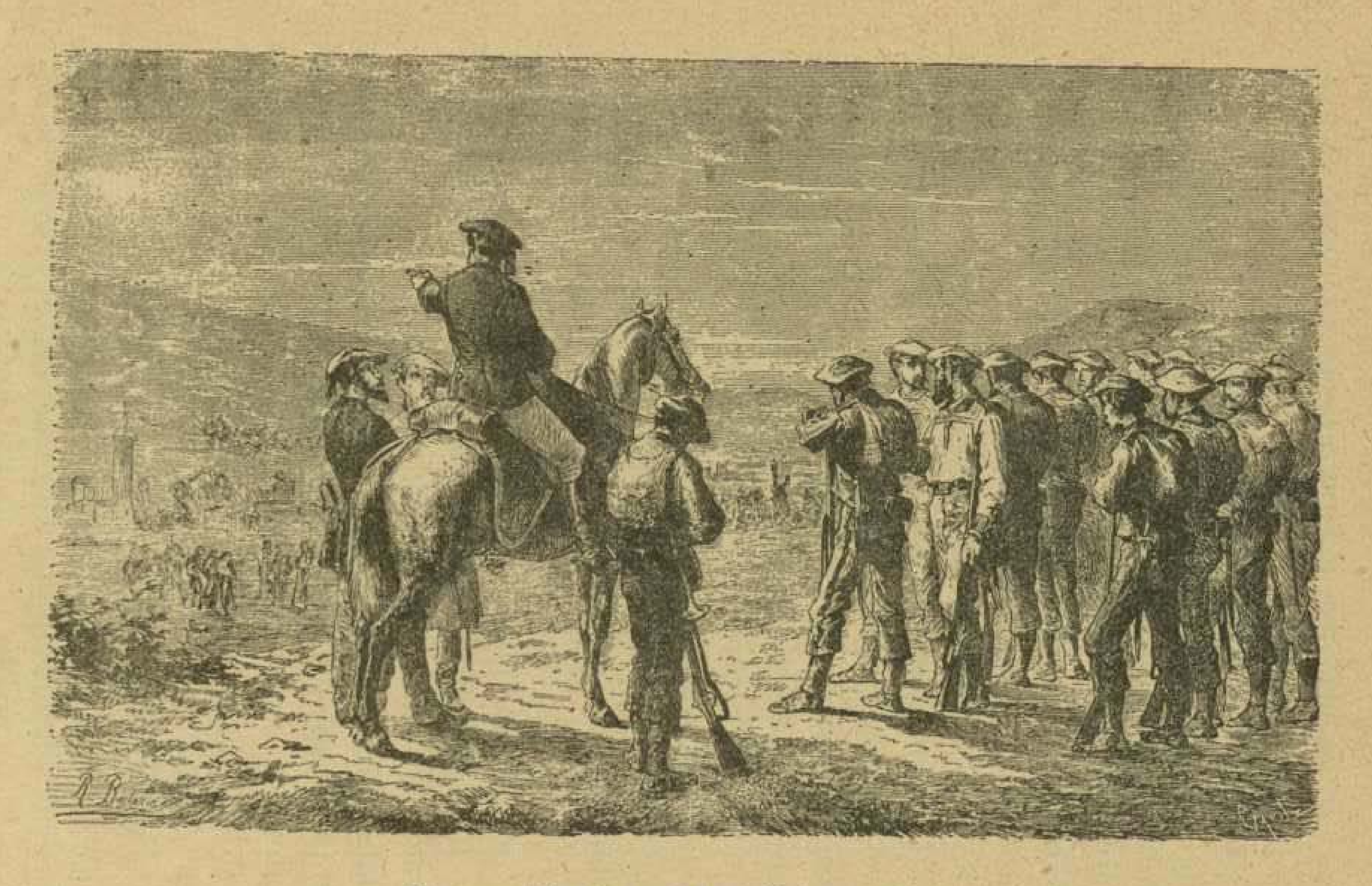
Para tomar la villa fortificada de Ripoll, guarnecida por carabineros y voluntarios de la libertad, reunió D. Alfonso de Borbón y de Austria-Este las fuerzas carlistas de Gerona y de Barcelona, distribuyéndolas luego en dos columnas: la primera, á las órdenes del Coronel Galcerán, se componía de los carlistas de Barcelona y del batallón 2.° de Gerona, mandado por el coronel Auguet; la segunda columna, mandada por el General Savalls, se componía de los batallones 1.°, 3.° y 4.° de Gerona y el de Zuavos, que hacía poco que se había organizado y que aún no había tenido ocasión de entrar en fuego. La columna mandada por el Coronel Galcerán recibió la orden de ocupar las posiciones de la Gleva para oponerse al paso de cualquier columna que pudiera presentarse procedente de Vich, y la columna del General Savalls fué la encargada del asalto de Ripoll, agregándose á dicha columna un escuadrón y una pieza de artillería, dirigida por el bizarro y entendido

jefe de dicha arma D. Francisco de Sagarra, quien empezó á cañonear Ripoll el día 24 de Marzo, obligando á los liberales á refugiarse en los fuertes que defendían dicha villa.

Entonces lanzáronse sobre el puente de la carretera que va á Vich los batallones de Zuavos y 1.º de Gerona, y apoderándose de él bizarramente entraron en la población. La guarnición republicana se defendió en tres edificios: la iglesia de San Pedro, la parroquia y la casa-cuartel, esperando que de Olot ó de Vich, ó de ambas partes, irían tropas á levantar el cerco de los carlistas.

Salió, efectivamente, de Vich la columna del Coronel Cabrinety, deseoso éste de salvar á los sitiados, pero tropezó con las fuerzas del Coronel Galcerán y se dió en la Gleva una sangrienta acción, que concluyó retrocediendo la columna republicana; por desgracia, las tropas que de Conanglell salieron á ayudar á las de Vich, y que llegaron á tomar también parte en el combate, hirieron mortalmente al Coronel carlista Galcerán; pero el Coronel Auguet, que le sucedió en el mando, no cejó en su empeño y brillante éxito coronó los bizarros esfuerzos de los carlistas, retrocediendo los Coroneles republicanos Cabrinety y Vega, respectivamente, hacia Vich y hacia Conanglell.

Siguió, entre tanto, el ataque á Ripoll; los carlistas prendieron fuego á la parroquia y sus defensores se rindieron, excepto cuatro que siguieron disparando y cuya muerte dispuso el General Savalls. Durante toda la noche continuó el combate contra los dos fuertes restantes, y á la mañana siguiente, para batir de cerca á los republicanos, se colocó el cañón carlista en la casa de Budallers; allí fué herido el jefe de artillería señor de Sagarra, pero del cañón se encargó el Comandante Serrano Casanova; siguió haciendo fuego, y amparados por él fueron los carlistas estrechando



Formación de una partida carlista

(Dibujo del célebre pintor D. Ricardo Balaca)

á la guarnición. Entonces supieron los carlistas que el General Martínez de Campos acudía en auxilio de los republicanos de Ripoll por la parte de Olot; enviaron á contener aquella columna al 4.° Batallón de Gerona, y apretaron, entre tanto, el ataque, rindiéndoseles al fin los defensores de la casa-cuartel y de la iglesia de San Pedro, con lo cual quedaron dueños los carlistas del pueblo y de toda su guarnición, pasando entonces á Campdevanol, en donde hicieron frente á la columna del General Martínez Campos, sosteniendo bravamente su ataque, matándole el caballo, rechazándole en porfiada lucha y obligándole á emprender la retirada.

He aquí algunos párrafos del parte oficial dado por el General Martínez Campos al General en jefe del Ejército republicano de Cataluña:

«Envié delante la caballería al galope; al llegar á la entrada de Campdevanol fué recibida por una descarga, y en su vista, como le había prevenido, retrocedió hasta encontrarnos. A los cinco minutos se rompió el fuego, y viendo que la posición en anfiteatro de este pueblo, con muchas casas esparcidas por las lomas de derecha á izquierda, hacía muy difícil el acceso á él, rompí el fuego con la artillería y envié flanqueos por las poco accesibles alturas de ambos costados. No pudo la fuerza de la izquierda pasar el río Frésser, que venía muy crecido, y arrebató los soldados que quisieron cruzarlo, viéndose éstos muy expuestos á ser arrastrados por la corriente. El enemigo, posesionado de aquel lado del pueblo, en número, según unos, de quinientos, según otros, de más de mil, mandados por Savalls y Barrancot, con el hermano del Pretendiente, hizo bastante resistencia, parapetado en las casas y en las cercas. La artillería con sus fuegos poco eficaces, á pesar de haber gastado 51 granadas, me ha dejado altamente descontento de

su poca habilidad y valor; su indecisión en avanzar paró el ímpetu de la infantería y dió lugar á que en parte de esto, falta de oficiales y sin prestigio la mayoría de los que quedan en algún batallón, se confundieran unas compañías con otras y fuera imposible el mando, sin obedecer toques de corneta, no resultando más que esfuerzos individuales (los cuales, como V. E. no ignora, sólo sirven de confusión para estos casos), sin que bastaran los de los dos beneméritos jefes para remediar el mal, ni el que yo enviara los tres ayudantes de V. E. á tratar de reorganizar compañías mandadas por sargentos ó por alféreces recién ascendidos. El batallón de cazadores de Cataluña, que no pudo cruzar el Frésser, y al cual envié á las lomas de la derecha, adelantando una compañía apoyada por cazadores de Cuba, entró en el pueblo y tomó varias casas; este movimiento, que una hora antes me hubiera permitido envolver la posición, aunque conveniente, fué tardío. Los toques de *alto el fuego*, mis reiteradas órdenes y aún algún castigo, fueron insuficientes para evitar el gasto de municiones. Mi objeto principal, que era el rescatar los carabineros, no podía ya tener efecto; aunque con pesar emprendí mi movimiento de retroceso, siendo seguido por unos veinte ó treinta hombres, que desde las cumbres nos hacían algunos disparos. —El Teniente Coronel Darder mandaba un escalón y yo otro, para proteger la retirada, que fué en lo que hubo más orden.. . . . .
. . . .

Nuestras bajas han consistido en dos muertos, siete heridos de tropa, varios contusos, un caballo muerto, dos heridos, uno de ellos el que yo montaba. Indudablemente estoy satisfecho de casi todos, especialmente de los ya mencionados; colectivamente, sólo de la caballería en primer término, y de la cuarta compañía de cazadores de

Cataluña, cuyos comandantes son el alférez D. Juan Barrera y D. Federico Rubín, y del sargento y los soldados de Cataluña Valentín Casado y Tomás López y el trompeta de caballería José Torres.. . . . .
. . . .

Se ha verificado, Excmo. señor, lo que hace dos días anuncié á V. E.: más de cien de los mejores soldados (y los voluntarios de la libertad que con ellos guarnecían á Ripoll) se han rendido á sólo cuatrocientos que atacaron este pueblo fortificado, al ver el cañón y creyéndose aislados. . . . .

Los resultados de la pérdida de Ripoll no han podido ser más deplorables, tanto en el orden moral como en el material, pues los enemigos se han hecho con ciento treinta armamentos buenos y bastantes municiones (pertenecientes á los prisioneros que hicieron en Ripoll). . . . . . .

Se han escapado varios carabineros, entre ellos el alférez que me da el parte, y Savalls ha soltado á los individuos de tropa.»

Las bajas sufridas por los defensores de Ripoll fueron las siguientes: un muerto, tres heridos, un soldado llamado Magín San Martín, que se pasó á las filas carlistas, ocho desaparecidos (entre ellos un alférez) y seis que fueron fusilados porque, según dice el mismo Comandante militar republicano de Ripoll D. Francisco Villanueva, en su parte oficial al Capitán general republicano, *los individuos fusilados lo han sido por el motivo que se hallaban en San Eudaldo, y sacaron bandera blanca en señal de entrega, y cuando se aproximó el enemigo hicieron una descarga, con la cual mataron á uno é hirieron á tres más.* (Páginas 83 y 84 del tomo 9.º de la *Narración militar de la guerra carlista*, redactada por el ilustre cuerpo de Estado Mayor del Ejército.)

Las bajas sufridas por los carlistas entre la toma de Ripoll, la acción de la Gleva y el combate de Campdevanol, se redujeron á un total de nueve muertos y veinte heridos.

El académico de la Real de la Historia, D. Antonio Pirala, en las páginas 365 y 366 del tomo 4.º de su *Historia Contemporánea* (edición de 1877) hace constar que los heridos fueron curados por los facultativos y practicantes dispuestos á prevención por los carlistas, y que todos aquellos desgraciados recibieron auxilios de S. A. R. Doña Nieves de Braganza (esposa del General en jefe carlista Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este), cuya augusta señora á todos consoló, á todos obsequió y sirvió medicinas y bebidas y les limpió el sudor, mostrándose tan celosa, que no se separó de entre ellos hasta que después de las diez de la noche les vió partir en camillas y en carruajes: igualmente caritativa se condujo con los prisioneros republicanos: á todo el que vió liado, cojo ó quejándose de algún padecimiento, lo mandó poner inmediatamente en libertad.

Para patentizar la impresión profunda que en toda España causaron aquellas tres victorias obtenidas en el breve espacio de cuarenta y ocho horas por los carlistas catalanes, creemos poder limitarnos á recordar aquí que la obra titulada *Anales de la guerra civil*, escrita por el director de *El Correo Militar* D. Melchor Pardo y por el catedrático D. Nicolás María Serrano, en la página 270 del tomo 2.º, copia varios párrafos de la *Gaceta de Madrid* (órgano *oficial* del gobierno republicano que á la sazón imperaba), y de un diario radical, también de la capital de España, cuyos conceptos acreditan la gran importancia que, incluso en las altas esferas del Poder Ejecutivo de la República, se dió á la toma de Ripoll por los carlistas, así como el venci-

miento de las columnas republicanas, mandadas por el General Martínez Campos y por los Coroneles Vega y Cabrinety, y no contentos con copiar todo aquello los ilustrados autores de la referida obra *Anales de la guerra civil*, añaden en ella, por su propia cuenta, lo siguiente:

«Los liberales ponían mucho empeño en conservar á Ripoll, y siempre andaban las columnas liberales cerca de la plaza para impedir la aproximación de fuerzas legitimistas. El efecto moral que causó este primer ataque, bajo el mando de Don Alfonso, fué muy grande, y Savalls adquirió con él un nuevo lauro.»

CAPÍTULO II

BERGA

(27 MARZO 1873)

«La entrada de Savalls en Berga, con su numerosa partida, nos ha sorprendido é indignado, porque Berga, además de ser una ciudad importante y una plaza de tercer orden, en donde había bastante guarnición, es un punto estratégico de muy fácil defensa. No se comprende, en verdad, que habiendo en Cataluña más de treinta batallones del ejército y algunos cuerpos francos, estén los facciosos apoderándose impunemente de poblaciones importantes y de los destacamentos que los guarnecen, á los cuales se deja en un abandono vituperable que no basta á subsanar su heroica resistencia. La toma de Ripoll revela un descuido imperdonable y una gravísima falta de parte de los que mandan las columnas de operaciones; pero después de aquel fatal contratiempo, la entrada en Berga de los carlistas es una vergüenza y un verdadero escándalo que no hallamos palabras con que poder calificar.»

Así se expresaba un periódico *republicano*, como se

hace constar en la página 278 del tomo 2.º de *Anales de la guerra civil*, obra escrita por el catedrático D. Nicolás María Serrano y por D. Melchor Pardo, director de *El Correo Militar*.

Y para que se vea cuán profunda impresión causó en todos aquella victoria, recordaremos que un periódico *conservador*, el *Diario de Barcelona*, en su número de 30 de Marzo de 1873, decía lo siguiente:

«Los carlistas se posesionaron de la población y de los fuertes, haciendo prisionera toda la guarnición, que sin contar con el paisanaje que pudiera tomar parte en la defensa, pasaba de cuatrocientos hombres. . . . Por las noticias confusas que se han recibido de este triste suceso, aparece que mediaron pocas horas entre el ataque y la rendición. Habiendo en Berga una guarnición tan respetable y municiones y víveres en abundancia, una resistencia tan corta y débil puede explicarse tan sólo por el estado lamentable de nuestras tropas, y algo extraño y misterioso debe haber sucedido en Berga.»

De la confrontación de los partes oficiales de unas y otras tropas combatientes resulta que el día 26 de Marzo de 1873 dispuso Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, General en jefe de los carlistas catalanes, el ataque de Berga, encomendando la dirección de las fuerzas que habían de realizarlo á su jefe de Estado Mayor General, el General Ruiz de Larramendi, quien al día siguiente, con los zuavos y los batallones 1.º de Barcelona y 1.º y 3.º de Gerona, se lanzó sobre Berga, apoderándose desde el primer momento de varias casas, y batiéndose desde ellas contra los quinientos hombres que constituían la guarnición de dicha plaza. Los guías carlistas, á los cuales se incorporó luego Don Alfonso, se situaron en unos huertos por donde querían forzar la entrada; si los defensores de Berga se

hubieran dado cuenta de los pocos carlistas que habían penetrado en la villa, habrían podido apoderarse de ellos, de modo que la situación resultó comprometida, hasta que el batallón 1.º de Barcelona entró algo después á paso de carga en la población; entonces se fué ya estrechando á los soldados y voluntarios republicanos, recurriéndose al incendio de los edificios en que se guarecían, y á las diez de la noche se rindió la guarnición de Berga, apoderándose los carlistas de quinientos prisioneros, mil seiscientos fusiles y trescientas sesenta cajas de municiones.

El triunfo de los carlistas fué tan completo como rápido, y á costa de pocas bajas: Carlos VII concedió una medalla para recompensar á los partidarios suyos que se batieron en aquel notable hecho de armas: era redonda, en el anverso tenía el busto de Don Carlos, con esta inscripción: *Berga 27 de Marzo de 1873.* En el reverso, las barras de Cataluña y la cruz con la leyenda, alrededor, de *Dios, Patria y Rey.*

El general en jefe republicano, D. Juan Contreras, irritado por aquella victoria carlista, quiso hacer culpable de ella al Gobernador militar de Berga, señor de Morales; pero en la sumaria que se le formó no resultó nada en contra de su lealtad y de su valor.

En aquel combate se distinguió por su bravura el jefe carlista D. Martín Miret; y el Coronel D. Francisco Auguet, con el batallón 2.º de Gerona, ocupó Gironella para impedir que pudieran ser socorridos los sitiados.

La importancia moral y material de los triunfos carlistas de Ripoll, La Gleva, Campdevanol y Berga, obtenidos en tan corto espacio de tiempo, justificaron y acrecentaron el entusiasmo despertado por la entrada de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este y de su augusta esposa doña Nieves de Braganza en Cataluña, á cuyo episodio

consideramos por ello deber dedicar aquí algunas líneas.

El día 22 de Febrero de 1873 sorprendió al General carlista D. Francisco Savalls una comunicación de Don Alfonso, en vista de la que dispuso mandarle una escolta al mando del Comandante D. Felipe de Sabater. Marchaba en dirección de Olot, á las tres de la madrugada del 23, la mencionada escolta, cuando de repente se encuentran con Don Alfonso y Doña Nieves, acompañados del General Larramendi, del secretario D. Vicente Ruiz (que era Brigadier), del Coronel D. Francisco Redondo y Redondo, jefe de la escolta de S. A., de su ayuda de Cámara y demás servidumbre, ante cuya grata aparición quedaron como atónitos los voluntarios carlistas. Siguió con la fuerza la comitiva, cuando al llegar al pueblo de Las Presas oyeron el Santo Sacrificio de la Misa, precisamente á la misma hora en que la oyeron los soldados del General Savalls en San Pedro de Torrelló; pasó luego por Juanetas, en donde al igual que en Las Presas, fueron recibidos Don Alfonso y Doña Nieves con un entusiasmo que rayaba en frenesí, siendo calurosamente aclamados y vitoreados por un inmenso gentío que, sabedor de su llegada, partió exprofeso desde la villa de Olot.

Continuaron el camino hacia Vidrá, en donde las aclamaciones no fueron menores que en los anteriores pueblos, improvisando aquella población, testigo ocular del heroismo del General Savalls, una general, aunque sencilla, iluminación, que no dejaba de presentar una magnífica perspectiva.

En todas partes resonaban los gritos de ¡Viva la Religión! ¡Viva Don Alfonso! ¡Viva Doña María de las Nieves!

A las doce del día 24 estaban los voluntarios del General Savalls en Besora, reunidos con los infantes. Don Alfonso dispuso pasar revista al distinguido batallón de guías del general Savalls en la plaza de Besora, después de lo cual



Barricada liberal asaltada por carlistas

(Dibujo del célebre pintor D. A. Ferrant.)

se dirigieron todos al vecino pueblo de San Quirse de Besora, cuyo camino hallaron atestado de gente, que, entusiasmada, vitoreaba á los Príncipes y al ejército carlista de una manera indescriptible.

La entrada en San Quirico fué sorprendente y conmovedora, hasta el punto de no poder contener muchísimas personas las lágrimas, que, de pura satisfacción, regaban las mejillas de los que sentían arder en su pecho la llama del espíritu católico-monárquico.

Comisiones, ó mejor dicho, todas las corporaciones, se disputaban el turno para ver á SS. AA. Coros de niños y niñas, al compás de una magnífica charanga que ejecutaba la Marcha Real, y una confusa gritería de entusiasmo mostráronles los sentimientos de los carlistas catalanes y de sus pueblos montañeses; las poblaciones de aquella comarca estaban de fiesta, pues todo el mundo acudía á ver y á vitorear á los augustos esposos.

El estado de profundo desquiciamiento á que había llegado el país bajo el imperio de la República, la desorganización é indisciplina del ejército, que desde Cataluña se iba extendiendo á todas las provincias, y el entusiasmo que produjo en aquel país la presencia de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este y de Doña Nieves de Braganza de Borbón al frente de las huestes carlistas, todo ello acrecentó, como no podía menos de suceder, las fuerzas y el entusiasmo de los católico-monárquicos levantados en armas, á lo cual no contribuyeron poco, por otra parte, las victorias conquistadas, tanto en campo abierto como sobre poblaciones fortificadas, pues la plaza de Berga (por ejemplo) estaba defendida por un castillo y una muralla con veinte tambores, resultando por ello mucho más gloriosa para el carlismo su conquista á viva fuerza y sin artillería.

CAPÍTULO III

ERÁUL

(5 de Mayo de 1873)

Mandaba el bravo y entendido Coronel de Estado Mayor, D. Joaquín Navarro, una de las varias columnas liberales que por la primavera del año 1873 operaban contra el General carlista Dorregaray.

Al frente del regimiento de Infantería de Sevilla, del batallón de cazadores de Barbastro, una sección de Artillería, dos compañías de Ingenieros y dos secciones de caballería (que componían un total de dos mil hombres y cincuenta caballos con dos cañones), salió de Zudaire en la mañana del día 5 de Mayo aquel distinguido jefe de Estado Mayor, uno de los de más brillante reputación militar entre los de su tiempo, pues había hecho, con gran lucimiento, las campañas de Africa y de Cuba, se había batido entre los leales en la batalla de Alcolea y honraba su pecho con dos cruces de San Fernando.

Sin noticias ciertas sobre la situación de los carlistas, pero presumiendo (atendido lo que sabía de ellos en el día

anterior) que se encontrasen por Valdellín, entró el Coronel Navarro con su columna en dicho valle, por el puerto de Ochogoyen, viendo entonces desfilar las fuerzas del inmediato mando del General Dorregaray hacia el puerto de Echavarri, cuyas fuerzas lo eran los tres primeros batallones de Navarra, el de cazadores de Azpeitia y sesenta caballos, de modo que estaban próximamente equilibradas las tropas de ambos bandos, pues si bien es cierto que los carlistas disponían de mayor número de hombres, en cambio no contaban con ninguna artillería.

Después de un descanso de una hora en Galdeano emprendieron de nuevo la marcha los liberales por Echavarri, sobre Abárzuza; un flanqueo de dos compañías por la izquierda, apenas llegó á media ladera, se vió envuelto por los carlistas; continuaron, no obstante, su marcha los del coronel Navarro hasta la parte superior del puerto, cuya marcha protegió su artillería desde abajo con sus fuegos; en este punto los del General Dorregaray ocupaban posiciones; pero lograron rechazarles sus enemigos, combinando el fuego de su infantería con el de sus cañones, los cuales emplazaron entonces en la parte superior, y en esta forma se prolongó el combate, como indeciso, durante tres horas, al cabo de las cuales dispuso el general Dorregaray que los suyos se lanzasen resueltamente al ataque de los del coronel Navarro, y tuvo entonces lugar una lucha horrorosa, pues se sostuvo casi toda ella al arma blanca: tres terribles cargas á la bayoneta dieron los carlistas, viéndose bizarramente rechazados en las dos primeras; pero no por eso se desanimaron, puesto que cargaron la tercera véz con tal violencia, que su ímpetu se hizo ya irresistible, y completó su victoria una carga de caballería dada por el General carlista marqués de Valdespina, á la cabeza de la escolta del General Dorregaray.

Cortada la columna liberal por el centro, llegaron los carlistas hasta donde estaban los cañones enemigos, se apoderaron de uno de ellos, y desconcertados al fin los liberales, huyeron, por último, á la desbandada, dejando en poder de los vencedores la pieza de artillería de que ya éstos se habían hecho dueños, la cureña de la otra, la caja de un regimiento, gran cantidad de fusiles y municiones y cerca de cien prisioneros, entre ellos el coronel de Estado Mayor Navarro, que mandaba la columna, el Teniente Coronel de Ingenieros Acellana, el Comandante Batlle y varios oficiales.

Las bajas de los liberales consistieron en ciento doce muertos, ochenta y cuatro heridos y los prisioneros ya dichos en el párrafo anterior; las bajas de los carlistas fueron diez y ocho muertos, entre ellos el coronel Arciniega, y treinta y siete heridos, entre los que se contaron el General marqués de Valdespina y el capitán de caballería don Santiago Lirio, hijo del general carlista del mismo nombre y apellido.

Los prisioneros liberales fueron tan admirablemente tratados por los carlistas, que tanto el Coronel de Estado Mayor D. Joaquín Navarro como el Teniente Coronel de Ingenieros Acellana, cuando fueron puestos en libertad escribieron ambos al General carlista Dorregaray expresándole su gratitud.

Hé aquí la referida carta del primero de los citados pundonorosos jefes liberales:

«*Madrid 15 de Julio de 1873.*—Excmo. Sr. D. Antonio Dorregaray.—Muy señor mío de toda mi consideración: Cumpliendo el compromiso contraído por el Teniente Coronel Acellana y por mí, remito á usted la adjunta copia, autorizada con el sello del Ministro de la Guerra, de la orden dada ayer por el telégrafo para que sean puestos en liber-

tad, desde luego, los dos oficiales que tuvo usted la bondad de indicar y sesenta y cinco prisioneros carlistas, todos navarros, de los cuales veinte corresponden al cange por los tenientes coroneles Acellana y Martínez y por el mío, y el resto por individuos de tropa hechos prisioneros en Erául, así como aquellos dos oficiales corresponden al cange del Comandante Batlle y el Alférez Solchaga.

Cumpliendo lealmente nuestro compromiso, sólo me resta rogar á usted que dé la orden para la libertad nuestra y de mis compañeros de cautiverio, esperando de su amabilidad tenga la bondad de enviarme una copia.

Salude usted en mi nombre respetuosamente al excelentísimo Sr. D. Joaquín Elío, dé mis afectuosos recuerdos á todos esos señores y un abrazo á Oliver (*el jefe de Estado Mayor de los carlistas, antiguo compañero del Coronel Navarro en el ejército de Isabel II*), y cuente siempre con el eterno reconocimiento de su antiguo prisionero y agradecido amigo S. S. Q. B. S. M.,

Joaquín Navarro.»

En recuerdo de aquella primera victoria, de gran importancia, obtenida por sus soldados en el Norte, concedió Carlos VII al General Dorregaray el título de marqués de Erául.

El ilustrado escritor D. Francisco Hernando, que asistió á la acción de Erául con el destino de Ayudante de Campo del General carlista Lizárraga, da los siguientes detalles de aquella célebre jornada en las páginas 47 y 48 de su obra titulada *La campaña carlista* (edición de 1877).

«El coronel Navarro, que era un joven valiente y entendido, ávido de gloria y confiado en la superioridad material de sus tropas, no vaciló en atacarnos, soñando con ceñirse aquel día el brillante laurel de la victoria. Comunicó su esfuerzo á sus soldados, y éstos subieron animosamente

el puerto, á pesar de nuestros fuegos, y avanzaron con tal decisión, que hicieron vacilar y perder terreno á los nuestros. Cuatro compañías del 2.º, al mando del Comandante D. Carlos Calderón, vinieron á reforzarnos, pero el enemigo también reforzó su columna de ataque y el combate se empeñó á corta distancia y se hizo más encarnizado. El enemigo consiguió al fin subir el puerto y entrar en la arboleda que hasta entonces nos había resguardado: á aquella ventaja contestamos, reforzados con Radica y el resto del 2.º, con una carga á la bayoneta para arrojarle de la arboleda; pero nos rechaza; acude el 3.º; volvemos á cargar porque la victoria se nos escapaba si no echábamos pronto á los enemigos; pero éstos, que han vencido la gran dificultad de subir al puerto, que están ya á nuestro nivel, que cruzan sus bayonetas con las nuestras, nos esperan á pie firme, nos reciben con terrible fuego y por tercera vez nos rechazan. Ya no tenemos reservas de que echar mano; ya las municiones nos faltan; ya las posiciones importantes están perdidas, y ya decaen los ánimos de los más bravos. Nuestros soldados retroceden en confusión; las balas enemigas, que hasta entonces nos habían causado pocas bajas, nos diezman; la retirada empieza á convertirse en desorden, y en vano tratan los jefes de evitarlo, reuniendo algunas fuerzas para contener el avance de los enemigos. El anciano y valeroso Coronel Arciniega, que mandaba la compañía de guías de Castilla, exclama: *¡Ah, si mis castellanos estuviesen bien armados, con ellos sólo contendría á los liberales!* Pica espuelas á su caballo y carga con los pocos voluntarios que tenía á sus órdenes; al poco cayó herido, pero antes de morir tuvo la suerte de confesarse en el campo de batalla y saber que habíamos vencido. Lizárraga, Ollo y Radica, con algunos bravos á su lado, pelean y exhortan á los soldados: el primero se dirige á un grupo de

navarros que huyen, les contiene y les dice: *¿No habéis salido para morir por Dios? Pues hoy es el día de morir por Él: navarros, al combate, y puesto que el infierno es la causa de esta guerra, gritad conmigo: ¡Viva Dios! ¡Guerra al infierno y sus satélites!*

En aquel momento aparece un refuerzo con que no se contaba: la caballería. A causa del terreno había estado hasta entonces alejada, porque no se creía pudiera tomar parte en el combate. Marchando de á uno por entre los peñascos, con la cabeza inclinada para no tropezar con los árboles, cargan nuestros jinetes con decisión y bravura para contener al enemigo. El marqués de Valdespina, sable en mano, marchaba el primero: seguíanle Sanjurjo y Lirio y detrás venía la escolta del General en jefe, compuesta de húsares pasados del ejército enemigo, y un escuadrón de lanceros navarros. Al ver la decisión de la caballería, nuestra infantería, como movida por un mágico resorte, se detiene y anima: los gritos de *¡No dejar solos á esos valientes!* *¡Carguemos como ellos!*, y otros parecidos, recorren las filas, y nuestros voluntarios sienten renacer prodigiosamente el valor en sus corazones, y armando bayoneta se lanzan á la carrera impetuosamente detrás de la caballería. El enemigo, que no esperaba la carga de ésta en aquellas impracticables alturas, no se sorprende; sin embargo, sus guerrillas hincan la rodilla en tierra, y presentan las puntas de las bayonetas á nuestros jinetes. Se traban combates individuales en que el valor por una y otra parte excede á toda ponderación, y algunos de nuestros jinetes caen muertos y algunos infantes republicanos ruedan por los suelos. Un cazador enemigo da un bayonetazo en el pecho al marqués de Valdespina, pero éste, herido sólo levemente, se revuelve con ligereza y hiende de un sablazo la cabeza á su adversario. Sanjurjo mata á otro de un tiro,

y en cambio el capitán Lirio es herido y un alférez procedente de húsares es muerto. El combate de la infantería con nuestra caballería se sostiene por breves momentos, pero aquellos son los momentos decisivos; nuestra infantería llega ardiente é impetuosa, carga con decisión heroica, y el enemigo entonces abandona el campo y emprende la fuga dejándolo todo.»

En la página 322 del tomo 2.º de la obra *Anales de la guerra civil*, escrita por el director de *El Correo Militar* don Nicolás Melchor Pardo y por el catedrático D. Nicolás María Serrano, se consigna lo siguiente:

«El rasgo más saliente de las cartas que recibíamos del teatro de la guerra era que los soldados estaban desmoralizados, se batían con poco entusiasmo, hablaban más de lo que debieran de sus licencias absolutas y no confiaban en encontrarlas en las cartucheras de los carlistas, por la sencilla razón de que no usaban más que cananas, y éstas *atestadas de cartuchos*. . . . .

. . . .

Por la tarde del mismo día de la acción de Erául entraban en Estella doce caballos despavoridos, sin sus jinetes, presagiando una terrible nueva, y al otro día (martes 6) entraban asimismo en Estella treinta acémilas con heridos y dos carros más, en medio de un silencio sepulcral, que lo hacía más imponente (no sé si será verdad) la orden que dicen se dió de que en viendo dos hombres juntos en la calle se les hiciese fuego.

Por aquella relación se puede suponer lo horroroso del combate, en términos que dicen erizaba los cabellos ver tantas bayonetas rojas en sangre. . . . .

. . . .

¡A qué comentarios se presta todo esto! Hay que observar que los carlistas no tenían artillería.»



Acción de Erául

(Dibujo del célebre pintor D. R. Balaca)

En fin, el académico de la Real de la Historia, D. Antonio Pirala, en las páginas 352, 353, 354 y 355 del tomo 4.º (edición de 1877) de su *Historia Contemporánea*, dice, entre otras cosas, lo que á continuación se expresa:

«Un sinnúmero de carlistas, algunos de caballería, corrieron á cortar los cañones, custodiados sólo por la artillería y la caballería; la ordenó el Coronel Navarro que cargase al punto, que aunque no muy á propósito colocada, podía hacerlo; los oficiales mandaron la carga; pero los lanceros de Villaviciosa, en vez de seguirlos, se pronunciaron en vergonzosa huída, dejándolos solos y sin protección la artillería. Corre Navarro á conjurar aquel conflicto; pero ya los artilleros se desbandaban también; y sólo unos pocos y los oficiales, que no podían contener la tropa, quedaban cuando se abalanzaron los carlistas á un cañón y cureña de otro que se estaba emplazando en batería.

Aquí hubo un momento de terrible lucha: cuerpo á cuerpo se batían á machetazos y á palos unos y otros; las piezas quedaron abandonadas, sin más que el Coronel Navarro y un artillero que iba á clavar el cañón y cayó herido en el acto, y fué prisionero entonces el valiente Navarro.

Los cazadores, al ver huir á la caballería, se desbandaron bastantes y se deshizo la columna, quedando en Echavarri las compañías que cubrían la retaguardia custodiando los bagajes, sin acudir á apoyar á las comprometidas fuerzas del regimiento de Sevilla. En vano el valeroso jefe de cazadores se multiplicaba y se batía como un león, recibiendo un bayonetazo en un hombro que no le tocó carne; sus cazadores estaban dispersos, y el Teniente Coronel Martínez y el de Ingenieros Sr. Acellana, que acudieron á lo más recio del combate, quedaron prisioneros. También en los ingenieros hubo alguna, aunque poca, dispersión.

D. Braulio García, Comandante del regimiento de Sevilla, que, con la vanguardia y los ingenieros, había sostenido el combate, tomando por cuatro veces las alturas que por la izquierda y el centro ocupaban los enemigos, esperaba en vano el resto de la columna; se hacía desesperada la situación de aquellas fuerzas, que se hizo terrible al precipitarse sobre ellas una nube de carlistas después de haber dispersado el ala derecha liberal, destrozando la columna.

Aún el comandante Vallés, del Regimiento de Sevilla, trataba de unirse con un grupo de soldados á las pocas fuerzas que se batían; pero se vió cortado, y el jefe de cazadores con algunos de los suyos. Llovían las balas; grupos de tropas buscaban refugio en los pueblos vecinos; las que se batían estaban desfallecidas, y en tal estado, sin esperanza de socorro, é imposible rechazar al enemigo, reunió García la que pudo de su gente y unos ochenta ingenieros y se guareció en Erául; rechazaron la intimación de los carlistas, y se salvaron.

Rosa Samaniego quedó persiguiendo á los fugitivos. . .

. . . .

Lo más valioso para los carlistas, después de la victoria, fué la adquisición de una pieza de artillería. El desastre fué grande; sólo los ingenieros se retiraron en buen orden, á pesar de haber perdido á sus dos jefes. Ebrios de gozo los carlistas, pretendieron seguir á Estella, y hubo que mandarles retroceder. Protegidas por la columna del coronel Castañón, se retiraron las derrotadas fuerzas á Pamplona, *donde se engañó al público con un parte inexacto, cuando ya había dicho antes la verdad* el Gobernador Civil señor Zavala, y la ratificó después. . . . .

. . . .

Los prisioneros fueron *tratados con toda clase de aten-*

ciones y consideraciones de todo género, según carta del Coronel D. Joaquín Navarro al General carlista Dorregaray, fechada en Ecala el día 7 de Mayo de 1873, diciéndole además *que nunca le estarán bastante agradecidos;* previa la palabra de honor de no hacer armas contra los carlistas, fueron puestos en libertad los jefes y oficiales. El Teniente Coronel de Ingenieros D. Saturnino Avellana (que llegó á ser General en aquella misma guerra) también mostró al General carlista Dorregaray *su agradecimiento, por lo mucho que por ellos se había interesado, y por ser el primer día que se consideraba en libertad, después que, como caballero, había hecho cumplir lo que pactaron, para encontrarse en tan deseado estado* (palabras textuales).

El día 6 lo pasaron los vencedores en Artaza, Baquedano y Galiano, de los que salieron un momento creyendo ser atacados; se formó el cuadro el día 7 en las inmediaciones del primer pueblo para fusilar á dos desertores, que fueron perdonados, á instancia de sendas comisiones de capitanes y capellanes, y arengó Dorregaray á su gente recomendando la constancia y elogiando al Brigadier carlista Argonz, á cuyo gran conocimiento del terreno se debió en varias ocasiones la salvación de los carlistas.

Siguieron paseando el cañón, trofeo de la victoria *(bruñido y engalanado por las mujeres)* por Murieta, Anzín, San Martín, volviendo á Erául por Berindano y Echavarri, cuyos puertos ocuparon, y posiciones, esperando al enemigo, y después de una hora sin que se presentara, fueron á pernoctar en Gollano, tomando nuevamente posiciones al día siguiente, permaneciendo después formados en las eras de Barindano hasta el anochecer, que se dirigieron á pasar la noche en Eulate.»



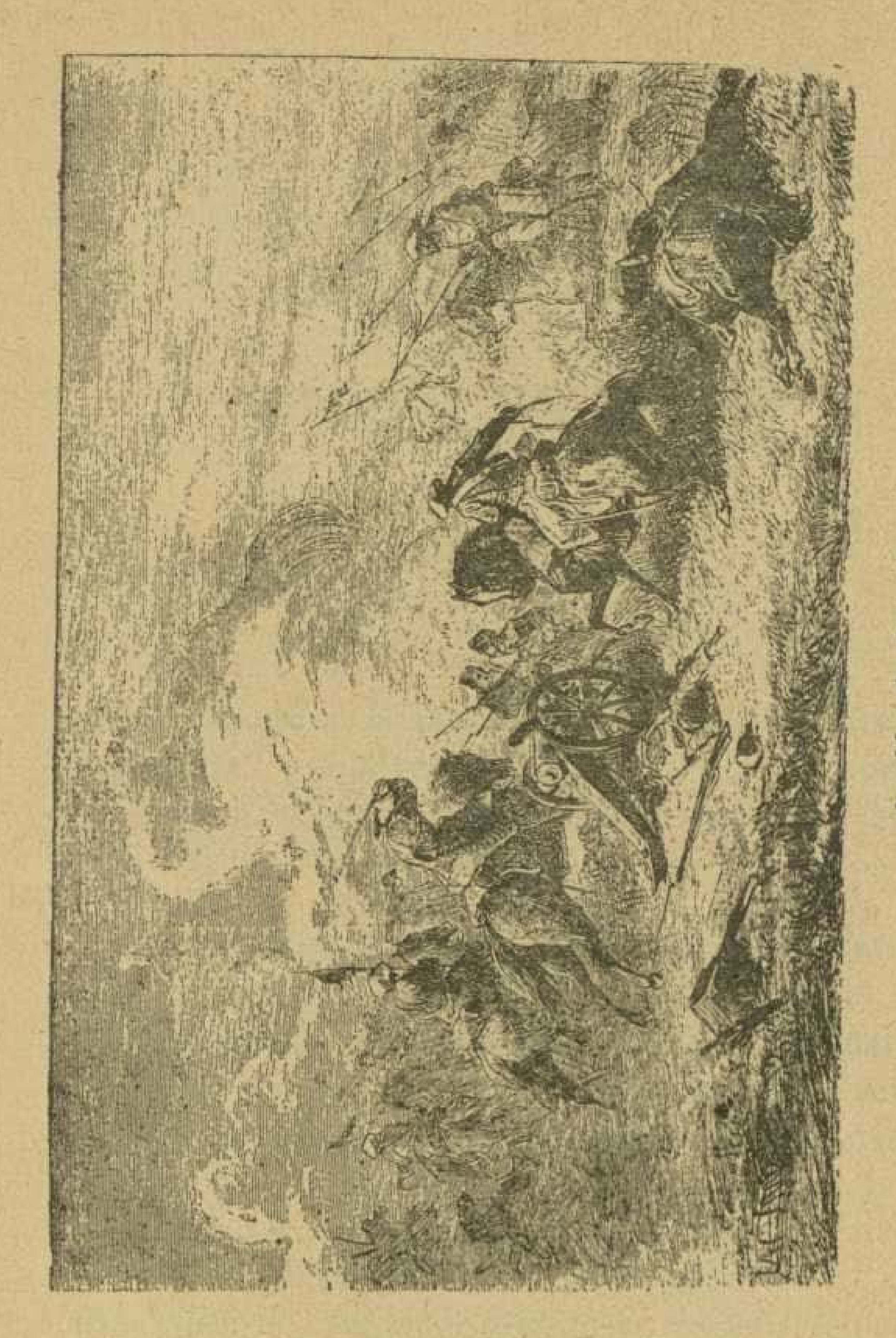
CAPÍTULO IV

TORRE DE ORISTÁ

(12 de Junio de 1873)

Encontrábase el Infante y General carlista por Estany y Torre de Oristá con los brigadieres Miret y Cucala esperando á la columna del General Martínez de Campos para procurar batirla, cuando de improviso presentóse á su frente la columna del Coronel republicano D. Juan Alvarez, compuesta del Regimiento de Infantería de Saboya, una Compañía de Ingenieros, otra de voluntarios de La Libertad, una sección de Caballería y otra de Artillería, con dos cañones de Montaña.

Según parece, empeñáronse los soldados republicanos en atacar á los carlistas, y aunque el jefe consideraba más prudente mantenerse á la defensiva por no fiarse mucho de su gente, hubo al fin de ceder á sus exigencias; pero fueron desatendidas sus disposiciones para el mejor éxito del combate; adelantóse la artillería sin orden, fuera de la protección de la infantería, y aprovechándose de esta falta los carlistas, cargó el Coronel Vilageliu al frente de un



Acción de Oristá

(Dibujo del célebre pintor D. R. Balaca).

escuadrón, se apoderó de los cañones y dispersó la infantería republicana, á pesar de la bravura de uno de sus capitanes, el señor de Serrano, que murió víctima de su pundonor, así como un pobre artillero, que antes que huir ni entregarse prefirió caer acuchillado al pie de una de las piezas de Artillería. Avanzó con decisión el Coronel Alvarez sobre los carlistas al frente de la reserva; pero sus esfuerzos resultaron estériles, no logró restablecer el combate, y únicamente se portó bien la compañía de Ingenieros que, bizarramente dirigida por su Capitán Lorente, peleó con orden y disciplina contra numerosas fuerzas carlistas, perdiendo la cuarta parte de su gente en lucha tan desigual, que resultó para los republicanos un verdadero desastre, llegando en la columna del Coronel Alvarez el desorden hasta el extremo de recibir á tiros á las tropas del General Martínez de Campos, cuando presuroso llegó éste desde Moyá en auxilio de aquella otra columna republicana, al lugar del combate.

En el parte oficial que desde Prats de Lluranés dió al Capitán General de Cataluña con fecha de 13 de Junio de 1873 el General Martínez de Campos leemos lo siguiente:

«Cuando avisté á los combatientes, me dijeron que los soldados huían; no lo pude creer, pero sin embargo emprendí la carrera, y por desgracia, el hecho era cierto; todo el centro y la derecha corrían en desorden absoluto; los soldados tiraban los fusiles, no sé dónde estaban los oficiales, y un Comandante corría también. Los primeros que encontré me dijeron que la caballería enemiga se había llevado las piezas».

Las bajas de los republicanos (según el parte oficial de su Coronel Alvarez) consistieron en un capitán y seis soldados muertos y treinta y un heridos.

No hemos podido encontrar el parte oficial carlista rela-

tivo á la acción de Oristá, por lo cual nos es imposible detallarla tanto como fuera nuestro deseo; pero creemos que con lo ya explicado aquí basta para no dudar de que constituyó un notable triunfo para las armas de Carlos VII.



CAPÍTULO V

UDABE Ó LECUMBERRI

(26 DE JUNIO DE 1873)

Dirigíase en la mañana de este día el Coronel liberal Castañón hacia el Baztan, cuando al pasar por Múzquiz se enteró de que había carlistas en Lecumberri, hacia donde retrocedió entonces por Oscoz y Echalar, y al rebasar el pueblo de Beramendi, dejándolo á su izquierda, divisó su vanguardia dos batallones carlistas, formados en batalla cerca de la cumbre de una loma situada en dirección perpendicular á su marcha, los cuales, al observar la presencia de los liberales, desplegaron sus guerrillas con la aparente intención de defender la altura que ocupaban; pero la abandonaron tan pronto como avanzaron aquéllos, que sin resistencia se hicieron dueños de ella. Entonces vió el Coronel Castañón sobre su derecha, en la parte más alta, frente á un bosque, á tiro largo de fusil, otros tres batallones carlistas en líneas de columnas, y comprendió, desde luego, que el objeto de su enemigo había sido atraer la columna al punto que ocupaban los dos batallones primeramente

vistos, que al retirarse se habían situado á la derecha de los otros tres.

El Coronel Castañón contaba en aquellos momentos con un batallón del regimiento de Tetuán, otro del de Cantabria, el batallón de cazadores de Puerto-Rico, dos compañías de Carabineros, una sección de Caballería y otra de Artillería, con dos cañones.

Las tropas carlistas que tenía á su frente eran los cuatro primeros batallones de Navarra, el de cazadores de Azpeitia, el cañón cogido en la acción de Erául y una sección de Caballería, mandados por el General Elío, á quien acompañaban los Generales carlistas Dorregaray, Ollo y Lizárraga.

En vista de todo, formó el jefe liberal su gente en dos líneas, dando frente á la derecha, colocando en batería las dos piezas de que disponía, y con objeto de apoderarse de la posición ocupada por los tres batallones contrarios, dispuso que el batallón de Cazadores de Puerto-Rico y una compañía de Carabineros se dirigiesen hacia ella, protegidos por los fuegos de una pieza; cuatro compañías de Cantabria y la otra pieza debían oponerse á la derecha carlista, y quedaron en reserva un batallón del regimiento de Tetuán, cuatro compañías de Cantabria y una de Carabineros.

Roto el fuego por ambas partes, ceden algo los carlistas en su izquierda; pero los batallones de su derecha acometen rudamente á las compañías de Cantabria y retroceden éstas, obligando al Coronel Castañón á disponer que el batallón de Tetuán les auxilie; observado este movimiento por la izquierda carlista, avanza uno de sus batallones contra el de Cazadores de Puerto-Rico, el cual, y con él dos compañías del batallón de Tetuán, lo reciben á la bayoneta y lo hacen retroceder; avanza otro batallón carlista,

pero es también rechazado, contribuyendo á ello todo el batallón de Tetuán y dos compañías del de Cantabria, sufriendo en ambas cargas numerosas bajas ambos combatientes, pero conservando siempre los carlistas sus primeras posiciones. Por aquella parte de la lucha quedó en poder de los carlistas la cureña de uno de los cañones, por haber sido muerto el mulo que la arrastraba, logrando salvar el cañón los artilleros con el auxilio de una sección de cazadores de Puerto-Rico, al mando del Capitán D. Pedro Marín.

En aquellos críticos momentos observó el Coronel Castañón que avanzaba hacia Udabe uno de los batallones carlistas, con objeto de envolverle, y considerando ya insostenible su situación, dispuso que se retirasen sus tropas, y que dos compañías se posesionasen del pueblo, como lo efectuaron, antes de que lo ocupara aquel Batallón carlista que á él se dirigía. Recibe el batallón de Cantabria á pie firme una carga á la bayoneta y se sostiene, hasta que, acudiendo el batallón de Tetuán en su auxilio, consigue rechazar á los carlistas; la izquierda de éstos ataca de nuevo al batallón de Cazadores de Puerto-Rico, que la espera y recibe con serenidad; pero á pesar de las bajas que los disparos de metralla ocasionan entre los carlistas, siguen éstos su avance heroico, y se apoderan bravamente de un cañón con su cureña, desde cuyo momento cedieron ya el campo los liberales, y precipitaron su retirada, dirigiéndose la mayor parte á Udabe, y el resto, con el Coronel Castañón, á la venta de Lataza.

Los carlistas, con el cañón que habían cogido en Erául y con el que acababan de conquistar en esta otra nueva victoria suya, lanzaron algunas granadas sobre el citado pueblo de Udabe. Las bajas de los liberales consistieron en un oficial y veinticinco individuos de tropa muertos; un jefe,



Exmo. Sr. Conde de Caltavuturo.

ocho oficiales y ochenta y cinco individuos de tropa heridos, y un jefe, cinco oficiales y veintinueve individuos de tropa prisioneros; también perdieron más de cien fusiles, que pasaron á poder de los carlistas, como el cañón y las cureñas de que ya hemos hecho anteriormente mención.

En el parte oficial de aquel hecho de armas (tan glorioso para los carlistas) dado por su general Elío á Carlos VII, encontramos los siguientes detalles:

A vanguardia marchaban los cazadores de Azpeitia; por su izquierda el 2.º de Navarra, y á retaguardia, á modo de reserva, el 4.º de Navarra, que por primera vez entraba en fuego. El 1.º y el 3.º se batían á las órdenes del General Ollo, y amenazaban cortar la retirada á los liberales, por lo cual éstos, desde el principio de la acción, se mantuvieron á la defensiva, formando en batalla y sosteniendo terrible fuego. Cuando empezó á retroceder el Coronel liberal Castañón, ordenó el general carlista Lizárraga al Comandante Iturbe que con seis compañías de Cazadores de Azpeitia se corriese hacia donde aquél se retiraba, y con las otras dos compañías que del mismo batallón quedaban, á las órdenes del Capitán Ichazo, y con su Estado Mayor, cargó de frente al enemigo. Los liberales, como última esperanza de salvación, trataron de que su caballería cargase, pero el cañón que los carlistas habían cogido en Erául hizo tan certeros disparos que desordenó á los jinetes del Coronel Castañón, y les obligó á huir, aumentando así la confusión y el pánico de que su infantería estaba poseída, emprendiendo ya entonces todos la fuga, los unos hacia Udabe y los otros hacia Pamplona.

Como los carlistas habían tomado la ofensiva en terreno casi descubierto, las balas liberales causaron en ellos numerosas y sensibles bajas, que ascendieron á cuarenta muertos y ciento veinte heridos. La carga decisiva á la bayoneta

les costó la pérdida del Coronel Azpiazu, jefe del 4.º de Navarra, que fué acribillado al frente de su batallón, y la del bravo y simpático Conde de Caltavuturo, D. Carlos Caro (hermano de los Duques de Medina-Sidonia y de los Marqueses de la Romana), que á pie y espada en mano cargó con los que se lanzaban á la bayoneta. Fueron heridos gravemente el Comandante D. Emilio Martínez Vallejos y don Romualdo Martínez de Viñalet (hijo del Vice-Almirante de la Armada del mismo nombre y apellido), y cuando llegaba ya á Udabe, cayó herido el denodado Coronel D. Justo Sanjurjo, que mandaba la caballería, y murió á los pocos momentos. También resultaron heridos el Coronel D. Teodoro Rada (a) *Radica*, los tenientos coroneles Senoriain y Mendoza, el Vizconde de Barraut, el Sr. de Zugasti, un ayudante de campo del General Dorregaray y otro del General Lizárraga.

La *Narración Militar de la Guerra Carlista*, escrita por el ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, confiesa (página 23 del tomo tercero) que *este hecho de armas vigorizó, como era natural, el espíritu carlista, levantado ya desde la acción de Erául, si bien en Udabe los liberales se batieron con mayor decisión, y su retirada fué más ordenada* (palabras textuales).

En las páginas 445, 446 y 447 del tomo cuarto (edición de 1877) de la *Historia Contemporánea* del Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, encontramos los siguientes detalles como complemento de los ya expuestos:

«El Teniente Coronel carlista Argila, con parte del segundo batallón de Navarra, quedó en reserva, y su Coronel Radica, con los gastadores y una Compañía del mismo, entró en acción, y aunque se batió brioso tuvo que retroceder al fuerte empuje de los liberales, que dispersaron también al cuarto, que á la primera carga que se dió á la bayoneta perdió ya algunos de sus jefes y oficiales.

El tercer Batallón de Navarra, que había subido al lugar del combate por la izquierda, se presentó impávido detrás del cuarto, contemplando sereno cómo iba dispersado, dejándole pasar, pero sin retroceder un paso el tercero. Creyendo su Coronel, el valiente Lerga, que bastaba un solo esfuerzo para contener y derrotar al enemigo, se adelantó á su Batallón para enseñarle el camino, y gritando: ¡muchachos, á ellos, á la bayoneta! cargaron con tal impetu que detuvieron el avance del liberal, y el Requeté, en tanto, siguió adelante obligando á las fuerzas de Castañón á retirarse hacia Udabe. Recibieron los liberales á los guipuzcoanos con nutridísimo fuego; les causaron grandes pérdidas, y les hicieron retroceder. Entonces fué cuando volvió el 4.º Batallón de Navarra (que antes se habia dispersado), lanzándose á la carga; hiciéronlo también los cazadores de Azpeitia, y se adelantó también á la bayoneta el 2.º Batallón, por la izquierda, obteniéndose con ello ventajoso éxito. . . . .

. . . .

El cañón que perdieron los liberales fué cogido por los sargentos carlistas Echondo é Illeras. . . . .

. . . .

El Coronel carlista Radica, desmontado (por un balazo que le había matado el caballo) persiguió á unos cuantos soldados dispersos hasta la misma puerta de una casa de Udabe, la cual cerraron; y el citado jefe carlista, dando la vuelta se subió al tejado, que tuvo al fin que abandonar, y al retirarse cayó herido de un balazo en una pierna. . .

En el anterior encarnizado combate, que tomó el nombre de Udabe (que por otros fué apellidado de Lecumberri) y que tuvo lugar en sus inmediaciones y altos de Beramendi, unos y otros combatientes pelearon hasta con heroismo, y allí se demostró lo que era ya la guerra civil,

4

la importancia que tenían los carlistas, á los que ya no se podía perseguir con pequeñas columnas, *sino con divisiones y cuerpos de ejército.*

La noticia de este hecho causó grande alarma en Pamplona, donde se apaleó á varios carlistas, y se cometieron algunos excesos, que no honraban á sus autores, como el quemar periódicos, que son tristes resabios de infaustos recuerdos».



CAPÍTULO VI

SAN QUIRSE Y ALPENS

(JULIO DE 1873)

El día 6 de Julio de 1873 penetró el General carlista Savalls en San Quirico ó San Quirse de Besora, rindiendo el destacamento liberal que guarnecía dicho punto, compuesto de cien hombres, que no habiendo querido aceptar las proposiciones que para ingresar en sus filas hízoles el citado General carlista fueron por éste puestos en libertad.

Aquella población fué á poco ocupada por una columna liberal, á cuyo frente marchaba el Coronel D. Miguel de la Vega; pero al penetrar su fuerza en el pueblo, esencialmente carlista, hubo diversas colisiones entre los soldados y los vecinos, pasando de los insultos al terreno de los hechos. Inútiles fueron las gestiones de los oficiales de aquellas tropas á fin de evitar el mal que se preveía. La insubordinación dió lugar á que la columna se entregase á todo linaje de excesos. Hubo incendios y atropellos por parte de aquella soldadesca brutal y arrebatada, que asesinaba sin

compasión, ultrajaba al desvalido y deshonraba á la doncella.

Ante tamaños desórdenes, el coronel que mandaba aquellos batallones se halló impotente, lo mismo que el Gobernador de Vich, Sr. Masnet, que pasó á San Quirse con intención de remediar en lo posible las desventuras de aquella población. Protestó el Coronel Vega de los actos brutales cometidos por sus subordinados, y para imponer el castigo á los culpables pidió al alcalde de San Quirse una relación de los sucesos; pero como comprendiera, al fin, que aquellos crímenes habían de quedar impunes, presentó su dimisión al Capitán general de Cataluña en un oficio (que para honor de tan pundonoroso jefe transcribimos aquí) fundado en sólidas y dignas razones, y que textualmente decía así:

«*Ejército de la República.*—Columna de operaciones.—Excmo Sr.: Ante el funesto desenlace que han tenido las tristes jornadas de los aciagos días 6 y 7 del actual, creo de mi deber presentar respetuosamente mi dimisión, pues aunque todavía puedo contar con soldados dignos, valientes y leales, como el batallón de cazadores de Tarifa y las brillantes secciones de artillería y de caballería de cazadores de Alcántara, los que también, á su vez, se niegan á continuar, para no confundirse con los traidores y cobardes y *mucho menos con los ladrones é incendiarios.*

Sensible y bochornoso me es, Excmo. Sr., el tener que dar este paso, y mucho más por tener que renunciar á combatir á los carlistas; *pero mi dignidad como republicano y como soldado de la patria hacen necesario este sacrificio.*

Vich 9 de Julio de 1873.—Excmo. Sr.: El Coronel,

Miguel de la Vega.»

La columna del Coronel Vega se componía de dos bata-

llones, una sección de caballería y otra de artillería, con dos cañones.

Entretanto, los vecinos de San Quirse de Besora, consternados ante la brutal conducta de la soldadesca republicana, habían acudido á Ripoll, donde se encontraba el General carlista Savalls, quien salió inmediatamente contra los liberales que mandaba el Coronel Vega, enviando por delante, á la carrera, un escuadrón y dos compañías. Los saqueadores é incendiarios, al saber la aproximación de los carlistas, se encontraban ya en un estado tan completo de desmoralización, que no tuvieron ánimo ni disciplina para esperarlos. La vanguardia carlista rompió el fuego sobre ellos, la caballería les cargó con decisión, y fueron tan cortas fuerzas las suficientes para hacer huir, sin oponer ninguna resistencia, á los republicanos; los unos son acuchillados, los otros caen muertos á tiros, y al reconocer el campo los carlistas vieron éstos, horrorizados, que casi todos los republicanos muertos tenían vasos sagrados ó alhajas que acababan de robar en la iglesia, espectáculo que les impresionó grandemente, por lo que, recogiendo piadosamente los objetos robados, los devolvieron á la iglesia, y entraron en el pueblo para ayudar á los vecinos á apagar los incendios que habían prendido los liberales.

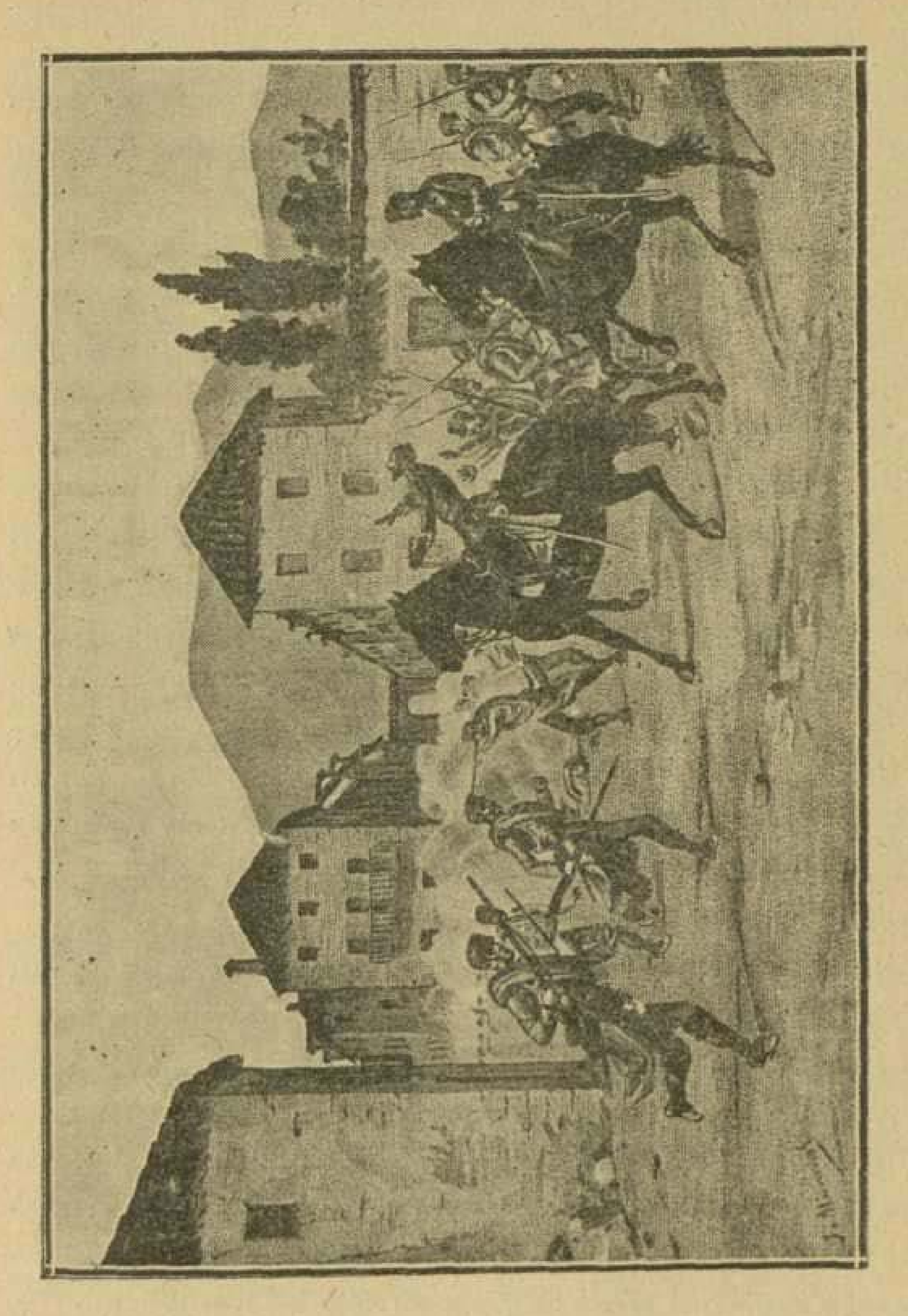
A las seis de la tarde del día 9 de Julio de 1873 llegó el Brigadier liberal D. José Cabrinety á Alpens con tres batallones de infantería, una sección de caballería y otra de artillería, ó sea dos cañones de montaña; en junto, unos mil quinientos hombres.

Dos horas antes habían salido de aquel mismo pueblo,

en dirección á San Quirse, el General en jefe de los carlistas catalanes, Don Alfonso de Borbón y de Austria. Este, con su augusta esposa Doña Nieves de Braganza, y el General Savalls, llevando consigo cinco batallones, pero como éstos eran de corta fuerza, puede calcularse que sólo sumarían unos mil doscientos hombres.

Al saber los carlistas que la columna enemiga del Brigadier Cabrinety llegaba por la parte de Santa Eulalia de Puigoriol, contramarcharon, dirigiéndose de nuevo á Alpens.

Al emprender los carlistas su marcha hacia San Quirse, el que hacía las veces de alcalde en Alpens había inmediatamente mandado un parte al Brigadier Cabrinety noticiándole la salida de Don Alfonso, cuyo parte lo recibió el jefe liberal en la casa llamada *Las Calladas*, desde donde pudo ya él mismo ver cómo luego los carlistas regresaban precipitadamente á Alpens. Desde aquel momento parece ser que su intención fué la de ocupar la población primero que los carlistas por las ventajas que desde el punto de vista estratégico podía ello ofrecerle, y tan seguro debía estar de conseguirlo, que ni siquiera llegó á pensar en que el pueblo estuviera ocupado por los carlistas en todo ó en parte, pues á no ser así, á no estar en esta confianza, no se explica el que se aventurase á entrar en la población, como lo hizo, á la cabeza de una pequeña guerrilla. Sin embargo, algunos carlistas se le adelantaron; entraron en la población primero que él, y convencidos, sin duda, de que el intrépido Brigadier Cabrinety marcharía, como siempre, á la cabeza de las tropas que mandaba, posesionáronse de unas casas que hay bajo la iglesia, y á las primeras descargas de los carlistas cayó aquél mortalmente herido, pudiendo aún sentarse en un banco de piedra de la puerta de una casa inmediata para pronunciar estas palabras:



Muerte del Brigadier Cabrinety en la acción de Alpens

¡Dios mio, soy muerto! El bravo Cabrinety fué, pues, víctima de su confianza, de su valor, y sobre todo de su temerario arrojo.

Las tropas de su columna, parte de ellas en las casas de la calle de Baix, y otras en distintos puntos, se resistieron y batieron con denuedo hasta después de mediada ya la noche, en que ya decidieron entregarse los unos y dispersarse los otros, perdida la esperanza de ser socorridos por la columna del Coronel Vega, á la que habían supuesto en San Boy, y con cuya cooperación habían contado para hacer frente á los carlistas.

El malogrado Brigadier D. José Cabrinety era joven aún, pero tenía una hoja de brillantes servicios; nació en Palma de Mallorca el 21 de Julio de 1822; asistió en clase de cadete, en los últimos años de la primera guerra civil, á la acción de Miravete, á la toma de las fortalezas de Aliaga, de Morella y de Berga y á otras funciones de guerra; tomó parte en los acontecimientos de Zaragoza, en 1843, á favor de la Junta Central, y estuvo en la gloriosa guerra de Africa, perteneciendo á la división del general Echagüe.

Ultimamente, al frente de los regimientos de infantería de Navarra y de América, y luego, como comandante general de la provincia de Lérida, había sostenido larga y ruda campaña contra los carlistas de Cataluña. Fué, indudablemente, uno de los jefes del bando revolucionario que más energía, dotes militares y constancia desplegó en la persecución del General carlista Savalls. Juró defender la situación republicana á costa de su sangre, y su desdichado fin en Alpens demuestra que fué fiel á su palabra. Sus vencedores, los bravos militares carlistas catalanes, nunca hablaron de él más que con el respeto que merecían sus excelentes condiciones de soldado, pues *diferénciase la gue-*

rra de la política, en que los adversarios de campaña, dignos los unos de los otros, concluyen siempre por hacerse recíprocamente justicia, llegando un día en que el aprecio acaba por extinguir el odio en sus corazones, aunque (cumpliendo cada uno con el deber que le impone el leal servicio de su respectiva bandera) continúen siempre combatiéndose, luchando á muerte en los campos de batalla, pero con nobleza.

El Coronel de infantería D. José Pastor, que asumió el mando de la columna del Brigadier Cabrinety al morir éste, en el parte oficial de aquella jornada, que desde Vich dió el 13 de Julio de 1873 al ministro de la Guerra, dice lo siguiente:

«Este acontecimiento (la muerte del Brigadier) causó tal impresión en el ánimo de las tropas, que se declararon en una desbandada fuga; traté de contenerlos y arengarlos, infundiéndoles el valor con mis palabras para vengar la muerte de nuestro digno jefe, pero inútilmente; así es que este movimiento de retirada se verificó sin orden de ningún género, separándose á cada momento fuerzas que, tomando distintas direcciones, iban á caer en poder del enemigo.

Por último, el que suscribe, Excmo. Sr., seguido de unos veinte soldados y algunos oficiales (de esta fuerza muy pronto me ví abandonado), pudo, merced á la sombra de la noche, ganar la salida del círculo de fuego en que durante siete horas estuvo encerrado con la columna, pudiendo observar desde la posición que ocupaba, que á las dos de la mañana, hora en que cesó del todo el fuego, fueron sucesivamente entregándose las tropas á la voz de *¡Hay cuartel y viva Carlos VII!*»

Según este parte oficial, el Brigadier Cabrinety cayó

herido cuando disponía el emplazamiento de su artillería, la cual cayó toda ella en poder de los carlistas.

Nuestro inolvidable amigo el ilustrado y bizarro Teniente Coronel de zuavos carlistas D. Gabriel J. Llompart, en un artículo titulado *Acción de Alpens* que publicó en la Ilustración Militar-carlista, titulada *El Estandarte Real* (número del mes de Octubre del año 1890), cuenta, entre otras cosas, lo siguiente:

«Hallábase éste (el Brigadier Cabrinety) el 20 de Junio de 1873 en Igualada, y decidido á emprender una activa persecución contra nosotros, salió al día siguiente para La Llacuna, Torrellas de Foix, La Juncosa y Villarrodona, apenas tuvo noticia de que las tropas carlistas que operaban en la provincia de Barcelona habían descendido de la alta montaña, después de haberse incorporado á ellas el Infante Don Alfonso.

Cruzados algunos tiros entre las fuerzas de ambos ejércitos en las cercanías de Olot y San Feliu de Laserra; herido el amor propio de Cabrinety á consecuencia de un choque habido en las inmediaciones de Prats de Llusanés con Don Alfonso, en el que, ocupando los carlistas el Grao de Torruella, apoyando su derecha en la ermita de San Julián y su izquierda en la llamada Cadira de Galcerán, fueron rudamente atacados por las tropas liberales, que á la postre tuvieron que huir á la desbandada á guarecerse en el pueblo; eclipsada por éste y otros encuentros la buena estrella de aquel Brigadier liberal; burlado su espionaje y deshechos á veces en un minuto los planes en que cifraba los más halagüeños resultados, por las hábiles operaciones de su enemigo, salió al amanecer del día 9 de Prats de Llusanés, y anhelante de vengar el descalabro que sufrieron recientemente en San Quirico de Besora fuerzas del gobierno, tomó el camino de Alpens.

Dos días antes llegamos los zuavos con SS. AA. á unas casas de campo de la sierra de Viure, situada entre Gironella y Prats, pernoctando el día 8 en Alpens, en donde nos entregaron uniformes, mantas y mochilas. Los batallones de Savalls, Auguet y Vila del Prat llegaron á dicho pueblo el 9, y juntos emprendimos la marcha hasta Alou, cuya aldea abandonamos después de una hora de descanso, volviendo á la misma población que horas anteriores nos había albergado.

Apenas el batallón de Auguet tomó posesión de Alpens, una nutrida descarga de fusilería anunció que la columna Cabrinety pugnaba por desalojarle, y fué su estruendo la señal precursora de aprestarse al combate con heroismo.

Vila del Prat se desplegó á la derecha del pueblo; Savalls á la izquierda; nosotros operamos un movimiento para envolverles la retaguardia, encerrada en unas casas de campo llamadas Graell y la Vall, y D. Juan Camps aceleró su marcha cuando el ruido del bregar le dió conocimiento del suceso, presentándose de improviso en el único camino por el que hubieran podido fugarse los que habían de ser derrotados.

Al entrar Cabrinety en el pueblo le reciben los nuestros con una descarga que anonada y dispersa á sus tropas; en vano á la cabeza de la vanguardia carga impetuosamente á la bayoneta: los voluntarios carlistas le rechazan con heroismo, obligan á sus enemigos á encerrarse en las casas del arrabal, y Cabrinety cae mortalmente herido. Desalentados los soldados por ver unos á su General ya difunto, y otros por encontrarse rodeados por un círculo de fuego, empezaron á rendirse, y á media noche teníamos en nuestro poder el cuerpo del famoso Cabrinety con toda su columna, que la componían los tres batallones de cazadores

de las Navas, de Madrid y de Mérida, dos piezas de artillería de montaña, cuarenta y seis caballos de cazadores de Tetuán y toda la brigada con dinero y municiones de artillería é infantería. La bandera de nuestro batallón de Zuavos fué atravesada por dos balas.»

En las páginas 9 y 10 del tomo 5.º (edición de 1878) de la *Historia Contemporánea,* dice el académico de la Real de la Historia, D. Antonio Pirala, lo que á continuación se expresa:

«Al encontrarse Cabrinety con Savalls en Prat de Llusanés, á pesar de marchar su columna dividida en fracciones, atacó sin ordenar su gente; arremetió el carlista con más orden; arrolló á los liberales, y gracias á la serenidad del jefe no fué completamente derrotada la columna.

Otro triunfo obtuvo Savalls el 7 de Julio en San Quirico de Besora, obligando á capitular á dos compañías del regimiento de América. . . . .

. . . .

Creía quizá Cabrinety que á fuerza de encuentros, siquiera fueran éstos desgraciados, subordinaría su tropa, y marchaba en busca del enemigo, como si fuera presa de un vértigo, sin que lo pasado le aprovechara ni la audacia del enemigo le precaviera. Parecía impulsado á hallar un fin funesto. . . . .

. . . .

En el combate de Alpens se apoderó el terror y la confusión de toda la tropa; algunos tímidos jefes y oficiales se ocultaron, y otros buscaron valientes gloriosa muerte peleando; mas como los carlistas tenían cercado bien el pueblo, los que no murieron quedaron prisioneros, ascendiendo éstos á unos *ochocientos*, cincuenta caballos, dos piezas de artillería, cuarenta y os mulos, dinero, material sani-

tario, armamento y equipos. Terrible para los liberales y fausto para los carlistas fué este día 9 de Julio, que valió á Savalls un título y á su gente una condecoración.

Gran pérdida fué para la causa liberal la de Cabrinety. No era un militar de estudio ni de ciencia; pero era un verdadero guerrillero, incansable, de ingenio natural, conocedor del terreno, marchando siempre á pié, montando sólo en las acciones para estar con prontitud en todas partes, al revés de lo que otros hacían, y querido del soldado, porque á la vez que severo era justo y sabía halagar el amor propio é imponer el cumplimiento de los deberes. Cuantos habian servido á sus órdenes lloraron su muerte, y la lloraban cuantos le habían tratado, por el buen recuerdo que dejaba en todos los pueblos. Unicamente los carlistas la celebraron: Savalls se vió libre de su mayor enemigo, del que siempre le iba á los alcances, del que parecía adivinar sus pensamientos. Así celebró tanto el hecho de Alpens; le aplaudió Don Alfonso y le conmemoró don Carlos.»

De la sensación que esta victoria de los carlistas causó en toda España, y especialmente en Barcelona, se da alguna idea en la página 367 del tomo 2.º de la obra *Anales de la guerra civil*, en la que ya se dice que apenas se tuvo conocimiento de aquella memorable jornada en la capital del Principado, reuniéronse en la Capitanía general todas las autoridades, los diputados á Cortes, los presidentes de los Comités y Clubs Republicanos y los jefes de los batallones de la Milicia Nacional para ocuparse de la situación en que quedaba Cataluña, de las resoluciones que se debían tomar con carácter de urgencia para acudir contra los carlistas y de los medios para atender á los gastos de la guerra.

El título que Carlos VII concedió al General Savalls fué

el de Marqués de Alpens, y la medalla con que agració á cuantos militares carlistas se batieron en aquella acción tan gloriosa para sus armas catalanas consistía en una corona de laurel ó roble entre cuatro lises (de plata para la oficialidad y de bronce para la tropa), en cuyo anverso se leía: *Alpens 9 de Julio de 1873*, y en el reverso: *¡Adelante! Esta es mi divisa, Carlos.*



CAPÍTULO VII

BAGÁ É IGUALADA

(JULIO DE 1873)

A las victorias de San Quirse y de Alpens, obtenidas por los carlistas catalanes, siguieron otras, alcanzadas también en aquel mismo mes de Julio del año 1873, que resultó glorioso para sus banderas. El día 11 se presentaron ante la villa de Bagá, guarnecida por una compañía del regimiento de Saboya, á la que intimaron la rendición. Había entre aquellos republicanos un oficial carlista, el señor Cantarero, y varios soldados que también profesaban las ideas tradicionalistas, quienes influyeron de tal manera en el ánimo de sus compañeros, que al segundo cañonazo que se les disparó se apresuraron todos á rendirse sin sostener combate, ingresando, desde luego, en las filas carlistas el Sr. Cantarero y la mayor parte de sus soldados; los que no quisieron seguir su ejemplo fueron tratados admirablemente por los carlistas y enviados á reunirse con los prisioneros hechos poco antes á la columna del malogrado Brigadier Cabrinety.

En honor de los carlistas catalanes, y especialmente de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, á quien han motejado de cruel algunos liberales más sobrados de espíritu de partido que de conocimientos históricos, podemos copiar aquí el siguiente documento, dirigido por el Coronel de Estado Mayor carlista D. Domingo Caralt al Capitán general de Cataluña, desde Prats de Llusanés, al día siguiente de la toma de Bagá, cuyo documento figura en las páginas 286, 287 y 288 del tomo 9.º de la *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por el ilustre cuerpo de Estado Mayor del ejército, por cierto que al pié de dicho documento se hace constar con la caballerosidad tan notoria en cuantos visten su glorioso uniforme, que *no saben si fué contestado aquel escrito del Coronel de Estado Mayor carlista, porque los jefes y oficiales de Estado Mayor encargados de escribir la magnífica obra oficial ya citada no han encontrado más antecedentes acerca del particular.*

El interesante documento á que nos referimos, muy digno de no ser olvidado, dice así:

«Excmo. Sr.:

La justicia y la moral, de consuno, están interesadas en que la guerra civil que aflige á nuestra desgraciada patria deje de presentar la fisonomía salvaje con que hoy se manifiesta y el carácter sanguinario y feroz que tan tristemente la distingue.

Si las profundas divisiones y amargas diferencias que despedazan á la nacionalidad española, hacen necesario é indispensable el estado de lucha que desgarra el noble corazón de este desventurado país, deber ineludible es de aquellos á quienes están encomendados el gobierno y la dirección de las fuerzas beligerantes, buscar con empeño el plantear con celo y abnegación los medios que puedan contribuir á hacer menos sensibles y más llevaderos los

innumerables quebrantos é inevitables trastornos que el azote de la guerra lleva siempre consigo.

Comprendiéndolo así S. A. R. el serenísimo Infante Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, General en jefe de este ejército, me ordena dirigirme á V. E. á fin de proponerle, en nombre de la humanidad y de la civilización, una base ó arreglo que, sin prejuzgar la grave cuestión del reconocimiento como beligerantes á favor de los ejércitos legitimistas, contribuiría poderosamente á evitar los actos de crueldad y las escenas de barbarie que con tan inusitada frecuencia se producen de algún tiempo á esta parte, en mengua de la proverbial honradez y generosa hidalguía de que siempre ha blasonado el carácter español.

Esa transacción, que podría llamarse también un *modus vivendi*, en nada menoscabaría los intereses que representan el orden de cosas á cuyo servicio está V. E. consagrado, ni lastimaría los derechos que bajo este punto de vista pudieran asistir á las instituciones que defiende.

Hora es ya de que el derecho de gentes recobre su imperio protegiendo á los infelices condenados por el infortunio á sufrir la triste condición que está reservada á los prisioneros de guerra; hora es ya de que el olvido de esas mismas leyes en que sistemáticamente viven muchos de los subordinados de V. E. no continúe haciendo cada día más inminente el uso de sangrientas represalias; hora es ya, en una palabra, de que se haga la guerra con la templanza de unos países civilizados y con la magnanimidad que debe presidir todos los actos de los pueblos que poseen una historia grande y gloriosa.

Para conseguir esto, lo primero que procede es establecer el canje de los prisioneros de guerra, proposición que solemnemente hago á V. E. en nombre de S. A. R.

En poder de este ejército se encuentran hoy, entre otros,

los que componían la fuerza acaudillada por D. José Cabrinety, haciendo imposible su gran número que sean tratados con la consideración y miramientos debidos á la desgracia. Está, por lo tanto, en el interés de V. E. y en el de las fuerzas que militan á sus órdenes poner término al estado aflictivo en que se hallan sus antiguos compañeros de armas, y el único medio para conseguirlo es el aceptar el canje. Si contra lo que S. A. R. espera, no estuviera en los planes de V. E. aceptar esta proposición, ó, aún estándolo, influencias ó móviles ajenos á su voluntad le imposibilitaran efectuarlo, se reserva en este caso el Infante General en jefe toda su libertad de acción para proceder según sea conveniente, rechazando toda la responsabilidad de las dolorosas consecuencias que puedan acarrear la ceguedad ó la pasión política de quienes hayan antepuesto su vanidad ó su orgullo á los intereses sagrados de la sociedad y de la Patria.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Cuartel general de Prats de Llusanés, Julio 12 de 1873. —Excmo. Sr.: El coronel encargado del Estado Mayor General, *Domingo de Caralt.*—Excmo. Sr. Capitán general de Barcelona.»

Los canjes propuestos desde el principio de la guerra por los carlistas no llegaron á tener lugar durante el tiempo en que imperó la República en España, sino encontrándose ya ésta derrocada, sustituída por Alfonso XII; á poco de proclamarle Rey el General Martínez Campos se apresuró á tratar con los carlistas de celebrar un *Convenio para el canje de prisioneros y socorro de heridos en Cataluña,* cuyo *Convenio* fué firmado en su *Cuartel general de Suria* el día 13 de Febrero de 1875 por *el Teniente General Comandante en jefe del Ejército Real Carlista* Rafael Tristany, y por *el Teniente General, General en jefe del Ejército Real Al-*



SS. AA. RR. Don Alfonso de Borbón y Doña Nieves de Braganza de Borbón en campaña por Cataluña
(Cuadro del pintor extranjero Sr. Kossak.)

fonsino, Arsenio Martínez de Campos, en Barcelona, el día 25 de Febrero de 1875. También en los ejércitos carlistas del Norte y del Centro se sostuvieron las negociaciones oportunas para celebrar otros canjes, siendo los principales de ellos el de Viana, en el Norte, y el de Cabanes, en el Centro.

El día 18 de Julio de 1873 entraron por primera vez los carlistas en Igualada. Estaba esta población guarnecida por un batallón del regimiento de Navarra, otro de voluntarios de la República y gran número de vecinos que bravamente tomaron las armas para auxiliarles en la defensa, y al ataque concurrieron á las órdenes del Infante Don Alfonso tropas de los generales carlistas Savalls y Tristany, sumando un total de tres mil hombres con doscientos caballos y tres cañones.

Entraron los carlistas en la población con irresistible brío, y la conquista de cada palmo de terreno les costaba gran número de víctimas. Avanzaron por la calle de la Soledad, perforando edificios, hasta llegar á la capilla del mismo nombre, donde la lucha se hizo más intensa. Los voluntarios de la Libertad lograron detener el avance y aún hacerles retroceder; pero otro nuevo esfuerzo de los carlistas les permitió avanzar, penetrando en el Ateneo y siguiendo hasta la calle de la Amnistía, en donde se volvió á empeñar otra lucha con los defensores de Igualada, que habían levantado algunas barricadas y combatían en ellas parapetados. Ganado todo el terreno que dista desde la entrada de la población hasta la Casa-Ayuntamiento, éste fué el refugio de algunos soldados, que tuvieron que abandonarla y que rendirse al verse acorralados por las llamas.

La iglesia fué el último baluarte de los igualadinos; algunos se defendieron desde la torre, consiguiendo mermar las fuerzas del General carlista Savalls. La primera idea de los carlistas para abrirse entrada fué el empleo del petróleo; pero como las puertas se hallaban forradas de metal, no obtuvieron resultado alguno, por lo cual se abrieron brecha con algunos disparos de cañón. No pudiendo ni aún así penetrar, tuvieron los carlistas que ir tomando una á una todas las barricadas después de dominar por todas partes la tapia aspillerada que protegía la población, y cuando después de treinta y seis horas continuas de combates fué rechazada la columna del Coronel Martí (a) *Xich de las Barraquetas,* que con mil quinientos hombres acudía en socorro de Igualada, capitularon, al fin, sus bizarros defensores, cesando ya aquella lucha reñidísima, la más encarnizada de las sostenidas hasta entonces en Cataluña.

Hé aquí algunos detalles de la toma de Igualada: A las ocho de la mañana llegaron los carlistas á la vista de la población, á la que se intimó la rendición, y, como no contestara, una vez distribuídas las fuerzas, mandaron al tercer batallón de Barcelona (en el que militaban más de cien hijos de Igualada) á apoderarse de las casas de una parte del paseo, lo que ejecutó á paso de carga; pero quedó parado, sin poder adelantar más por estar todas las bocacalles de la otra parte del paseo tapiadas, aspilleradas y defendidas por tambores y obras aspilleradas.

Aquello duró así dos horas. El 4.º batallón de Barcelona y el 1.º de Gerona fueron destinados para el ataque de la parte del Hospital y portal de Barcelona; el 1.º y 2.º de Barcelona se destinaron al ataque del portal de San Agustín y al de una torre y Convento del mismo nombre, que eran fuertes inexpugnables, no disponiéndose más que de cañones de poco calibre.

Distribuidas así las fuerzas, empezó un ataque general, realizando los asaltantes actos de heroico valor, despreciando la vida y sacrificándose á docenas para seguir avanzando. Voluntarios carlistas hubo que, cargados con escaleras, y otros con ladrillos en las manos para tapar las aspilleras, llegaron hasta los parapetos y cayeron víctimas de su arrojo al pie mismo de los tambores en que se guarecían sus enemigos. Fuerte, atrevido y hasta temerario fué el ataque; caían unos voluntarios carlistas y eran al momento reemplazados por otros; la sangre se derramaba á torrentes, pero todo iba resultando en balde; desde las aspilleras, ventanas, azoteas y fábricas, convertidas en especie de fuertes, se hacía nutrido y mortífero fuego; los carlistas tenían que tomarlo todo á pecho descubierto, y las víctimas se sucedían sin conquistar gran terreno.

Para economizar vidas dispuso el General Savalls conservar las posiciones conquistadas, esperando en ellas á que llegase la noche para dar entonces el ataque decisivo. Entretanto, llegaron por la parte de Capellades y Torre de Claramunt los batallones del Coronel Martí (a) *Xich de las Barraquetas*, arrastrando detrás de ellos á muchos republicanos, que creyeron fácil cosa ahuyentar á los carlistas. Atrevidos, lograron algunos de ellos casi penetrar en Igualada; pero el Brigadier carlista Auguet, al frente de tres compañías y del escuadrón de voluntarios de Gerona, les salió al encuentro, y atacándoles con su acostumbrado arrojo, puso bien pronto en retirada al *Xich de las Barraquetas*, quien no paró hasta San Sadurní, á ocho horas de Igualada, sembrando el pánico en las poblaciones, á su paso por ellas. Durante el breve combate con esta columna republicana, llegaron á Igualada otros dos batallones carlistas, uno de Lérida y otro de Tarragona, los que, destinados á tomar unas fábricas de la parte del río, sufrieron

grandes pérdidas, pues hubo fábrica que se tomó y perdió dos ó tres veces por ambas fuerzas combatientes.

Por fin, á las once de la noche atacaron decisivamente los carlistas por todas partes, con tal furia y con tanto desprecio de la vida, que los republicanos empezaron ya á cederles terreno; cinco voluntarios carlistas, arrastrándose por el suelo, llegaron á pegar fuego á las puertas del portal de Barcelona; otros ocho, metidos en un carro, tirado por dos más, se acercaron á la puerta de Odena, saltaron por encima del carro á la muralla, de la cual huyeron entonces los defensores, y abierto el portal por aquellos héroes, entró ya en la villa gran parte de las fuerzas carlistas que hacía dieciséis horas que peleaban sin comida ni descanso. Por todas partes se oían toques de ¡á la bayoneta!, entusiastas gritos de ¡adentro!, y á pesar del heroísmo de los republicanos, fueron éstos arrollados y empujados al interior de la población, cuyas calles y plazas estaban llenas de barricadas, imposibles de conquistar todas á pecho descubierto, defendidas como lo estaban por republicanos valientes y expertos tiradores.

Los carlistas entonces, para economizar sangre y tiempo, atravesaron por las casas; derrumbando tabiques en unas y abriendo aspilleras en otras, se fueron acercando hasta llegar á dominar por todas partes las barricadas. A las ocho de la mañana pocas de éstas eran ya las que seguían en poder de los republicanos; pero eran las más formidables y mejor defendidas; se encontraban hacia el centro de la población, cerca del cuartel y de la Casa-Ayuntamiento; por allí se habían refugiado todos los que se habían retirado de las murallas y de las demás barricadas; su fuego era asaz mortífero, tenaz su resistencia; pero había que conquistarlas á todo trance. Estaba en la Rambla una de ellas, la más importante, la que más daño causaba

á los carlistas, porque sus fuegos batían varias calles; á su asalto se lanzaron los zuavos seguidos por una compañía de voluntarios de Gerona; atacaron de frente la barricada; el fuego que hubieron de sufrir fué horroroso, causándoles muchas bajas, y los carlistas llegaron á detenerse. Entonces el Comandante de los zuavos (en cuyo batallón militaban varios oficiales que habían servido con Don Alfonso en el Cuerpo de zuavos pontificios), el valiente Comandante Mr. Ignacio Wils, para reanimar á su tropa, ordenó desplegar la bandera de su brillante batallón, que ostentaba la imagen del Sagrado Corazón, y con ella al frente dirigiéronse de nuevo los zuavos al asalto; pero el abanderado cayó muerto á balazos; en aquel momento crítico el bravo Comandante Wils recogió del suelo la bandera, y á los gritos de *¡A mí, zuavos!* y de *¡Viva la Religión!* llegó, tremolando la bandera, hasta tocar la misma barricada, y á su pie cayó también, atravesado por tres balazos. Antes de morir arrojó la bandera á la misma barricada donde estaban los republicanos para así obligar más á sus voluntarios al asalto, á fin de no pasar por la vergüenza de verla en poder del enemigo. En efecto: *¡A la carga, zuavos, que si no, perdemos la bandera!,* exclamó un oficial, y los heroicos zuavos, despreciando la muerte, asaltaron la barricada y recuperaron su querida bandera, matando á bayonetazos á los republicanos de aquella barricada, cuya pérdida fué como el golpe de gracia del ataque y conquista de Igualada; atacados con igual bravura los demás republicanos hubieron de rendirse todos á discreción, incluso los que se defendían en la iglesia y el campanario, entregando todas sus armas y pertrechos de guerra, no salvando más que la vida.

Ninguna represalia tomaron los carlistas, á pesar de los varios asesinatos que cometieron los republicanos en los carlistas que llegaron á coger al principio del combate: todo



Capitán de Zuavos Carlistas
(Cuadro del célebre pintor D. José Cusachs, Capitán de Artillería del Ejército alfonsino)

lo perdonó el Infante y General carlista, y hasta llegó á conceder la libertad á los paisanos que habían auxiliado con las armas en la mano á las tropas republicanas, si bien les exigió (como era muy natural) que diesen su palabra de honor de no volver á pelear contra los carlistas.

La resistencia de los republicanos fué desesperada; no escasearon recursos ni ingenio para la defensa; pero al fin resultó inútil todo ante la tenacidad y el heroísmo de los carlistas catalanes, entre los que se distinguió también por su serenidad y su bravura el Brigadier D. Martín Miret, que fué quien prendió fuego á los combustibles arrimados al principal fuerte de los republicanos, quienes por las aspilleras hacían un fuego horroroso, del que se salvó milagrosamente aquel bravo jefe carlista, que fué luego el primero que entró en él, espada en mano, dando alto ejemplo de bizarría á sus valientes voluntarios.

Entre los republicanos que defendieron Igualada, merecen especial recuerdo, por lo heroico de su comportamiento, el Gobernador Militar, Teniente Coronel D. Francisco García Muñoz; el Comandante D. Agustín Serra; los Capitanes D. Francisco Moya y D. Valeriano Vilacañas; el Teniente D. Julián Fernández; los Alféreces D. Manuel Monforte, D. Victoriano Camacho y D. Dionisio García; el Médico Militar D. Ricardo de Barberá y el sargento D. José Llaseras.

Los republicanos, además de perder las armas de dos batallones, cuyos individuos quedaron casi todos prisioneros, tuvieron noventa muertos y ochenta y cuatro heridos; las bajas de los carlistas (cuyos datos exactos no hemos encontrado en ninguna parte) fueron mucho mayores, lo cual no es de extrañar ya que á pecho descubierto hubieron de sostener casi siempre la pelea.

El Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pi-

rala, después de describir la victoria obtenida por los carlistas en Igualada, dice lo siguiente: «Los anteriores sucesos no podían menos de alarmar la opinión pública liberal, y empeorar por el pronto la situación de Cataluña. Se abandonaron todos los pequeños destacamentos; Manresa se aprestó á la defensa, construyendo barricadas en el interior de la ciudad, no confiando sin duda en el recinto; Vich aumentó sus obras defensivas; lo mismo hicieron Mataró, Villanueva, Villafranca y otras poblaciones; abandonaron á Solsona la tropa y los voluntarios de La Libertad; y las operaciones se limitaron á recorrer las comarcas menos montuosas y más abrigadas por puntos fortificados».

Ya que tan brillante papel jugó la bandera de los zuavos en el asalto de Igualada, consideramos oportuno dar aquí los siguientes datos que extractamos de un hermoso artículo que con el título de *Bandera del Batallón de Zuavos* publicó la Ilustración Militar Carlista *El Estandarte Real* en su número del mes de Agosto del año 1890.

Aquella bandera fué bordada en un convento de Vigne y regalada al Batallón por la Infanta Doña María de las Nieves de Braganza de Borbón. Se bendijo solemnemente en Suria el día 1.º de Julio del año 1873, en presencia de los Infantes; después de su bendición la tomó Don Alfonso, y delante del altar la entregó al Comandante de Zuavos D. Ignacio Wils, quien diez y ocho días después murió tremolándola al pie de una barricada. El 9 de Julio de aquel mismo año 1873 recibió la bandera su bautismo de fuego, siendo apadrinada por los Infantes; tuvo esto lugar en el combate de Alpens, en una posición que defendía dicho batallón y en la que se encontraban presentes SS. AA.;

desplegada al lado suyo recibió el primer balazo. Después de haber rechazado al enemigo que con ímpetu y arrojo trató de apoderarse de la posición indicada, los zuavos, á los gritos de *¡Viva el Sagrado Corazón de Jesús! ¡Viva la Virgen Inmaculada! ¡Viva Carlos VII! ¡Viva Pío IX! ¡Viva nuestro Infante y General en Jefe!*, se tiraron al asalto de unas casas cerca de dicho punto, donde parte del enemigo se había refugiado, y de las que, á pesar de la resistencia que dicha fuerza enemiga hizo, se apoderaron muy pronto.

En aquella misma victoria carlista de Alpens, el segundo batallón de Gerona, al mando de su intrépido jefe Auguet, y con su bizarro Comandante Vila de Viladrau á la cabeza, se batía también heroicamente en la población, desalojando al enemigo, una tras otra, de las casas que ocupaba. Pocas eran ya las que les quedaban; pero entre esas pocas había una que, por su ventajosísima posición y por ser casi inexpugnable, era donde se había refugiado la casi totalidad de la fuerza republicana, y desde donde, con tales ventajas, creía poder esperar la llegada de refuerzos.

Los zuavos buscaban inútilmente la manera de apoderarse de dicha casa, pues que, careciendo en absoluto de artillería los carlistas, no podían éstos abrir brecha en ella, resultando así dificilísimo y temerario el asalto, puesto que el certero y continuo fuego del enemigo hacía inútil el sacrificio. Por fin, y en medio de una lluvia de balas, el Comandante de Zuavos D. Ignacio Wils saltó sobre una murallita que daba al patio de la casa y arengó á sus fuerzas para el asalto; pero al ver que no hacía gran efecto su excitación por lo temerario de la empresa (pues una vez en el patio parecía que habrían de ser abrasados á tiros todos los que en él se arriesgasen), cogió la bandera, y al grito

de *¡A salvarla!*, tiróla él mismo al patio, lanzándose tras de ella como una fiera; su mismo temerario ejemplo siguieron el Capitán Giner y todos los demás zuavos que allí se hallaban; el enemigo, pasmado ante tan loco ataque, y atribuyendo la osadía de los carlistas á alguna circunstancia extraordinaria y favorable para éstos, perdió el ánimo y se rindió después de una corta resistencia, pudiendo decirse que la pérdida de aquella casa tan fuerte, por parte de los republicanos, fué la que acabó de decidir ó abreviar la victoria carlista.

En cuanto á la conquista de Igualada, ya hemos mencionado en este mismo capítulo la activa parte que en ella hubo de tomar la bandera de los zuavos; réstanos solamente decir que el abanderado que allí alcanzó gloriosa muerte se apellidaba Defrance, y había sido instructor de Don Alfonso en Roma, cuando dicho infante ingresó en el famoso Cuerpo de Zuavos Pontificios.

En todos los combates sucesivos también la bandera de los Zuavos tomó parte altamente honrosa.

En la acción de Gandesa (acaecida el día 4 de Junio del año 1874), en la cual el batallón de Zuavos fué diezmado, cayó herido el abanderado, alférez Castilla; y recogida su bandera por el Comandante Giner (sucesor del heroico Wils), también Giner fué herido; la bandera, entonces, fué salvada por D. Augusto Wils (hermano del difunto D. Ignacio), que la recogió casi á los piés de los caballos republicanos. Dos abanderados murieron en otras acciones, sintiendo nosotros en el alma no poder honrar con sus nombres estas páginas. Después de escrito lo anterior hemos tenido el gusto de adquirir el retrato del bravo Comandante de Zuavos D. José Giner, averiguando al propio tiempo que era natural de Alicante; que cuando peligró el poder temporal de Pío IX se fué á Roma, alistóse allí en el dis-

tinguido Cuerpo de Zuavos Pontificios; batióse heroicamente en el célebre combate de la Puerta Pía, de Roma, á las inmediatas órdenes del Infante Don Alfonso. Después salió á campaña con el General carlista Castells, siendo uno de los que le acompañaron desde el mismo Gracia (Barcelona); cuando se organizó el Batallón de Zuavos carlistas ingresó en él con el empleo de Capitán; conquistó en Igualada el ascenso á Comandante; sucedió al heroico Wils en el mando de los Zuavos; distinguióse especialmente en el asalto de Manresa, y de resultas de la herida que recibió en la acción de Gandesa, defendiendo bravamente su bandera, falleció al día siguiente en el inmediato pueblo de Corbera.



CAPÍTULO VIII

CASERRAS - GIRONELLA

(16 de Agosto de 1873)

A principios de Agosto encontrábanse guarneciendo la plaza de Berga un Batallón del Regimiento de Infantería de Extremadura, otros dos de Francos, á las órdenes del Coronel Martí, y el 7.º de movilizados; escaseábanles las municiones de boca y guerra, y en vista de ello dispuso el Capitán General interino de Cataluña D. Alejo Cañás, que se acudiese en auxilio de aquella población.

El Brigadier D. José de los Reyes, Gobernador Militar de la provincia de Gerona por la República, recibió orden de marchar á Vich con las fuerzas que pudiera disponer, recoger allí tres batallones y continuar hacia Berga, subordinando su marcha á la protección de un convoy, que, escoltado por otra columna al mando del Coronel don Ginés Casanova, debía salir de Manresa para aquella plaza. El Brigadier Reyes partió de Gerona el día 11 con el 5.º batallón Franco-Móvil, los carabineros, dos cañones y un escuadrón; después de unírsele en Besalú (centro de

operaciones de la columna) los regimientos de Infantería de San Fernando y de Navarra y alguna otra fuerza, llegó á Vich en la tarde del 13. En este último punto se le agregaron mil hombres del Regimiento de Infantería de América y los batallones de cazadores de Tarifa y de Béjar, dos cañones de Montaña y un Escuadrón del Regimiento de Alcántara. Al frente de todas aquellas tropas salió para Avinyó, al amanecer del 14.

Con parte de los regimientos de Infantería de Cádiz y de Bailén, tres compañías del de América, una de Ingenieros, los batallones de Cazadores de Cataluña y de Cuba, dos cañones de Montaña y la Caballería de la columna del Teniente Coronel Hellín, se formó la del Coronel Casanova, partiendo ésta de Manresa para Berga, el 14, con un pequeño convoy de municiones, pues el comercio de la primera de dichas poblaciones se negó á remitir víveres por su cuenta á la segunda, siempre que de ello no respondiera personalmente el jefe de las fuerzas del ejército republicano.

Como se ve, fueron numerosas, y de todas armas, las tropas liberales que por aquellos días se reunieron en la comarca de Berga. A pesar de ello, presentóles combate el General carlista Savalls, consiguiendo con ello una nueva victoria, aunque no pudo disponer de tantas fuerzas como sus enemigos.

Serían las cinco y media de la tarde del día 16 cuando las tropas liberales se encontraron con los carlistas, que les esperaban en el espacio que media entre los pueblos de Caserras y de Gironella.

Trabóse un reñidísimo combate, en el que jugaron con el mayor denuedo las tres armas, haciéndose los disparos de Artillería y las descargas de fusilería con una rapidez asombrosa.

La noche, que iba á echarse encima, alentó á los carlistas á reportar mejor provecho y más rápidas ventajas de las que ya les daba la intrepidez y acierto con que luchaban.

El General Savalls, en alta voz y con ánimo esforzado, preguntó á sus voluntarios si estaban decididos á vencer ó morir. Un *sí* unánime fué la contestación de aquellos bravos, que á los gritos dados por su General de *¡Viva la Religión! ¡Viva el Papa!* y *¡Viva Carlos VII!* se lanzaron sobre los republicanos, quienes ocupaban los mejores puntos estratégicos. Bien pronto vieron que para desalojarles del campo tenían que recurrir al puñal y á la bayoneta, y á ello se arrojaron, embistiendo con tal fiereza, que por espacio de algunas horas esgrimieron aún más el puñal que el fusil, causando al ejército republicano tal carnicería, que de las dos primeras compañías con que tropezaron en su carga, casi todos los soldados resultaron muertos ó cayeron heridos; arrollaron acto seguido á cuatro compañías más, en el seno que ofrecía un montecito, quedando todas destrozadas, y apoderándose los carlistas de un cañón y de muchos de los caballos de la caballería republicana.

La lucha cesó á las nueve de la noche, habiéndose roto el fuego á las cinco y media de la tarde.

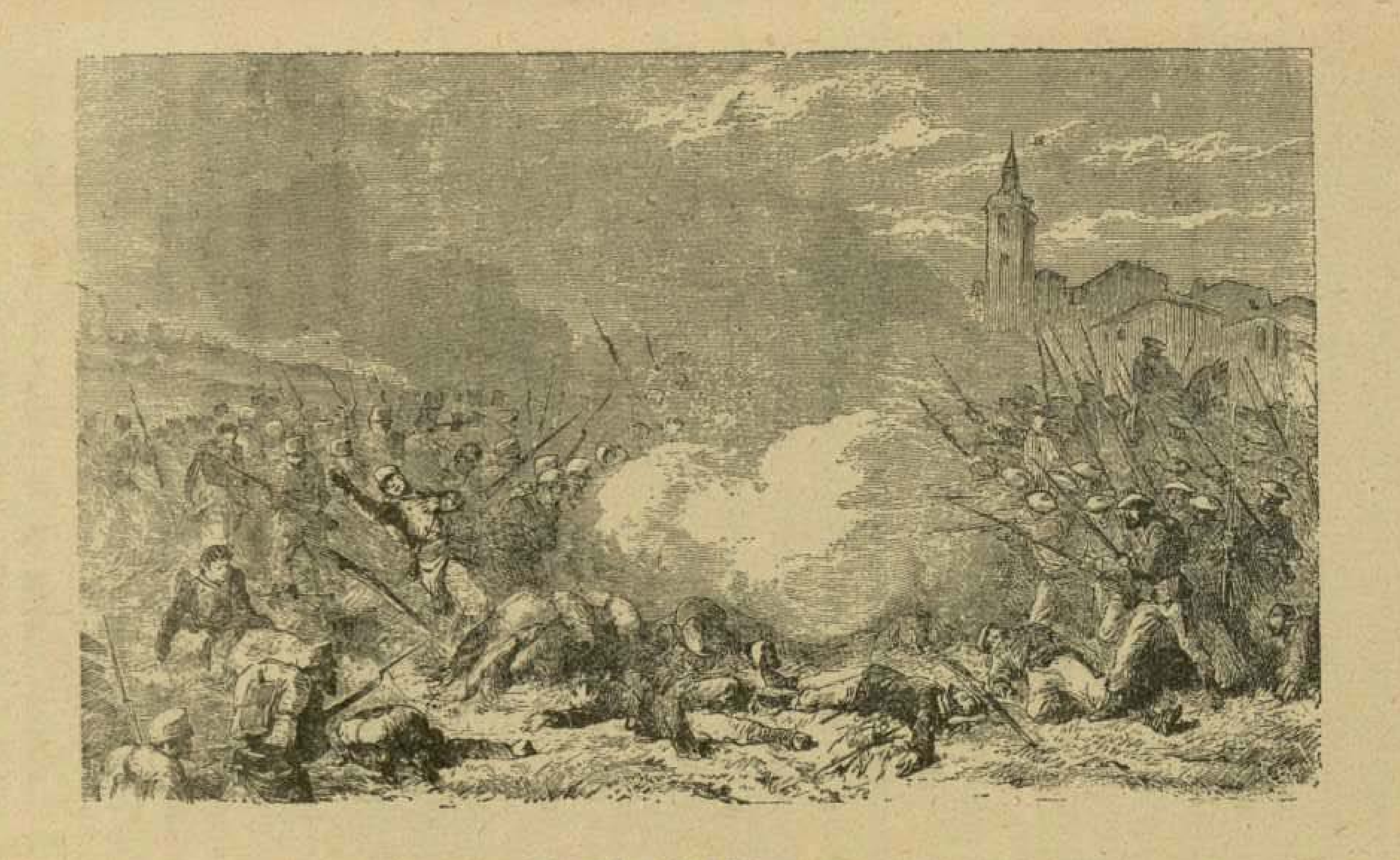
Mientras así vencía el General Savalls á la columna del Coronel Casanova, el Brigadier carlista Auguet, á la parte opuesta del Llobregat, libraba, á su vez, reñidísimo combate contra la brillante columna del Brigadier republicano Reyes, hasta que, cansado el citado Brigadier carlista del estruendo de la Artillería y de las descargas, mandó á los suyos cargar á la bayoneta, destrozando las primeras compañías de republicanos que encontró á su paso, y obligando á retirarse la demás fuerza, que fué la que pudo entrar en Berga, á la mañana siguiente, cuando ya los carlistas habían

derrotado todas las tropas que el enemigo acababa de reunir por aquella comarca; pues el Brigadier carlista Miret dispersó á una columna de mil soldados republicanos que salieron de la plaza de Berga con objeto de distraer fuerzas carlistas y coadyuvar así á la acción de las columnas del Brigadier Reyes, del Coronel Casanova y del Teniente Coronel Hellín, la cual también operó desde Sallent en combinación con las demás tropas republicanas de aquella comarca, si bien sus esfuerzos resultaron tan estériles como los de éstas en la sangrienta jornada de aquel día.

El Brigadier carlista Miret fué herido ligeramente en una ceja; al General carlista Savalls le hirieron el caballo.

Los periódicos liberales de aquella época dijeron que el combate de Caserras-Gironella había constituído un triunfo para las armas republicanas; pero el Capitán General interino de Cataluña D. Alejo Cañás, en comunicación que dirigió el día 23 de Agosto al Ministro de la Guerra, le decia textualmente lo que sigue:

«Tolerada por mucho tiempo la indisciplina de las tropas sin imponer el severo correctivo que se hacía necesario, han ido desapareciendo poco á poco de las filas los oficiales pundonorosos y dignos, que se han avergonzado de mandar bandidos, y que no han encontrado apoyo en sus superiores para corregir y castigar las faltas del soldado, y los oficiales que han quedado en este ejército, con algunas excepciones, son aquellos que pueden tolerar que el soldado les falte continuamente al respeto y que á veces les atropelle é insulte, que han aceptado esta situación de cosas como un modo de vivir, cobrando los sueldos por entero, y gentes, por lo tanto, en quienes no encuentra el jefe ninguna cuerda sensible para estimularlos y poner una valla á este desbordamiento militar que puede conducirnos á las mayores desgracias. El soldado, endurecido ya por las



Acción de Gironella

(Dibujo del célebre pintor D. R. Balaca.)

marchas y la fatiga, acostumbrado á los peligros, tiene algunas buenas cualidades; ataca con bizarría, con demasiado arrojo cuando las facciones huyen; pero faltas de cohesión las tropas, privadas casi completamente de los servicios necesarios de la oficialidad, sin órganos trasmisores, por decirlo así, de la voluntad del jefe que dirige y que prevé durante la acción, se convierten á los pocos momentos de empezado el combate en una confusión de cuerpos, en una horda completamente desorganizada, en que los valientes avanzan, en que todos disparan sin saber á quién, y los cobardes fusilan á sus compañeros desde las últimas filas».

«En estos momentos, *como sucedió en la acción á que me refiero en este escrito* (combate de Caserras-Gironella), *suena un toque de retirada que nadie ha ordenado, acaban sus municiones los de la vanguardia, y cunde la alarma por todas las masas, se inicia el pánico y todos huyen de un modo vergonzoso, arrollando á los pocos que intentan detenerlos, y hasta abandonando, por no detenerse á recogerla, una pieza de artillería en un barranco, donde un mulo fué muerto sin que nadie se entere de esta pérdida hasta que todo ha terminado».*

«Esta es, Excelentísimo señor, la verdad de lo ocurrido en la acción de Gironella».

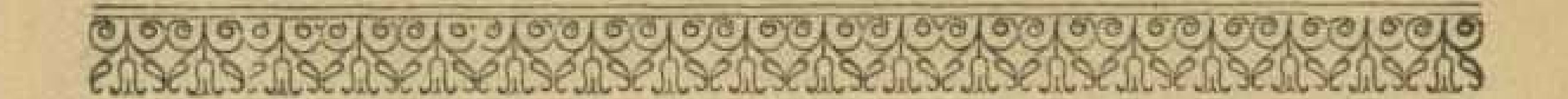
Los párrafos anteriores, encerrados entre comillas, los copiamos de las páginas 336 y 337 del tomo noveno de la *Narración militar de la guerra carlista* escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército; el mismo Brigadier D. José de los Reyes confiesa en su parte oficial de aquella acción que al concluir ésta se retiró á Gironella perseguido por los carlistas (página 340 del mismo tomo noveno de la obra ya citada), de manera que con testimonios de tan sin-

gular excepción como los expuestos creemos no cabe dudar sobre el éxito obtenido por los carlistas en el combate de Caserras-Gironella, pues también el Coronel republicano D. Ginés Casanova declaró que al concluir dicha acción se retiró con sus tropas á Gironella, viéndose cargado por los carlistas en su retirada, de la cual dice que *no se realizó con perfecto orden* (parte oficial dado por el coronel Casanova al Capitán general de Cataluña con fecha de 21 de Agosto de 1873).

Lo que no podemos precisar son las bajas sufridas por liberales y carlistas en la acción de Caserras-Gironella, porque nos parecen exajeradas las cifras que figuran en los partes oficiales de los jefes republicanos, y carecemos de documentos oficiales del campo carlista á ello relativos; tampoco se precisa este detalle en ninguna de nuestras obras de consulta; el Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala describe muy á la ligera este combate en su *Historia Contemporánea,* limitándose á decir que *por lo rudo del bregar experimentaron unos y otros combatientes sobre quinientas bajas;* que los voluntarios republicanos que salieron de Berga saquearon *indignamente* (textual) el pueblo de Espinalvet y destrozaron sacrílegamente en la ermita de Nuestra Señora de Queralt los cuadros y objetos que representaban imágenes divinas; y que los carlistas se apoderaron de un cañón, que con los que anteriormente habían cogido á los liberales en sus victor:as de Oristá y de Alpens les completó una Batería cuyo mando se confirió al bizarro Coronel D. Francisco de Sagarra, veterano de la guerra carlista de los siete años.

Entre las pérdidas que sufrieron los republicanos se contó la herida y prisión del entonces Teniente de Ingenieros (hoy general de Brigada) D. Carlos Banús; en el parte oficial del Coronel Casanova leemos lo siguiente: *He que-*

dado muy satisfecho de la compañía de ingenieros, cuyo comportamiento es digno del mayor elogio, y muy particularmente el del Teniente D. Carlos Banús, que fué herido y prisionero con su asistente.



CAPÍTULO IX

Majada-Alta (Montes de Toledo)

(17 de Agosto de 1873)

Serían las cinco y media de la tarde cuando una de las avanzadas del Brigadier carlista D. Regino Mergeliza de Vera hizo señal de la proximidad de tropas liberales; ordenó inmediatamente aquel jefe el despliegue de su Infantería en guerrillas y la formación de su Caballería en batalla. Por parte de los republicanos, el Regimiento de Infantería de Soria, en guerrilla, protegía el movimiento de su Caballería, que avanzaba disparando sobre la derecha carlista. Comprendiendo sus propósitos de envolverle, el Brigadier Mergeliza de Vera ordenó al Teniente Coronel Ramos que ocupara una eminencia escarpada que había en la extrema izquierda carlista, de donde fueron arrojados los republicanos por los certeros disparos que sobre ellos hizo la escolta del ya citado Brigadier (Comandante General, á la sazón, de los carlistas de la Mancha), quien al mismo tiempo dispuso que su Jeje de Estado Mayor, Merendón, secundado por el Capitán Hervás, cargáse sobre la Infante-

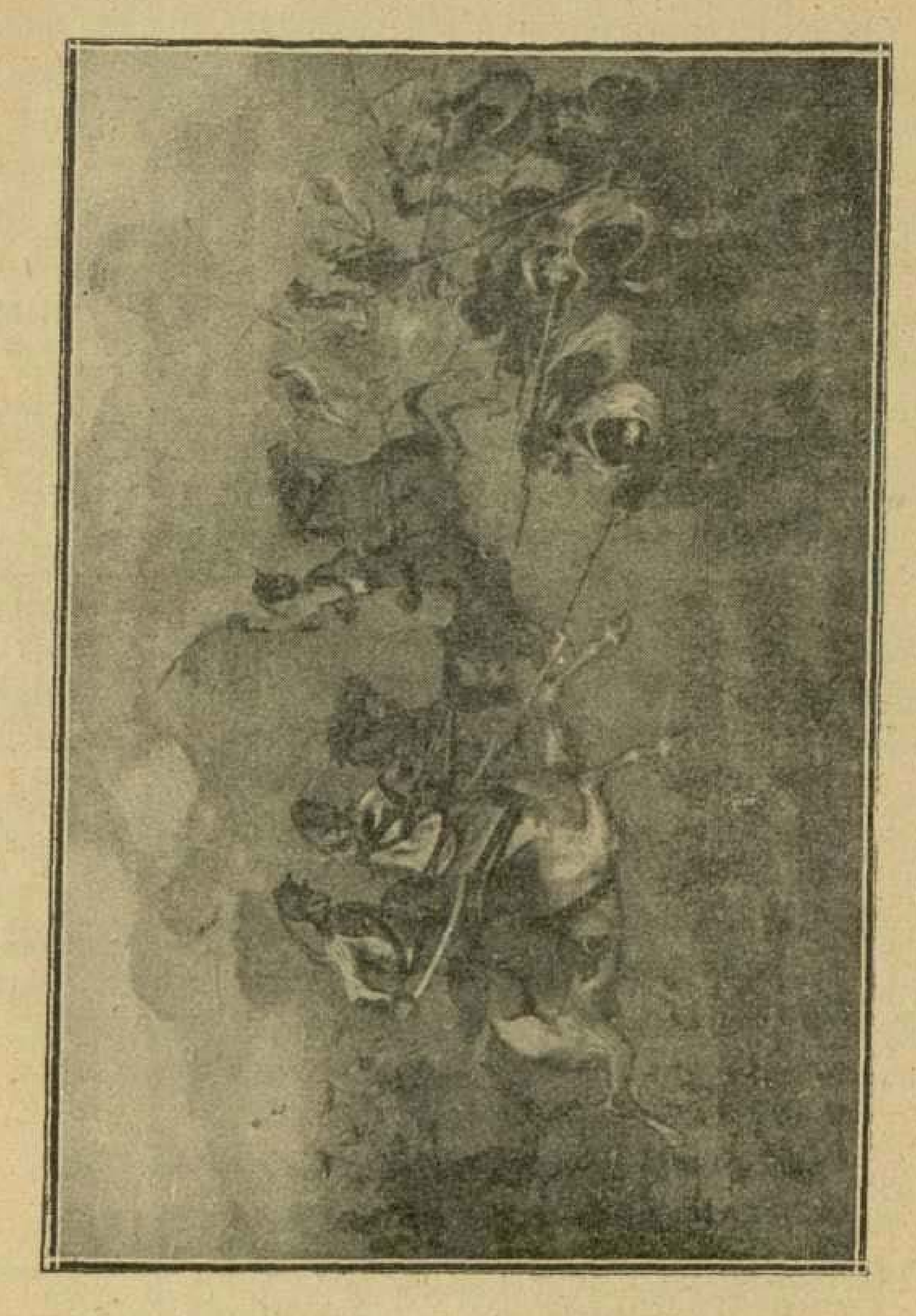
ría republicana, la cual, al ver la decisión y empuje de los carlistas, se pronunció en retirada, escalonándose hasta la margen izquierda del Guadiana.

El Jefe de Estado Mayor Carlista, Merendón, arengó á sus voluntarios, que con la celeridad del rayo cayeron sobre sus enemigos, causándoles trece muertos (arrojados á las aguas del Guadiana), y se apoderaron de la Infantería liberal, la cual quedó prisionera. También el Comandante don Leonardo Garrido y el Capitán D. Bruno Padilla cumplimentaron bravamente las órdenes del Brigadier carlista, evitando que la Caballería liberal cargara sobre la fuerza del Jefe de Estado Mayor Carlista, y que protegiera á la Infantería por éste atacada, haciendo huir en todas direcciones á dicha Caballería, que dejó en poder de los carlistas bastantes sables y tercerolas.

Entre los heridos de las tropas republicanas se contó al Teniente Coronel D. Rómulo Hevia, al que curó en persona el mismo Jefe de Estado Mayor Carlista, prodigándole toda clase de auxilios y enviándolo después al pueblo más próximo, en completa libertad; pero encargando á las autoridades locales el más esmerado cuidado en su curación. También se distinguieron en aquella jornada los capitanes carlistas D. Pedro García y D. Ignacio González, así como el Alférez de las mismas filas D. Manuel Mergeliza.

La columna republicana, derrotada y casi copada en esta acción de Majada-Alta (entre Arroba y Villarta), estaba compuesta de más de seiscientos hombres, entre Infantería de Línea, Caballería y Guardia Civil, é iba mandada por el Coronel Castañón; la fuerza del Brigadier carlista Mergeliza de Vera se componía de quinientos infantes y cincuenta caballos.

Los liberales dejaron en poder de sus enemigos sus armas, sus municiones y sus morrales; el arrojo de los



En los campos de la Mancha

voluntarios carlistas fué indecible, así como su entusiasmo, al contemplarse vencedores, rayando en delirio, tanto mayor cuanto que sus pérdidas fueron insignificantes.

Los prisioneros liberales fueron atendidos (todo lo bien que podía permitirlo la vida de campaña) por los carlistas, durante tres días, al cabo de los cuales, y en las inmediaciones del famoso castillo llamado del General Prim, después de socorrer á los soldados, fueron todos puestos en libertad con un salvo-conducto para que sin ser molestados por las partidas carlistas pudieran llegar á Ciudad-Real, donde hicieron público el testimonio de su gratitud por lo humanitario de la conducta que con ellos observaron los carlistas.

Con el recuerdo de este combate verán nuestros lectores que no sólo se mostraba por entonces propicia la suerte de las armas á los que podían apellidarse ya por aquella época ejércitos carlistas, organizados y aguerridos, y que operaban por las Provincias Vascongadas, Navarra y Cataluña, sino que también obtenían victorias en distintos puntos de España otras columnas carlistas, de mucho menor número de combatientes; pero ricas de fe y de heroísmo, precisamente por aquellos mismos días en que el Brigadier carlista Mergeliza derrotaba á los republicanos en la Mancha, penetraba, vencedor, en Segorbe el Brigadier D. Francisco Vallés, Comandante General de los carlistas del Maestrazgo.



CAPÍTULO X

Cirauqui, Ibero, Allo, Estella y Dicastillo

(Julio y Agosto de 1873)

El día 11 de Julio de 1873 intimó el General carlista Dorregaray la rendición á los voluntarios de La Libertad que guarnecían á Cirauqui, quienes, posesionados de una de las iglesias, de obra solidísima, y confiados en el pronto auxilio de la división liberal llamada de la Ribera, que consideraban próxima, creíanse inexpugnables é invencibles; resistieron hasta las dos de la tarde del día 12 de Julio, en que se convencieron ya de que no tenían más remedio que rendirse, como así lo hicieron, parlamentando con el General Dorregaray, á quien momentos antes llenaban de injurias, denuestos y dicterios de los más soeces.

Así que se entregaron, el pueblo, que parece ser que había sufrido grandes vejaciones por parte de aquellos voluntarios de la Libertad, pedía á grito herido la muerte de los setenta prisioneros, y sea porque ellos (que aún conservaban las armas) se propusieran morir matando, ante la hostil actitud de la gente del país, ó sea porque á alguno

de la guardia se le disparase el fusil, lo cierto es que los rendidos hicieron fuego sobre los carlistas que les custodiaban, produciéndose una sangrienta colisión de la que resultaron un muerto y cinco heridos de los carlistas, quedando fuera de combate treinta y cinco liberales, entre muertos y heridos. Al conocer este lamentable hecho el General carlista Dorregaray, que ya se encontraba fuera de Cirauqui cuando ocurrió, ordenó que inmediatamente se pusiera en libertad á todos los prisioneros liberales de Cirauqui, dirigiéndose después á atacar á Estella.

Desde luego se apoderaron los carlistas de los tres fortines que había en el cerco de la población, é intimaron la rendición al fuerte de San Francisco, donde se habían refugiado los quinientos hombres que á la sazón guarnecían aquella población.

Habiendo pedido tres horas de tiempo para deliberar, contestaron, pasadas éstas, que *no* se rendían. Entonces rompieron el fuego los del fuerte, que apenas fué contestado por los carlistas, pues la artillería de que éstos disponían no era de suficiente calibre como para batir aquel edificio, por ser de piedra sillería.

Después de batir con tres cañonazos los tambores que lo escudaban y la puerta de entrada, intentaron por dos veces los carlistas el incendiarlo con petróleo; pero los sitiados, valiéndose de una bomba lograron impedirlo.

Viendo inútiles estos esfuerzos, propuso el jefe carlista Rosa entrar con sus subordinados, seguidos de un par de compañías, en el fuerte y tomarlo, aunque fueran innumerables las víctimas que ello ocasionase; pero la prudencia del General carlista Ollo, aunque estimando en todo lo que valía aquella proposición tan valerosa, le impidió aceptarla. Estando en estas deliberaciones, recibió confidencia de que las columnas republicanas de Gardyn y de Portilla

acudían en auxilio de los sitiados, y se retiraron los carlistas; pero desde entonces quedó ya bloqueada Estella y al mes siguiente la perdieron definitivamente los liberales, entrando triunfalmente en ella Carlos VII, quien el día 16 de Julio pisó por segunda vez el territorio español.

Hacía ya algunos días que se anunciaba este hecho como muy próximo; toda la prensa liberal hablaba de él como de cosa resuelta; así fué que á nadie sorprendió, y si los periódicos todos se ocuparon de él, fué tan sólo para alarmar al Gobierno y hacerle comprender la gravedad é importancia de la aparición de Don Carlos al frente de sus tropas, sobre todo después de los triunfos obtenidos por aquellas, en los que habían demostrado su fuerza, buena dirección y entusiasmo, tanto en los campos de batalla del Norte como en los de Cataluña, Aragón, el Maestrazgo y La Mancha.

El día de la festividad de Nuestra Señora del Carmen salió Carlos VII de Bayona, acompañado de los marqueses de Valde-Espina y de la Romana, y de otros personajes distinguidos, entre los que figuraban sus ayudantes de órdenes, é hizo en coche la mayor parte de su viaje hasta llegar á la frontera.

Apenas pisó el territorio español, dirigióse á Peña-Plata, donde se hallaba el depósito de los prisioneros hechos á los liberales, disponiendo que se diese á cada uno una cantidad como socorro, y que inmediatamente fuesen todos puestos en libertad.

Desde allí dirigióse Don Carlos á Zugarramurdi, siendo recibido con repique de campanas y música, marchando desde aquel punto al encuentro de tres batallones guipuzcoanos, mandados por el General carlista Lizárraga.

El repique de campanas y el estampido de los cañones de Peña-Plata anunciaron la proximidad de Carlos VII;

inmediatamente formaron las fuerzas carlistas la carrera desde la entrada de la población hasta el pórtico de la iglesia.

Carlos VII, montado en un magnífico caballo de pura sangre andaluza, entró en la plaza en medio del más delirante entusiasmo de las tropas y del pueblo. Millares de voces gritaban á una *¡Viva el Rey!* é infinidad de boinas y sombreros fueron lanzados al espacio, mientras el nieto de Carlos V saludaba á todos cortés y cariñosamente.

Cuando llegó al pórtico de la iglesia, apeóse aquél del caballo y saludó á varios jefes que le esperaban; entró en el templo bajo un palio cuyas varas eran llevadas por cinco sacerdotes (aragoneses cuatro de éllos) y un coronel de Artillería.

Después de un breve discurso pronunciado por el cura párroco, cantóse un solemne *Te-Deum*, luego una misa, y después de ésta y de un discurso del General carlista Lizárraga, recordando que en aquellos días se celebraba uno de los aniversarios de la degollación de los frailes, rezóse un responso por el alma de aquellas víctimas de las iras revolucionarias.

Terminadas estas ceremonias religiosas, Carlos VII, seguido de un gentío inmenso, que apenas le permitía dar un paso, con el empeño de besarle todos la mano, dirigióse á la cárcel, en donde había setenta y cinco soldados republicanos prisioneros, que le recibieron postrados de rodillas, obteniendo enseguida su libertad, y recibieron también, por orden de aquel augusto señor, cuarenta reales cada uno para que se marcharan á donde quisieran. Igualmente fueron puestos en libertad un miliciano nacional de Pamplona y dos mujeres que estaban presas por delito de espionaje.

Concluída esta generosa visita, fué Carlos VII á alojarse en la casa del cura párroco, en donde almorzó.

Más tarde recibió en audiencia particular á diferentes jefes y oficiales, contándose entre ellos el Brigadier carlista Gamundi, que salió muy satisfecho, y que con la explicación de la conferencia que había celebrado con su Rey, hizo llegar al delirio el entusiasmo de los muchos aragoneses que le esperaban á la puerta de Carlos VII, quien á las tres de la tarde salió de Zugarramurdi, escoltado por unos cuatrocientos infantes, una sección de Artillería y otra de Caballería, y en el alto de Hachuela se encontró con varios batallones carlistas; á propósito de lo cual, el ilustrado escritor tradicionalista D. Francisco Hernando (quien como Ayudante de Campo del General carlista Lizárraga estuvo presente en aquel acto), dice en la página 79 de su obra titulada *La campaña carlista,* lo siguiente:

«Al divisar á sus soldados Carlos VII no pudo contenerse, y apretando espuelas al brioso caballo que montaba, recorrió á escape la distancia que de ellos le separaba, y radiante de alegría se presentó ante ellos exclamando: *¡Viva España!* Un inmenso y prolongado grito de *¡Viva el Rey!* le acogió, sobreponiéndose al ruido de las cornetas que batían marcha, y las aclamaciones se sucedieron sin interrupción, mientras que el joven monarca recorría la línea de batalla formada por sus soldados.

Joven, de gallarda presencia, de hermosa figura, realzada en aquellos momentos por la viva emoción que experimentaba, por el sencillo y elegante uniforme que vestía y por el brioso corcel plateado que con diestra mano regía Carlos VII, al presentarse á sus soldados, á los hombres que voluntariamente habían salido á defender su causa, para compartir con ellos las penalidades de la guerra, personificaba la unión de la monarquía con el pueblo, la comunidad de sentimientos entre Rey y súbditos, y recordaba aquellos venturosos tiempos en que, soberano y vasallos,

iban juntos á pelear contra los enemigos de la Religión y de la Patria.

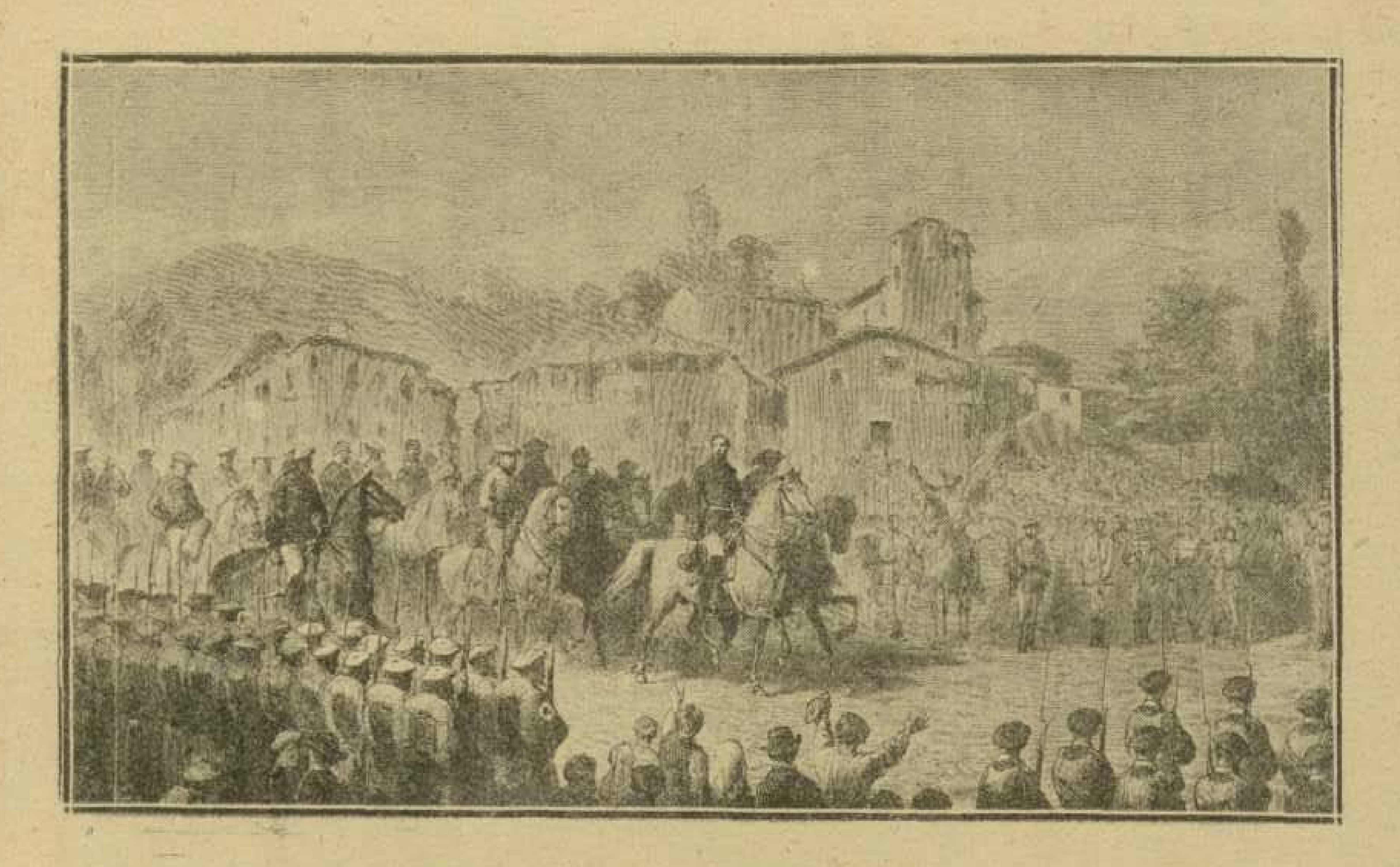
En aquellos batallones que le aclamaban veía Carlos VII los nobles hijos de su amada España, así como éstos veían en él al descendiente de sus antiguos y queridos reyes. Rey y pueblo, al verse unidos en aquellos momentos, participaban de igual júbilo y mutuamente se admiraban.

Carlos VII, en cuanto recorrió los batallones por el frente de banderas, se apeó del caballo, y queriendo verlos más de cerca, unirse más á ellos, demostrarles su cariño, pasó entre filas, deteniéndose especialmente ante el de cazadores de Azpeitia, hablando á unos, preguntando á Lizárraga sobre otros, escuchando con benevolencia cuanto de ellos le decían, concediendo recompensas á los que más se habían distinguido en la campaña y prodigándoles además palabras de consuelo, de cariño, de elogio y de admiración por los sacrificios que habían hecho, por la abnegación y desprendimiento de que tantas pruebas habían dado.

Más de una hora duró aquella escena, hasta que montando de nuevo á caballo Don Carlos, se puso al frente de sus tropas, y desde las elevadas alturas en que nos encontrábamos, bajamos á pernoctar en Arizcun.

La fausta nueva había llegado ya; así que, á pesar de ser de noche, la población, entusiasmada, salió á ver al Rey, y entre las aclamaciones, cohetes, iluminaciones, entró Carlos VII en Arizcun; y como por la mañana en Zugarramurdi fué ante todo á la iglesia para dar gracias á Dios por haberle traído á aquella España que tanto amaba.»

Carlos VII recorrió todo el territorio vasco-navarro dominado por sus armas, en medio de las ovaciones más delirantes que constantemente le tributaban tanto sus tropas como los naturales del país ajenos á la vida militar, mostrándose el sentimiento católico-monárquico tan vehe-



Entrada de Carlos VII en España

7

mente por do quiera, que con toda claridad se veía que estaba profundamente encarnado en el corazón, en las costumbres y en todos los afectos de nuestros compatriotas.

El día 23 de Julio se dirigió á Asiain Carlos VII, que llevaba consigo una preciosa bandera con la imagen de Nuestra Señora de Pourvorville, la cual entregó en aquel punto al Batallón 2.º de Guipúzcoa, diciendo á sus voluntarios que se la daba para que la plantasen en el fuerte de Ibero. El General carlista Lizárraga dirigió entonces una plegaria á la Virgen, doblaron todos la rodilla ante la imagen y la saludaron con tres ave-marías, y enseguida emprendieron la marcha para Ibero, con muchos vivas á la Virgen, á la Religión y á Carlos VII.

Hacia las tres y media de la tarde llegaron los carlistas á Ibero y emprendieron inmediatamente el ataque del fuerte, contribuyendo á él una sección de Artillería; pero se defendieron bien los doscientos carabineros que constituían aquel destacamento, y rechazaron aquel día á los carlistas, causándoles sensibles pérdidas, contándose entre ellas el bizarro Capitán de Artillería D. Domingo Nieves, que alcanzó gloriosa muerte en el momento de estar apuntando uno de sus cañones; suspendióse el combate á las ocho de la noche, y aprovechándose de sus sombras el Capitán de Carabineros D. Juan Orcal, Comandante del fuerte, lo evacuó con toda la fuerza que tenía á sus órdenes en la madrugada del día 24, al rayar cuyo día se posesionaron del fuerte de Ibero los carlistas, izando en él la bandera que el día antes les había regalado con dicho objeto Carlos VII.

También el día 23 de Julio se dirigió el General carlista Dorregaray desde Lezaun al Túnel de Lizárraga, é intimó la rendición al fuerte que allí había, asegurando á su comandante que respetaría las personas y propiedades y

daría libertad á los defensores; aceptada la proposición, sin disparar un tiro, quedaron el fuerte, un cañón, las armas y las municiones en poder de los carlistas.

También el Brigadier carlista D. Rafael Alvarez Cacho de Herrera, al frente de un batallón, intimó aquel mismo día la rendición al fuerte de San Adrián, y una hora después estaba ya en su poder, así como el cañón, las armas y las municiones con que contaba.

Los rendidos en ambos fuertes, en número de unos doscientos hombres, fueron puestos en libertad, según lo pactado, y marcharon á Pamplona.

La adquisición de estos fuertes era de gran importancia para los carlistas, pues mientras los poseían los liberales, veíanse aquéllos obligados á hacer grandes rodeos en sus marchas, y se facilitaba el paso de las columnas liberales por aquella zona, llave de las Aniézcoas, en dicha dirección.

Entretanto había la diputación carlista vizcaína invitado á Carlos VII á que pasase á Guernica á jurar los fueros del Señorío. Con arreglo á fuero, debía presentarse á prestar juramento en las puertas de Bilbao, á presencia del regimiento de la provincia; repetir igual juramento en la iglesia de San Emeterio y San Celedonio, ante un sacerdote, teniendo éste en sus manos la Hostia consagrada; recibir de los vizcaínos en el alto de Arechavalagana el pleito homenaje, como señor de Vizcaya, y prestar nuevo juramento so el árbol de Guernica y en la iglesia de Santa Eufemia de Bermeo, en igual forma que en la de San Emeterio y San Celedonio.

Carlos VII contestó á la Diputación: «Las circunstancias de la guerra contrarian mis deseos; pero me hallo decidido á ir á Guernica á saludar el árbol santo de las libertades vascongadas y á declarar en presencia de los vizcaínos,

que si por hoy no puedo prestar el juramento que anhelo, con todas las condiciones forales, me comprometo solemnemente á ir á aquella noble é hidalga tierra, según obligación mía, cuando España esté pacificada, á llenar todos los pasos y formalidades de fuero.»

En efecto, pasó Carlos VII á Guernica, donde entró el día 1.º de Agosto de 1873; se dirigió el mismo día á la iglesia juradera de Santa María, de aquella villa, oró ante el altar de la Inmaculada, colocada en el templete que había bajo el árbol, y después dijo á los concurrentes:

«Ansiando mi corazón cumplir la providencial misión que Dios me ha confiado de restañar las profundas heridas que la impiedad y el despotismo han abierto en el seno de mi querida España, comienzo hoy mi obra por vosotros, nobles y honrados vizcaínos, porque al pisar vuestro leal y heroico suelo no he podido prescindir, cediendo á los impulsos de mi corazón, de venir á saludar á vuestro venerado árbol, siéndolo de la libertad cristiana, que os ha hecho felices durante tantos siglos, y á aseguraros con la solemnidad que las circunstancias lo permiten, que de hoy más quedáis reintegrados en la plenitud de todos vuestros fueros; y que el día que el Señor tenga á bien premiar nuestros esfuerzos con la pacificación general de España, os prometo solemnemente cumplir con toda exactitud, según es mi deber, las prescripciones forales del juramento conforme lo hicieron mis augustos antepasados; y es mi voluntad que ésta mi declaración quede consignada en un acta.»

Carlos VII, con la boina en la mano, victoreó después al Catolicismo, á España, á Vizcaya y á los fueros, y ante él desfilaron en columna de honor sus tropas vizcaínas.

Al regresar Carlos VII á Navarra resolvió atacar el fuerte de Estella, cuya población se hallaba ya ocupada

por fuerzas carlistas desde hacía algún tiempo, sin que quisiera rendirse la guarnición que ocupaba el convento de San Francisco (que constituía el fuerte de aquella plaza), confiado al Coronel D. Francisco Sanz, quien tenía á sus órdenes más de quinientos hombres. A mediados de Agosto imprimió el General carlista Dorregaray gran impulso á las operaciones sobre Estella, antigua capital de Navarra, rica población que cuenta con unas diez mil almas y cuya adhesión á la Causa Católico-Monárquica nunca se ha desmentido, siendo en ella escaso el número de las personas que profesan ideas liberales.

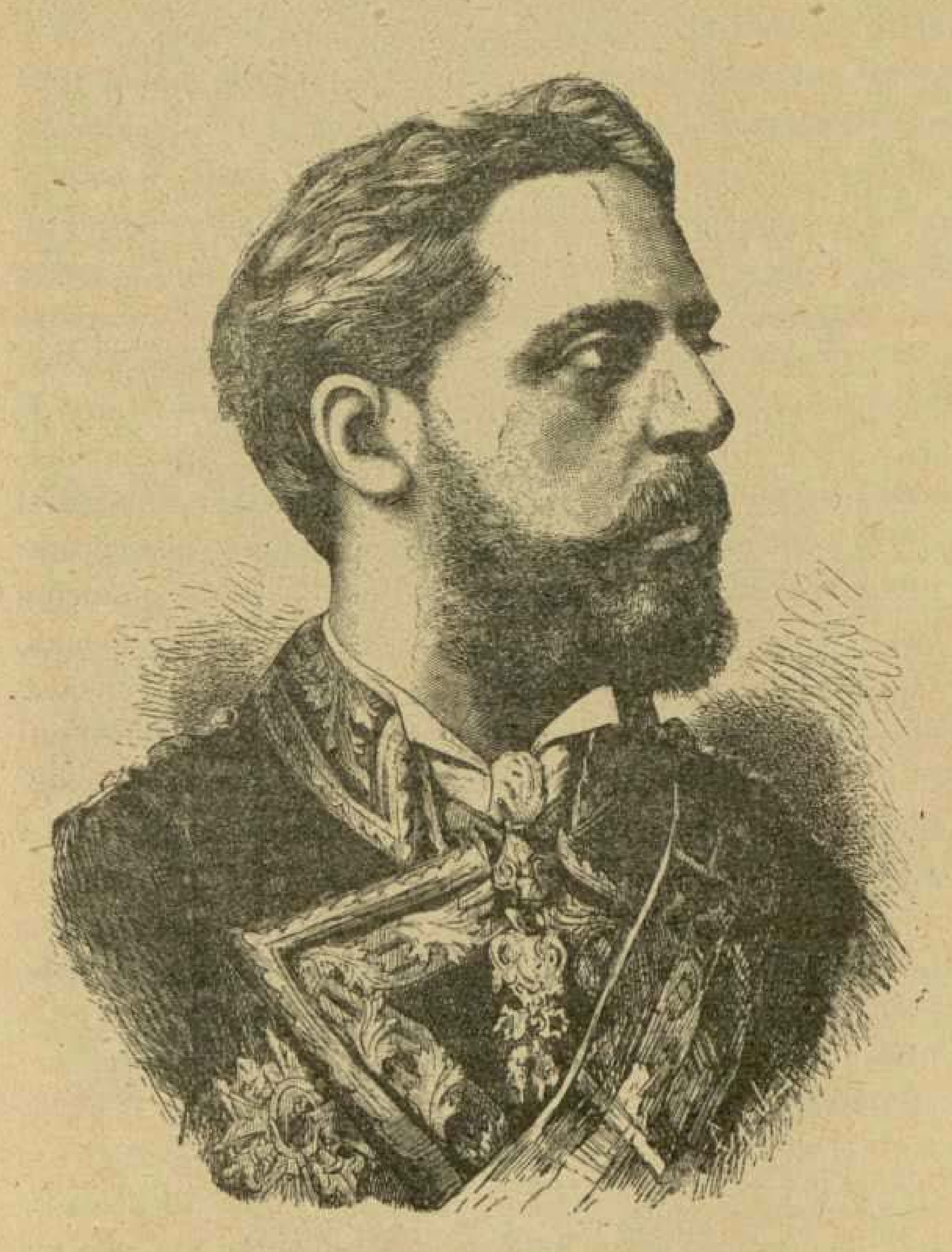
Hállase dicha ciudad enclavada en un círculo de montañas; al Sur, por el lado de Monjardín, levántase el gigante de piedra llamado Montejurra, tan célebre en las guerras carlistas; al Nordeste encuéntranse las colinas de Villatuerta, y al Norte se ve Abárzuza, célebre también por la derrota y muerte del General en jefe liberal Marqués del Duero, el 27 de Junio de 1874.

El día 17 de Agosto de 1873, al amanecer emprendió el batallón 2.º de Navarra, al mando del Coronel Radica, el ataque al fuerte cuya guarnición se componía de cuatro compañías del Regimiento de Infantería de Málaga, otra del de Tetuán, una sección de voluntarios de la República y media compañía de obreros de Administración Militar. Al amanecer del día siguiente entró en Estella Carlos VII con los generales Elío, Dorregaray y Ollo y los batallones 1.º, 3.º y 4.º de Navarra, destinados á hacer frente á cualquier columna liberal que pudiera acudir en socorro de los sitiados. Las fuerzas carlistas ocuparon el punto denominado Cruz de los Castillos, el convento de Santa Clara, el palacio del Duque de Granada, la calle Mayor y el barrio de San Pedro, emplazando sus cañones en la Cruz de los Castillos y en el convento de Santa Clara.

A las cuatro de la tarde del día 18, un corneta carlista tocó *alto el fuego*, y fué contestado por la banda de cornetas de los defensores con el de *ataque* y con himnos marciales, enarbolando inmediatamente bandera negra el fuerte. A los pocos momentos rompieron el fuego los cañones carlistas, consiguiendo introducir algunos proyectiles en el fuerte, y á pesar de las bajas que les causaron los del fuerte, no cesaron de hostilizarlo hasta las nueve de la noche; pero reanudándose al día siguiente y continuando los demás hasta la rendición del fuerte. Los defensores de éste se dedicaron principalmente á disparar contra los artilleros carlistas, obligándoles á cambiar con frecuencia el emplazamiento de los cañones, los cuales hicieron unos doscientos disparos durante el día 20, consiguiendo introducir en el fuerte muchos proyectiles; pero no decayó ni un momento el entusiasmo de los liberales, á pesar de que apenas habían dormido desde las primeras horas del sitio, siendo su descanso sentarse al pié de las aspilleras con fusil en mano. Impidiendo la oscuridad de la noche la puntería de los cañones, prendieron fuego los carlistas á todos los carrizales de las huertas, y á su resplandor hicieron terrible fuego, causando así muchas bajas á los sitiados, la mayor parte de los cuales resultaron con alguna lesión de mayor ó menor importancia.

Por la tarde del día 21 las campanas de la ciudad empezaron á tocar á agonía, y marchas fúnebres las músicas carlistas.

Hacia las ocho de la mañana del día 23, la guarnición del fuerte oyó ruído de trabajos subterráneos, lo cual le hizo creer que los carlistas trataban de hacer una mina, como así era, en efecto, dirigiendo dichos trabajos el Comandante de zapadores carlistas de Navarra señor de Argila. A las seis de la mañana del día 24, y en los momen-



Carlos VII

tos en que reinaba un profundo silencio, los carlistas dieron fuego á la mina, y se oyó una terrible detonación, temiéndose en un principio que se hundiera el fuerte; cayeron sobre los tejados y el patio del cuartel gran número de piedras, algunas de ellas de más de seis arrobas de peso, y muchos troncos de árboles del paseo inmediato; sin embargo, esta explosión no causó más bajas que algunos contusos, si bien produjo grandes desperfectos en él cuartel. Comprendiendo el Coronel-Comandante del fuerte que los carlistas no cejarían en sus propósitos, dispuso que se construyese una contramina; á las cinco de la tarde le avisaron los trabajadores que se oían ruidos de trabajos de mina, y que esta nueva mina de los carlistas debía pasar por debajo de la contramina. Desde este momento comprendió el Coronel republicano Sanz que era inútil su contramina, y se convenció de que no había más remedio que rendirse ó perecer entre los escombros, si no se presentaba oportunamente una columna de socorro. Empezó á decaer algo el espíritu del soldado, que hasta entonces había permanecido en su puesto con un valor heroico.

En atención á la gravedad de las circunstancias, el Coronel Gobernador del fuerte reunió consejo de oficiales, atendiendo éste á que la guarnición llevaba ocho días batiéndose valerosamente de día y de noche, sin haber recibido durante este tiempo noticia de que fuese á auxiliarla columna alguna; considerando que lo probable era que aún cuando llegara el socorro sería ya completamente inútil, porque en breve estallarían las nuevas minas de los carlistas; teniendo en cuenta que la Artillería de éstos había hecho grandísimos destrozos en el fuerte durante los ocho días de cañoneo, y que había decaído algo el espíritu de la tropa, con motivo de las minas, acordó que se tocara

alto el fuego y parlamento, con objeto de tratar con los sitiadores de las bases de la capitulación.

Cesó el fuego, y en breve se presentaron al frente del fuerte varios jefes carlistas, preguntando por el Gobernador Militar de Estella; acudió éste, y les manifestó que deseaba tratar de la capitulación; se le contestó que, bajo palabra de honor podía salir del fuerte á conferenciar con el General carlista Dorregaray, y salió, con efeto, acompañado de dos oficiales de los que tenía á sus órdenes.

Propuso el Coronel republicano D. Francisco Sanz la salida de la guarnición con armamento, equipo y vestuario, concediéndole todos los honores de la guerra y la garantía más completa de que ninguno de los voluntarios de la República sufriría la más pequeña molestia. El General Dorregaray le contestó que accedía á estas condiciones, á excepción de la referente al armamento, que debería quedar en poder de los carlistas, añadiendo que reconocía lo brillante y heroico de la defensa hecha por la guarnición. No se estipuló nada por escrito, y todo se hizo bajo palabra de honor. Los jefes y oficiales republicanos conservarían sus espadas, revolvers, caballos, equipajes y cuanto les perteneciese. Eran las nueve de la noche.

En vista de lo estipulado, formaron los defensores, y se pusieron á su disposición dos compañías carlistas, con objeto de escoltarles hasta el punto que desearan. El General carlista Dorregaray dirigió la palabra á los militares republicanos, manifestándoles que admiraba su valor, su gran bizarría; después, escoltados por el Coronel carlista don Rafael Alvarez y las ya citadas compañías, pasaron los vencidos á Pamplona, donde fueron recibidos con el entusiasmo que merecía su brillante comportamiento.

Quedaron en poder de los carlistas más de mil fusiles Berdan, cuatrocientas granadas, considerable cantidad de

pólvora, un parque de Ingenieros de campaña, alpargatas, mantas, camas, tabaco, ochenta mil cartuchos metálicos y gran cantidad de provisiones.

Las bajas de los defensores del fuerte consistieron en siete muertos y treinta heridos; las de los carlistas fueron dos muertos y quince heridos.

Cuando el Gobierno de Madrid se enteró del sitio puesto al fuerte de Estella por los carlistas, dispuso que se organizase por la parte de la Ribera, á las órdenes del General Santa Pau, una numerosa División de todas armas, la cual llegó á constar de tres mil setecientos veintinueve hombres, con ochocientos caballos y ocho cañones. En aquella brillante División, destinada á levantar el sitio del fuerte de Estella, figuraban tres batallones de Infantería de línea, trece compañías de cazadores, tres compañías de Ingenieros, otra de la Guardia Civil, una batería montada, otra de montaña, los regimientos de Caballería de Sesma, de Arlabán y de Húsares de Pavía, una sección de la Guardia Civil montada y medio escuadrón de Lanceros de Numancia.

Veamos ahora los combates á que fuera de Estella dió lugar el sitio de su fuerte por los carlistas:

A los dos días de empezado el sitio del fuerte de Estella, se acercó el Brigadier republicano Villapadierna con la columna de su mando en dirección de Estella; pero Carlos VII, con el General Ollo, dos batallones y la caballería, le salió al paso, y aquél se retiró con sus fuerzas á Sesma; pero el día 21 volvió el mismo Brigadier republicano ya citado, llegando á entrar en Allo; rompióse entonces el fuego por ambas partes, y después de amagar un avance hacia Dicastillo, el Brigadier liberal resultó completamente rechazado, sufriendo en el combate veinticinco bajas; las de los carlistas consistieron en dos muertos y seis heridos.

Al día siguiente de la capitulación de Estella, presentóse á recuperar dicha ciudad el General Santa Pau, al frente de toda la brillante División organizada por aquellos días, compuesta de cerca de cuatro mil hombres, y de la cual ya hemos dado noticia á nuestros lectores. Dirigióse el General republicano hacia Dicastillo, en donde se encontraba Carlos VII con el batallón 1.º de Navarra. A las ocho de la mañana emplazaron los republicanos en batería sus cañones, rompiendo el fuego sobre Dicastillo; á las nueve desplegó sus guerrillas en dirección de Allo, y al mismo tiempo el grueso de su Infantería avanzó por el portillo de Santa Lucía con intención de apoderarse del alto de Robledo. Conocido por los carlistas el punto de ataque, salió de Dicastillo el batallón 1.º de Navarra, quedando en dicho pueblo el batallón 2.º de la misma provincia y tomando posiciones á su izquierda el 3.º; la Caballería y la Artillería carlistas esperaron á que las de los liberales tomasen posiciones, para ellas, á su vez, obrar como pudiera ser más oportuno.

En el alto de Robledo, y llegando á él por opuestos puntos, se encontraron los republicanos y los carlistas del 1.º de Navarra, rompiendo á un mismo tiempo el fuego los unos sobre los otros.

Carlos VII ordenó entonces reforzar al primer batallón de Navarra con seis compañías del 2.º, que llegaba de Estella en aquellos momentos, sin apenas descansar de las duras faenas del sitio de su fuerte. Auxiliado así el primer batallón, suspendió el fuego y se lanzó á la bayoneta sobre los liberales, en unión de las compañías del segundo batallón. Rechazados entonces los republicanos corrieron á reorganizarse detrás de sus tres regimientos de Caballería y de sus baterías, pero dejando antes en poder de los carlistas treinta prisioneros, entre ellos un Teniente Coronel.

Las pérdidas de los carlistas fueron cinco muertos y quince heridos, entre éstos un Teniente. Las bajas de los republicanos consistieron en un oficial y diez individuos de la clase de tropa, muertos; un jefe, treinta oficiales y sesenta y siete individuos de la clase de tropa, heridos; un jefe, cuatro oficiales y diecisiete individuos de tropa, contusos; y además los prisioneros indicados anteriormente. A las dos horas de haber cesado el fuego, pronuncióse en retirada la División republicana del General Santa Pau, quien pernoctó en Sesma, y entonces regresó Carlos VII á Estella, donde fué recibido con indescriptible entusiasmo.

Los generales carlistas Ollo, Argonz é Iturmendi secundaron admirablemente los deseos de Carlos VII, quien no se separó un momento del lugar de la acción, siendo muerto á su lado un Cadete; también se distinguió en aquel combate el General carlista Marqués de Valde-Espina, puesto á la cabeza de los que cargaron á la bayoneta.

Con los fusiles cogidos á los liberales por aquellos días, que fueron unos mil doscientos, se armaron muchos de los carlistas que de ellos carecían, pertenecientes á los batallones 6.º, 7.º y 8.º de Navarra, y habiendo llegado por entonces á Estella el General Lizárraga con dos mil quinientos guipuzcoanos, revistó Carlos VII el día 27, formados en brillante parada, cerca de nueve mil voluntarios que ante él desfilaron luego victoreándole, al igual que la gente del país, pues todo Estella asistió á tan magnífica fiesta militar.

Dos ataques había costado á los carlistas la posesión de Estella, y el recuperarla les costó á los liberales los reñidísimos combates de Mañeru, Montejurra, Abárzuza, Oteiza, Lacar y Santa Bárbara, donde fueron rechazados con grandes pérdidas los alfonsinos antes de llegar á apoderarse del fuerte de Montejurra, en Febrero de 1876; y aún

tronaba el cañón carlista de Monjardín cuando Carlos VII se despedía de sus tropas en Valcarlos.

Con la conquista del fuerte de Estella por los carlistas coincidió la aparición del primer número de *El Cuartel Real*, célebre periódico carlista destinado á hacer las veces de la antigua y famosa *Gaceta de Oñate*, de la guerra de Carlos V; á la cabeza de *El Cuartel Real* iba estampado el escudo real de España, al igual que en la *Gaceta de Madrid.*

Prueba el auge del Carlismo, entre otros episodios parecidos, el siguiente:

Deseosos los carlistas de apoderarse del armamento que custodiaban en Irurzun más de cien soldados republicanos, entre ellos muchos carabineros, presentáronse frente á dicho pueblo, y como el fuego de fusilería hubiera sido inútil por encontrarse bastante bien fortificado dicho punto, hicieron algunos disparos de cañón, y los liberales no tardaron en pedir parlamento.

El General Dorregaray, en persona, avanzó hasta colocarse á cien pasos del fuerte republicano, y después de ofrecer á los soldados enemigos toda clase de seguridades que podían apetecer, exclamó en alta voz: *Todos somos hijos de una misma patria; mis soldados son españoles como vosotros; abrazaos, pues, como hermanos.*

Republicanos y carlistas unieron entonces sus aclamaciones, y á los pocos momentos, setenta y dos soldados cambiaban el ros por la boina de los voluntarios carlistas, quedando en poder de éstos todo el armamento y cartuchería que había en Irurzun; los militares republicanos que no quisieron ingresar en las filas carlistas fueron escoltados hasta Pamplona, donde les dió nuevo destino el Comandante General republicano de Navarra.

Como ampliación á lo que al principio de este mismo capítulo hemos dicho sobre las quejas del vecindario de

Cirauqui contra los republicanos que guarnecian el fuerte de dicho punto, consideramos oportuno hacer aquí constar que el Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en la página 449 del tomo cuarto (edición de 1877) de su *Historia Contemporánea*, dice lo siguiente: «No era á las huestes que les atacaron á los que más tenían que temer los rendidos de Cirauqui: había entre éstos quienes habían exasperado antes en sumo grado los ánimos de los carlistas del pueblo, y especialmente de las mujeres, á las que obligaban á subir agua del río para la construcción del fuerte, y para más humillarlas vaciaban en el suelo los cántaros ó herradas para que volvieran con ellas llenas á subir la penosa cuesta; así es que estas mujeres, al saber que se concedía la vida y libertad á los defensores del fuerte, se enfurecieron contra ellos, y deponiendo todo sentimiento de humanidad, tan propio del corazón de la mujer, cuando no la guía la pasión de la venganza, se amotinaron, exponiendo sus quejas y pidiendo la muerte de los rendidos. En vano trataron de contenerlas los jefes». Fué, pues, aquel lamentable incidente una de tantas tristes consecuencias de los atropellos cometidos, allí como en otros muchos puntos, por los desenfrenados voluntarios de la libertad en contra de su propia seguridad y de los intereses generales del país.



CAPÍTULO XI

San Felipe de Játiva

(21 Y 22 DE SEPTIEMBRE DE 1873)

A mediados del año 1873 organizó el Coronel carlista D. José Santés á los voluntarios valencianos que por entonces habia logrado reunir ya á sus órdenes, formando con ellos su Escolta, un batallón llamado de *Guías* y otros tres que apellidó de *Cazadores;* y en lo sucesivo, conforme se le incorporaban las distintas partidas levantadas en armas y que acudían á su llamamiento, fué creando nuevas compañías, entre ellas las tituladas del *Requeté,* y un cuadro que sirvió de base á la formación de la Caballería.

Desde Chelva, y pernoctando en los pueblos de Utiel, Caudete, Fuenterrobles, Camporrobles, Mira, Landete y Santo Domingo, pasó el Coronel carlista Santés al Rincón de Ademuz, donde permaneció cuatro días, y de aquí por Aras, Alpuente y La Yesa, á Alcublas. En este punto se le unieron el 16 de Septiembre los jefes carlistas Mir y Merino, con unos seiscientos hombres, y la fuerza capitaneada por D. Pascual Cucala, que constaba de tres cortos bata-

llones, de unos cuatrocientos hombres cada uno, y un escuadrón que no llegaba á contar más que unos ochenta caballos. Reunidas las citadas tropas carlistas marcharon el 17 á Liria; en los días sucesivos continuaron por Benaguacil, Ribarroja, Cheste, Chiva, Real de Montroy, Llombay, Carlet y Alcudia de Carlet, y el día 21 cruzaron el Júcar por la barca de Alberique y fueron á Játiva.

Las tropas republicanas que con este motivo operaron contra las del Coronel carlista Santés, fueron las que á continuación se expresan:

El Coronel de Infantería D. Mariano Díaz Parreño con tres batallones de los regimientos de Soria y de Albuera, fuerzas de Carabineros, Guardia Civil y Caballería del Regimiento de Sagunto y una sección de Artillería con dos cañones de Montaña.

El Coronel de Infantería D. Angel Santos, con el Regimiento de Infantería de Granada, la Guardia Civil de la Comandancia de Castellón y los voluntarios movilizados de Sales, Conte y Moya.

El Coronel D. Manuel Sáenz Izquierdo, con el Regimiento de Infantería de Aragón, un batallón del de Albuera, Guardia Civil y una sección de Caballería.

Al frente de todas estas tropas liberales se encontraba el General D. José Arrando, quien llevaba afectas á su cuartel General dos piezas de Artillería de Montaña, otras dos de Artillería Montada y tres Escuadrones asignados á la División republicana del Maestrazgo.

Durante la marcha (que ya hemos explicado) de los carlistas desde Chelva hasta Játiva, el Jefe de Estado Mayor de sus tropas D. Juan Bautista Arnau, organizó una Compañía que se hizo célebre, y que con el título de *Sagrada*, estaba compuesta de hijos de jefes y oficiales carlistas y de estudiantes de distintas carreras, quienes por sus

antecedentes de familia y por su educación y conocimientos estaban llamados á figurar como oficiales de la División carlista de Valencia.

Al saber el General Arrando la entrada de los carlistas en Játiva, dirigióse á dicho punto al frente de las columnas republicanas citadas anteriormente, y mediante una larga marcha desde Alginet, se presentó con sus tres mil doscientos soldados, trescientos caballos y seis cañones ante Játiva, en la tarde del día 21 de Septiembre, en cuya mañana habían llegado allí el Coronel carlista Santés con las tropas de su mando.

El General liberal Arrando, al ver el respetable número de carlistas que ocupaban aquel punto y lo avanzado de la hora, suspendió su ataque para el día siguiente, pero se entretuvo en cañonear la población, como preparando así el combate para la mañana del día siguiente, tomando entre tanto posiciones en los pueblos de la carretera de Casas de Campillo, y operando un movimiento envolvente, procurando con él cortar á los carlistas la retirada al valle de Albaida y á los montes de Enguera.

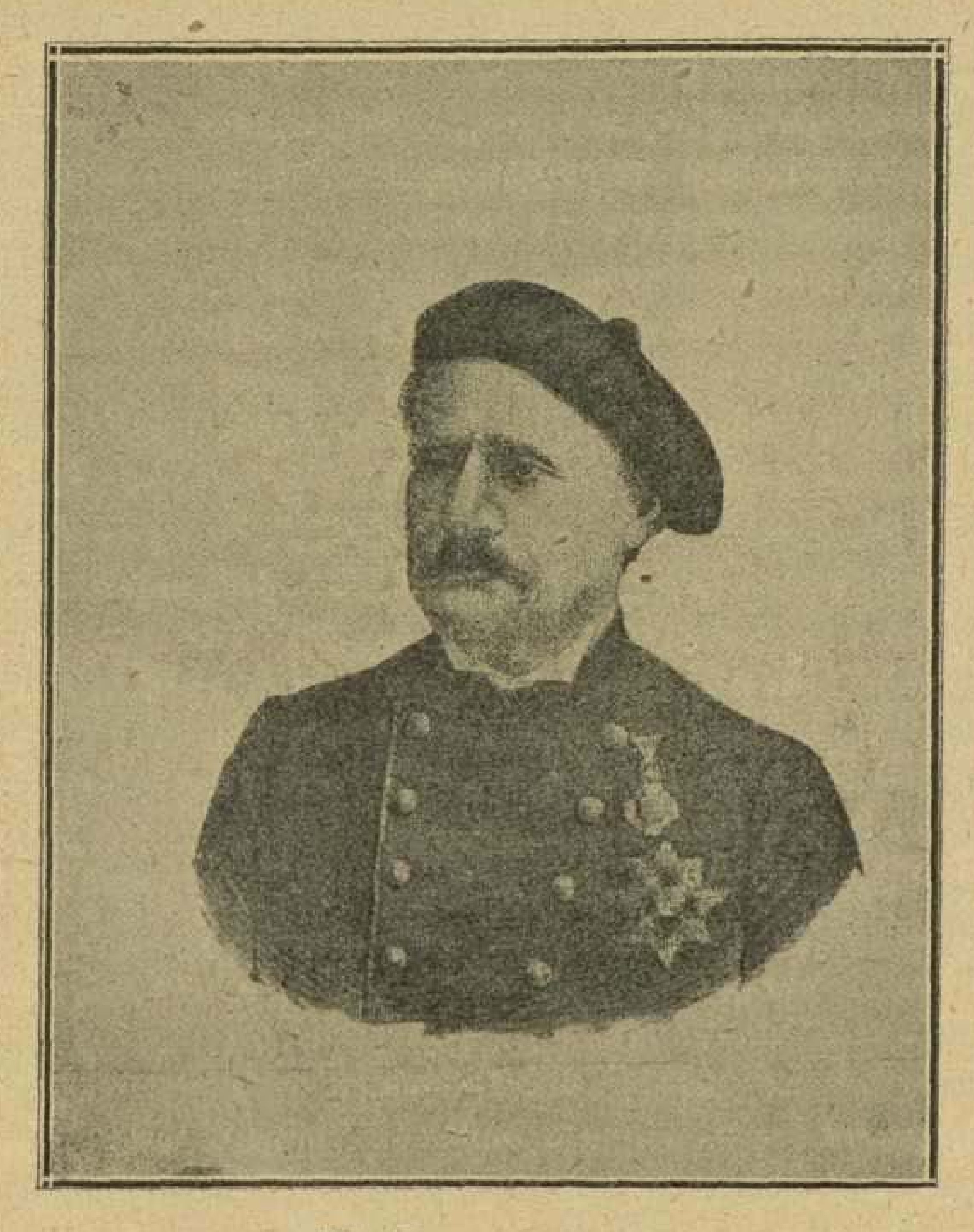
Al amanecer del martes 22 se creían los liberales que seguían en Játiva todos los carlistas que habían entrado en dicha población el día antes; pero durante la noche, el Coronel Cucala, con la mayor parte de lás tropas carlistas allí reunidas, con objeto de caer luego por sorpresa sobre los republicanos; protegido por la frondosidad de las huertas, había ido hacia la parte de la Llosa y se había situado en la falda de Santa Ana, esperando el momento más oportuno para lanzarse al combate.

A las once de la mañana empezó el ataque de las tropas republicanas á la población, defendida por el Coronel carlista Santés, con batallones valencianos, entablándose lo más empeñado del combate por la parte de la puerta de

Cocentaina, al mismo tiempo que otra columna liberal entraba por el extremo opuesto, donde se hallaba la puerta del Españoleto. Como los carlistas valencianos no habían entrado hasta entonces en fuego (era aquél el primer día que se batían), no es extraño que acabasen por ceder terreno ante el impetuoso avance de las tres columnas liberales que á un tiempo les atacaron (protegidas por el fuego de seis cañones), no disponiendo de ninguna pieza de artillería con que procurar contrarrestar los efectos de la de los republicanos. Retiróse, pues, el Coronel carlista Santés de la parte baja de la población, dirigiéndose hacia la del Castillo; ocupó sus derruídas fortificaciones y continuó sosteniendo el fuego, fatigando con ello á las tropas republicanas y dando tiempo á la llegada del Coronel Cucala con los carlistas del Maestrazgo, quienes á las cinco de la tarde se lanzaron bravamente sobre Játiva, penetrando por la parte baja, y con una vigorosa carga á la bayoneta llegaron rápidamente hasta la plaza de la Balsa, haciendo retroceder á las tropas liberales, cortando allí algunas de ellas y cogiendo prisioneros á dos comandantes y á trescientos sesenta soldados republicanos, con sus correspondientes fusiles y municiones.

Ocupada así, y muy en breve, la mayor parte de la ciudad por los carlistas, que la dominaban también desde el castillo, el General republicano Arrando debió creer preferible cesar en un combate de éxito ya harto dudoso para sus armas, mejor que sostener una lucha asaz sangrienta en las mismas calles de Játiva, y aquella misma tarde abandonó la población, retirándose á Alcudia, en la carretera de Casas de Campillo.

Por la noche los carlistas celebraron su triunfo haciendo iluminar la población, y al día siguiente continuaron tranquilamente su marcha por aquel mismo Alcudia á donde



D. Pascual Cucala

Comandante General de los carlistas del Maestrazgo.

se había retirado el día antes con su División el General Arrando, y de donde salió con ella al rayar el nuevo día, dejando así libre el campo á los carlistas.

Para que nuestros lectores comprendan el *respeto* que ya por entonces infundían las fuerzas carlistas por Valencia, á pesar del poco tiempo que llevaba de iniciado el alzamiento carlista en aquel antiguo reino, se nos ocurre copiar aquí algo de lo que sobre el particular cuentan el Director de *El Correo Militar* D. Melchor Pardo, y el Catedrático D. Nicolás María Serrano, en las páginas 484 y 485 del tomo segundo de su obra titulada *Anales de la Guerra Civil.*

«*Un periódico de Valencia, extremadamente enemigo de los carlistas, publicaba el día 30 de Septiembre en los siguientes términos lo que al mismo tiempo que en la ocupación de Játiva por los carlistas había ocurrido en Alcira:* En esta villa existía una junta de guerra, compuesta de tres individuos de cada uno de los partidos que se habían unido para sostener la población.—Anteayer por la mañana recibiéronse falsas y exageradas noticias de la parte opuesta del río, anunciando que los carlistas, desde Játiva se dirigían á Alcira, é introduciéndose primero el desaliento y después el pánico, celebró la junta una sesión, que fué muy acalorada, y en la que parece que se acordó desistir de toda defensa, é inmediatamente, sin toque de llamada ni otro aviso, salieron de la villa los individuos de la junta y muchos voluntarios, pronunciándose una desbandada precipitada y general. Cada cual escapó por donde pudo, dirigiéndose muchos á Sueca y Cullera, y la mayor parte á Algemesí, y de allí siguieron el camino de Valencia, llegando bastantes á esta ciudad aquella misma noche.—La marcha de los voluntarios de La Libertad fué tan precipitada, que nada se dijo á los que estaban de avanzada en la

Rambla y el puente de San Gregorio, los cuales se retiraron cuando pudieron apercibirse de que la villa estaba abandonada.—Una de las cosas que habían contribuído al pánico fué el haber visto avanzar fuerzas por el camino de Alberique; eran los voluntarios de este pueblo y demás que habían salido á guardar el Júcar, que se replegaban á Alcira, en vista de que llegaban al río carlistas procedentes de Villanueva de Castellón, y aún se dice que, pasando á nado algunos carlistas, restablecieron la barca de Alcocé, que estaba retirada del agua, y facilitaron el paso á aquella partida, que venía sobre Alberique.—Al llegar á Alcira, á las cuatro de la tarde, dichos voluntarios de La Libertad encontraron que la villa estaba abandonada, y uniéndoseles el juez de primera instancia y otras personas, marcharon todos á Algemesí.—Al abandonar á Alcira aquella tarde las autoridades y voluntarios de La Libertad, se había formado ya una junta de *gobierno carlista*, recogiendo los muchos partidarios que hay de estas ideas en dicha ciudad, algunas armas que aquellos dejaron abandonadas, y enviando á buscar á las facciones algunos comisionados.»

En la victoria carlista de San Felipe de Játiva, las tropas republicanas perdieron (además de los trescientos sesenta y dos prisioneros ya indicados) cuatro muertos y treinta y dos heridos; los carlistas tuvieron en aquel combate próximamente igual número de muertos y heridos; pero no podemos precisar con exactitud cuantos fueron, por carecer de datos oficiales.

La Artillería de los liberales estuvo á punto de caer en poder de los carlistas, salvándola una carga del Regimiento de Lanceros de Sagunto al mando de su Coronel D. Pedro Espinosa.



CAPÍTULO XII

CUENCA

(16 DE OCTUBRE DE 1873)

En el mes de Octubre del año 1873 realizó el Comandante General de los carlistas valencianos D. José Santés una atrevida excursión por parte de La Mancha y de la provincia de Cuenca, provechosa en alto grado para la Causa carlista en general, para su División de Valencia en particular, y honrosísima tanto para aquel Coronel carlista como para los jefes, oficiales y voluntarios que llevó éste á sus órdenes, por el sufrimiento y fortaleza con que soportaron las penosas fatigas que fueron consiguientes á la excursión, y por la bravura con que se portaron en la ocupación de la capital de la provincia de Cuenca.

Salió el Coronel carlista Santés de su Cuartel General de Chelva el día 4 del mes ya citado anteriormente, á las cuatro de la tarde, con el deliberado propósito de realizar la excursión, y abrigaba el convencimiento de que había de acabarla con bien y con prosperidad, por serle

conocidos ya de antiguo el país que se proponía recorrer, así como el valor, abnegación y entusiasmo de los subordinados suyos que habían de acompañarle en aquella arriesgada y lucida operación. Efectivamente, demostraron, que ni el fuego enemigo les espantaba, ni las fatigas les hacían desfallecer, ni los obstáculos hacían torcer su ánimo, siempre sereno y siempre fuerte, dispuesto en todas ocasiones á realizar los mayores sacrificios por sus ideales católico-monárquicos.

A poco de salir de Chelva el Coronel Santés, sorprendió, en la madrugada del día 5, la villa de Pedralva, en donde se recogieron efectos de guerra; y recaudadas las contribuciones, marchó á las dos de la tarde hacia Bugarra (pisando siempre terreno enemigo), desde donde envió al segundo Batallón de Cazadores á Gestalgar el día siguiente 6, y recogidos allí los efectos de guerra, así como en Bugarra, marchó á las dos horas de descanso hacia el Sot de Chera y Chera, en la primera de cuyas poblaciones dejó el grueso de la División, destacando al primer Batallón de Cazadores á Chera, para que hiciese lo mismo que el segundo en Gestalgar.

El día 7, pasando por Chera, en donde se le incorporó al Coronel Santés el primer Batallón de Cazadores con la contribución cobrada y las armas y efectos de guerra recogidos, llegó á la vista de Utiel, crecida población en la que dominaba el elemento liberal, y colocando en observación en el camino de Requena, punto fortificado por el enemigo, diez compañías de Guías y el Escuadrón del Cid, ocupó la población al frente de su tropa, permaneciendo allí hasta el día 9, en el cual, pasando sin detenerse á descansar por Caudete, fué á hacer alto al mediodía en Villagordo del Cabriel, yendo á pernoctar á Minglanilla, en donde continuó todo el día 10; se recogieron armas y caballos, y se le

incorporaron sesenta y cinco voluntarios procedentes de la provincia de Alicante.

El día 11 entró en Iniesta, lugar en que también dieron buenos resultados el cobro y la requisa de caballos, y se le incorporó alguna gente; y haciendo una marcha de toda la noche, fué á sorprender á los voluntarios de Tarazona, sobre cuya villa cayó al anochecer del día 12.

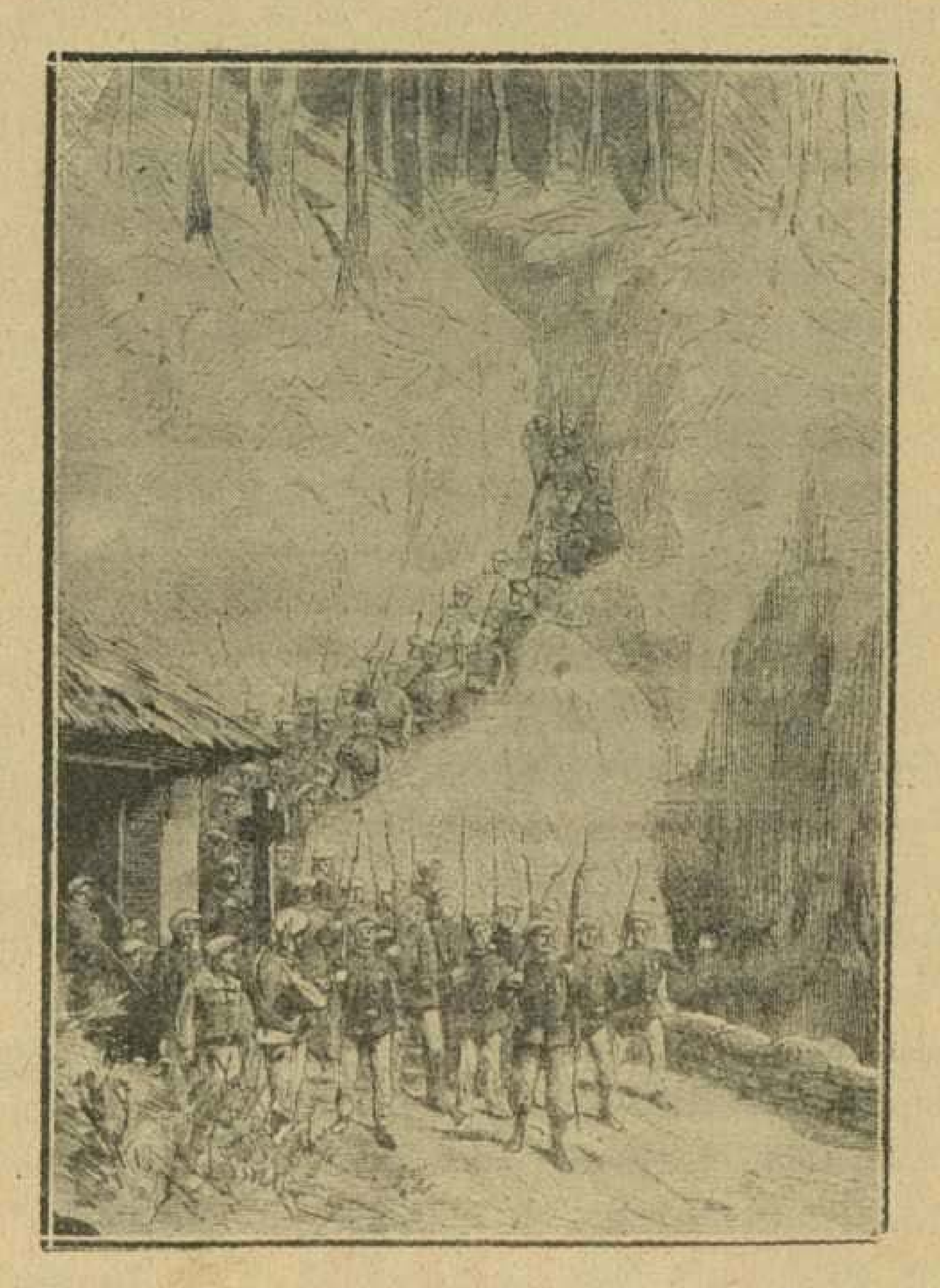
Habíase ya con ello internado el Coronel carlista Santés en país liberal (ó dominado por los republicanos) y llano á la vez, y á fin de prevenir los inconvenientes que reunidas estas dos circunstancias pudieran ocasionársele en su excursión, hizo ir desde entonces con él á vanguardia al Escuadrón de Caballeria con unas Compañías de Infantería, de las que más se habían distinguido en los combates. A su paso por Casasimarro fueron sorprendidos los ochenta republicanos que había armados en dicho pueblo, cayendo igual número de fusiles en poder de los carlistas, quienes al llegar á Tarazona vieron salir, huyendo de ellos, á los voluntarios de la República, de quienes cayeron diez y ocho en poder de la avanzada de Caballería carlista, la cual cogió también bastantes fusiles. Terminada su cobranza y requisa de caballos, emprendieron nuevamente su marcha los expedicionarios, y pasando por Quintanar del Rey, en donde descansaron, hicieron alto en Villanueva de la Jara.

El 13 pernoctaron los carlistas en Motilla, pasando por El Peral; el 14 en Campillo de Alto-Buey, sitio en que se incorporó fuerza á las filas, y después de una penosa jornada de más de diez y siete horas, entraron de improviso el día 15 en Almodóvar del Pinar, en donde estuvieron hasta las siete de la noche, á cuya hora prosiguieron su marcha, que fué de diez y seis horas, al cabo de las cuales se en-

contraban ya al frente de la capital de Cuenca, de la cual se había propuesto apoderarse el Coronel Santés.

Este, al llegar ya cerca de Cuenca, mandó que el Tesoro y la brigada se situaran, custodiados por el Requeté, en una aldea próxima, llamada La Melgoza; envió una sección de Caballería á cortar el telégrafo; siguió adelante con sus tropas; y, al estar junto á la ciudad, observó con satisfacción que iba á sorprenderla, porque su aspecto tranquilo demostraba que la guarnición republicana no se acordaba de que hubiese carlistas por el mundo: cien soldados, quinientos voluntarios de la República, veinticuatro guardias civiles y una sección de Caballería constituían la guarnición de aquella capital castellana.

Comenzó el Coronel Santés por disponer que fuesen dos compañías de Guías con dos de Cazadores á ocupar las alturas de la derecha, y otras tres á las de la izquierda, que dominaban el hospital; situó dos compañías de Guías en los puentes, para cortar la retirada á los liberales; y él, con su Estado Mayor y Escolta, seguido de Cazadores, Guías y Compañía Sagrada, entró en la capital, dejando en las afueras la Caballería en orden de batalla. Al iniciarse el combate, cargó el Coronel carlista con su escolta, internándose hasta la Glorieta, bajo el fuego de los republicanos, despreciado por los bravos voluntarios carlistas, que siguieron impávidos adelante. Extendiéndose luego el ataque y defensa por todo el recinto, avanzó la reserva carlista para hacerse cargo de los prisioneros, y en combinación con las compañías que ocupaban las posiciones de la derecha y de la izquierda, antes indicadas, se tomó el hospital. Todas las fuerzas carlistas entraron en acción; y á la hora y media de fuego, el Teniente Coronel D. José Antonio Rivera, con tres compañías, tomó las casas inmediatas y las colinas próximas, y el de igual clase D. Simón San-



Por las sierras del distrito militar del Centro

tés, con dos compañías, tomó el castillo y la ermita de San Cristóbal. La Compañía Sagrada cercó el cuartel del cuadro de la reserva, rindiéndose allí los oficiales, con un Teniente Coronel (que ejercía el cargo de Comandante Militar de la capital), un Comandante y cien soldados de Infantería, que entregaron su armamento y municiones. Las fuerzas carlistas de la carretera encerraron en el Instituto de segunda enseñanza á todos los voluntarios republicanos y empezaron á escalar el edificio; pero se conoce que los liberales allí refugiados se asustaron al ver la actitud resuelta de los asaltantes, porque enarbolaron entonces bandera de parlamento, y abiertas así las negociaciones se concluyó por firmar una capitulación mediante la cual se rindieron ya todos los republicanos de Cuenca, en donde los carlistas se apoderaron de setenta caballos, setecientos fusiles, sables, espadas, monturas, cornetas, cananas, tambores, uniformes, mantas en abundancia (del almacén de utensilios militares y de la Guardia Civil) y otros efectos de guerra, incautándose también de los fondos del Estado procedentes de contribuciones.

Después que hubieron descansado tranquilamente en Cuenca el Coronel carlista Santés y las tropas que le acompañaban, salieron el día 17 por la tarde para Fuentes; fueron el 18 á Carboneros por Reillo, el 19 á Cardenete, el 20 por Villora, cruzando el Cabriel, á Mira, haciendo requisa de armas y caballos y cobrando la contribución en todas las citadas localidades; pasaron el 21 á Utiel, en donde permanecieron todo el día 22, y el siguiente, 23, emprendieron la marcha para Chelva, á donde llegaron á las ocho de la noche.

Tal fué la excursión llevada á cabo por el Coronel Santés con objeto de entrar victorioso en una capital de provincia.

Por telegramas de Tarancón, se tuvo conocimiento en Madrid, el día 17, del ataque y toma de Cuenca, y al punto se formó allí una columna destinada á operar contra el Coronel carlista Santés, y á las órdenes del Brigadier López Pinto, en cuya columna figuraban el Batallón de Cazadores de Madrid, otro de voluntarios de La Libertad, dos compañías de Infantería de Línea, otra de la Guardia Civil, cien lanceros del Regimiento de Villaviciosa y una Batería Montada. Al anochecer del día 18 salió esta Brigada liberal en dos trenes; desde Madrid, por la línea de Valencia fué á desembarcar en Minaya y La Roda; pero no pudo batir á los carlistas, y siguió por ferrocarril á Valencia.

La toma de Cuenca por los carlistas produjo resultados beneficiosos para la Causa Católico-Monárquica; la noticia de aquel suceso corrió con gran rapidez, y gran número de carlistas se presentaron á engrosar los batallones mandados por el Coronel Santés.

El académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en la página 76 del tomo quinto (edición de 1878) de su *Historia Contemporánea,* dice que justamente orgulloso podía estar de su triunfo en Cuenca D. José Santés, que vió con él aumentada su gente en trescientos hombres más, y á quien valió el ascenso á Brigadier aquella fructífera victoria.

Las tropas carlistas de Valencia estuvieron sucesivamente á las órdenes del Brigadier D. José Santés (procedente del Ejército de Carlos V en la primera guerra civil), del Coronel D. Manuel Monet y Martell (procedente de la

Guardia Civil) y del Brigadier D. Fernando Adelantado y Burriel, procedente del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, en el que se había distinguido mucho, así como luego también en los ejércitos carlistas de Cataluña y del Norte, en la línea de Somorrostro, y ejerciendo el cargo de Comandante General carlista de la Rioja.

He aquí la organización y fuerza que llegó á tener últimamente, desde 1.º de Junio de 1875 la

División Carlista de Valencia

Comandante General: Sr. Brigadier D. Fernando Adelantado. Ayudantes de Campo del Comandante General: Comandantes de Caballería D. Eduardo Seél y D. Juan Amorena.

A las órdenes del Comandante General: Comandante de Caballería D. Alejandro Lorenzo y Capitán de la misma Arma D. Francisco del Campo.

Estado Mayor

Jefe: Coronel de Infantería D. Juan Ponce de León; segundo jefe: Comandante de Caballería D. Carlos Gomis; Ayudante: Capitán de Infantería D. Ricardo Fuster.

Plana Mayor de Administración Militar

Comisario: D. José Escriu de Castelar; Auxiliar: Oficial 3.º D. José Escriu de Castelar; Aposentador: Alférez de Caballería D. Basilio Garrido.

Capellán del Cuartel Divisionario: D. Ambrosio Rada y Ramó.

Agregado al Cuartel Divisionario: D. Narciso del Rey, Empleado de Hacienda.

Escolta del Cuartel Divisionario: Una Sección del Regimiento de Caballería del Cid.

Infantería

Batallón 1.º de Valencia; Jefe: Coronel D. Vicente Bou.	650 plazas
Batallón 2.º de Valencia; Jefe: Teniente Coronel D. José Vila.	493 plazas
Batallón 3.º de Valencia; Jefe: Teniente Coronel D. Simón Santés.	750 plazas
Batallón 4.º de Valencia; Jefe: Teniente Coronel D. Joaquín Maznata.	680 plazas
Total.	2573 plazas

Caballería

Regimiento del Cid; Jefe: Coronel D. Cristóbal Manrique, 230 plazas y 200 caballos.

Partidas

Ronda de Villar del Arzobispo; Jefe: Capitán de Infantería D. Francisco Martínez, con cien hombres á sus órdenes.

Ronda de Segorbe; Jefe: Capitán de Infantería D. José Doñate, con sesenta hombres á sus órdenes.

Ronda de Requena: ignoramos el nombre de su jefe y el número de hombres que tenía á sus órdenes.

Con esta División de Valencia operaron frecuentemente dos batallones y un escuadrón de carlistas castellanos, mandados aquellos por los tenientes coroneles D. Francisco de Julián y D. Julio Serrano (cada uno de cuyos jefes tenía quinientos hombres á sus órdenes), sintiendo no poder consignarlo aquí, por ignorarlo, el nombre del citado escuadrón castellano que disponía de setenta hombres y sesenta caballos.



CAPÍTULO XIII

Puente-la-Reina y Montejurra

(Octubre y Noviembre de 1873)

Al encargarse el Teniente General D. Domingo Moriones del Generalato en Jefe del Ejército republicano del Norte, consideró, sin duda, que siendo Navarra el nervio de la guerra, las victorias que pudiera obtener serían allí mucho más importantes y decisivas; ordenó que se fortificaran las poblaciones de Lerín y de Ladosa y pasando á Puente-la-Reina avanzó hacia el interior del país en busca de los carlistas.

No hizo público su pensamiento, pero no hay duda de que sus operaciones habían de tener por objeto entrar en Estella ó destruir sus alrededores por el valle de Guesalar, pues no era posible suponer que tratase de tomar unas posiciones para volverlas á dejar, derrochando sin fruto alguno sangre, tiempo y recursos de todo género.

Era el día 6 de Octubre de 1873; cinco batallones carlistas de Navarra y tres de Álava se opusieron al paso del General Moriones en los montes de Santa Bárbara y del

Guirguillano, y aunque atacaron vigorosamente las tropas republicanas (que constituían dos divisiones de todas armas) y llegaron á dominar las primeras alturas, no lograron forzar las segundas. Sorprendióse el General en Jefe republicano de la resistencia que encontraban sus numerosos batallones, baterías y escuadrones; no se atrevió á pasar adelante, dejando á los carlistas sobre su flanco, y optó por retirarse á Puente-la-Reina, en cuyo momento fueron sus tropas perseguidas, lo cual le obligó á efectuar la retirada con precipitación en algunos puntos. Sin embargo, aquella noche pernoctaron los liberales en Puente-la-Reina, y al día siguiente hicieron un reconocimiento; no encontraron fuerzas carlistas al frente, pero había sido tal la resistencia que éstas habían desplegado veinticuatro horas antes, que el General Moriones no se decidió á proseguir su marcha hacia el interior del Campo Carlista. Fué, pues, el resultado de aquel combate, que después de haber tenido el General Moriones en fuego sus tropas, ó para confiarlas en su superioridad, ó para pasar á las inmediaciones de Estella, no consiguió ni lo uno ni lo otro, y tuvo, al fin, que retirarse ante un enemigo que podía muy justamente enorgullecerse de haber obtenido una nueva victoria, ya que los muchos conocimientos de aquella clase de guerra que tenía el General Moriones, la pericia de los generales liberales Primo de Rivera, Catalán, Ruiz-Dana y Pieltain, los esfuerzos de los brigadieres Blanco, Terrero, Mariné y Minguella, el valor y arrojo de los jefes y oficiales, la bravura y confianza de la tropa, y lo potente y numeroso de su Artillería, todo se estrelló en los obstáculos que oponía el terreno hábilmente aprovechados por los carlistas, en la inteligente dirección del General carlista Ollo y en la tenacidad de los navarros guiados por el Coronel Radica; y aunque la bravura de algunos batallones republicanos y la superioridad

de su armamento hicieron, en un principio, retroceder á los batallones carlistas, éstos con sus cargas á la bayoneta persiguieron, al fin, con el ardimiento y entusiasmo propios de la victoria á sus enemigos, y *algunas fuerzas de los liberales aprendieron fugitivas que se libraba la vida en los combates volviendo las espaldas y dándose á correr,* palabras textuales del *Estudio crítico sobre la última guerra civil,* obra atribuída al ilustrado y bizarro Coronel de Artillería del Ejército alfonsino D. Baldomero Villegas, hijo del ilustre General del mismo apellido que tanto se distinguió operando por las montañas de Santander contra los carlistas en la última guerra civil.

He aquí detalles de la victoria carlista de Puente-la-Reina, llamada también de Mañeru.

Dice el ilustre General de Artillería D. Antonio de Brea en su notable obra *Campaña del Norte de 1873 á 1876* que el servicio de confidencias se hacía ya por entonces con la mayor puntualidad entre los carlistas, porque la Junta de Navarra consagraba á él sumas importantes (á veces era desempeñado por mujeres), y que tanto por la razón expuesta como por la inmensa popularidad del General Ollo y por el carlismo del país, no daba un paso el Comandante General carlista sin encontrar gente que le informase al detalle y al minuto de los movimientos de los liberales, siendo muchas las noches que no podía aquel General dedicarse al sueño tres horas seguidas, sin verse interrumpido cinco ó seis veces.

Debido á esto, supo el día 4 el General carlista que su contrario el General Moriones había concentrado muy numerosas fuerzas de las tres armas en Tafalla y Puente-la-Reina, y que se decía intentaba dirigirse á Estella y arrasarla (palabras textuales), como principal guarida de los carlistas. Inmediatamente dispuso el General Ollo apro-

vecharse de las ventajosas posiciones que protegen á Estella por el Este; en su consecuencia ordenó á los batallones 1.º y 2.º de Navarra y á la sección de Artillería de Montaña que se adelantasen y ocuparan Mañeru, Cirauqui, y sobre todo la elevada ermita de Santa Bárbara, cuya situación, á la izquierda y avanzada sobre Puente-la-Reina, les permitía fácilmente ver los movimientos del enemigo, prevenirlos é impedir su paso, flanqueando su marcha desde el mismo instante de su salida de Puente. A la vez previno al jefe de los alaveses, el Brigadier Mendiry, que dejando la fuerza más indispensable para cubrir La Solana y Villatuerta, avanzara con el resto hacia Mañeru en el momento de oir fuego, y por el camino más corto.

Así las cosas, y hallándose de vanguardia delante de la ermita el Batallón 2.º de Navarra, adelantó el General Moriones sus tropas en dos columnas, sin previo flanqueo ni exploradores. La una, más pequeña, emprendió la marcha por la carretera que sube unos tres kilómetros, empezando así desde el mismo Puente-la-Reina; la otra, más considerable, al oir el fuego de flanco con que fué saludada la primera, subió de frente á la ermita, procurando envolver toda la posición carlista de la izquierda. Visto esto por el General carlista Ollo, que se hallaba en el mismo lugar del combate, ordenó al Batallón 1.º de Navarra que reforzase á la carrera al 2.º, el cual á las once de la mañana se hallaba envuelto por todas partes. El ataque fué tan rápido y la defensa tan obstinada, que la ermita fué perdida y vuelta á recuperar dos veces por el bravo Coronel carlista Radica y su aguerrido Batallón, teniendo apenas tiempo de disparar sus fusiles en este combate, verificándose por consiguiente el choque al arma blanca. A la otra vez no pudo ya abrirse paso el 2.º de Navarra, á pesar de su heroísmo, por el considerable número de soldados republicanos que lo rodeaba,

hasta que, animado al ver llegar al Batallón 1.° en su auxilio, hizo un último esfuerzo, y entre los dos lograron romper, al fin, el círculo enemigo á la bayoneta.

Retiróse, pues, por escalones y ordenadamente el 2.° Batallón, para rehacerse al abrigo del 1.°, que llegó de refresco. Este, con el General carlista y su Teniente Coronel Rodríguez Román á la cabeza, restableció al poco tiempo el combate, y á favor de otra nueva carga á la bayoneta, dada con grande empuje, volvió á quedar nuevamente por los carlistas la ermita de Santa Bárbara. El Brigadier Mendiry, jefe de los carlistas alaveses, y los tres batallones de su mando, contribuyeron eficazmente al buen resultado de la operación, así como los batallones 3.°, 4.° y 5.° de Navarra.

La situación de las tropas carlistas al principiar la acción de Mañeru ó Puente-la-Reina era la siguiente: El tercer Batallón navarro en Cirauqui, y el segundo y el cuarto, con dos cañones de montaña, en Mañeru, los tres á las órdenes del Brigadier D. Emeterio Iturmendi; en Estella, á las del General Jefe de Estado Mayor de Navarra, D. Ramón Argouz, los batallones primero y quinto de Navarra, cuatro compañías del sexto, doscientos hombres del octavo, dos compañías de ingenieros y dos cañones de montaña. Los batallones primero y tercero de Alava en Villatuerta, á las órdenes del Brigadier D. Torcuato Mendiry, y el segundo en Lorca.

Las tropas republicanas que, á las órdenes del General Moriones, atacaron á los carlistas en la acción de Puente-la-Reina ó de Mañeru, sumaban un total de dos regimientos de Caballería (uno de húsares y otro de lanceros), cuatro baterías, siete compañías de ingenieros y diez y nueve batallones de infantería pertenecientes á los cuerpos titulados de San Quintín, de Sevilla, de Africa, de Gerona, de Te-



Excmo. Sr. D. Joaquín Elío
Ministro de la Guerra del campo carlista.

tuán, de Cortrejana, de Guadalajara, de la Constitución, de Ciudad-Rodrigo, de Ramales, de Puerto-Rico y de Alcolea.

Las pérdidas de las tropas liberales fueron dos jefes, tres capitanes, tres subalternos y cuarenta individuos de tropa muertos; cuatro jefes, cinco capitanes, doce subalternos y ciento treinta y dos individuos de tropa heridos; y cinco capitanes, seis subalternos y sesenta y ocho individuos de tropa contusos.

Las bajas sufridas por los carlistas fueron: un jefe, cuatro subalternos y treinta y dos individuos de tropa muertos; y cuatro capitanes, once subalternos, dos cadetes y setenta y nueve individuos de tropa heridos.

El Cuerpo de Estado Mayor del Ejército en su *Narración Militar de la guerra carlista* (páginas 234 y 235 del tomo tercero), dice así: *Ruda había sido la acción. Por primera vez se habían batido los carlistas contra el grueso del ejército liberal. .....debemos consignar que, tanto los liberarales como los carlistas, demostraron gran valor en el combate.*

El bizarro General carlista D. Antonio de Brea, en las páginas números 61 y 62 de su *Campaña del Norte de 1873 á 1876*, cuenta lo siguiente:

«Tenemos que cumplir un alto deber de justicia consignando aquí que cuando la brusca acometida de los carlistas hizo huir á la desbandada la vanguardia liberal, el General Moriones, puesto á la cabeza del puente, hizo se rehiciesen sus fuerzas y que volviesen á hacer cara al enemigo, encargando al capitán de ingenieros Cazorla que contuviese la huída de las tropas con la compañía que mandaba: así lo hizo este bravo y pundonoroso oficial de ingenieros, pero costóle la vida su heroísmo, y allí en el campo de batalla cayeron también á su lado hasta treinta y siete de

sus zapadores, siendo muy sentida su temprana muerte entre sus compañeros de armas, y su nombre citado con gran elogio por los mismos jefes y voluntarios del campo carlista que tuvimos el honor de admirar su brillante defensa.

El General carlista se replegó con sus fuerzas sobre Estella, y el General en jefe liberal se retiró á Tafalla, donde tan quebrantadas quedaron las suyas, que hubo de permanecer inactivo en aquel punto por espacio de un mes.

Durante la acción del 6 el Capitán del 2.º de Navarra Alvarez Sobrino fué herido por sus mismos soldados, á causa de que habiéndose caido al suelo y perdido la boina, los voluntarios de su batallón le creyeron liberal, pues la levita y pantalón que llevaba eran los mismos que había usado en el ejército contrario.

Entre los desaparecidos se contaba otro oficial carlista, procedente también del ejército, apellidado Mas, el cual era Ayudante del Batallón de Radica, y á quien éste profesaba singular cariño. Al día siguiente, ignorándose su paradero y creyéndole acaso entre los heridos que el enemigo recogió y llevó á Puente-la-Reina, marcharon á dicho pueblo Radica y algunos oficiales más para volverlo á Estella si era vivo, ó enterrarlo si había muerto. Por desgracia le encontraron entre los cadáveres enemigos, no lejos de la ermita de Santa Bárbara, dándosele después la debida sepultura. En el hospital de Puente-la-Reina visitaron Radica y sus acompañantes á los heridos enemigos, entre quienes tuvieron el sentimiento de encontrar á nuestro inolvidable amigo el Oficial de Estado Mayor Marqués de la Coquilla y á nuestro antiguo compañero Moya, Oficial de Artillería. Tanto los heridos como el pueblo en masa confirmaron todas las noticias que llevamos expuestas en este relato.

Por aquellos días se dijo que diez y siete heridos que

los carlistas no pudieron llevarse cuando fueron desalojados de la ermita por los liberales al principio de la acción, fueron tratados inhumanamente por los liberales, encontrándoseles muertos al ser recuperada aquella posición. Como quiera que esto no tenía fácil comprobación por unos ni por otros, solamente lo consignamos como un rumor. Creemos, sin embargo, que no sería cierto, pues de haberlo sido es seguro que en las acciones siguientes se hubieran llevado á cabo algunas represalias, cosa que hubiera dado á la guerra un carácter que no tuvo después, afortunadamente, para unos y otros. Sin embargo, el escritor liberal D. Antonio Pirala dice textualmente: *Los diez y siete* (heridos carlistas) *que quedaron* (en la ermita) *fueron muertos á bayonetazos al ocupar la ermita las tropas liberales.*»

En aquella sangrienta jornada de Mañeru ó Puente-la-Reina se distinguieron por su bravura Blanco, Terrero, Ruizdana, Pieltain, Catalán, Araoz, Minguella, Mariné, Borrero, Rubín de Celis, Infanzón, Ortego, Furriel y el Marqués de la Coquilla, en el ejército liberal, y en el carlista: Ollo, Radica, Argouz, Iturmendi, Radica, Brea, Calderón, Riezu, Lerga, Reyero, Segura, Goñi, Itarte, Alcalde, Sainz, Echarte, Martínez, Mendiry, Conde y Montoya (don Simón y D. José).

Al recorrer los carlistas el campo de batalla recogieron varios heridos liberales que sus tropas habían abandonado é hicieron algunos prisioneros.

El día 7 de Noviembre de aquel mismo año de 1873 dirigióse de nuevo hacia Estella el General en Jefe republicano D. Domingo Moriones, y los carlistas saliéronle al encuentro, tomando posiciones en las faldas del Monte-

Jurra y Monjardín, cubriendo la carretera que por aquel lado conduce á Estella.

He aquí la organización del Ejército que llevaba consigo el General Moriones:

Cuartel General.—Jefe de Estado Mayor, Brigadier Terrero, con una compañía y un Escuadrón prestando servicio de Escolta.

1.ª División.—General Primo de Rivera.

1.ª Brigada de la 1.ª División.—Brigadier Pieltain, con los regimientos de Infantería de Castrejana, de Gerona y de San Quintín.

2.ª Brigada de la 1.ª División.—Brigadier Tello, con Guardia Civil, Carabineros, Tiradores del Norte, Regimientos de Infantería de Saboya y de Asturias y tres compañías de Ingenieros.

3.ª Brigada de la 1.ª División.—Brigadier Coloma, con los regimientos de Caballería de Sesma, de Arlabán, de Pavía y de Lusitania.

Artillería afecta á la 1.ª División.—Una batería del tercer Regimiento Montado y una sección del 2.º de Montaña.

Segunda División.—General Catalán.

1.ª Brigada de la 2.ª División.—Brigadier Ruiz Dana, con los regimientos de Infantería de Sevilla y de Cantabria y cuatro compañías de Ingenieros.

2.ª Brigada de la 2.ª División.—Brigadier Padial, con los regimientos de Infantería de Tetuán, de Africa y de la Constitución.

Caballería afecta á la 2.ª División.—Regimientos de Húsares, de Pavía y de Villarrobledo.

Artillería afecta á la 2.ª División.—Tres baterías del tercer Regimiento de Montaña y otra del 3.º Montado.

Según la *Narración Militar de la Guerra carlista*, escrita

por el ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército (página 275 del tomo tercero), aquel Ejército con el que se dirigió el General Moriones sobre Estella el día 7 de Noviembre de 1873 sumaba un total de diez oficiales generales, ciento dos jefes, quinientos noventa y seis oficiales, doce mil veintinueve individuos de tropa, mil ciento setenta y cinco caballos, doscientos cincuenta y ocho mulos y veintidós cañones.

Para hacer frente á tan numerosas tropas sólo podían disponer los carlistas de catorce batallones (uno de Castilla, otro de la Rioja, tres de Vizcaya, cuatro de Alava y cinco de Navarra), doscientos caballos y cuatro cañones de Montaña, sumando en total unos siete mil hombres mandados por Carlos VII y los Generales Elío, Dorregaray, Ollo, Argouz, Mendiry, Martínez de Velasco y Marqués de Valde-Espina.

A las nueve de la mañana apareció la vanguardia liberal por el portillo del Cogullo, y desembocando en la llanura de Barbarín, formó en ella sus masas. El Coronel Radica, que ocupaba la vanguardia con su Batallón y dos piezas de Artillería, rompió con ellas el fuego, á cuya provocación contestaron en seguida los republicanos colocando catorce cañones en batería, y avanzando resueltamente al amparo de su Artillería con la Infantería sobre Barbarín. El 2.º de Navarra sostuvo con firmeza la acometida y defendió, á pesar de la desigualdad numérica, con denuedo la posición, hasta que, faltándole municiones, se replegó protegido por el 3.º, y junto con él y apoyado luego por el 1.º y por el 4.º defendieron con tal empeño la segunda posición, que en todo el día no pudieron ya los liberales pasar de la primera altura sobre Barbarín. Entre tanto las demás fuerzas republicanas entraban en Luquin y Urbiola, que antes del combate habían abandonado los carlistas, y desde allí



Por los campos de Navarra.

lanzaban luego sus columnas á tomar las alturas inmediatas. Los tres batallones carlistas de Vizcaya, el 1.º de Castilla y el 5.º de Navarra sostuvieron también sus posiciones con tal empeño, que los liberales fueron rechazados, y al anochecer se guarecieron en los pueblos de Luquin, Barbarín y Urbiola, sin haber conseguido ningún resultado positivo, antes bien, quedando encerrado por las fuerzas carlistas que, ayudadas á la derecha por el Batallón riojano, al mando del Brigadier Llorente, quedaron envolviéndole por la noche.

Las tropas carlistas pernoctaron el día 7 en la siguiente forma: Carlos VII en Estella; el General Dorregaray, teniendo á sus órdenes á los Generales Marqués de Valde-Espina y Ollo, en Villamayor y Montejurra, al frente de la primera línea; la segunda en Arqueta con el General Velasco, y la Caballería en Ayegui con el Coronel Pérula, preparados todos al combate que esperaban continuaría al día siguiente.

Amaneció el día 8 diluviando; pero á pesar del agua, los republicanos hicieron por la mañana una salida impetuosa desde los tres pueblos que ocupaban, creyendo que los carlistas, descuidados con la lluvia, no sostendrían sus posiciones. Bien pronto el terrible fuego que recibió á sus columnas les hizo ver que se equivocaban, y en seguida se encerraron de nuevo en los pueblos. Cesó la lluvia por la tarde, y los republicanos cañonearon violentamente las posiciones carlistas, sobre todo la de Villamayor, donde estaba Carlos VII, á cuyos pies estallaron varias granadas. Salieron otra vez á probar fortuna, y como fueron nuevamente rechazados, sin conseguir ninguna ventaja de importancia, se volvieron á Luquín, Barbarín y Urbiola con muchas pérdidas, y desalentados ante la porfiada resistencia de los carlistas.

El General Moriones se convenció de que no le era

posible entrar en Estella, y á la mañana del día 9, fiesta del Patrocinio de la Virgen, emprendió la retirada hacia Los Arcos, llevándola á cabo con orden tan admirable, en tan buena disposición y con tal acierto, que los mismos generales carlistas que la contemplaban tributaron públicos elogios á los generales republicanos.

Al ver los carlistas retirarse al Ejército del General Moriones, se lanzaron con ímpetu sobre sus tropas, á pesar de lo terrible del fuego de su Artillería; las desordenaron en algunos puntos y las acosaron hasta la altura del Cogullo, pero empezando allí el terreno llano, desplegó en él el General Moriones seis regimientos de Caballería, y con ella y su numerosa Artillería contuvo á los carlistas que solamente disponían de dos escuadrones y cuatro cañones, impidiendo así que se convirtiera en un desastre su retirada.

Las bajas sufridas por el Ejército republicano durante los días 7, 8 y 9 que duró la batalla de Montejurra, fueron: cinco oficiales y treinta y siete individuos de tropa muertos; cuatro jefes, treinta y ocho oficiales y trescientos sesenta y seis individuos de tropa heridos; y un jefe, diez y siete oficiales y ciento ocho individuos de tropa contusos.

Las pérdidas de los carlistas consistieron en veinticinco ó treinta muertos y ciento treinta y nueve heridos.

Con motivo de aquella victoria carlista ascendió Carlos VII al General Elío al empleo de Capitán General de Ejército, y creó una Medalla para recompensar el heroísmo de todos los generales, jefes, oficiales, clases é individuos de tropa que se habían batido en los campos de batalla de Montejurra.

En Estella se festejó con gran júbilo aquella victoria de las armas de Carlos VII, celebrándola con iluminaciones, vuelo de campanas, cohetes y otras regocijadas muestras

del entusiasmo popular. El Obispo de Urgel cantó un solemne *Te Deum* en la iglesia de San Juan, y en algunos puntos llegó el paisanaje á simular el entierro del General Moriones, figurándole con un monigote.

Examinadas las principales obras que se han escrito sobre la última guerra carlista, consideramos oportuno ampliar lo anteriormente explicado con lo que á continuación se expresa:

El bravo é ilustrado General de Artillería D. Antonio de Brea, en su obra titulada *Campaña del Norte de 1873 á 1876,* dice en sus páginas 67, 68, 69, 70 y 71 lo siguiente:

«Al mediodía (el 8) se despejó la atmósfera, y deseando Don Carlos visitar los puntos avanzados, contra el parecer de su Cuartel Real, marchó, sin embargo, acompañado de muy pequeño séquito, hacia Villamayor, con el fin de no llamar demasiado la atención del ejército liberal, cuyas masas cubrían Urbiola y sus alrededores, y que se hallaba á poco más de un kilómetro. Las baterías enemigas habían permanecido calladas hasta las doce por aquella parte; pero advertidas, sin duda, de la visita regia, rompieron otra vez el fuego con granada y *shrapnells,* reventando una de ellas á los pies de Don Carlos. Logrado el objeto de éste, regresó al cabo de un rato á Arqueta, trayendo en la mano el culote de dicha granada, y al ver á sus artilleros, se dirigió al Coronel Berriz y díjole jovialmente:

—He aquí un regalo que me hacen tus queridos compañeros del otro lado.

Aludía, tal vez, Don Carlos á la conversación que tuvo con Berriz, Brea, Dorda, Reyero y García Gutiérrez, cuando dichos oficiales de Artillería se le presentaron en Vergara, á principios de Septiembre, pues sin dejar de ser el recibimiento tan digno de aquella augusta persona como de los artilleros favorecidos, lamentóse Don Carlos de que

muchos jefes y oficiales de Artillería habían conferenciado con él ó sus allegados, indicándoles que primero irían á ponerse á sus órdenes que servir al Gobierno federal de España, y á pesar de esto había visto recientemente que el disuelto Cuerpo se disponía á aceptar la invitación de reorganización hecha por Castelar como Presidente de la República. No sólo trataron los referidos oficiales de disculpar á sus antiguos amigos y compañeros, haciendo presente á Don Carlos la situación precaria ó particular de algunos, sino que le suplicaron fuesen llamados á su lado el día en que como Rey llegase á Madrid, si Dios lo permitía. Don Carlos oyó atentamente sus palabras y les contestó con estas ó parecidas frases: *Pláceme mucho ver en vosotros esa generosidad y compañerismo: si quiere Dios que ganemos y llegue yo á ser un día Rey de España, vosotros habréis contribuído á ello con vuestra ciencia y vuestro valor, y yo no podré permitir que sigáis en vuestros antiguos puestos del Escalafón de vuestro Cuerpo, como solicitáis; sin embargo, haré todo lo que vosotros queráis por la mayor gloria del Cuerpo de Artillería.* Desde entonces no olvidó nunca Don Carlos la prueba de amistad dada en aquella ocasión por los oficiales de Artillería carlista á los artilleros liberales, y á esta conversación aludiría, sin duda, Don Carlos cuando en Montejurra enseñaba á los primeros el culote de una de las granadas disparadas por los segundos.

. . . .

Díjose que la causa de la retirada del Ejército de Moriones fué la falta de víveres. Esto no es creíble, pues las dos horas que mediaban entre Urbiola y Los Arcos pudieron recorrerse fácilmente por su Caballería, cuyos caballos pudieron también convertirse en acémilas, dado caso que no hubiera habido otro medio más rápido de locomoción. Esto no es de pensar en un país como Navarra donde

abundan los recursos de esta especie, existiendo allí numerosos carros y animales de carga. Partimos del supuesto de haber salido de Los Arcos y Logroño sin racionar el ejército republicano, lo cual es muy aventurado de suponer, disponiendo de fondos, de Administración Militar y de otros recursos; y esto tampoco hubiera argüido mucho en favor del General Moriones, que en muchas ocasiones tenía dadas pruebas de su previsión, tanto como de su osadía y de su conocimiento del país navarro, que lo era el suyo propio.

Sean cuales fueren las verdaderas causas de la retirada de los liberales, el ejército carlista ganó en fuerza moral lo que había perdido el enemigo, el cual pudo convencerse con dolor, por sí mismo, y prescindiendo de las alharacas de los periódicos, que ya no eran partidas sueltas y muchedumbres sin armas, como en Oroquieta, las que en adelante había de combatir el General Moriones, confesando la victoria de los carlistas un escritor liberal con las siguientes palabras: *Los carlistas acababan de arrollar á nuestras tropas en las alturas de Montejurra.* . . . .

. . . .

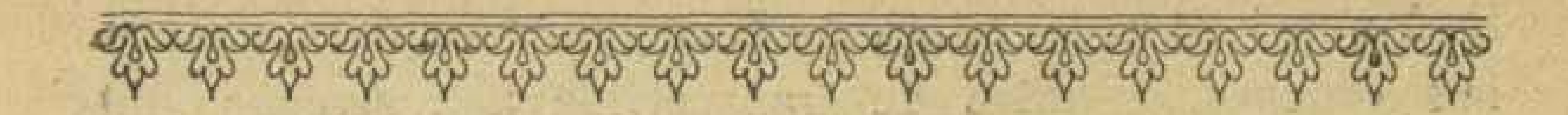
. . . .

Tanto el primer día de la acción como los siguientes, se vió recorrer nuestras líneas, para cuidar á los heridos sobre el campo de batalla, á Mr. Bourgade y al Médico de Artillería carlista señor Marín, agregado al hospital de Irache, quienes á caballo, y provisto el segundo de una mochila de socorro á la espalda, atendían á los heridos con notable caridad, valor é inteligencia.

Al entrar el día 9 en Urbiola con su Estado Mayor el General Dorregaray, se encontró allí con un Ayudante Médico, dos practicantes y siete soldados de Sanidad Militar. A los seis días fueron puestos en libertad, aloján-

doseles mientras tanto en Irache, obsequiados por la señora viuda de Calderón y por Mr. Bourgade, quien antes de despedir al Médico Abela (que así se llamaba el Ayudante), le dió mil reales, á nombre de *La Caridad,* para los heridos liberales de Logroño. En cambio al ser acompañado Abela y sus sanitarios hasta cerca de Tafalla por voluntarios carlistas del 2.º Batallón de Navarra, fueron despedidos éstos al avistar el pueblo, por *decir aquéllos que no podían responder de sus vidas.* Consignamos el hecho y nada más.»

A la victoria carlista de Montejurra asistieron, acompañando á Carlos VII, sus augustos hermanos Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este y Doña Nieves de Braganza de Borbón, quienes fuerón obsequiados en Estella con corridas de toros y otras diversiones que patentizaban el entusiasmo del pueblo carlista del Norte.



CAPÍTULO XIV

Caspe, Molina de Aragón, Daroca, Cantavieja y segunda victoria de Daroca.

En nuestra obra titulada *Carlistas ilustres de Aragón* (dedicada á nuestra excelsa y adorada Patrona, en cuyo metropolitano templo de Zaragoza tuvimos el honor de recibir las aguas del bautismo) procuramos recordar el alto heroísmo desplegado por nuestros queridos paisanos en las tres Cruzadas españolas del siglo pasado, así como la fe y el entusiasmo con que lo mismo en paz que en campaña, al igual en los servicios propios de la lucha pacífica y legal que en los campos de batalla, se han sacrificado generosos, bravos, abnegados y entusiastas por los ideales católico-monárquicos, siendo muy de notar que aunque tanto en los ejércitos carlistas del Norte y de Cataluña como en la División del Maestrazgo, militaron siempre innumerables aragoneses (cubriéndose de gloria en las montañas vasco-navarras el brillante Batallón de Almogávares de la Virgen del Pilar), bastó en la última guerra que su prestigioso Comandante General, el valiente y honradísimo

D. Manuel Marco, se lanzase á campaña para reunirse á sus órdenes, y antes de transcurrida una semana, mil doscientos voluntarios con noventa y cuatro caballos; á los veinticinco días eran ya dos mil los aragoneses que le seguían, y, en fin, á los dos meses de salir al campo, la División carlista de su mando estaba ya constituída por cuatro batallones de á quinientas plazas, dos escuadrones de ciento cincuenta caballos y la célebre Compañía de Guias de la Virgen del Pilar (digna y caballerosamente elogiada por el ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército en su *Narración militar de la guerra carlista)* organizándose al propio tiempo entre nuestros bravos paisanos unos servicios sanitarios y administrativos de campaña, reputados cual modelo entre los de su género por el bizarro, ilustrado é inteligente Jefe de Estado Mayor, General del Ejército carlista del Centro, nuestro querido é inolvidable jefe y amigo D. Antonio Oliver, en su obra titulada *Dorregaray y la traición del Centro.*

Unidas, generalmente, las tropas carlistas de Aragón á las divisiones de Castilla, de Valencia y del Maestrazgo, en el Ejército del Centro, pocas veces operó la de Aragón con absoluta independencia; sus valiosísimos servicios confúndense, por lo tanto, á simple vista, en los más notables combates, con los de sus bravos compañeros de armas de las provincias lindantes con nuestra Región, resultando así difícil hacerlos resaltar sin previo análisis de todas las operaciones militares, por lo cual hemos de limitarnos en la presente obra á citar algunos de sus hechos aislados, y á dar á conocer la última organización de la División carlista aragonesa.

Circunscribiéndonos por ahora á la última campaña carlista, ya en el año de 1872 lanzáronse en muchas partes á la guerra los aragoneses. El Coronel D. Andrés Madrazo

la inauguró en las puertas de Calatayud, de cuyo punto trató de apoderarse con una partida de cien hombres. Frustrósele el plan que tenía para conseguirlo, pero Madrazo, hombre dotado de mucho arrojo, firmeza y decisión, carlista leal y consecuente, y que gozaba de una popularidad grande en el país, no se desanimó, y con sus cien voluntarios fué á Sediles, cruzó la Cañada, desarmó á los nacionales de Torrijos, á quienes generosamente dejó en libertad después de recoger fusiles y municiones. Con ellas y con la gente que se le incorporó logró reunir doscientos ochenta infantes y algunos caballos.

Menos suerte que el Coronel Madrazo tuvo el Coronel D. Calixto Cortés, que salió con una partida de Tarazona, y al llegar á las faldas de Moncayo fué hecho prisionero con toda su gente.

El Brigadier D. Pascual Gamundi, cuyo nombre en Aragón era tan famoso por sus hazañas en la primera guerra civil y por su brillante campaña de 1848, también se lanzó al campo en el Bajo Aragón, y reunió al poco tiempo hasta cuatrocientos voluntarios, con los que entró en Hijar y cruzó Aragón y el Maestrazgo.

El Brigadier D. Pablo Montañés, el Coronel Alegre y el Teniente Coronel Polo, levantaron también algunas fuerzas; pero Alegre fué hecho prisionero y muerto en Mosqueruela; y Polo y Montañés tuvieron que dejar los infantes que llevaban y encaminarse con los jinetes que tenían á operar por la parte de Molina, á donde ya había ido á refugiarse Madrazo.

El movimiento terminó en breve; pero no sin que costara alguna sangre. Los carlistas, figurándose que las tropas regulares se les iban á unir, no les hacían fuego al principio; pero éstas, en cambio, apenas daban cuartel á los prisioneros. Así mataron al Coronel Alegre después de rendi-

do, y así también, la columna de Perruca, compuesta de guardias civiles y nacionales de Torrijos, mató en la Granja de Lozano á dos prisioneros cogidos á Madrazo.

El General carlista Marco salió también al campo con cuarenta paisanos, cansado de esperar las promesas de algunos jefes y oficiales del Ejército; pero al llegar á las ¡nmediaciones de Cantavieja fué sorprendido por fuerzas superiores, perdiendo al Teniente Coronel D. Joaquín Gil, que fué muerto, y varios prisioneros; se le dispersó el resto de la gente y él tuvo que ocultarse para no ser fusilado.

La irritación producida por aquellos sucesos fué grande y creció mucho más al saber los pueblos que algunos de los jefes amadeistas que tan encarnizadamente les perseguían habían comprometido anteriormente su palabra y puesto sus espadas á disposición de Carlos VII.

Pocas provincias más carlistas, más entusiastas y más decididas ha habido que las de Teruel y la de Zaragoza (por la parte de la derecha del Ebro); millares de hombres resueltos y valerosos estaban allí ansiando tomar las armas y pelear por los ideales católico-monárquicos, con tanto ardor, con tanto fuego y con tanta abnegación como los navarros y vascongados; y, sin embargo, el alzamiento carlista de Aragón fué lento, tardío y dificilísimo. Por una parte la falta de armas, y por otra la de acertada dirección, retrasaron la expansión de los sentimientos tradicionalistas de que estaban animados tantísimos aragoneses, y dieron lugar á varias infructuosas tentativas.

Al fracasar el alzamiento de 1872, se ocultaron, como el General Marco, los brigadieres Gamundi y Montañés y el Coronel Madrazo, otros jefes carlistas fueron muertos ó reducidos á prisión; se perdió gran cantidad de armas y municiones; era inútil intentar nada serio; pero, á pesar de todo, la tenacidad de los carlistas aragoneses no se

dió por vencida, pugnaba por lanzarse á la lucha nuevamente.

A principios del año 1873, animados con las noticias recibidas del Norte, y deseando secundar el movimiento por el Centro, se reunieron algunos jefes de Aragón. El Coronel Madrazo, nombrado Comandante General de los carlistas de Guadalajara y de Cuenca, inició el movimiento: ayudado por Martínez (del Campillo), Florida y otros varios, reunió en Febrero una partida de cien hombres y salió con ella á campaña; mas sorprendido por fuerzas de la Guardia civil en la venta del Coscojar, fué herido defendiéndose, perdió veintitrés prisioneros, y el resto de su gente se dispersó, con lo cual se acabó aquel movimiento.

No escarmentaron los carlistas aragoneses con dicho desastre, puesto que al mes siguiente echábanse otra vez al campo.

El nuevo movimiento lo dirigían tres hombres de mucha influencia en el país: uno el Brigadier D. Pascual Aznar, antiguo jefe carlista conocido por el Cojo de Cariñena; otro D. Francisco Cavero, hijo del Conde de Sobradiel y oficial procedente del arma de Caballería, y por último, D. Francisco Sancho, muy estimado en Calatayud. Estos tres nombres, la fama de valor que tenía Cavero y el entusiasmo general, hacen que se unan á ellos muchos jefes y oficiales, y que en el mes de Marzo salgan de Zaragoza misma con doscientos voluntarios. Esta fué su desgracia, porque descansando en Santa Cruz de Nogueras fueron alcanzados por superiores fuerzas republicanas; trabóse un encarnizado combate, pues la gente carlista, aunque corta en número, era escogida; pero al fin, heridos Cavero y otros muchos, fueron todos hechos prisioneros.

El fracaso de Santa Cruz de Nogueras tuvo mayor importancia que el anterior, porque como iban gran número



Excmo. Sr. D. Manuel Marco
Comandante General de los Carlistas
de Aragón

de jefes en la partida, y todos fueron muertos ó prisioneros, los carlistas de acción quedaron sin cabeza.

No faltaron sin embargo al poco tiempo hombres resueltos que se decidieran á salir á probar fortuna, y en el mes de Junio se levantaron en armas el Coronel D. Domingo Calvo con treinta hombres, el Coronel Calvera con cuarenta, y un sacerdote llamado Mosén Pacho llevóles también alguna gente de la parte de Teruel. Estas partidas buscaron el amparo de las del Maestrazgo, y unidas con otras que levantaron dos hermanos conocidos con el nombre de los Tuertos de Albalate, sostuvieron por las inmediaciones de Cantavieja pequeños encuentros con las columnas republicanas.

Un labrador sin instrucción, pero enérgico y valiente, llamado Blas Carceler, conocido por el Seco de las Parras, logró también reunir doscientos hombres fuertes y robustos, y aunque fué batido en Palomar, supo de nuevo juntarlos y sostenerlos varios meses perfectamente disciplinados.

El Brigadier Vallés, con las fuerzas carlistas del Maestrazgo, fué á Aragón, entró en la importante ciudad de Caspe, desarmó á los nacionales, y entusiasmados los del país con el suceso, formaron un batallón de cuatrocientas plazas, que, mandado por D. Juan Pellicer y D. Pascual Lapuerta, siguió durante algún tiempo á las órdenes del Brigadier Vallés, y luego se sostuvo sólo por las inmediaciones de Horta hasta el mes de Noviembre de 1873.

También el Brigadier carlista Villalain, á quien además de las provincias de Guadalajara y Cuenca se le dieron á mandar los distritos aragoneses de Calatayud y Daroca, intentó en Agosto y Septiembre de aquel mismo año levantar gente, para lo cual fué allá, desde Burgos y Soria, con una partida de treinta caballos. El Brigadier Villalain, valiente hasta la temeridad, recorrió con tan poca fuerza las

provincias de Logroño, Soria, Guadalajara, Teruel y Zaragoza; pero ni logró aumentar con ello su gente ni menos pudo hacer un alzamiento carlista de importancia.

Aragón, sin embargo, estaba deseándolo; el entusiasmo crecía á medida que por nuestro país se recibían noticias de las victorias que las armas carlistas alcanzaban en el Norte y en Cataluña, pedía armamento y municiones para secundar la guerra y un jefe de prestigio que le condujese al combate.

Aragón veía que estaba llamado en aquellos momentos á decidir la guerra en favor de los carlistas, formando con los millares de sus hijos que lo deseaban, un nuevo Ejército tradicionalista, y se dolía del abandono y falta de recursos en que se encontraba. Cosa sencilla hubiera sido, en efecto (á disponer de recursos), el haber armado en una semana ocho mil aragoneses, poniendo con ello en grave apuro á los republicanos.

Por motivos que no podemos detenernos á detallar aquí, no pudo eso hacerse; pero el celo, la iniciativa individual de algunos entusiastas aragoneses y la resolución del General Marco, lograron por fin llevar á cabo un movimiento serio, por el mes de Octubre del año 1873, en Aragón.

Estaba nombrado para dirigirle un jefe superior que figuraba en el Ejército liberal, y el General Marco debía secundarle; pero viendo éste que aquél no salía á campaña ni cumplía sus ofertas, se decidió á llevar él solo á cabo el alzamiento. Citó al efecto á los jefes de las diferentes partidas que ya estaban en armas y á los que debían levantar nuevas fuerzas, para el día 8 de Octubre en el campo de Bello, y apareciendo él en la noche del 7 en el pueblo de Luco al frente de algunos hombres, proclamó á Carlos VII y se lanzó á la guerra. Acudieron al día siguiente las demás fuerzas, y el General Marco reunió ya seiscientos volun-

tarios, cuatrocientos de los cuales habían sido ya organizados por los jefes D. Miguel Arnau y D. Ildefonso Puerto. Las tropas republicanas de Daroca y Monreal, en cuanto supieron la aparición del General Marco en campaña, salieron en su persecución; pero él por la sierra de Fuentefría se encaminó á Cantavieja.

La noticia del alzamiento corrió con la velocidad del rayo por todo Aragón, y de muchos pueblos salieron acto seguido numerosos grupos de entusiastas jóvenes, se le agregaron también las fuerzas del Seco de las Parras y de otras partidas, y en breve engrosáronse considerablemente las tropas que seguían al Comandante General carlista de Aragón.

El día 12 de Octubre, fiesta de nuestra excelsa y adorada Patrona la Virgen del Pilar, reunió el General Marco en el pueblo de Estercuel mil doscientos hombres, y después de oír Misa, marchó en medio del mayor entusiasmo de su gente, por Ejulve á Cantavieja, donde se detuvo algunos días para organizar sus fuerzas, creando con ellas la Compañía de Guías de la Virgen del Pilar y dos batallones; confirió el mando del Batallón primero de Aragón á D. Miguel Arnau, el del segundo al Coronel Calvera, y nombró Jefe de Estado Mayor de la naciente División aragonesa á D. Ildefonso Puerto, antiguo y distinguido oficial de la Guardia Civil, y Capitán de los Guías á D. Eusebio Barrado.

Al mismo tiempo que las del General Marco, debían haberse levantado otras fuerzas carlistas en los distritos de Tarazona, Almunia y Ateca; pero á pesar de que personas de mucha influencia habían trabajado para lograrlo, pudo el Gobierno de Madrid desbaratar sus planes, y los comprometidos en éstos hubieron de ir á reunirse con el General Marco en Cantavieja.

El día 22 salió de allí para emprender las operaciones, y se dirigió á Molina de Aragón, ciudad carlista en extremo, pero guarnecida por los republicanos. Con ánimo de tomarla á viva fuerza fué el General Marco el día 26 al Povo, mas al saber su aproximación se retiró de allí la tropa republicana, y los milicianos nacionales entregaron las armas á los carlistas, entrando éstos allí al día siguiente en medio del mayor entusiasmo de la población. Valió la entrada en Molina de Aragón muchas armas, muchos voluntarios y recursos á los carlistas, cuyo número aumentó además con la llegada del bravo Coronel D. Andrés Madrazo, que al frente de ciento diez hombres se les incorporó allí, encargándole el General Marco del mando y de la organización del tercer batallón aragonés, y unidos todos se encaminaron á Rubielos de Mora para uniformar las tropas.

Esta primera expedición, tan feliz como rápida, aumentó extraordinariamente la popularidad del General Marco, animó más y más á la guerra á los aragoneses, quienes viendo por fin un movimiento formal en nuestra tierra, se decidieron á favorecerle; acudieron á Rubielos de Mora distinguidos propietarios; ingresaron en las filas carlistas ilustrados y valientes jóvenes de muy buenas familias, y creció de tal modo el contingente de voluntarios, que allí mismo se completó el tercer batallón y se organizaron dos escuadrones de Caballería.

Por aquellos días el Comandante del 5.º batallón carlista del Maestrazgo D. Tomás Segarra (después Marqués de Segarra) hizo una correría muy provechosa (desde el punto de vista pecuniario) por Castelserás, Torrecilla, Calanda, Andorra, Híjar, Samper, La Puebla de Híjar, Albalate, Urrea de Gaén, Alloza, Cañizar y otros pueblos, entregando en Campos al General Marco los aragoneses que servían á sus órdenes y trasladándose después á las cercanías de

Morella, para contribuir con la gente de su mando al bloqueo de dicha plaza.

El día 10 de Noviembre salieron de Rubielos de Mora dos mil infantes y ciento cincuenta y ocho caballos á las órdenes del General Marco, viéndose éste obligado por la falta de armas á despedir á muchos que todos los días se le presentaban decididos á ingresar en sus filas, cuyo hecho (que también se repetía frecuentemente tanto en Aragón como en el Norte, en Cataluña, en Valencia, en el Maestrazgo y en la Mancha) prueba palmariamente la popularidad de la guerra carlista y la facilidad con que, á disponer de suficiente armamento, hubieran podido duplicarse en pocos días los ejércitos de Carlos VII.

A mediados de aquél mismo mes emprendió el General Marco otra expedición con objeto de apoderarse de Daroca; llegó allí con los batallones 1.º y 2.º y ordenándoles que asaltaran la población, envió al propio tiempo al Coronel Madrazo á tomar el pueblo de Villafeliche con el Batallón de su inmediato mando. Resistiéronse los de Daroca, pero los carlistas, horadando bravamente la muralla bajo el fuego de la guarnición republicana, avanzaron irresistibles' distinguiéndose al frente de los Guías el bravo joven don Pedro Calvo, Ayudante de Campo del General Marco, y el Comandante D. Manuel Aparicio. Apoderáronse los carlistas de la Guardia Civil de Caballería, se hicieron dueños de la población, y encerrando el resto de las tropas republicanas en dos fuertes que protegían la ciudad, recaudaron fondos, requisaron caballos, recogieron gran cantidad de pertrechos de guerra y abandonaron tranquilamente la población cuando ya hubieron descansado, sin atreverse á molestarles la parte de la guarnición que se había salvado en los fuertes, gracias á no poder batirlos los carlistas por carecer de Artillería.



Por los Campos de Aragón

(Cuadro del célebre pintor D. R. Balaca.)

Entretanto, el Coronel Madrazo con el Batallón 3.º de Aragón se presentó ante Villafeliche y se apoderó de dicho punto sin efusión de sangre, por habérsele rendido en seguida los milicianos nacionales que guarnecían el citado pueblo.

Recorrió después el General Marco la ribera del Jiloca, y cruzando el señorío de Molina y la sierra al Este de Albarracín, volvió á Rubielos de Mora, incorporándosele en el camino la fuerza aragonesa que á las órdenes de D. Juan Bautista Pellicer había estado operando con el Brigadier Vallés por el Maestrazgo; en sustitución del Coronel Arnau, confirióse el mando del Batallón 1.º de Aragón á D. Calixto Cortés, persona muy apreciada, y se crearon varias rondas ó partidas volantes para mejor dominar el territorio y prevenir, molestar y entorpecer los movimientos de las columnas republicanas.

A principios de Enero de 1874 estableció el General Marco en Cantavieja un taller de recomposición de armas y creó también en dicha ciudad un colegio de cadetes dirigido por el ilustrado y bizarro jefe D. Joaquín de la Cambra, adquiriendo también gran prestigio aquel ilustre General por la honradez y celo con que montó la administración civil y la militar, poniendo al frente de ellas personas tan dignísimas como D. José Galindo Vidiella y D. Francisco Romero, y teniendo, en fin, la suerte de que se le unieran personas de las más influyentes, respetadas y queridas en nuestro país, y de que le ayudasen con sus consejos y la gran valía de su apoyo y adhesión personal propietarios como D. Manuel Lapardina y D. Antonio Salvador, sacerdotes tan populares como D. Mariano Navarro y D. Bonifacio Marín, y una juventud distinguida, cristiana, valiente y entusiasta por la Causa Católico-Monárquica.

Ya en la biografía del inolvidable General D. Manuel Marco que (con su retrato) publicamos en nuestra obra

titulada *Príncipe heroico y soldados leales,* dijimos de él que (como hoy nos complacemos en repetirlo) *fué querido por sus subordinados, admirado por sus correligionarios, respetado hasta por sus adversarios políticos, y estimado, en fin, por todo el país en que operaba, y que llegó á dominar en absoluto desde Octubre de 1873,* hasta que á mediados del año siguiente fué (después del ataque de Teruel), sumariado y sometido á un Consejo de Guerra que (como se hizo público en la Orden General dada el día primero de Marzo del año 1875 á los ejércitos carlistas) declaró solemnemente que el proceso que se había instruído al General Marco *no podía afectar en lo más mínimo á su honra y reputación militar, ni servir de nota desfavorable en su hoja de servicios.* Nadie puede negar á nuestro insigne é inolvidable paisano la gloria de haber impulsado el débil movimiento de Aragón, de haber animado á nuestro querido país, y de haber organizado honradísima y lealmente en poco tiempo, y sin elementos, una fuerte y numerosa División.

Unidas ya desde Enero del año 1874 las más de las operaciones de la División carlista de Aragón á las de las otras divisiones de Castilla, el Maestrazgo y Valencia, que con la de nuestros queridos paisanos constituían el Ejército carlista del Centro, nos es imposible seguir detallándolas en una obra de la índole de la presente, en la que deseamos consagrar un recuerdo á triunfos obtenidos por armas de Carlos VII en las distintas regiones de España, en que llegó á ser temible para los liberales su poderío. Cerramos, por lo tanto, este capítulo con dos de las victorias obtenidas exclusivamente por carlistas aragoneses, dejando el completo historial de la vida militar y política del Carlismo de Aragón para nuestra obra anteriormente citada con el título de *Carlistas ilustres de Aragón.*

El día 23 de Abril del año 1874 la columna del Brigadier liberal Despujol intentó apoderarse de Cantavieja, defendida únicamente por D. Joaquín de la Cambra con los cadetes de su mando, y D. Ildefonso Puerto con una Compañía; pero las tropas republicanas fueron rechazadas de las mismas puertas de la población, lo cual aseguró á los carlistas por mucho tiempo la dominación de Cantavieja. Las fuerzas que el Brigadier Despujol mandaba por entonces eran siete batallones, trescientos caballos y tres cañones, según se dice en la página 544 del tomo quinto (edición de 1878) de la *Historia Contemporánea*, escrita por el Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, quien en la página 546 añade lo siguiente: «A las doce estaba ya Despujol en el arrabal de San Blas, cuyas casas conquistó después de nutrido fuego, y empezó el ataque á la población. *No le acobardó al Gobernador Lacambra aquella situación, é hizo, dadas las circunstancias en que se encontraba, la defensa más heroica que hicieron los carlistas del Centro en la guerra.* Tuvieron los liberales la desgracia de que en el momento de colocar el cañón para abrir brecha y hacer el primer disparo, fué herido el Teniente y uno de los artilleros, y no pudo continuar el fuego. Amenazaban desde dentro á los liberales con la llegada de Marco; y fuese esto ó no la causa, lo cierto es que Despujol se retiró á las cuatro de la tarde hacia la Cañada. Marco, haciendo una marcha penosísima llegaba á Cantavieja á las siete de la noche. Supuso que Despujol volvería por el mismo camino á las Cuevas, y á pesar del cansancio de su gente salió al día siguiente por entre Villarluengo y Tronchón á adelantarse á Despujol en la magnífica posición del puente del Vado; pero ya no llegó á alcanzar allí más que á la retaguardia, á la que causó algunas bajas. *Desde entonces pudo considerarse como segura*

la posesión de Cantavieja, completando y mejorando sus obras.»

El Senador del Reino D. Manuel Polo y Peyrolón, al hablar de la heroica defensa de Cantavieja por los carlistas (en su interesante obra titulada *El Guerrillero*), dice del bravo Gobernador de aquella plaza lo siguiente: «Multiplicábase dentro de las tapias, que no merecían el nombre de muros, enardecía á los cadetes con sus ¡cuernos! y ¡recuernos!, tomaba posiciones, acudía el primero á los puestos de mayor peligro y estaba, en suma, hecho una fiera, dispuesta á defenderse con las uñas y aun con los dientes. Los cadetes le admiraban con asombro, y en su propia inexperiencia y en el valor indomable de su jefe, del cual eran claros indicios aquel erizado bigote y aquellas miradas de fuego, encontraron aliento para su temeraria empresa.»

Mandaba á principios de Febrero de 1875 el Coronel alfonsino de Caballería D. Federico Sancho la columna llamada del Jiloca, cuando el día cuatro de dicho mes hubo de pernoctar en Daroca, adoptando las precauciones convenientes, dada la localidad; colocando al efecto cuatro cuerpos de guardia de Infantería en las puertas alta y baja, en la cárcel y en Santa Lucía; estableció también retenes de Caballería, de continua vigilancia en las posadas, y después de ello alojó la tropa en las casas de la población.

El Comandante General carlista de Aragón, que á la sazón éralo el Brigadier D. Pascual Gamundi, había efectuado en los días anteriores varios movimientos para desorientar á las distintas columnas alfonsinas que procuraban batirle, y emprendiendo luego la marcha desde Oliete, en dos jornadas se presentó ante la plaza de Daroca á la una de la madrugada del día 5 de Febrero. Tomadas las oportunas disposiciones para vigilar los parajes peligrosos, cerrar las salidas y asegurar la retirada de sus fuerzas,



Por los pueblos de Aragón

ordenó el General Gamundi el asalto de la plaza por los dos únicos puntos accesibles que tenía, y que se hallaban cubiertos por los soldados alfonsinos; pero precisados éstos á abandonarlos ante el nutrido fuego y valeroso empuje de los carlistas, viéronse al fin reducidos al último baluarte, y no pudiendo resistir, al cabo de doce horas de fuego, viéronse obligados á rendirse, quedando prisioneros del General carlista Gamundi el Coronel alfonsino don Federico Sancho, nueve jefes y oficiales y unos doscientos hombres, cayendo además en poder de los carlistas ciento sesenta y cuatro caballos, con armamento y equipo, y gran cantidad de municiones y pertrechos de guerra; el resto de la columna alfonsina logró llegar á Calatayud, y algunos de sus soldados se salvaron escondidos en las mismas casas de Daroca.

La columna del Coronel alfonsino Sancho se componía de dos escuadrones del Regimiento de Caballería de Almansa, de dos compañías del Batallón de Reserva número 19 y de unos cien hombres más entre jefes, oficiales é individuos de distintos cuerpos, que procedían de Teruel y que como transeuntes acompañaban á la sazón á la columna de Jiloca; sumaban por lo tanto de quinientos á seiscientos hombres con doscientos caballos los derrotados en Daroca; si la lucha hubiera tenido lugar en campo abierto y frente á varios batallones carlistas, claro es que su vencimiento no habría tenido mucho de particular; pero vencida aquella columna dentro de una población, lo cual siempre es ventajoso para la defensa, aunque cuente con menos combatientes que los asaltantes, la derrota de los alfonsinos en Daroca constituía una victoria de gran valía para los bizarros carlistas que se fueron apoderando una á una de la cárcel, de Santa Lucía, de las posadas, de todos los edificios en que se hicieron fuertes sus enemigos, distinguién-

dose entre los alfonsinos el Capitán de Infantería D. Francisco Santo, quien recibió gloriosa muerte defendiendo la casa del Coronel Sancho, que había sido herido peleando por las calles. Entre los carlistas se distinguió también mucho el Brigadier D. Carlos González Boet, procedente del Ejército de Cuba, que luego había servido brillantemente en el Ejército carlista del Norte, y que á un carácter activo y emprendedor unía un gran entusiasmo por el servicio de las armas. Terminadas las operaciones de Daroca, las fuerzas carlistas regresaron á Oliete, efectuándolo en tres jornadas, sin ser molestadas por ninguna de las otras varias columnas alfonsinas que operaban por aquella parte de Aragón.

Algunos escritores liberales, para disminuir el mérito de la conquista de Daroca por las armas carlistas, han dicho que aquello no fué más que una sorpresa; pero el Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, á pesar de sus conocidas ideas liberales, hace constar en la página 123 del tomo sexto (edición de 1879) de su *Historia Contemporánea* que el mismo General Quesada, General en Jefe del Ejército alfonsino del Centro por aquella época, *atribuyó el desastre de Daroca al desamparo en que las atenciones del Norte habían dejado á la provincia de Teruel, y á la repentina marcha de diez y ocho horas que hicieron los carlistas, que ejecutaron bien su plan* (palabras textuales del señor de Pirala).

El General en Jefe del Ejército carlista del Centro, Dorregaray, felicitó con una entusiasta alocución á aquellos aragoneses que tan notable hecho de armas habían llevado á cabo, dejándoles animados para mayores empresas. Según el parte oficial de aquel combate dado por el citado General Dorregaray á Carlos VII, redujéronse á veinte hombres, entre muertos y heridos, las bajas sufridas por los carlistas

en el asalto y toma de Daroca, que causó sensación, sobre todo en la región aragonesa, como así lo recuerda el Director de *El Correo Militar* D. Melchor Pardo en la obra titulada *Anales de la guerra civil.*

He aquí, como dato importante sobre la vitalidad del Carlismo aragonés, la organización y fuerza que tuvo últimamente la brillante División de Aragón, según notas de la revista de comisario del día primero de Junio del año 1875, ó sea poco más de un mes antes del pase á Cataluña y disolución allí del Ejército carlista del Centro:

DIVISIÓN DE ARAGÓN

Comandancia General del Distrito

Comandante General: Excmo. Sr. Mariscal de Campo D. Pascual Gamundi.

Secretario: Comandante de Caballería D. Isidro Redondo de Pedrosa.

Ayudante de Campo del Comandante General: Capitán de Infantería D. Rafael Vicente y Ramón.

A las órdenes del Comandante General: Alféreces de Infantería D. Benito de Gand, D. Agustín Francia y D. Juan Ávila.

Cuartel Divisionario

Comandante General: Excmo. Sr. Brigadier D. Carlos González Boet.

Ayudantes de Campo del Comandante General: Capitanes de Caballería D. Francisco Pedrós, D. Antonio Santa Pau y D. Francisco Santa Pau; y Teniente de Caballería don Isidoro Gamundi.

A las órdenes del Comandante General: Tenientes de Caballería D. José Santa Pau y D. Francisco Retamero, Alférez de Caballeria D. Carlos Catalán y Capitán de Infantería D. Julián Martín.

Estado Mayor

Jefe: Coronel de Caballería D. Ildefonso Puerto.

Aposentador: Coronel de Infantería D. Juan Bautista Pellicer.

Auxiliares: Comandante de Infantería D. José Salido; alféreces de Infantería D. Hermenegildo Quintana, D. Melitón Segura y D. Joaquín Ordobás.

Clero Castrense

Capellán del Cuartel General: D. Juan de Mata Pescador.

Administración Militar

Comisario de Guerra de segunda clase D. Marcelino Ruiz de Luna y Factor D. Vicente María Peribáñez.

Jefes de Brigada

Coroneles de Infantería D. Andrés Madrazo y D. Joaquín Pallés.

Infantería

Batallón 1.º de Aragón; Jefe: Comandante D. Silvestre Rojas.	470 plazas
Batallón 2.º de Aragón; Jefe: Teniente Coronel D. Victoriano Taracena.	450 plazas
Batallón 3.º de Aragón; Jefe: Teniente Coronel D. José Escalona.	700 plazas
Batallón 4.º de Aragón; Jefe: Teniente Coronel D. Manuel Ballesteros.	500 plazas
Batallón 5.º de Aragón; Jefe: Comandante D. Melitón Carrasco.	500 plazas
Batallón 6.º de Aragón; Jefe: Comandante D. Gerardo Franco..	600 plazas
Compañía de Guías de la Virgen del Pilar; Jefe: Comandante D. Mariano Guerrero. . . .	190 plazas
Total.	3410 plazas

Caballería

Regimiento de la Virgen del Pilar; Jefe: Coronel D. Manuel de Francisco, 303 plazas y 280 caballos.

Partidas

Ronda de Daroca; Jefe: Comandante de Infantería D. B. Muñoz, 105 plazas y 18 caballos.

Ronda de Fabara; Jefe: Comandante de Infantería don José Rox, 90 plazas y 6 caballos.

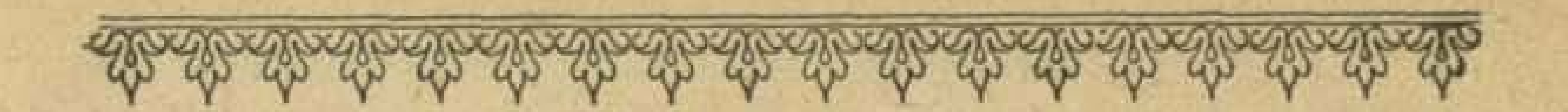
Ronda de Alcañiz; Jefe: Alférez de Caballería D. Blas Carceler (a) el Seco de las Parras, 70 plazas y 6 caballos.

Ronda de Montalbán; Jefe: D. Ramón León (a) el Chepa, 32 plazas y 4 caballos.

Ronda de Hijar; Jefe: Comandante de Infantería don M. Manero (a) Pericón, 25 plazas.

Contaba, pues, la División de Aragón con más de cuatro mil hombres y más de trescientos caballos.

Su armamento por aquella época consistía en 530 fusiles Remingthon, 278 Berdan, 833 rayados y 1800 lisos y recortados, y disponía de un taller de cartuchos establecido en Cantavieja.



CAPÍTULO XV

Somorrostro y San Pedro Abanto

(FEBRERO Y MARZO DE 1874)

Al instituir Carlos VII por carta de 5 de Noviembre de 1895 dirigida á su Delegado General Marqués de Cerralbo la fiesta de los Mártires de la Tradición española, dispuso que para darla mayor realce al conmemorarla por primera vez en 10 de Marzo del siguiente año de 1896, se celebrase al propio tiempo en dicho día un certamen, para el cual envió Don Jaime de Borbón un magnífico alfiler de brillantes y rubies destinado á premiar el mejor *estudio táctico y estratégico sobre las operaciones militares de la línea de Somorrostro en el año de 1874*, constituyéndose acto seguido, para juzgar de los trabajos que sobre dicho tema se presentasen, un Jurado compuesto por los generales carlistas don Elicio de Berriz (Presidente), D. Alejandro Argüelles (primer vocal), D. Manuel Rodríguez Maillo (segundo vocal), D. Amador del Villar (tercer vocal), D. Ramón de Altarriba, Barón de Sangarren (cuarto vocal), D. Romualdo Cesáreo

Sanz, Diputado á Cortes por Pamplona (quinto vocal) y don Manuel G. Solana (sexto vocal).

Aquel notable Jurado compuesto de generales, procedentes todos (menos el sexto vocal) de distintos cuerpos del Ejército de Isabel II, distinguidos todos ellos no sólo por su bravura, si no que también por su acreditada ilustración técnico-militar, y veteranos, en su mayoría, de aquella misma campaña de Somorrostro, en la cual habían tomado muy digna y activa parte, adjudicó el premio de Don Jaime á la Memoria titulada *La Campaña de Somorrostro*, debida á la galana pluma del ilustrado y bizarro General de Artillería D. Antonio de Brea, á quien también felicitaron por lo excelente é imparcial de tan notable trabajo muchos prestigiosos militares alfonsinos de alta graduación; de modo que, á nuestro juicio, ya que la citada Memoria premiada del Ilustre General Brea mereció además del premio de D. Jaime los plácemes, tanto de generales alfonsinos como de generales carlistas, creemos nosotros que al recordar ahora en esta obra las brillantes victorias carlistas de Somorrostro y de San Pedro Abanto, debemos circunscribirnos á extractar para ello lo explicado sobre el particular en aquellas páginas laureadas, por todos aplaudidas; ampliándolas, sin embargo, con algunas órdenes generales, tanto del campo liberal como del campo carlista, y sobre todo con un documento de que no pudo disponer el General Brea al escribir su Memoria, y que nosotros hemos llegado á tener la suerte de poseer, gracias á la amabilidad y la afición á estudios históricos de un antiguo y querido amigo y compañero de la juventud, ilustrado y bizarro Teniente Coronel de distinguido Cuerpo del Ejército Alfonsino, cuya excesiva modestia nos impide hacer público aquí su nombre, como sería nuestro mayor deseo, para más directa y personal gratitud

de los demás aficionados á este género de investigaciones histórico-militares.

El General Brea, en la página 17 de su ya citada Memoria premiada, dice que el General Ollo, al asumir el mando de la línea carlista de Somorrostro, dió una larga orden general al ejército, la cual sentía mucho el referido General Brea no haber llegado á conservarla al través de tantos años, pero que por lo que de ella recordaba considerábala como un acabado modelo y como la mejor de cuantas había el señor de Brea conocido en su larga carrera militar. Aquella orden general del insigne caudillo navarro *detallaba* (palabras textuales del General Brea) *con precisión matemática las posiciones que cada batallón tenía encargo de defender, las que debían ocupar, caso de ser aquéllas tomadas por el enemigo, las fuerzas de refresco que habían de ayudar y relevar á las cansadas, la distancia á que había de romperse el fuego, á las órdenes de los jefes y oficiales para evitar el inútil consumo de las escasas municiones de que se disponía, y, en fin, marcaba expresamente todo cuanto correspondía á cada uno de los Comandantes de división y de brigada.*

He aquí los documentos tan calurosa como justamente elogiados por General de tanta reputación técnico-militar como el inolvidable General D. Antonio de Brea, distinguido también por su bravura en los campos de batalla, tanto en el ejército carlista después de la Revolución de 1868 como durante los muchos años que antes de ésta militó en el Real Cuerpo de Artillería de Isabel II.

He aquí la primera de las tres órdenes generales dadas por el insigne caudillo carlista D. Nicolás Ollo pocos días antes de la batalla de Somorrostro:

«Orden General del día 17 de Febrero de 1874, en San Salvador del Valle:

Con objeto de contener y castigar al enemigo, si intentase forzar nuestras posiciones para socorrer á Bilbao, he dispuesto dar á los cuerpos que componen el ejército real, la colocación siguiente:

Situación de los batallones de primera línea:

El batallón de Arratia se alojará en Sanfuentes, y las dos compañías vizcaínas en Ciérvana. El batallón ocupará, en caso de alarma, los parapetos construídos sobre Ciérvana, estableciendo un punto de vigilancia en la altura que domina la extrema derecha de nuestra línea, con objeto de impedir cualquier desembarco, y dar aviso del número de buques que se dirijan por la costa en ademán de hacerlo. Esta fuerza será mandada por el Coronel señor Ormaeche, el cual, después de recorrer los parapetos, dará parte de su situación, indicando si hay necesidad de aumentar sus fuerzas.

El 4.º de Alava se alojará en San Pedro Abanto, y el 3.º de Alava en Santa Juliana y Nocedal. Estos dos batallones serán mandados por el Coronel D. Rafael Alvarez, y en caso de alarma, las compañías que están en Nocedal se situarán en la trinchera, á continuación de otras cuatro, que se colocarán á la cabeza de la trinchera que parte de dicho San Pedro.

El 1.º de Castilla se alojará en Ortuella y pueblo de la izquierda, y el 2.º, también de Castilla, en la estación del ferrocarril. Estos dos batallones serán mandados por el Coronel D. Tomás Zariátegui, y en caso de alarma ocuparán los parapetos á la izquierda del 3.º de Alava. El 1.º de Alava se alojará en las Cortes, y el 8.º de Guipúzcoa en las posiciones del ferrocarril. El 7.º de Guipúzcoa en Memerca, y el 3.º, también de Guipúzcoa, en Pucheta. Los dos primeros batallones que ocupan la extrema izquierda de la línea, y que deben defender los parapetos construídos delante del



Excmo. Sr. D. Nicolás Ollo

Comandante General Carlista de Navarra.

ferrocarril, serán mandados por el Coronel señor Inestrilla, como Jefe de media brigada. El 7.° de Guipúzcoa, en el caso de alarma ocupará la altura del Manzanal, destacando un par de compañías á la línea férrea, donde procurará atrincherarse, retirándose en un caso extremo al portillo de las Cortes; deberá sostener á todo trance esta posición para apoyar á los batallones 1.° de Alava y 8.° de Guipúzcoa. El 3.° de Guipúzcoa se colocará en la línea de peñas del ferrocarril, adelantando algunas compañías á su frente. Esta posición es excelente, y desde ella debe hacer fuego de flanco sobre el enemigo. Estos dos batallones y la media brigada que manda el Coronel señor Inestrilla, estarán á las órdenes del señor Brigadier D. Elicio Berriz, alojándose en el puesto que crea más conveniente, dando aviso de donde lo verifique.

Situación de los batallones de la segunda línea:

El 1.° de Navarra y el 6.° de la misma provincia se alojarán en Santurce, y el 2.°, también de Navarra, en San Salvador del Valle. Estos tres batallones serán mandados por el Sr. Brigadier D. Teodoro Rada, y en caso de alarma, acudirán por las dos carreteras á establecerse en situación de reserva en el pueblo de Sanfuentes, donde se les dará colocación.

El 4.° de Navarra se alojará en Sestao. El 4.° de Guipúzcoa en Cabreces. El 5.° de Navarra en Tropaga y Zaballa, y el 1.° de Aragón en Burceña. Estos batallones se situarán de reserva, en caso de alarma, dos en las alturas del Escurto, y los otros dos en las de la Cerrada.

Los cuatro batallones serán mandados por el Excelentísimo señor D. Antonio Lizárraga, el cual adelantará uno de cada una de las posiciones, para colocarse en sitio conveniente cerca de la primera línea, á fin de proceder al relevo en caso de necesidad. Se previene que el Excelentí-

simo Señor Lizárraga tendrá á sus órdenes al Comandante señor Valle para mandar la media brigada que tenga separada de sí.

La artillería se dirigirá, en caso de que las fuerzas marchen á sus posiciones, á situarse en el pueblo de Nocedal, donde esperará mis órdenes.

El Excmo. Sr. General, Comandante de Castilla la Vieja, Sr. Velasco, ocupará las posiciones que le tengo designadas.

Los hospitales de sangre se establecerán uno en San Salvador del Valle, y el otro en Cabreces; acudirán al primero dos facultativos, el uno de la División del Excelentísimo Sr. General Lizárraga, y el otro de la brigada del señor brigadier Ruiz de Larramendi, y al segundo, uno de la brigada del señor Brigadier Rada y el otro de la media brigada del señor Coronel Alvarez. Deberán aquéllos acudir con sus respectivos botiquines tan pronto como se rompa el fuego. Los excelentísimos señores Generales Mendiry y Andéchaga y el señor Teniente Coronel de Artillería Brea, estarán á mis inmediatas órdenes, y los señores Jefes de división, de brigada y media brigada, destinarán al principiar la acción, también á mis órdenes, un oficial de agilidad y despejo y dos ordenanzas, uno y otros de infantería. Los señores generales, jefes de brigada y de cuerpos independientes, pasarán á mis manos un estado de las municiones con que se hallan dotados sus respectivos cuerpos, como así también me harán las reflexiones que les sugiera su celo referentes á su situación, posiciones que ocupan y municiones que tuvieren de repuesto.

Los cuerpos que no estuvieran en la situación que se les señala, se pondrán en marcha el día de mañana para ocuparlas. El Batallón de Arratia no abandonará la suya hasta la llegada del 4.º de Alava, que debe relevarlo.»

El mismo General Ollo publicó dos días después la siguiente orden general, muy acertada, relativa á los fuegos de sus tropas:

«Orden general del 19 de Febrero de 1874 en San Salvador del Valle:

Estando atrincheradas todas nuestras fuerzas que ocupan la primera línea de nuestras posiciones, prohibo absolutamente, y los jefes de los cuerpos serán responsables, que se rompa el fuego á más distancia que á cien metros, y esto en el caso de que el enemigo se presente en el orden cerrado; pues haciéndolo en el abierto ó de guerrillas debe despreciarse, aunque la distancia sea de veinte pasos, porque mucho más nos hemos de hacer respetar conservando nuestras municiones que consumiéndolas inútilmente; y en último caso, haremos uso de las bayonetas para rechazarlo y obtener una victoria, que de seguro ha de conducir á nuestro soberano al solio de sus mayores.

Los jefes leerán esta orden general á sus respectivos batallones.

El General, Comandante General interino, *Nicolás Ollo.*»

Como ya hemos visto, los carlistas no disponían en la línea de Somorrostro más que de diez y seis batallones; su artillería se reducía á ocho cañones de montaña (cuatro de ellos de la batería de Navarra y los otros cuatro de las secciones de Guipúzcoa y Alava); y en cuanto á caballería sólo disponían de las secciones que prestaban servicio de escolta, pues el núcleo de la poca con que, aún en total, contaban se encontraba á la sazón por la parte de Estella.

En cambio los liberales contaban dentro de la plaza de Bilbao con el Regimiento de Infantería del Rey, el Batallón de cazadores de Alba de Tormes, el de Forales, el de auxiliares, dos compañías de Artillería, un escuadrón, Guardia Civil y carabineros; y fuera de la plaza, para atacar la línea

carlista de Somorrostro, disponía el General Moriones de veintisiete batallones de Infantería, tres baterías montadas, otras tres de montaña, varias compañías de Ingenieros, Guardia Civil, guardias forales y cinco regimientos de Caballería, si bien éstos no pudieron ser utilizados, en su mayor parte, por aquellos terrenos en que se libraron las batallas de Somorrostro y de San Pedro Abanto.

He aquí ahora la orden general dada por el general Moriones al Ejército de su mando, frente á la línea carlista de Somorrostro:

«Orden General del 16 de Febrero de 1874.

Cuartel General de Castro-Urdiales.

Artículo primero. Las fuerzas de infantería de este ejército, se distribuirán formando una brigada y tres divisiones.—Art. 2.º La brigada denominada de Vanguardia se compondrá, al mando del brigadier D. Ramón Blanco, de los cuatro batallones de cazadores que hoy la constituyen. —Art. 3.º La primera División estará á las órdenes del Excmo. Sr. Mariscal de Campo D. Fernando Primo de Rivera, y la formarán dos brigadas: la primera, mandada por el Excmo. Sr. Brigadier D. Juan Tello, se compondrá de los regimientos de San Quintín y de Galicia; y la segunda, á las órdenes del Coronel D. Enrique Bargés, del Regimiento de Asturias y batallones de Albuera y Castilla.—Art. 4.º La segunda División estará bajo el mando del Excmo. señor Mariscal de Campo D. Manuel Andía: mandará su primera brigada el brigadier D. José Minguella, constando de los regimientos de Sevilla y Cantabria, y la segunda de los de Tetuán y Constitución, que estarán interinamente á las órdenes del coronel más antiguo de ambos cuerpos.—Artículo 5.º Compondrán la tercera División, que mandará el Excmo. Sr. Mariscal de Campo D. Melitón Catalán, los regimientos de Gerona y Cuenca, que constituirán la primera

12

brigada á las órdenes del brigadier D. Alfonso Cortijo, formando la segunda, á las del Coronel Mariné, los tres batallones de los regimientos de Castrejana, Ramales y África.—Art. 6.º A la brigada de vanguardia estará afecta una batería del segundo regimiento de montaña. Las restantes baterías de montaña, las dos de á diez centímetros del segundo y tercer regimiento montado, la de ocho centímetros Krupp del tercero y la sección del primero, con las compañías de ingenieros y la caballería, dependerán inmediatamente del cuartel general. Lo que de orden de S. E. se hace saber en la general de este día para conocimiento de todos los individuos del ejército y su debido cumplimiento. El Brigadier Jefe de Estado Mayor, General, Emilio Terrero.»

Deseoso, como siempre, Carlos VII de compartir con sus bravos voluntarios los peligros y las fatigas de la guerra, llegó á la línea de Somorrostro, acompañado del General Dorregaray, el día 18 de Febrero de 1874, y se situó en las Cruces, para desde dicho punto poder acudir con igual facilidad al cerco de Bilbao y á las tropas que habían de disputar el paso al ejército liberal.

Por su parte el General en jefe de éste, D. Domingo Moriones, hizo ocupar el 19 á San Juan de Somorrostro, en donde estableció su Cuartel general, dejando á la brigada Tello encargada de mantener las comunicaciones con Castro-Urdiales; establecióse en dicho día y siguientes en una extensa línea que abarcaba desde Peña Corbera hasta la venta de Poval, frente al pico de las Cortes; construyó en Monte Janeo fuertes baterías artilladas con cañones Krupp de á ocho y diez centímetros de calibre, destinadas á romper la línea carlista durante los combates sucesivos, y cuyos fuegos solamente podían ser contrarrestados por parte de los carlistas con el de ocho piezas de montaña,



Carga de Carlistas.

(Cuadro del célebre pintor D. Ricardo Balaca.)

como ya lo hicimos constar anteriormente y lo recordamos ahora por considerarlo muy digno de tenerse en cuenta: eran cuatro cañones de la batería de Navarra mandada por D. Alejandro Reyero, y otros cuatro de las secciones de Álava y Guipúzcoa, mandadas por D. Javier Rodríguez de Vera, cuyos ocho cañones habían de hacer frente no sólo á las baterías de Monte Janeo, sino que también á las emplazadas por los republicanos para batir Montaño y San Pedro Abanto, eficazmente ayudadas por los gruesos cañones de la Escuadra que batían la derecha carlista.

El plan del General Moriones era atravesar la línea carlista por su centro y abrirse paso á Portugalete, y previo consejo de oficiales generales, dió sus órdenes para que el día 24 se rompiera el fuego por sus baterías en toda la extensión de la línea carlista, principalmente por su extrema izquierda, que ocupaba la brigada Berriz, contra la cual se destacaron algunos batallones en son de reconocimiento. Los carlistas aguardaron, cada cual en su respectivo puesto, decididos á mantenerse en ellos á toda costa, á pesar del horrible fuego de la artillería liberal, que destrozaba los parapetos y causaba grandísimas bajas. Pero como los carlistas no disponían de los cañones necesarios para contestar al vivo fuego que hacían sobre ellos los de los republicanos, se reservaban firmes en sus posiciones para cuando avanzaran las columnas de infantería del ejército enemigo.

Aquel día no era, sin embargo, el destinado para dar el empuje decisivo; éste tuvo lugar al siguiente, el 25.

El General en jefe carlista Ollo, que dirigía la batalla, se colocó en Sanfuentes; el General Andéchaga á vanguardia; el General Mendiry en el centro; el General Velasco en las alturas de Galdames, y el General Lizárraga á

retaguardia, como en reserva, con el batallón de aragoneses, otro guipuzcoano y dos navarros.

A las nueve de la mañana, previo un violento cañoneo á toda la línea carlista, salieron los liberales de San Juan de Somorrostro atravesando la ría por la izquierda, ó sea hacia Montaño, que era su objetivo principal, porque sin dominarlo no podían tampoco dominar las carreteras que afluían á Bilbao.

El General Moriones lanzó la división de Andía con siete batallones hacia dicho punto; la división de Catalán se dirigió hacia San Pedro Abanto y Santa Juliana, y la división de Primo de Rivera marchó hacia la extrema izquierda carlista. Al mismo tiempo rompía la Escuadra el fuego sobre Montaño, y desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde no cesó un momento el cañoneo, así como el avance y retroceso de las tropas liberales, rechazadas en toda la línea, aunque fué tal la decisión del ejército del General Moriones, que en las primeras horas pudo avanzar algo, ocupando el General Catalán el castillo viejo de San Martín, así como el General Andía algunas casas de las laderas del Montaño, y llegando el General Primo de Rivera hasta las Carreras; pero el imperturbable valor de los carlistas les impidió seguir adelante.

Al principiar el General Primo de Rivera su ataque sobre el pico de las Cortes, ocurrió un incidente que pudo tener graves consecuencias, y fué que un batallón guipuzcuano se retiró de los parapetos que tenía encargo de defender, abrumado por el diluvio de proyectiles que arrojaban los cañones liberales; pero advirtiendo aquella retirada el bizarro brigadier carlista Berriz, púsose al frente del batallón que estaba más próximo, que lo era el primero de Alava, y en un impetuoso ataque á la bayoneta recuperó la posición, estableciéndose sólidamente en ella y restableciendo brillantemente el honor de las armas carlistas.

Carlos VII, que ya había presenciado desde la llanura delante de Sanfuentes el fuego del día 24, al ver que el 25 se formalizaba la acción, acudió con el General Dorregaray á la línea de combate: los solemnes acordes de la marcha real resonaron en medio del fragor de la batalla, y allí, sirviendo con su brillante Estado Mayor de blanco á numerosos disparos de la artillería liberal, vióse aclamado no solamente por sus bravos y leales voluntarios, sino que también por soldados republicanos, prisioneros en las célebres cargas á la bayoneta de aquella sangrienta jornada, pues los carlistas no se contentaban con responder con certero fuego á sus contrarios, á menos de cien metros (según lo ordenado por su General D. Nicolás Ollo), sino que, para ahorrar municiones, salían de los parapetos, librándose multitud de combates al arma blanca, que dirigían con su acostumbrado arrojo el General Andéchaga, los brigadieres Berriz y Radica, los coroneles D. Rafael Alvarez y D. Eusebio Rodríguez, y tantos otros jefes de no menos bizarría.

Comprendiendo el General Moriones, por las numerosas bajas que había sufrido su ejército, que no le era ya posible ver realizado el plan que se había propuesto, toda vez que no había podido avanzar por su centro ni por sus alas, ordenó la retirada de sus tropas, las cuales volvieron aquella noche á repasar la ría para acantonarse de nuevo en San Juan de Somorrostro.

La batalla, por tanto, había sido ganada por las precisas órdenes y acertada dirección del insigne General D. Nicolás Ollo, admirablemente secundado por los demás generales, jefes, oficiales y voluntarios del Ejército carlista, cuyos distintos cuerpos rivalizaron todos en valor y entusiasmo, y Carlos VII premió la pericia del caudillo navarro concediéndole merced de título del reino con la denominación de Conde de Somorrostro.

Las tropas carlistas sufrieron unas seiscientas bajas; las del ejército republicano llegaron á dos mil, contándose entre sus heridos al brigadier Minguella, y entre sus contusos al General Primo de Rivera.

El General en Jefe liberal, á cuyo valor no podemos menos de hacer cumplida justicia, y á quien no podían negársele relevantes dotes militares, confesó modestamente su derrota en un famoso telegrama que causó profunda sensación en toda España, dirigido al Gobierno de Madrid, diciéndole con toda franqueza que *el Ejército liberal no había podido forzar los reductos y trincheras carlistas, que su línea había quedado quebrantada y que para continuar las operaciones se necesitaban refuerzos y que se encargase del mando otro General de mayor prestigio.*

La derrota sufrida en Somorrostro por los liberales causó una impresión tan grandísima, al igual en el extranjero que en nuestra patria, que el Gobierno de la República española acordó nombrar General en Jefe de su Ejército del Norte al más prestigioso de sus generales, que era al propio tiempo Jefe del Estado, como Presidente del Poder Ejecutivo D. Francisco Serrano, Duque de la Torre.

También se incorporó al Ejército del Norte el Ministro de Marina D. Juan Bautista Topete, y para el cargo de Jefe de Estado Mayor General nombróse al General D. José López Domínguez, que había hecho con gran lucimiento las campañas de Crimea, de Italia y de Africa, y que acababa de alcanzar dignos laureles aniquilando la terrible insurrección cantonal de Cartagena.

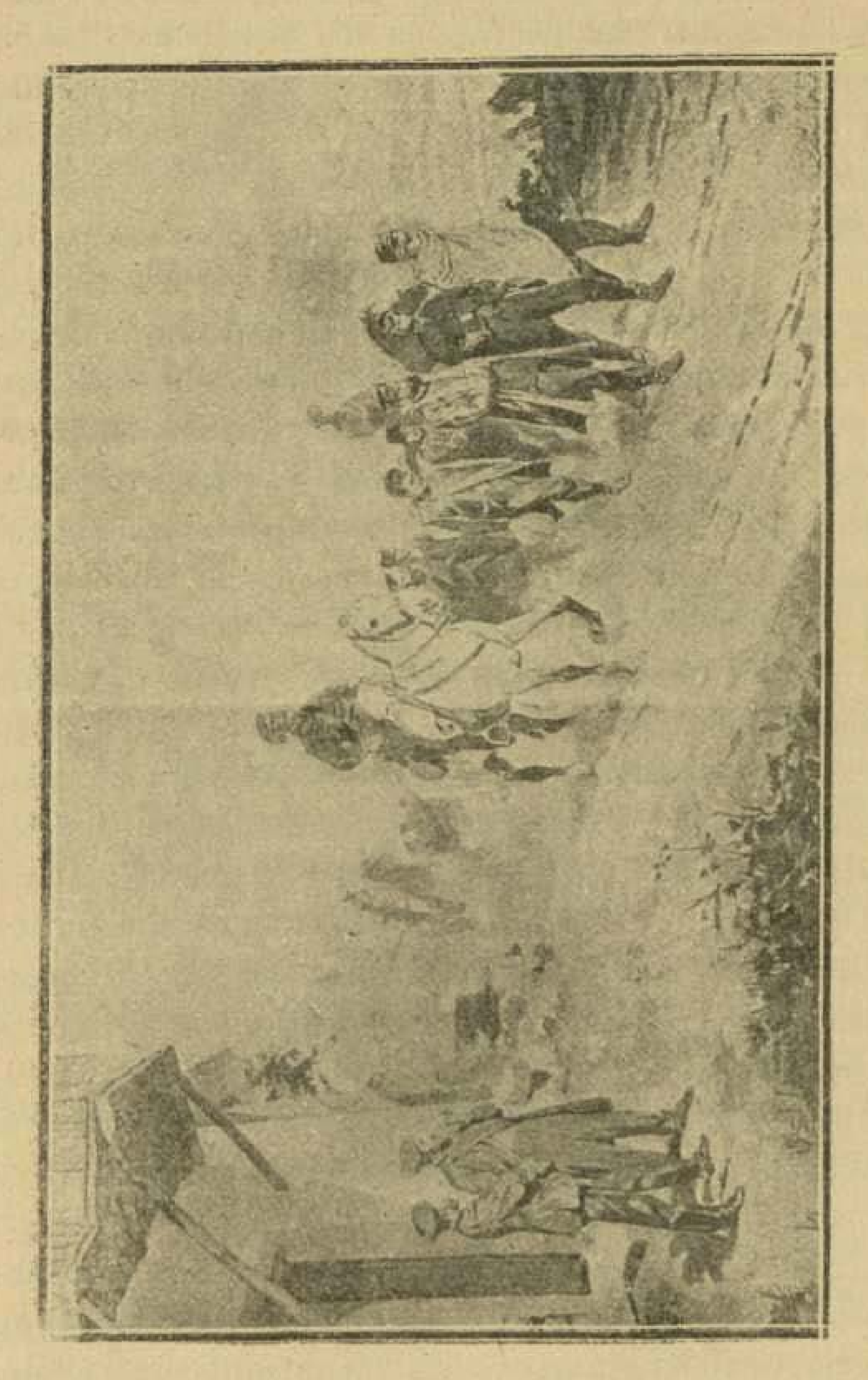
Al salir de Madrid el Duque de la Torre quedó ya acordado con el Ministro de la Guerra, Teniente General Marqués de Sierra-Bullones, el envío de grandes refuerzos, que fueron llegando con pasmosa actividad, y que consistieron en diez mil hombres y toda la artillería necesaria hasta do-

tar al ejército liberal de la línea de Somorrostro de un total de sesenta cañones; dos de á diez y seis centímetros de calibre; cuatro de á doce, de posición; doce de á diez, de reserva; diez y ocho de á ocho, sistema Krupp; doce de á ocho, sistema Plasencia y otros doce de montaña, sistema antiguo.

El día 8 de Marzo dióse una nueva organización al Ejército liberal, de operaciones por la línea de Somorrostro, dividiéndolo en dos cuerpos de ejército al mando de los generales Letona y Primo de Rivera, y dos brigadas de vanguardia, á las órdenes de los brigadieres Blanco y Chinchilla; el primer cuerpo de ejército constaba de dos divisiones, mandadas por los generales Andia y Catalán, y el segundo cuerpo de ejército estaba también formado por dos divisiones, á cuyo frente figuraban los generales Serrano Acebrón y Morales de los Ríos; á estas tropas se agregaron después las que desde Guipúzcoa llevó el General Loma, y entre todas formaron un total de cuarenta y ocho batallones, con toda la poderosa artillería detallada anteriormente, y tropas de Ingenieros, Guardia Civil y Caballería, afectas al Cuartel General.

El Ejército Carlista, por su parte, comprendiendo la nube de fuerzas republicanas que era de esperar se le fuera encima, procuró aumentar su contingente, aprovechandose del abandono de Tolosa, por los liberales, y por tanto hizo marchar á Somorrostro algunos batallones guipuzcoanos y navarros que se iban organizando, únicas tropas de que por el momento podían disponer sin desamparar Estella, el Cerco de Bilbao y el posible flanqueo de los liberales por Galdames y Portugalete, y acaso por Vitoria y por el mar.

El Ejército Carlista, defensor de la línea de Somorrostro, á las órdenes del General Ollo, el vencedor del General Moriones, se reorganizó y estableció en posiciones de la manera siguiente:



Escolta de prisioneros.

(Cuadro del célebre pintor D. Ricardo Balaca.)

El General Andéchaga, con los batallones 1.º de Castilla de Arratia y Encartados, ocupaba la extrema derecha, es decir, Ciérvana y las posiciones inmediatas; la primera brigada del brigadier Zalduendo, con los batallones 1.º y 5.º de Navarra, en Sanfuentes; la segunda brigada del brigadier Radica, con los batallones 2.º y 7.º de Navarra, en la carretera próxima; la tercera brigada del brigadier Yoldi, con los batallones 3.º y 6.º de Navarra, en Santa Juliana; la cuarta brigada del brigadier Goñi, con los batallones 4.º de Navarra y 2.º de Alava, en Nocedal; la quinta brigada del brigadier Alvarez, con los batallones 3.º y 4.º de Alava, en San Pedro Abanto; la sexta brigada de Zariátegui, con los batallones 3.º y 4.º de Castilla, en los parapetos detrás de Santa Juliana; la séptima brigada del brigadier Berriz, con los batallones 2.º de Castilla y 3.º de Guipúzcoa, en Pucheta; la octava brigada del brigadier Aízpurúa, con los batallones 7.º y 8.º de Guipúzcoa, en las Cortes; el General Velasco, al mando de las brigadas séptima y octava, se encargó de la extrema izquierda de la línea; el 4.º batallón guipuzcoano se situó en Portugalete, y á las órdenes del General Marqués de Valdespina quedaron siete batallones sobre Bilbao, para contener las salidas que pudieran intentar los seis mil hombres que guarnecían dicha plaza, entre fuerzas del ejército, batallones de voluntarios de la República y de auxiliares y la compañía de Zapadores del Ayuntamiento.

El ejército liberal apoyaba su izquierda en Poveña y Muzguiz, extendiéndose por Somorrostro, La Cuadra, La Brigada; fuerzas acampadas ocupaban las alturas de la derecha del ejército republicano, y en el alto de Arenillas se estableció una batería de á diez centímetros de calibre. Cinco batallones mantenían la línea de comunicaciones en la Concepción y Ontón, y desde Laredo á Santoña se situó

un cuerpo de reserva á las órdenes del General Loma, compuesto de una brigada y una división.

Mientras preparaba sus operaciones el General Duque de la Torre ocupábanse los batallones carlistas en mejorar sus defensas, erizándolas de parapetos más reducidos, con el fin de presentar el menor blanco posible á la formidable artillería liberal, y la práctica les llevó á construir zanjas que evitando el relieve disminuían las probabilidades de acierto á los artilleros contrarios: el Teniente Coronel de ingenieros D. José Garín dió la última mano al proyecto, y unido esto al pié forzado de tirar á cortísima distancia, con lo cual se ahorraban municiones á la vez que se aprovechaban mejor los tiros, resultaban las líneas de atrincheramientos carlistas constituyendo un campo casi del todo inexpugnable.

Así transcurrió desde últimos de Febrero hasta mediados de Marzo: los carlistas perfeccionando sus posiciones defensivas, y los liberales trazando y construyendo baterías é ideando diferentes planes de ataque, decidiéndose, por último, en Consejo de oficiales generales, que el cuerpo de ejército mandado por el General Loma efectuase un desembarco en Algorta, mientras que el ejército concentrado en Somorrostro intentase romper la línea carlista.

En efecto: el día diez y nueve se embarcaron las tropas del General Loma, dirigiendo personalmente la escuadra el Ministro de Marina, Vice-Almirante Topete, y llegó antes de amanecer al abra de Bilbao. Pero como el ejército republicano establecido en Somorrostro no debía romper el fuego hasta tener noticias de la escuadra, y ésta hubo de regresar por el mal cariz que presentaba el mar, ambos ejércitos combatientes estuvieron contemplándose desde sus respectivas posiciones, á excepción de algunos batallones carlistas, que sospechando la operación del des-

embarco, reforzaron Portugalete y Algorta, y se prepararon á contener las salidas que pudiera intentar la guarnición de Bilbao en combinación con las tropas y los barcos de la escuadra ó con el ejército republicano de la línea de Somorrostro.

El General en Jefe liberal no podía resignarse á renunciar al plan del desembarco, así es que estuvo dos ó tres días esperando á que mejorase el estado del mar; pero á pesar de haber esto ocurrido, y sin duda por dificultades que se opondrían al más satisfactorio empleo de la escuadra, decidióse, al fin, á embestir solo por tierra, y de frente, los atrincheramientos carlistas.

En su consecuencia, y resuelto el ataque para el día 25, se ordenó al General Primo de Rivera qne atacase la izquierda carlista para de este modo proteger el avance por San Pedro Abanto. De la derecha carlista se encargó el General Letona, y del centro el General Loma, debiendo ayudar eficazmente al General Letona, con sus fuegos de flanco sobre las trincheras del Montaño, la artillería de los barcos de la escuadra, dotada con veintitrés cañones de á 20, 18, 16, 15 y 8 centímetros de calibre, teniendo, por lo tanto, los carlistas que sufrir el cañoneo de ochenta y tres piezas de artillería, entre las de mar y las de tierra.

A las siete de la mañana, y protegidos por el vivísimo fuego de sus baterías de posición, rompieron simultáneamente la marcha los distintos cuerpos de tropas liberales. Apercibidos convenientemente los carlistas, esperaron firmes en sus zanjas-trincheras el ataque de sus enemigos, recibiéndoles con nutrido fuego en toda la línea.

Empezaba, pues, la famosa batalla de los tres días.

Con ímpetu sin igual lanzáronse los diez y seis batallones del General Primo de Rivera sobre las escasas fuerzas carlistas que había por la parte de Pucheta, que no eran

más, como anteriormente lo hemos dicho, que los batallones del Brigadier Berriz, y los que bajaron á sostenerle, mandados por el General Velasco, que antes ocupaban la cumbre de Triano; pero por dicho punto no pudieron los liberales conseguir su objeto, que era el de coronar las posiciones carlistas de la izquierda, pues solamente lograron apoderarse de las Cortes, cuya posición les resultaba insostenible á causa de hallarse dominada por las alturas inmediatas, las cuales continuaron en poder de los carlistas.

El General Letona quedó al fin de la jornada en las primeras estribaciones del Montaño, y el General Loma en Las Carreras; pero sin poder adelantar un sólo paso, á pesar de lo cercano qne se hallaban de su objetivo principal, poniendo la noche fin al encarnizado combate de aquel día, y acampando todos, liberales y carlistas, en sus respectivas posiciones.

Al amanecer del 26 rompióse de nuevo el fuego, con igual tesón por ambas.partes; pero con la diferencia de ser más espantoso el cañoneo á causa de haber emplazado los liberales á menor distancia algunas de sus baterías de posición. El combate continuó cada vez con mayor encarnizamiento por parte de unos y otros, pero sin adelantar nada por su frente, lo cual obligó al Duque de la Torre á reforzar su centro y su derecha. El ataque fué obstinado y sangriento; la distancia que separaba á los dos ejércitos contrarios era tan corta, sobre todo en el centro, ó sea en San Pedro Abanto, que se habrían oído distintamente las conversaciones de unos y de otros, si lo hubiera podido permitir el vivísimo tronar de los cañones republicanos.

Convencido el General Primo de Rivera de que no podía cumplir la misión que se le había confiado ocupando las alturas de Triano, se corrió con la mayor parte de sus

tropas hacia el centro, dándose la mano con el General Loma, á quien también había reforzado por su izquierda el General Letona con algunos batallones, de manera que el combate principal hubo de circunscribirse al centro, y era de ver á los batallones carlistas de Santa Juliana y San Pedro Abanto, rodeados de una columna de fuego, disparar sus armas con serenidad pasmosa, defendiéndose con sin igual bizarría. No nos compete citar nombres ni unidades tácticas por temor de lastimar á los que nuestra memoria olvidase; pero no hubo quien no se excediese en el cumplimiento de su deber. Al caer de la tarde comprendieron todos que la batalla tenía que continuar, porque ni el General Primo de Rivera ni el General Letona habían avanzado sensiblemente, sólo el centro liberal había conseguido sostenerse en Las Carreras.

Reprodújose el ataque el día 27 con mayor furia, si cabe, que en los días anteriores, y con mayor tesón y valentía sostenido por los carlistas en San Pedro Abanto, Santa Juliana y las casas de Murrieta; la artillería liberal cubría con sus granadas todos los atrincheramientos carlistas, y sus baterías de Las Carreras, emplazadas á tiro de pistola, abrasaban, materialmente, las zanjas y los parapetos de las tropas de Carlos VII. Los batallones liberales, sin embargo, avanzaban paso á paso; pero al lograr, al parecer, su objeto coronando alguna posición codiciada, veíanse obligados á retroceder de nuevo, librándose multitud de combates á la bayoneta.

No se sabía qué admirar más, si el denuedo de los republicanos ó el sereno valor de los carlistas.

A vanguardia de las columnas que atacaron San Pedro Abanto marchaba un batallón de infantería de marina, en cuyo elogio no hay que decir más sino que fué completamente destrozado, por preferir sus bizarros jefes, oficiales

y soldados quedar tendidos en el campo antes que volver la espalda á los carlistas, á cuyo frente se encontraba, precisamente en aquella misma posición citada, un antiguo oficial de la Armada, el temerario Brigadier carlista don Rafael Alvarez Cacho de Herrera, quien subido sobre los parapetos de los esforzados alaveses de su digno mando, desafiaba constantemente, y á pecho descubierto, la lluvia de plomo y hierro con que le saludaban los republicanos, y cuando llegaba el momento oportuno lanzábase el primero á la carga, viéndosele siempre á la cabeza de sus heroicos voluntarios, aún después de recibir tres grandes contusiones. El popular académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, dice textualmente en su *Historia contemporánea: Defendía San Pedro Abanto D. Rafael Alvarez, que no se limitó á pelear desde los parapetos, sino á la bayoneta, y pelearon él y su gente con bizarría.* Pero realmente hay que hacer constar que con igual denuedo pelearon en aquella célebre batalla de los tres días todos los jefes, oficiales y soldados de ambos campos, del carlista y del republicano.

El mismo Presidente del poder ejecutivo de la República, el Capitán General Duque de la Torre, hubo de consignar después de oficio que *los carlistas se habían defendido con una tenacidad comparable sólo á la bravura de las tropas liberales.*

En la obra *Juicio crítico de la guerra civil*, de autor anónimo, pero que se cree que está escrita por el ilustrado y valiente Coronel de artillería del Ejército liberal D. Baldomero Villegas (hijo del General liberal del mismo apellido que tanto se distinguió por la parte de Santander durante la última campaña carlista), leemos, á propósito de estas batallas de Marzo de 1874 en el Norte, lo siguiente: *El fuego de nuestra artillería era poca cosa, á pesar de ser*

muy rápido y muy certero, para amedrentar aquellos enemigos tan valientes y decididos que salían de sus parapetos y se descubrían para tirar mejor contra las tropas que los asaltaban; la metralla de nuestros cañones no era suficiente á proteger nuestra infantería contra unos enemigos tan bravos y tan tenaces.

He aquí algo de lo que sobre la batalla de San Pedro Abanto dice el Académico de la Real de la Historia don Antonio Pirala en su *Historia contemporánea:* «El fuego era horroroso en toda la línea; los carlistas resistían desesperadamente; saltaban en ocasiones de sus parapetos y cruzaban sus bayonetas con los que les atacaban con la misma arma; se rehicieron los liberales; se apoderaron de los caseríos de Pucheta y de Murrieta; fueron rechazados desde San Pedro Abanto, cuya defensa era más obstinada, y donde los liberales sufrían, además del fuego de frente y de flanco, el de retaguardia, producido por una trinchera que con traviesas y rails construyeron los carlistas en el ferrocarril de Galdames, y como si esto no fuera bastante, la iglesia de San Pedro y algunas casas agrupadas á su alrededor, que están sobre una colina, eran defendidas por los parapetos y más abajo por un arroyo que servía de foso. *Heroicos esfuerzos hicieron los soldados liberales para apoderarse de San Pedro y de la trinchera del ferrocarril; todo era inútil; llegaron hasta la orilla del arroyo, que no pudieron salvar, y allí encontraban la muerte.* ¡Cuántos cadáveres llenaron el pequeño prado triangular que hay al pié de la eminencia en que está San Pedro Abanto y junto á la carretera!.....»

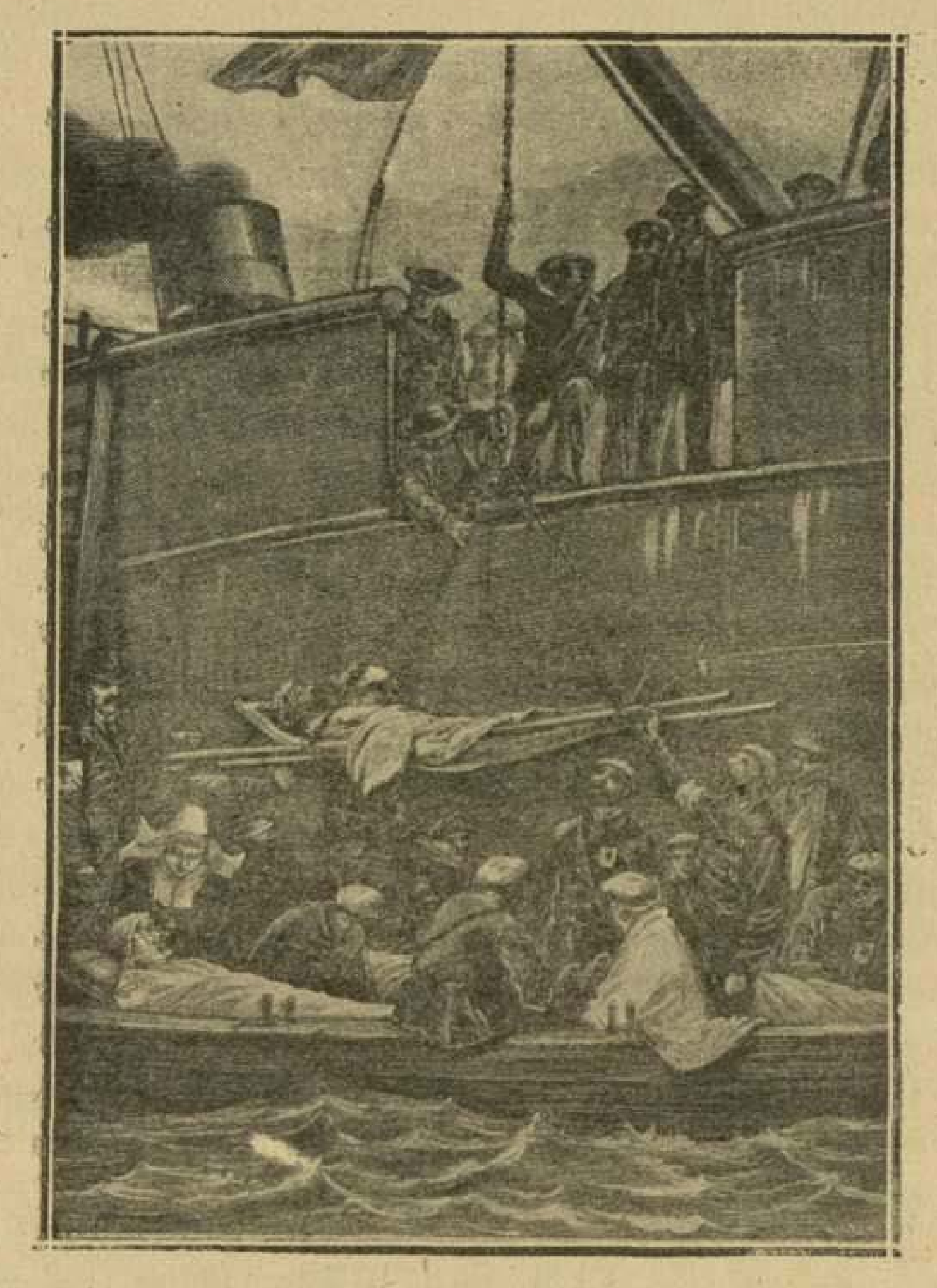
El mismo General en Jefe Duque de la Torre y su Jefe de Estado Mayor General D. José López Domínguez, se pusieron bravamente al frente de sus tropas para animar todavía más á tan decididos acometedores; todos los jefes

liberales dieron el mayor ejemplo de valor peleando en las guerrillas; pero á pesar de su bravura y la de sus soldados, únicamente lograron al fin de la batalla de aquellos tres días seguidos, hacerse dueños de las casas llamadas de Murrieta, situadas entre San Pedro Abanto y Las Carreras.

Imposible poderse describir el tremendo fuego que por ambas partes se hacía, especialmente desde la una de la tarde hasta el anochecer. Ninguno de aquellos generales y veteranos jefes recordaba parecidas batallas. *Unicamente puede encontrarse algo semejante en la guerra de Crimea, pero sólo en la zona ocupada por la torre de Malakoff, cuando su célebre asalto,* dice el General López Domínguez (veterano de las guerras de Oriente, de Africa y de Italia) en su interesante folleto titulado: *San Pedro Abanto y Bilbao.*

La *Narración Militar de la guerra carlista,* escrita por el ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, al hacer justicia á la fe y al heroísmo del Ejército carlista, cita, entre otros casos, el de una compañía de navarros que, ante el fuego de ocho cañones Krupp que disparaba sobre ella, trató de retirarse de Mantres; pero advertida por sus oficiales de que Carlos VII estaba á pocos pasos, volvió á la trinchera, rezando en alta voz el acto de Contrición, dispuestos sus hombres á morir antes que abandonar su puesto de honor; con igual fe pelearon todos.

El ilustrado autor de *La Campaña Carlista,* D. Francisco Hernando, Ayudante de Campo del General carlista Lizárraga, se expresa así en su citada obra: «Nuestros voluntarios estaban como pegados á los parapetos; dos días llevaba el 4.º de Castilla en el suyo, casi sin comer ni beber, con infinidad de bajas, y cuando por la noche se envió alguna fuerza para relevarle á fin de que descansara,



Embarque de heridos carlistas.

(Del tomo II de *Anales de la guerra civil*)

pidió que se le dejase en aquel puesto de honor y de peligro, pues ya que se le había encomendado, quería morir en él ó conservarle. *Lo que deseamos,* decían los soldados, *son picos y palas para recomponer los parapetos, pero no relevo ni descanso.* Y, en efecto, en vez de dormir, pasaban la noche abriendo nuevas zanjas y levantando otros parapetos.

El 1.º de Álava había perdido ciento ochenta hombres, y, sin embargo, no consintió tampoco que se le enviase á retaguardia, así como el 4.º de la misma provincia, que había sido muy castigado, contestó como los castellanos que aún eran bastantes para conservar sus posiciones.»

La artillería carlista en todas estas operaciones se portó bizarramente, dada la desventajosa situación en que se encontraba respecto á la liberal, tanto en número como en alcance y calibre de las bocas de fuego, pues dicho se está que no llegaban sus proyectiles á ofender á las baterías, muy superiores, establecidas en Monte Janeo, y que mientras no se pusieron á tiro, sólo pudieron ofender á las columnas de asalto á San Pedro Abanto y á las que intentaron envolver su izquierda en las alturas del Brigadier Berriz, donde el Teniente Coronel de Artillería Rodríguez Vera cayó gravemente herido, así como en San Pedro Abanto y Santa Juliana los oficiales Lloréns y Saavedra, de la batería del Comandante Reyero, y bastantes clases é individuos de tropa de artillería.

Las pérdidas de ambos ejércitos combatientes fueron enormes.

Las de los liberales (según documentos oficiales) fueron, en los tres días de combate, dos mil doscientas cuarenta y una bajas, entre muertos y heridos, contándose entre los primeros los coroneles Quintana, Trillo y

Rodríguez, y figurando entre los segundos los generales Primo de Rivera y Loma y los brigadieres Terrero y Cortijo.

Las de los carlistas fueron también muy numerosas; baste decir que hubo batallón, como el 3.º de Alava, que tuvo trescientos hombres fuera de combate; puede calcularse que el total de las bajas del Ejército carlista llegó casi á dos mil.

El ilustrado y bizarro General Brea, en la página 28 de su laureada Memoria titulada *La Campaña de Somorrostro*, dice textualmente lo que sigue:

«Las batallas de Marzo en la línea de Somorrostro constituyen una verdadera epopeya; verdad es que solamente la presencia de Don Carlos de Borbón y de sus más esclarecidos generales en los puntos de mayor peligro bastaba para llenar á nuestros bravos voluntarios de un incontrastable entusiasmo, únicamente parecido al de los rechazados, pero bravos liberales, cuando vieron desafiando la muerte á la cabeza de ellos al Duque de la Torre. ¡Españoles todos, al fin!»

En delirio rayó la alegría de los carlistas después de su victoria; y, en efecto, no había motivo para menos; la resistencia que habían opuesto, por lo enérgica y ordenada, los ponía á la altura del mejor ejército; los mismos republicanos estaban admirados y confesaban que ni habían creído encontrarla, ni parecía admisible que un ejército sin artillería se sostuviera impávido durante tres días bajo el fuego de más de ochenta cañones (entre los de mar y los de tierra) como los carlistas se habían sostenido indomables; y que se batieran tan admirablemente como ellos se habían batido contra la infantería republicana, que, como española, era también valerosísima; las batallas de la línea de Somorrostro, al igual que las de Plewna, en la última

guerra turco-rusa, dejaron á salvo el honor militar de los dos ejércitos combatientes. ¡Orgullosos podían estar los carlistas por tan gloriosas victorias de sus armas!

Ya que las victorias carlistas de Somorrostro y de San Pedro Abanto formaron parte de las operaciones á que dió lugar el sitio de Bilbao, consideramos de interés no dar por terminado este capítulo sin antes recordar, siquiera sea someramente, lo que en realidad deberíamos llamar *asedio, bloqueo ó circunvalación* de la capital de Vizcaya, y no sitio de la misma, toda vez que para embestir una plaza debe el sitiador hallarse con el sitiado, por lo menos, en la relación de cinco á uno, mientras que los carlistas, solamente en artillería, estaban con los liberales en la relación de uno á doce.

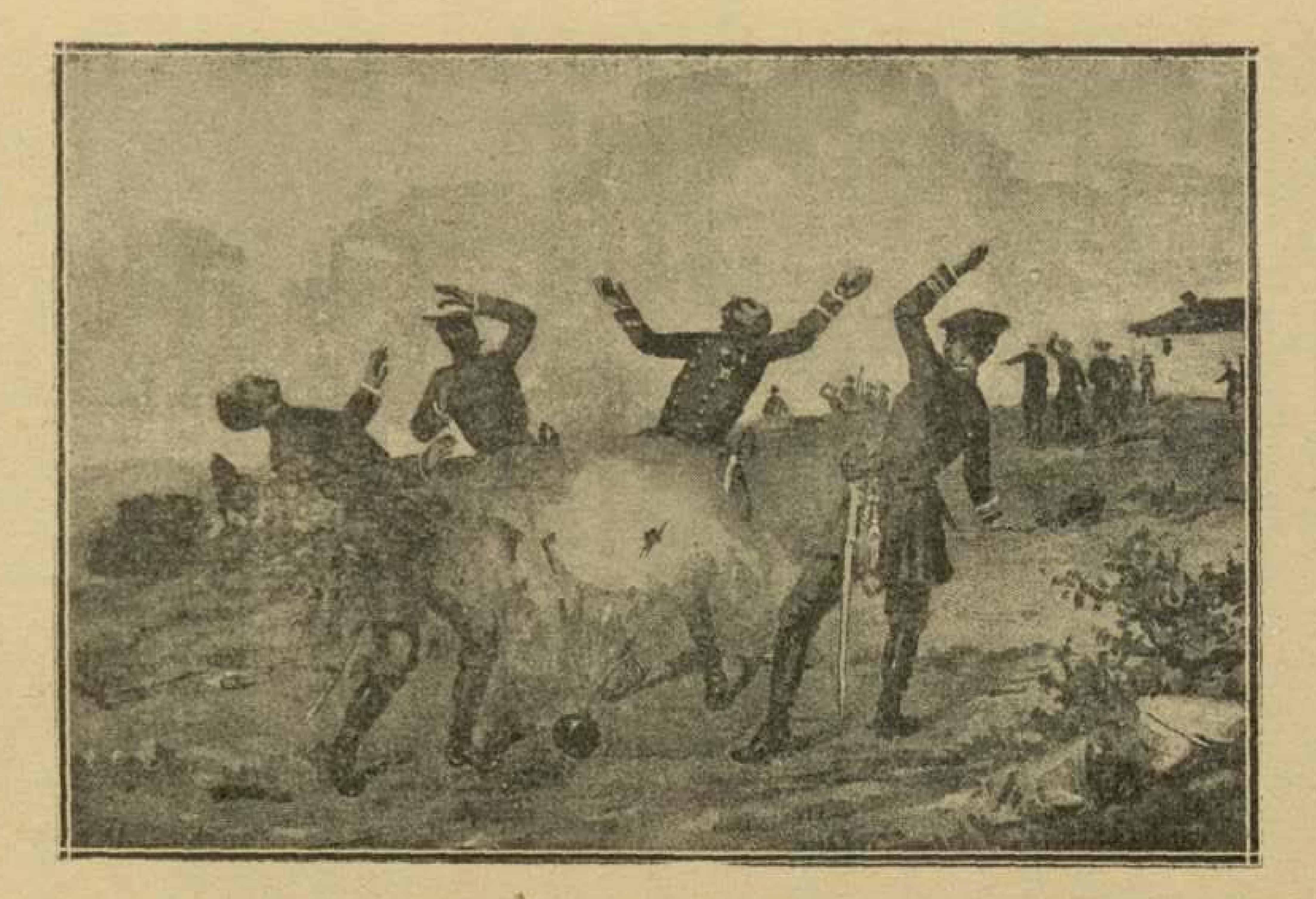
La ría de Bilbao había sido cortada por los carlistas, tendiendo éstos al través de ella gruesas cadenas de orilla á orilla y sumergiendo gabarrones rellenos de grandes piedras y mineral de hierro, cuyos obstáculos no supieron ó no pudieron destruir los barcos de la escuadra, lo cual, unido á la pérdida de Portugalete y de los fuertes de Luchana y El Desierto, dió lugar á que ya en Enero se hiciera sumamente precaria la situación de la plaza de Bilbao.

Los carlistas emprendieron las operaciones sobre dicha capital bajo la inmediata dirección del infatigable General Marqués de Valde-Espina. Los batallones que asediaban Bilbao tenían la siguiente situación: el de Bilbao, con el Coronel Fontecha, del Puente Nuevo hasta Artagan; el de Marquina, con el Teniente Coronel Sarasola, en Archanda

y Santo Domingo; el de Durango, con el Teniente Coronel Barón de Sangarrén, en Olaveaga y Deusto; el de Munguía, con el Teniente Coronel Gorordo, parte en Olaveaga y algunas compañías destacadas en las Arenas y Plencia; el de Guernica, con el Coronel Iriarte, en San Mamés é Iturrigorri; y el de Orduña, con el Teniente Coronel Bernaola, en Larrasquita y La Peña; sumando dichos seis batallones un total de unos cuatro mil hombres.

El Mariscal de Campo D. Ignacio María del Castillo, Gobernador de Bilbao, disponía, para hacer frente á los carlistas, de otros tantos miles de hombres, con treinta y cinco ó cuarenta cañones de grueso calibre y dos de montaña, distribuídos en las bien combinadas defensas de la plaza, pues además de los fuertes del Morro y de Miravilla que desde hacía tiempo protegían la capital vizcaína, habíanse construído también los de Mallona y San Agustín, de Solocaeche, de la Cárcel, del Choritoque, del Diente y algún otro. El Coronel D. Isidro Macanaz mandaba la artillería de la plaza, y la sección de montaña corría á cargo del Capitán Gascón; las bocas de fuego estaban distribuídas del modo siguiente:

En el fuerte de Miravilla, situado al Norte de la población y á la izquierda del río, un cañón de á 16 centímetros, dos de á 12 y uno de á 8, todos rayados; en el fuerte de Mallona, situado al Norte y derecha del Nervión, cinco cañones lisos y rayados de á 8 centímetros; en el fuerte del Morro, que era el principal, por su excelente y dominante situación, había un cañón de á 16, otro de á 12 y otro de á 8, rayados; este fuerte se hallaba al Sur y á unos dos kilómetros de la villa. Además se establecieron las baterías del Diente, Choritoque, reducto de San Agustín, Estación y Muerte (por la parte Norte) dotadas con dos cañones de á 16, cinco de á 8, otros tantos de á 12 y dos de á 4;



Muerte de Ollo y de Radica.
(De la *Historia Contemporánea,* por Pirala, edición de lujo)

las baterías de Albia y Zabalburu, con cañones de á 12 y de á 8; y, en fin, la de la Cárcel, con cuatro cañones de á 8, lisos y rayados. Contaba también Bilbao con una sección de ingenieros, debiéndose la dirección de la mayor parte de las defensas al entendido y esforzado Capitán del Cuerpo D. Eduardo Mariátegui, á quien, por la escasez de personal militar, ayudaron en los servicios facultativos el Ingeniero Jefe de Obras Públicas D. Adolfo de Ibarreta, los Ayudantes del mismo Cuerpo D. Domingo de Almarza y D. José María Alvarez, y los Arquitectos D. Julián de Zubizarreta y D. Francisco de Orueta, con una compañía que organizaron de *Zapadores Auxiliares*, en cuya oficialidad figuraban varios Maestros de Obras.

No había perdido, pues, el tiempo el ilustrado y enérgico General liberal Castillo, porque los fuertes estaban bien emplazados y construídos, y la artillería de la plaza era muy superior en número y en calibre á la de los carlistas, lo cual resultaba contrario á las más elementales reglas de la guerra, pues (como ya lo hemos dicho) para equilibrarse las tropas en el ataque y defensa de las plazas, los sitiadores deben estar, por lo menos, en la relación de cinco á uno con los sitiados, pudiendo, por lo tanto, considerarse como temeraria la empresa de los carlistas.

En efecto: careciendo éstos de bocas de fuego hubieron de desenterrar algunos de hierro de á 12 y 13 centímetros de calibre, lisos, de los que habían servido en los muelles para amarrar los cables de los barcos. En atención á la falta de buena artillería, elemento indispensable para sitiar plazas, se decidió en Consejo de guerra presidido por Carlos VII (al cual asistieron los generales Marqués de Valde-Espina, Plana y Benavides y los brigadieres Maestre é Iparraguirre), que los morteros fuesen el elemento principal del ataque, tanto por la consideración ya expues-

ta, como por la de creerse que Bilbao se entregaría al recibir las primeras bombas y ver interrumpido su tráfico con el extranjero. Construyéronse, pues, baterías de morteros en diferentes puntos de la cordillera de Archanda, á cuatrocientos metros de la plaza, en Caramonte, Pichón, Santo Domingo y Quintana, encargándose de ellas el Comandante de Artillería D. Rodrigo Vélez, Conde de Guevara.

El mando de las baterías de cañones que se emplazaron contra Bilbao fué conferido al entonces Teniente Coronel de Artillería D. Antonio de Brea, que llegó á General y escribió el notable libro titulado *Campaña del Norte de 1873 á 1876*, por lo cual consideramos lo mejor copiar aquí los siguientes interesantes párrafos del capítulo XII de la referida obra:

«Las dos primeras baterías de cañones que construyeron los carlistas, una delante de Santa Mónica y otra en Artagan, batían en brecha á Begoña, á cortísima distancia (unos 150 metros). Después se construyeron otras dos baterías más, en la Cadena Vieja y en Ollargan.

Don Carlos de Borbón se situó en las Cruces, desde cuyo punto podía acudir con igual facilidad al cerco de Bilbao y á la línea en que se había de disputar el paso al ejército liberal. El General Marqués de Valde-Espina estableció su cuartel divisionario en Olaveaga, y el Comandante General de Artillería Maestre se situó en Azúa, próximo al parque de campaña, que se estableció en un antiguo cocherón en el crucero de Derio; acudieron también allá las compañías de ingenieros que mandaba Argila, y desde el citado valle de Azúa cuidaba el Brigadier Maestre de que se atendieran las necesidades de todas las baterías, sin desdeñar por ello de acudir con frecuencia al Desierto, donde se hallaba la fundición de proyectiles, ó á las bate-

rías de Santa Mónica, Artagan y demás, para animar á sus subordinados, tomar parte en sus fatigas y trabajos y proveer por sí mismo al aprovisionamiento y demás necesidades de las baterías.

El primer punto de ataque de los carlistas, ó sea su línea más avanzada, la formaban los alrededores de Begoña, en cuyo santuario se albergaba el Batallón de Forales, templo aquel fortísimo, cuyos huecos había cubierto de blindajes el enemigo, y que dominaba una gran parte del campo sitiador. La elección fué muy acertada por parte de los liberales, porque desde la torre de Begoña, en la que se situaron los mejores tiradores del Batallón de Forales, hacían muy arriesgado el paso de los carlistas, aún desde las trincheras á sus alojamientos. Los carlistas por tanto blindaron sus baterías de Santa Mónica y de Artagan, y aún así, hallándose haciendo la puntería un Teniente de Artillería carlista el día 19 de Febrero, recibió un balazo, yendo á matar el proyectil al artillero que con la palanca le ayudaba á apuntar.

A pesar de todo su resguardo, la Batería de Santa Mónica tenía que desenfilarse de los tiros de revés del Morro, y de los de frente de Mallona y Miravilla. La Batería de Artagan, revestida de sacos á tierra, estaba también dominada de frente por los dos últimos fuertes, y de flanco por los de San Agustín y Mallona, á cortísima distancia.

Para la mejor inteligencia del relato conviene dividirlo en períodos, comprensivo, el primero, de los hechos de armas verificados desde mediados de Febrero hasta fines de Marzo, dejando para el segundo los ocurridos hasta el levantamiento del sitio.

Fueron cuatro las baterías de morteros y tres las de cañones, sin contar la mixta de Ollargan.

Las baterías de morteros fueron construídas por los

artilleros de Vizcaya, á las órdenes de los comandantes Vélez y García Gutiérrez, resultando éste herido en uno de los reconocimientos verificados en la cordillera de Archanda, en la cual se emplazaron dichas baterías, dotadas de morteros de á 27 centímetros de calibre, y sus proyectiles procedían, unos de la fundición de Arteaga y otros de la del Desierto.

En cuanto á las baterías de cañones, debióse su construcción á los voluntarios del Batallón de Bilbao, y su ingeniosa situación al Coronel del mismo D. José Seco Fontecha, quien había sido por mucho tiempo Comandante de la Guardia Civil de Vizcaya; excusando decir, por tanto, la valía de sus servicios en un terreno como aquel que conocía á palmos. La de Artagan se hizo para batir en brecha á Begoña y evitar que los tiradores de su torre hicieran imposible el trasladarse de un punto á otro de las posiciones carlistas, dada su dominación. Se aprovecharon para ello las dos paredes de piedra del foso de un fuerte que hubo allí en la primera guerra civil, y el tercer lado se rellenó de sacos á tierra, cubriéndose además las paredes de la cañonera con maderos y tierra, dándole el espesor suficiente para defenderse de los fuertes que dominaban á su vez la Batería, tanto por el número como por el calibre de sus piezas. La de Santa Mónica fué asimismo levantada por el ya citado batallón, que se albergaba en los conventos de las Recogidas y de Santa Clara. Su construcción era análoga á la de la Batería de Artagan, con su correspondiente cumbrera blindada.

Si no hubiera sido por esas defensas ¿cómo habría sido posible, no ya atacar, sino mantenerse siquiera á la defensiva con dos cañones lisos de á 13 centímetros contra diez veces mayor número de piezas rayadas, y de los calibres de 12 y 16?

Para ofender con mejor éxito el fuerte de Mallona, cuya proximidad á la Batería de Artagan flanqueándola hacía muy comprometido su servicio, construyó una Batería provisional el Teniente Coronel Brea, en el intervalo comprendido entre las dos, emplazando en ella dos cañones lisos de á 12 centímetros, fundidos en Arteaga, los cuales pasaron luego á la Batería de la Cadena Vieja, la cual fué dirigida por el Teniente Coronel de Ingenieros D. José Garín.

Llegó, pues, Brea, acompañado del Capitán D. Luis Ibarra, desde Somorrostro, el 20 de Febrero, haciéndose cargo en el acto de la organización y mando de las baterías de cañones, con entera independencia de las de morteros, haciéndole entrega de sus puestos el Coronel Fontecha, y hecho el correspondiente acopio de pólvora y proyectiles (de lo cual se habían ocupado asiduamente el Comandante General de Artillería Maestre, el Comandante de dicho cuerpo García Gutiérrez y los capitanes del mismo León y Ortiz de Zárate), esperamos la orden de romper el fuego. .

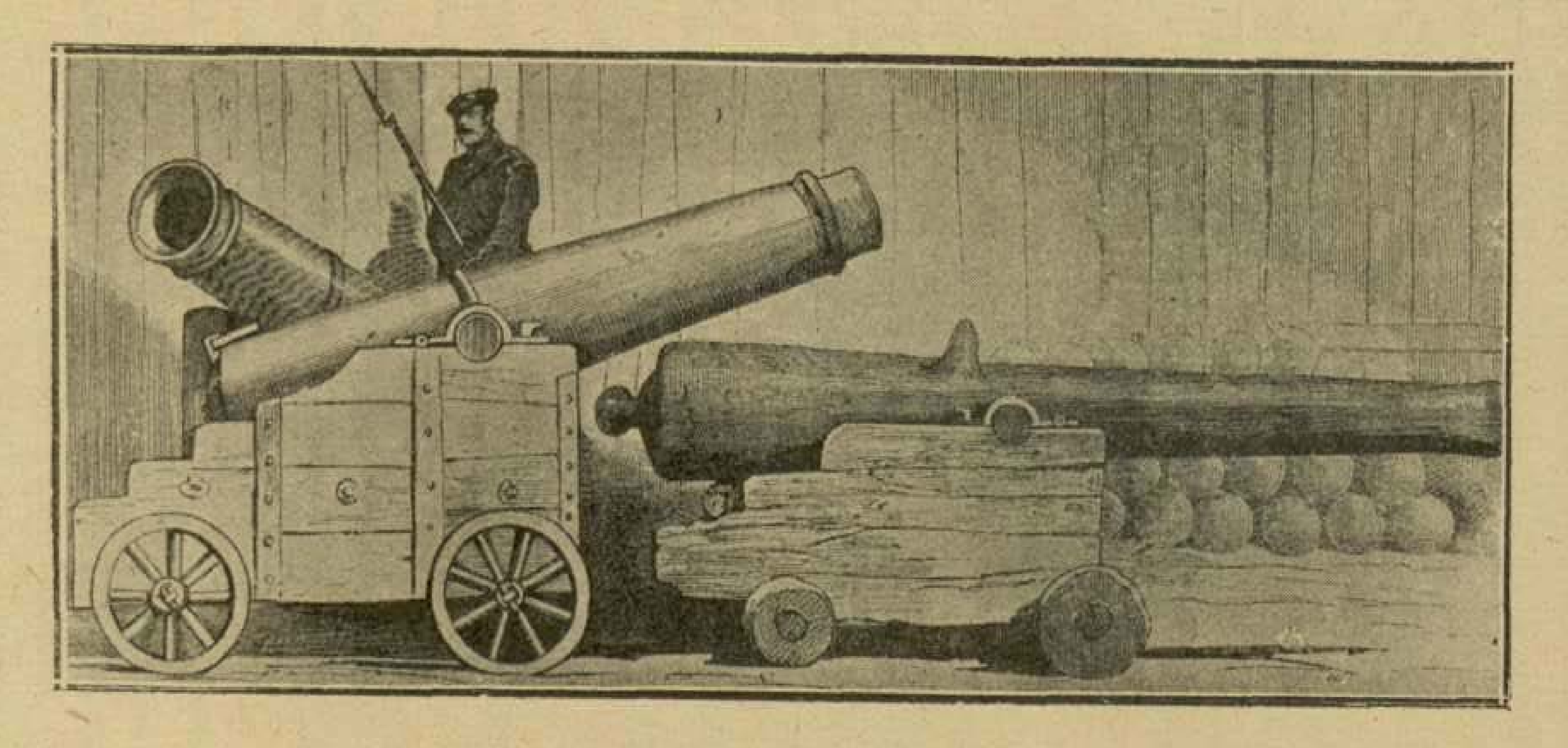
. . . .

El mismo día 20 llegó á nuestra línea el arrojado y caballeroso General Marqués de Valde-Espina, á quien acompañamos recorriéndola toda ella á pie, no sin ser saludados por los fuertes de la plaza con algunas granadas, pues era tal la proximidad entre unos y otros combatientes, que un par de hombres juntos éramos ya causa de que nos hicieran fuego los artilleros liberales. . . . .

. . . .

El día 19, y según los usos de la guerra, el General carlista Valde-Espina anunció el bombardeo con veinticuatro horas de anticipación, que se prolongaron otras tantas, para que salieran de la Villa los cónsules, las mujeres y cuantos no se creyeran útiles para la defensa.

El día 20, el General liberal Castillo distribuyó conve-



Cañones de la batería de Artagan.

(De *La Ilustración Española y Americana*, n.º 24 de 1874)

nientemente sus fuerzas; estableció vigías en las torres para avisar los disparos de las bombas, y á las doce y media del día 21 salió de la Batería de Pichón la primera bomba disparada contra la plaza, sobre la cual rompieron sucesivamente el fuego las baterías de Casamonte y Quintana. El bombardeo continuó sostenido durante toda la noche, arrojándose unas ciento cuarenta bombas. El mayor número de ellas se dirigía sobre el parque de San Nicolás, donde se creía que custodiaban los liberales sus municiones, como así era en efecto. El destrozo fué grande en el caserío, contándose entre otros la rotura de un cable del puente colgante.

Las baterías de Artagan y de Santa Mónica empezaron su trabajo de demolición de la torre de mampostería de Begoña, logrando, al cuarto ó quinto día de cañoneo, romper los blindajes de los huecos del campanario, con lo cual, si no se conseguía alejar á los forales, se dificultaba, por lo menos, su situación, mientras se recomponían los desperfectos sufridos.

Para no hacer de nuestra narración un diario de operaciones, nos limitaremos á referir los hechos y episodios más principales acaecidos en ambos campos. Baste decir, condensando esta reseña, que desde que se arrojó la primera bomba hasta el día 31 de Marzo, cayeron tres mil seiscientas sobre la población y novecientas balas de cañón sobre Begoña, logrando ahuyentar por completo á los defensores del piso superior de la torre, rompiéndoles la escalera y destruyendo próximamente un tercio de la mampostería del primer piso. Fueron asimismo tan insistentes los disparos dirigidos al parque de municiones, que hubo de ser trasladado éste bajo la bóveda de un arco en seco del puente de San Antonio.

El bombardeo tuvo que ser suspendido muchas veces,

no horas, sino hasta días enteros, por falta de pólvora, á pesar de encargarla Valde-Espina á Francia, y á pesar también de los esfuerzos que para conseguirla hacía el mismo Don Carlos, gracias á cuyas valiosas gestiones llegó un día (creemos que á mediados de Marzo) un carro procedente de Aragón atravesando las líneas del enemigo, sin que éste llegara á advertir el paso de tan importantísimo convoy.

Los morteros tuvieron que refundirse, y la escasez de proyectiles forzó á los carlistas á diseminar por el campo cientos de voluntarios para buscar los disparados por el enemigo y poder alimentar así sus bocas de fuego.

Mientras tanto, los bilbaínos, á quienes no puede negarse en justicia lo heroico de sus sufrimientos y el estoicismo con que perseveraban en sus rudas fatigas, tuvieron que prescindir de los pisos superiores y trasladarse á los bajos y los sótanos de las casas. Y á fines de Marzo empezaban á no ser tan fáciles los mantenimientos: faltaba la carne, la harina escaseaba, y aún cuando las bajas no eran muchas, la moral de soldados y bilbaínos empezaba á decaer, si bien ponían rostro alegre á los reveses. Su valor cívico era grande, repetimos, y no hemos de ser nosotros quienes regateemos alabanzas á nuestros enemigos políticos.

La vida en los acantonamientos carlistas era lo más satisfactoria posible; pero íbanse convenciendo muchos, como nosotros ya lo estábamos desde el principio, de que los bilbaínos no se rendirían solamente con el bombardeo. Tanto se llegó á arraigar esta idea, lo mismo en una que en otra línea carlista, que se llegó á pensar seriamente en el asalto; en su consecuencia, una noche, previa la venia del General Elío, atravesaron la ría los batallones 3.º y 6.º de Navarra al mando del Brigadier Lerga, llegando tres

horas antes del amanecer á Olaveaga, dispuestos á lanzarse en seguida sobre Bilbao; pero hallándose prevenido el General Valde-Espina de la llegada de tan poderosa ayuda, y temiendo que se resintieran del caso los vizcainos que rodeaban la plaza, hubo de desistirse de la empresa, regresando los navarros, mohinos y cabizbajos, á su campo de Somorrostro.

Volvamos á la vida en los acantonamientos carlistas: Al amanecer rompían la diana las músicas y charangas de nuestros batallones, cuyos acordes daban siempre lugar á algunos cañonazos con que nos saludaban los fuertes enemigos, máxime si á continuación de la diana entonaban los nuestros la *Pitita;* lo cual nos recordaba los gloriosos días de la campaña de Africa, en la que también nuestras dianas causaban igual efecto que en los republicanos, en los moros, quienes casi siempre contestaban á balazos á las músicas de los españoles.

Los oficiales y los voluntarios desayunaban frugalmente, y cada cual se iba al punto que tenía designado desde la víspera. Los más madrugadores oían Misa, que decían los Capellanes castrenses en los templos habilitados para el culto; el más concurrido lo era el de las Recogidas, donde se alojaba la Artillería y la fuerza franca de servicio del Batallón de Bilbao. Los que no tenían misión señalada en el servicio del dia, se encaminaban á las alturas de Monte-Abril, Santo Domingo y Axpe, desde donde se distinguían claramente los movimientos y los disparos de ambos ejércitos en Somorrostro, ó bien se iban á las baterías de morteros á pasar el tiempo viendo lanzar bombas sobre la plaza liberal. Las baterías de cañones no eran tan visitadas, no por el peligro que en ellas podía correrse (y que no era escaso en verdad), sino porque sus recintos no podían contener muchos curiosos. Sin embargo, casi toda la oficialidad

del brillante Batallón de Bilbao desfiló por ellas, ofreciendo su ayuda á los artilleros y proporcionándonos la satisfacción de disfrutar de su excelente compañía, recordando ahora entre nuestros más asíduos contertulios á los capitanes Rovira, Castillo y Llana, al Alférez Marín y al Médico Moreno.

A las doce cesaba el fuego, se descansaba hasta las tres de la tarde, y al regresar á sus acantonamientos los carlistas, veíanse acompañados siempre por los multiplicados disparos de los fuertes liberales. La noche se pasaba viendo arrojar bombas sobre la capital de Vizcaya, la cual, desde un principio, había suprimido el alumbrado de casas y calles, para no ofrecer tan fácil blanco á los disparos carlistas, relevándose de noche, también por la misma razón, el servicio entre los carlistas.

Los días en que escaseaba ó no había pólvora, se empleaban en recorrer los alrededores de Bilbao y las posiciones de la línea de Somorrostro.. . . . .

. . . .

Concluimos este periodo con una noticia que llenó de luto los corazones y de llanto los ojos de todos los militares carlistas. Nos referimos á la muerte del General Ollo, del Brigadier Radica y del Auditor Escudero, víctimas de una granada que reventó en el grupo donde aquéllos se encontraban, el día 29 de Marzo. Sabido es todo el prestigio de que Ollo y Radica gozaban entre sus compañeros y subordinados, el uno por su iniciativa é inteligencia, y los dos por su temerario valor y empuje; la *Narración militar de la guerra carlista,* escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, al hablar de este triste suceso dice del malogrado Comandante General de Navarra que: *era un jefe de gran prestigio y valor, y de bastante iniciativa, y su vacío difícil de llenar.*

Deseando los carlistas defenderse de los contínuos y cercanos fuegos de las baterías de Mallona, que les convertía, á su vez, en sitiados, se construyó en una noche una Batería artillada con dos cañones lisos de bronce, de los fundidos en Arteaga. Pocos días pudo funcionar, sin embargo, porque flanqueada por las bien servidas baterías del fuerte del Morro, fué destruída por ellas, y si bien se arreglaban sus averías por la noche, volvía á ser arrasada al día siguiente. Esto hizo pensar en llamar por otro lado la atención del Morro, y como la falta de bocas de fuego era tan grande entre los carlistas (como ya lo hemos dicho), el Marqués de Valde-Espina ordenó á su Batallón que se situara en la Peña, y el Comandante General de Artillería, Maestre, dispuso que se colocara un mortero, bajo la dirección del Capitán de dicho cuerpo D. Luis Ibarra, en el alto de Ollargan, que dominaba al Morro, con la única misión de arrojar bombas sobre los emplazamientos de las piezas de dicho fuerte, al mismo tiempo que los tiradores del Batallón carlista hacían que los artilleros liberales no obrasen tan á mansalva como antes. Ambas fuerzas cumplieron las órdenes recibidas, y desde principios de Abril el fuerte aquél dejaba en libertad á las demás baterías carlistas para funcionar contra la plaza, pues varias bombas cayeron entre los cañones enemigos, destruyendo sus montajes y explanadas.

Al mismo tiempo se ordenó por el Brigadier Maestre que se fundieran en Azpeitia cañones de á 12 centímetros y uno rayado de á 10, para el cual se eligió terreno en Ollargan, y se construyó convenientemente una cañonera para cuando lo recibiéramos.

Luchando los carlistas con la absoluta falta de elementos, tenían que limitar su acción al empleo de los cañones y morteros cuando había pólvora, recurriendo mu-

chas veces al forzoso silencio por dos ó tres días, con tal de emplear luego en uno sólo las economías de los anteriores. . . . .
. . . .

Forzoso fué, por lo tanto, á los carlistas llevar perezosamente el asedio en el mes de Abril, si bien el día 11 se alteró la monotonía entre unos y otros combatientes á causa del terrible temporal de agua, nieve y viento que se desató en la noche de dicho día. Los aguaceros se sucedían unos á otros, y en cuanto el agua cesaba, se convertía en nieve, la cual, tanto en los montes inmediatos á Bilbao como en los de Somorrostro, llegó á tener el espesor de cinco á seis centímetros. El viento silbaba violento al atravesar por los huecos que hicieron las granadas enemigas y por las ventanas sin cristales del Convento de Recogidas, donde nos albergábamos. En medio de todo, sin embargo, nuestro pensamiento no se apartaba un punto de los compañeros de armas que no tenían ni aún nuestras derruídas paredes y averiados techos para guarecerse.

Amaneció, y no tuvimos más que echar una ojeada sobre las posiciones enemigas para que se convirtiera en júbilo la angustia de la pasada noche. Lo que ocasionó nuestra alegría fué el ver por tierra un lienzo del fuerte de Miravilla, que arrastró tras de sí uno de los cañones rayados de á 16 centímetros que tanto nos molestaban. Ya nos creíamos dentro del temido fuerte, é igualado desde allí el combate contra el Morro, Mallona y Bilbao. Los voluntarios pedían á voces el inmediato asalto, y el jefe que esto escribe marchó enseguida á dar cuenta de tan feliz novedad al Comandante General de Artillería.

Llegado que fuimos á Azúa, á las pocas palabras hicimos participar al Brigadier Maestre de nuestro entusiasmo, conviniendo en el plan de la operación. Reducíase éste

simplemente á hacer converger desde Albia ó la Peña á cualquiera de nuestros batallones, y aún nos ofrecimos á tomar parte en el asalto á la cabeza de los artilleros vizcainos, quienes *como no tenian pólvora aquél dia y, por lo tanto, nada que hacer, no encontraban medio mejor de no aburrirse*, palabras textuales de quellos bravos.

De acuerdo, pues, el Brigadier Maestre con nosotros, en que contando con el fuerte de Miravilla podíamos ya imponernos no tan sólo á Bilbao, sino que también á los demás fuertes, haciéndonos así dueños de la plaza, salió acto seguido en demanda del Cuartel General para proponer lo que se nos había ocurrido. ¡Qué largas nos parecieron las horas que transcurrieron hasta la vuelta del Brigadier! Regresó Maestre, por fin, diciéndonos que volviéramos á las baterías, porque había que esperar la resolución del General Elío. Altas razones, sin duda, debieron oponerse á nuestro proyecto contra el fuerte de Miravilla, cuando el Jefe de Estado Mayor General carlista no dió la orden para el ataque: entre tanto pasaron las horas y pasaron dos días, y acabó por desaparecer la oportunidad y aún la facilidad de la operación, pues como los ingenieros y los artilleros liberales no se descuidaban, al cabo de aquél tiempo se encontraba ya el fuerte como antes del temporal, ó tal vez en mejor estado de defensa.

A nuestro juicio, perdióse por completo la ocasión de hacernos dueños de Bilbao y las esperanzas de conseguirlo por otros medios, pues probado estaba que los del bombardeo y bloqueo no producían ningún resultado positivo...

. . . .

Los liberales nos echaban en cara á los carlistas que se bombardeaba la ciudad y no destruíamos sus fuertes á cañonazos. Más que ellos nos lamentábamos nosotros del caso; pero ¿cómo atacar nosotros los fuertes, si carecíamos

en absoluto de artillería, pues no podía apellidarse tal á las tres piezas de hierro desenterradas y los dos cañones lisos de á 12 centímetros de calibre? ¿Qué eran estos cañones, en número y calibre, comparados con los treinta ó cuarenta cañones rayados de que disponía la Plaza de Bilbao en sus fuertes, perfectamente construídos por los ingenieros liberales? Prueba de nuestro aserto lo es que en el momento en que pudimos disponer de un solo cañón rayado, de á 10 centímetros, el 27 de Abril, nos trasladamos con dicha pieza á la Batería de Ollargan y arrojamos ciento cincuenta proyectiles sobre el fuerte del Morro, sin tener para éllo en cuenta la notoria superioridad de su artillado.

En este segundo periodo, ó sea en todo el mes de Abril, habíamos lanzado sobre Bilbao mil seiscientas cuarenta y cinco bombas, trescientas balas de cañón y ciento cincuenta granadas, que unidas á las arrojadas anteriormente suman un total de cinco mil trescientas bombas, mil trescientas balas de cañón y ciento cincuenta granadas, habiéndonos contestado los liberales con ocho mil granadas y dos mil balas de cañón.

Todos convenían por entonces en que ni los carlistas ni los liberales pudieron hacer más, ni la población desmereció de los anteriores sitios ó asedios que había sufrido en la primera guerra civil. . . . .
. . . .
. . . .

Llegamos rápidamente al desenlace. Por los confidentes supimos que el Capitán General enemigo Marqués del Duero había reunido un cuerpo de ejército para flanquearnos, y que tenía ya muy adelantada dicha operación. Desde aquel momento dimos por seguro el inmediato levantamiento del sitio, pues hubiera sido muy arriesgado

esperar que nuestro ejército de Somorrostro pudiera dividirse para hacer frente, en dos mitades, á triplicado número de tropas enemigas con toda clase de poderosos elementos de combate y el apoyo de la Escuadra por la parte del teatro de operaciones próxima al mar.

Nos preparamos, pues, para la retirada, conviniendo, previo consejo con el Comandante General de Artillería, en salvar el material de guerra, compuesto únicamente de los morteros, del cañón de á 10 centímetros y los dos de á 12, pues los cañones de hierro no podían servir más que para volver á sujetar las amarras de los barcos. Reunióse suficiente número de carretas del país, disparamos la última granada el día primero de Mayo, á las siete de la tarde, y lanzó la postrera bomba la Batería de Quintana á las diez y media de la noche del mismo día.

Al romper el alba del siguiente, nos hallábamos en Larrabezúa. Las tropas carlistas y las carretas que salvaban los cañones y demás efectos y material de guerra que habían servido para el sitio, se hallaban paradas á lo largo de la carretera y en los alrededores del pueblo. La causa de tal detención era el rumor que corría entre las filas de que la guarnición de Bilbao había hecho una salida y ocupaba la bifurcación de las dos carreteras que conducían á Zornoza y Durango, una desde Bilbao y otra desde Zamudio y Larrabezúa. Enterado de esto el Teniente Coronel de Artillería Pérez de Guzmán, se ofreció al General Mendiry para practicar un detenido reconocimiento del terreno que se suponía en poder del enemigo y salir así de dudas. El Teniente Coronel de Artillería Brea y el siempre voluntarioso Capitán del mismo Cuerpo Lloréns, se brindaron á acompañar á Pérez de Guzmán: llegados los tres á la confluencia de las expresadas carreteras y reconocidos con la mayor escrupulosidad todos los contornos, resultó no

ser cierta la noticia, ni haber motivo alguno para temer un contratiempo, sabido lo cual por el General Mendiry, continuaron su marcha las tropas carlistas y el convoy de carretas que conducían los cañones y morteros, evitándose quizás un pánico que habría sido tanto más sensible cuanto que no habría tenido ninguna razón de ser, como lo demostró el reconocimiento tan oportuno llevado felizmente á cabo por los tres jefes de Artillería ya anteriormente citados. El ejército carlista estaba, pues, en salvo, no dejando atrás más que aquello que de nada podría servirle ya para ulteriores planes y operaciones.»



CAPÍTULO XVI

ABÁRZUZA

(25, 26 y 27 DE JUNIO DE 1874)

Acordada por el Gobierno de la República la conquista de la plaza carlista de Estella, destinó á ello todo un ejército de cincuenta mil hombres, organizado en la siguiente forma:

General en Jefe: El Capitán General Marqués del Duero.

Jefe de Estado Mayor General: El Mariscál de Campo D. Miguel de la Vega Inclán.

Brigada de Vanguardia: Brigadier Blanco, con seis batallones de infantería, una compañía de la Guardia Civil y una batería.

Primer Cuerpo del Ejército: General Rossell, con dos divisiones á las órdenes de los generales Andía y Catalán; cuatro brigadas dirigidas por los brigadieres Daban, Martí, Rubio y Ruiz Dana; y un total de diez y seis batallones de infantería, cinco baterías, una compañía de ingenieros y dos compañías de la guardia civil.

Segundo Cuerpo del Ejército: General Morales, con tres brigadas á las órdenes de los brigadieres Cassola, Bargés y Zenarraza, con doce batallones de infantería, un batallón de carabineros, cuatro compañías de ingenieros y doscientos artilleros.

Tercer Cuerpo del Ejército: General Conde del Serrallo; con dos divisiones mandadas por los generales Beaumont, Martínez Campos y Reyes; seis brigadas á las órdenes de los brigadieres Rodríguez Espino, Otal, García Reina, Acellana, Infanzón y Molina; y un total de diez y seis batallones de infantería, cuatro batallones de la guardia civil, otros cuatro batallones de carabineros, dos compañías de ingenieros, otras dos de la guardia civil y dos baterías.

División de la Ribera: General García Tassara, con dos batallones de infantería y tres regimientos de caballería.

Además estaban afectos al Cuartel General un batallón de la guardia civil, una compañía del mismo instituto, un escuadrón de húsares de Pavía y una sección de Albuera; y, en fin, por distintos puntos hallábanse destacados otros dos regimientos de caballería.

Para hacer frente á tan poderoso ejército solamente pudieron reunir los carlistas por las inmediaciones de Estella veintiocho batallones de infantería, dos baterías, un batallón de ingenieros y un regimiento de caballería, mandadas dichas tropas por el General Dorregaray, quien tenía de Jefe de Estado Mayor al Brigadier D. Antonio Oliver, y á sus órdenes á los generales Mendiry, Argonz, Iturmendi y Larramendi y á los brigadieres Zalduendo, Valluerca, Alvarez, Yoldi, Pérula, Zariategui y Fontecha.

Al avanzar sobre Estella el ejército republicano, los carlistas ocuparon posiciones desde Allo por Dicastillo, Morentin, Averin, Venta de Echavarri, altos sobre Villa-

tuerta, Zurucuain, Gracín, Murugarren, Muru y posiciones al Norte y Este de Estella, terminando estas últimas en Eraul y el puerto de Echavarri.

La extrema derecha de la línea carlista quedó defendida el primer día de combate (que lo fué el 25 de Junio) por los batallones 1.°, 2.°, 5.° y 7.° de Navarra, á las órdenes de los brigadieres Zalduendo y Valluerca; los batallones 3.° y 4.° de Álava, á las del Brigadier Alvarez; la brigada cántabra y el batallón de Asturias, á las órdenes del Brigadier Yoldi; teniendo en Allo el Regimiento de caballería del Rey y cuatro compañías del 1.° de Navarra.

En la batería construída en Echavarri se colocaron dos cañones de la de Navarra.

El centro carlista, que se extendía desde la ermita de Santa Bárbara de Villatuerta hasta Muru, lo ocupaban los batallones 3.°, 4.° y 6.° de Navarra, á las órdenes del Brigadier Pérula y del Coronel del 6.°; 1.° y 2.° de Castilla, á las del Brigadier Zariategui, y los batallones de Munguía y de Bilbao, á las del Brigadier Fontecha.

Por último: la izquierda carlista, la defendían los batallones 9.° de Navarra, 2.° de Álava, 1.° y 2.° de Guipúzcoa y 3.° y 4.° de Castilla, mandados por el Brigadier Costa y el Coronel de la media Brigada guipuzcoana.

Además de las fuerzas que de su línea pudieran sacar para acudir á los puntos más amenazados los carlistas, tenían éstos como reserva los Guías y primer Batallón de Álava, los batallones 3.° y 4.° de Guipúzcoa, el Batallón de Durango (que llegó al tercer día de la batalla, por la mañana) y una Batería.

El grueso del Ejército republicano, que partiendo de Logroño se dirigió por Ladosa á Sesma y Lerín, empleó muchos días en reunir un considerable número de municiones de boca y guerra, cruzando continuamente hacia el

último de los puntos citados interminables convoyes, para cuya operación tenían distribuidas en posiciones á gran parte de sus fuerzas, temiendo que las partidas carlistas intentaran un golpe de mano sobre los referidos convoyes.

Las citadas fuerzas republicanas se fueron corriendo á Larraga, fortificaron dicho pueblo, y el día 24 de Junio se reunieron allí todas aquellas de que disponía el General en Jefe Marqués del Duero, excepto la División del General Loma, la cual no llegó hasta el día 27 por la noche.

En la madrugada del 25 emprendieron las tropas republicanas su movimiento á Oteiza, continuando después por las vertientes del monte Esguinza, y dejando ocupada con gruesos destacamentos y artillería toda la línea de operaciones.

Así prosiguieron su marcha hasta ocupar por último los pueblos de Villatuerta, Lorca, Murillo, Lacar y Alloz, sin que los carlistas les molestasen más que con algunos disparos hechos por las partidas avanzadas.

Al ver aquella mañana el General carlista Dorregaray la marcha de las divisiones liberales, y calculando los puntos que ocuparían, hizo que la brigada Alvarez y el 1.º de Navarra se trasladasen á Estella para acudir á donde fuera necesario, al propio tiempo que enviaba orden á los batallos 3.º y 4.º de Guipúzcoa, que aún no habían llegado, para que se acantonaran en Azcona.

La artillería republicana estuvo funcionando todo el día, así como también era bastante nutrido el fuego de la infantería que iba avanzando.

El Comandante carlista D. Pablo Portillo, con siete caballos, pasó el río y cogió prisioneros á siete soldados con veintitrés acémilas y algunos cantineros. Dos de los voluntarios de aquella pequeña fuerza carlista cogieron por



EXCMO. SR. D. ANTONIO DORREGARAY
Capitán General carlista de las Provincias Vascongadas y Navarra.

la tarde á dos soldados republicanos de caballería y un espía, que se dirigían de Larraga á Lerín.

El día 26, desde muy temprano, empezaron á disparar las baterías del ejército republicano sobre las posiciones carlistas, y por la tarde continuaron sus masas el movimiento hacia Abárzuza, donde los carlistas hicieron corta resistencia.

Todas las baterías liberales estuvieron haciendo un fuego que bien pudo llamarse graneado, pero hicieron pocas bajas á los carlistas, cesando aquél muy entrada ya la noche, en medio de una gran tormenta que empezó á descargar al anochecer.

El día 27 era el señalado para el ataque general, y conocido ello por el General carlista Dorregaray, adoptó las siguientes disposiciones: A la brigada Alvarez, que desde el día anterior se encontraba de reserva sobre los altos de Murugarren, en unión del 1.º de Álava y del 1.º de Navarra, le dió orden de continuar en el mismo punto, con el fin de concurrir á la defensa de las posiciones del centro, en caso necesario, al propio tiempo que los batallones 3.º y 8.º de Navarra permanecieran á retaguardia de las de Muru con análogo objeto. A los batallones de Durango y 2.º de Navarra, les hizo dirigirse hacia Eraul, para reforzar la extrema izquierda y concurrir á la defensa de aquella importantísima posición. Para tomar el mando de esta parte de la línea carlista marcharon por la mañana los generales Argonz é Iturmendi, permaneciendo los generales Dorregaray, Mendiry y Larramendi sobre las posiciones de Murugarren.

A la una de la tarde rompieron las baterías republicanas un horroroso fuego sobre toda la línea carlista, continuando así hasta muy avanzada la noche.

A las tres de la tarde, la brigada de vanguardia del

Ejército liberal, seguida del Cuerpo de Ejército del Conde del Serrallo, avanzó á la ermita de Abárzuza, continuando su movimiento hacia las posiciones carlistas de Eraul y el pueblo de Echavarri, rompiendo nutridísimo fuego de fusil sobre las del centro, y avanzando decididamente á las cinco, hora en que también lo hicieron las otras tres columnas de ataque sobre Muru, Murugarren, Grocin y los altos de Villatuerta. Aquellas considerables masas de tropas republicanas adelantaron impunemente hasta corta distancia de los parapetos carlistas, porque el General Dorregaray había dado orden de que no se hiciese fuego hasta entonces; pero llegadas ya cerca de ellos, los voluntarios carlistas sembraron los campos de muertos y heridos liberales. Sin embargo, las muchísimas tropas de que disponía el General en jefe republicano Marqués del Duero le ofrecieron la inmensa ventaja de poder dirigir sobre los puntos de su ataque elementos considerablemente superiores á los del General en Jefe carlista Dorregaray, y de ahí que hubo momentos en que por cortos instantes consiguió algunas ventajas, como le sucedió en el pueblo de Murugarren, al cual, defendido únicamente por dos compañías castellanas, logró aproximarse bastante; pero acudiendo allí tres compañías del 4.º de Álava, cargaron dos de ellas á la bayoneta, seguidas de los castellanos, y consiguieron rechazar la columna que les atacaba, causándola numerosas bajas y cogiéndola además veintitrés prisioneros y gran número de fusiles.

En vista de esto, ordenó el General Dorregaray al Brigadier Alvarez que con el resto del 4.º de Álava y dos compañías del 3.º se quedase en aquellas posiciones, porque, reforzados los liberales, intentaron un segundo ataque, en el que también fueron rechazados. Episodios de esta naturaleza tuvieron lugar en toda la línea, sin exceptuar

un sólo punto de ella; cargando repetidas veces todos los batallones carlistas á la bayoneta, tan luego como á sus trincheras se aproximaban las tropas republicanas, á las que acosaban en su retirada.

En la extrema izquierda carlista, por efecto de las pocas fuerzas de que allí disponían los carlistas, y de las muchas que les atacaron, el combate fué rudo y sostenido; pero con la eficaz cooperación de los batallones 2.º de Navarra y el vizcaíno de Durango, fueron igualmente rechazados por allí los liberales.

Repetidas veces intentaron las animosas divisiones republicanas volver sobre las trincheras carlistas; pero en todos sus ataques se vieron obligadas á retroceder, dejando gran número de muertos, heridos y prisioneros, perdiendo armamento y municiones.

El fuego continuó sin interrumpirse un sólo instante hasta hora muy avanzada de la noche, durante la cual, y aprovechándose de sus sombras, se retiraron los liberales hasta más allá de su punto de partida, después de haber perdido á su General en Jefe Marqués del Duero, á quien mató, á la caída de la tarde, una bala disparada desde las trincheras de Murugarren.

Las pérdidas sufridas por el Ejército republicano en la batalla de Abárzuza, una de las más brillantes é importantes victorias del Carlismo, consistieron en unos dos mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros (cuyo número fué de doscientos cincuenta), y unos dos mil fusiles, de los cuales se apoderaron los carlistas, quienes (según testimonio de los mismos historiadores liberales, entre ellos el señor de Pirala) no tuvieron más que unas trescientas bajas, entre muertos y heridos, figurando entre los primeros el Teniente Coronel Eguilleta, y entre los segundos los coroneles Fontecha y Cavero.

Los generales carlistas llenaron de un modo que les honraba en alto grado con sus deberes, demostrando lo brillante de sus dotes militares en el ejercicio de las funciones que les fueron conferidas. Los jefes y oficiales de sus tropas no se separaron ni un momento de sus puestos, siendo los primeros en dar ejemplo de serenidad y valor á sus bizarros voluntarios, quienes probaron una vez más poder rivalizar con los mejores soldados del mundo. La escasa artillería de los carlistas se condujo en esta memorable jornada tan bien como siempre, haciendo fuego á cortísima distancia del enemigo y sufriendo impasible el fuego de los numerosos y mucho más potentes cañones del Ejército republicano; y los ingenieros carlistas trabajaron sin descanso en la construcción y reparación de trincheras. En fin; palmariamente imponderable resulta el heroísmo desplegado por los carlistas para derrotar con los escasos elementos de que disponían, á los cincuenta mil hombres con dos mil quinientos caballos y diez baterías de campaña con que en vano trató de conquistar la plaza de Estella uno de los más preclaros generales de su época, el heroico Capitán General Marqués del Duero, á quien cupo, en cambio, la gloria de morir sobre el propio campo de batalla.

Examinadas las principales obras escritas sobre la última campaña carlista, consideramos oportuno ampliar lo anteriormente expuesto con cuanto á continuación se expresa.

El ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, en las páginas 121 y 122 del tomo quinto de su *Narración militar de la guerra carlista*, dice lo siguiente:

«El Marqués del Duero concibió un plan que demostraba sus relevantes cualidades. Creyendo muy probable que batiría á los carlistas, no sólo quería conseguir una victoria sino también un resultado decisivo, haciendo á la vez que

15

conquistaba á Estella, algunos miles de prisioneros, aprovechando la ocasión, que la fortuna le brindaba, de hallarse á su frente casi todo el grueso de las fuerzas rebeldes. Para el logro de este objeto, trataría de envolver el flanco izquierdo carlista, intentando cortarle el camino de las Amézcoas y el del valle de la Berrueza, que era su retirada natural, y arrojarle hacia el Ebro; el centro y la izquierda de las fuerzas liberales no atacarían seriamente los respectivos frentes carlistas ni entrarían en Estella, como tal vez les sería factible, hasta tanto que la derecha liberal no envolviese la izquierda enemiga, porque teniendo que recorrer para aquel fin (la izquierda y el centro liberal) un trayecto más corto que la derecha para la ejecución de su maniobra, era evidente que podrían batir á los carlistas en el centro y la derecha de éstos, antes de ser envueltos en su izquierda, y en tal caso tendrían expedita la retirada; mientras que si después de ser envueltos, eran resueltamente atacados en su centro y su derecha, su situación sería en extremo apurada, si se empeñaban en sostener las posiciones que ocupaban.

Como complemento del plan del General Concha, debemos manifestar, que éste había prevenido al Brigadier Acellana (como se ha dicho, mandaba éste la columna de la Rioja) que oportunamente le enviaría cuatro batallones, y que, llegado este caso, con ellos y sus fuerzas debía situarse en la sierra de Toloño, evitando que los carlistas vencidos en Estella entrasen por aquella parte en la provincia de Álava.»

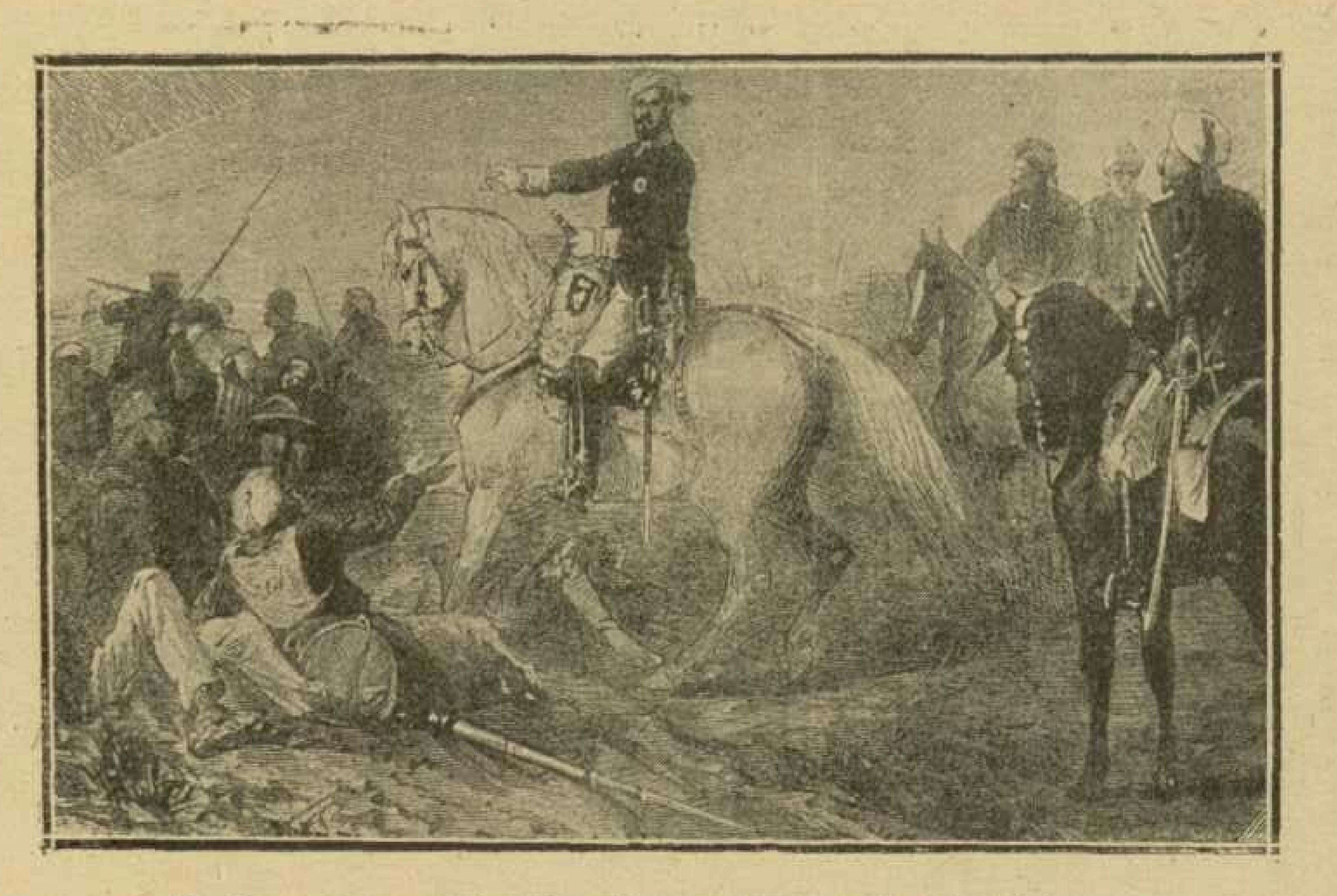
En las páginas 129, 130 y 132 de la obra titulada *Ultima campaña del marqués del Duero,* escrita por su Jefe de Estado Mayor General D. Miguel de la Vega Inclán y por los coroneles D. José de Castro y D. Manuel Astorga, afectos también á su Cuartel General, leemos lo que sigue:

«Con el sentimiento que en el Marqués del Duero debía de ser profundísimo, de retroceder, comenzó á bajar de Monte-Muru hacia el grupo que formaba el Cuartel General, apoyado, como al subir, en uno de los oficiales que le acompañaban.

Entre tanto, el Coronel Castro, que dirigía la reserva, creyendo hacer más eficaz su acción con apoyar la marcha del General por su flanco derecho, ganaba la altura por una inflexión de la montaña, donde no experimentaría los efectos de la fusilería enemiga hasta ponerse ya muy cerca de las trincheras que iba á atacar. Y con efecto, ya asomaba á la cumbre y se disponían las parejas de guerrilla, que iban á la cabeza, á romper el fuego, cuando después de nutridas y mortíferas descargas de los que defendían las trincheras, las saltó una gran masa de infantería navarra para lanzarse sobre nuestros soldados á la bayoneta y con una espantosa gritería.

La reserva liberal retrocedió bajando en desorden la montaña, no perseguida por los carlistas que, satisfechos del resultado de aquella reacción, no quisieron continuar su arranque ofensivo, y volvieron á sus parapetos y trincheras.

Entre tanto el General Marqués del Duero, mandando á los de su Cuartel General que montasen y mientras se separaban para hacerlo al pliegue del terreno en que permanecían los caballos algo resguardados del fuego enemigo, él, inclinándose siempre al lado opuesto, continuaba el descenso hacia el puentecillo de la carretera. El Coronel Astorga fué herido, y á pesar de la resistencia que opuso, recibió la orden terminante de marchar á curarse, en el momento en que el corneta de órdenes, Manuel Fernández, de cazadores de la Habana, que las esperaba ya á caballo, caía por tierra, herido en la ingle y de bastante gravedad.



El General carlista Mendiry en la batalla de Abárzuza.

(De *La Ilustración Española y Americana*, n.º 26 de 1874

El Marqués, con eso y con haberse los del Cuartel General separado para recoger los caballos, quedó sólo con el asistente Ricardo Tordesillas, que le servía hacía tiempo de ayuda de cámara, y á quien dijo estas que apuntamos como últimas palabras pronunciadas por aquel insigne y malogrado General: *Ricardo, el caballo.*

Ricardo le acercó el caballo y lo situó de través con la pendiente á fin de que el General lo montase mejor; y al cruzar éste la pierna derecha para dejarla descansar en el estribo, una bala de fusil, procedente sin duda de las trincheras de Murugarren que se descubrían sobre el flanco izquierdo, fué á atravesarle el pecho, derribándole sobre la espalda derecha del caballo, sin que bastasen apenas las fuerzas de su criado, que quiso recogerle en sus brazos, para amortiguar el terrible golpe de su caída en tierra. . .

. . . .

Cuando el cuerpo del General fué reconocido en la estancia misma en que había pasado la noche anterior, sólo se creyeron necesarios los últimos auxilios espirituales, que inmediatamente le fueron prestados por dos sacerdotes allí presentes ó que acudieron al momento.

Se han dado á la estampa versiones tan opuestas sobre la muerte del General Concha, que hemos creído debernos detener en ésta, escrita después de un largo interrogatorio hecho á las personas que la presenciaron ó que acudieron inmediatamente al lugar de la catástrofe.»

El Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en su *Historia Contemporánea* (página 362 del tomo V, edición de 1878), dice así: «La jornada estaba perdida. Por la muerte del General en jefe recayó el mando en el General Echagüe, que reunió en Abárzuza á los generales y brigadieres allí presentes para acordar lo que convenía hacer. Unánimes estuvieron en ejecutar la retirada á la base de

operaciones, ó sea á la línea del Ebro; pues falto el ejército de raciones y quebrantada en algunos puntos su moral, no podía continuar la batalla al día siguiente, y Echagüe, asumiendo la responsabilidad de esta medida, prestó un buen servicio al país, pues dadas las circunstancias del momento, hubiera sido temerario y quizá ocasionado un desastre de consideración el querer prolongar una batalla en circunstancias tan desfavorables como las en que se encontraba el ejército».

El director de *El Correo Militar*, D. Melchor Pardo, y el Catedrático D. Nicolás María Serrano, en su obra *Anales de la guerra civil* (tomo II, página 725), cuenta lo siguiente: «El General Echagüe dirigió sin pérdida de tiempo al ministro de la Guerra el siguiente despacho telegráfico:

General en jefe interino al ministro de la Guerra.

Ejército rechazado. General en jefe muerto. Pérdidas sensibles. Me ocupo en levantar la moral de las tropas, mientras llega mi relevo. Padezco mucho.—Echagüe.

Este parte llegó á Madrid, produciendo el efecto de un rayo. Pensábase en dar fiestas por la victoria de Estella, y se encontraron con que un incidente inesperado daba al partido carlista más fuerza y audacia que nunca. ¡Vicisitudes de la guerra!»

Los presbíteros D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell, en la página 988 del tomo II de su *Historia de la Revolución de Septiembre*, se expresan de este modo:

El General Concha acariciaba la idea, no sólo de acabar con la guerra civil, sino de realizar la restauración del orden político. No le fué posible. Hay puestos tan importantes en la historia, que la Providencia no los concede si no á los que los merecen. Las vacilaciones de Concha cuando la caída de Isabel II, su conducta algo incierta, hacían que la

gloria, no sólo de la pacificación de España, sino de iniciar su restauración, fuese para él demasiada gloria.»

He aquí ahora lo que sobre la retirada del ejército republicano, después de la victoria carlista de Abárzuza, leemos en las páginas 293, 294, 309 y 310 del tomo I de la interesante obra titulada *Estudio crítico sobre la última guerra civil*, de autor anónimo, pero atribuída á la ilustrada pluma del bizarro Coronel de Artillería D. Baldomero Villegas (hijo del General liberal del mismo apellido, que tanto se distinguió durante la última guerra carlista, operando por la parte de Santander):

«El General Echagüe ordenó la retirada para el amanecer del día siguiente. Ninguno de los generales que tuvieron conocimiento de esta determinación la desaprobaba. Por el contrario, alguno hubo que creyó debía hacerse cuanto antes mejor. Y quizá fué esta la causa de que se emprendiera aquella misma noche.

Las tropas de la derecha pusiéronse en movimiento, protegidas por las del centro, y las de la izquierda habían de permanecer en sus puestos hasta que desfilaran todas las de su derecha. Y así se hizo; mandáronse apagar los fuegos de las casas, prohibióse fumar, se amenazó con severas penas á los que ocasionaran ruídos, dejáronse los heridos en Abárzuza, confiados á la humanidad de los carlistas, y con los restos del General Concha ocultos con el mayor secreto en un furgón de artillería, sin que se apercibieran los conductores del preciado depósito que llevaban, fióse la salvación del ejército á ganar tiempo, y hasta que desfiló toda la artillería por delante de las posiciones de Villatuerta, sin que se apercibiera Febo, nadie se consideró satisfecho.

De este modo se verificó con alguna alarma aquella noche la retirada, pero se logró que no se dieran cuenta de

ella los carlistas, hasta después de amanecido, que habían salvado ya los convoyes las dificultades. En vano quisieron entonces los carlistas molestar á los liberales; éstos habían tomado ya posiciones en el camino de Oteiza y se retiraban por escalones, en orden, cubiertos al amparo de su numerosa caballería.

Las tropas liberales no pararon hasta Tafalla, donde entró confundido é ignorado en un furgón de artillería, cual trasto inútil, ¡oh, mundo!, el venerable cadáver del noble marqués del Duero, que salió de allí con tan risueña compañía y entusiasmado cortejo, y con tan numeroso y bien organizado ejército.. . . . .

. . . .

. . . .

Este incidente fué de las más graves complicaciones de la guerra. . . . .

. . . .

La historia de estos sucesos, hasta ahora no refleja ni con mucho la verdad, ni por lo que respecta á las batallas que terminaron el día 27 en Monte-Muru, ni por lo que hace á la retirada. Sobre lo primero ya queda dicho todo lo necesario; sobre la segunda, he aquí cómo la han descrito en los periódicos y en los libros: *Fué un espectáculo admirable el de aquel inmenso convoy, desfilando con calma y regularidad ante un enemigo poderoso por su número y por su calidad, y protegido en ese mismo desfile por batallones en posición, ya desplegados y haciendo fuego, ya escalonados, ya en masa; por escuadrones en actitud de lanzarse á la carga, y por baterías que causaban numerosas bajas en el campo contrario.»* (*Historia contemporánea* de D. Antonio Pirala, tomo V, página 367. *Historia de la interinidad y guerra civil* por D. Ildefonso A. Bermejo, tomo III, página 980. *La Época*, de Madrid, y otros periódicos).

Esto no es exacto, y en prueba de ello sólo diremos que está rigurosamente probado que hasta el día siguiente no se apercibieron los carlistas de la retirada del ejército liberal. De donde se deduce, que aquella retirada no tuvo lugar de ser admirable. En todo caso, no lo fué ni por los escalones, ni por las cargas y cañonazos, pues al menos hasta que desfiló por delante de Villatuerta el convoy, aprovechando el secreto y la noche, *allí lo único que hubo fué prudencia y precipitación:* esto sería en todo caso lo admirable. Y en verdad que no se comprende cómo hombres que han asumido la responsabilidad de escribir nuestra historia, hayan incurrido en una inexactitud como la que revela el párrafo trasladado. Con seguridad no lo hicieron intencionadamente; pero obligan á estas necesarias rectificaciones, necesarias porque si no se hicieran, lejos de ser la historia útil, sería un elemento perturbador del ánimo y la moral de los que presenciaron aquellos acontecimientos; y en lugar de disponer la generación actual á las acciones nobles y heróicas, la encaminaría hacia la falsedad y el engaño.»

D. Francisco Hernando (Ayudante de Campo del General carlista Lizárraga) dice en las páginas 196 y 197 de su obra titulada *La campaña carlista:* «El efecto de la victoria de Abárzuza compensó á los carlistas con creces del disgusto producido por la retirada del sitio de Bilbao, y al mismo tiempo les privó de su adversario más terrible. Entre los liberales el fracaso del plan de Concha, la muerte de éste, las pérdidas de su ejército, y la retirada, hicieron decaer sus ánimos de tal modo, que por algunos días reinó verdadero pánico en Madrid. Y como al mismo tiempo que en el Norte, iban prósperamente las tropas reales de Cataluña y el Centro, llegaron á temer seriamente por la causa liberal.

Las fuerzas y el poder carlista habían, en efecto, llegado á su apogeo, y en número, resolución y armamento no tenían que envidiar á nadie. Faltábales únicamente artillería, y un desembarco verificado á principios de Julio, les proporcionó cañones de los mejores sistemas modernos, que podían competir y aventajar á los de los republicanos.»

Finalmente: el General de Artillería D. Antonio de Brea (Jefe de Estado Mayor de Su Alteza Real el Príncipe y General Conde de Caserta, D. Alfonso de Borbón y de Austria), en su *Campaña del Norte de 1873 á 1876* (páginas 199, 200, 202, 203 y 204) se expresa como sigue:

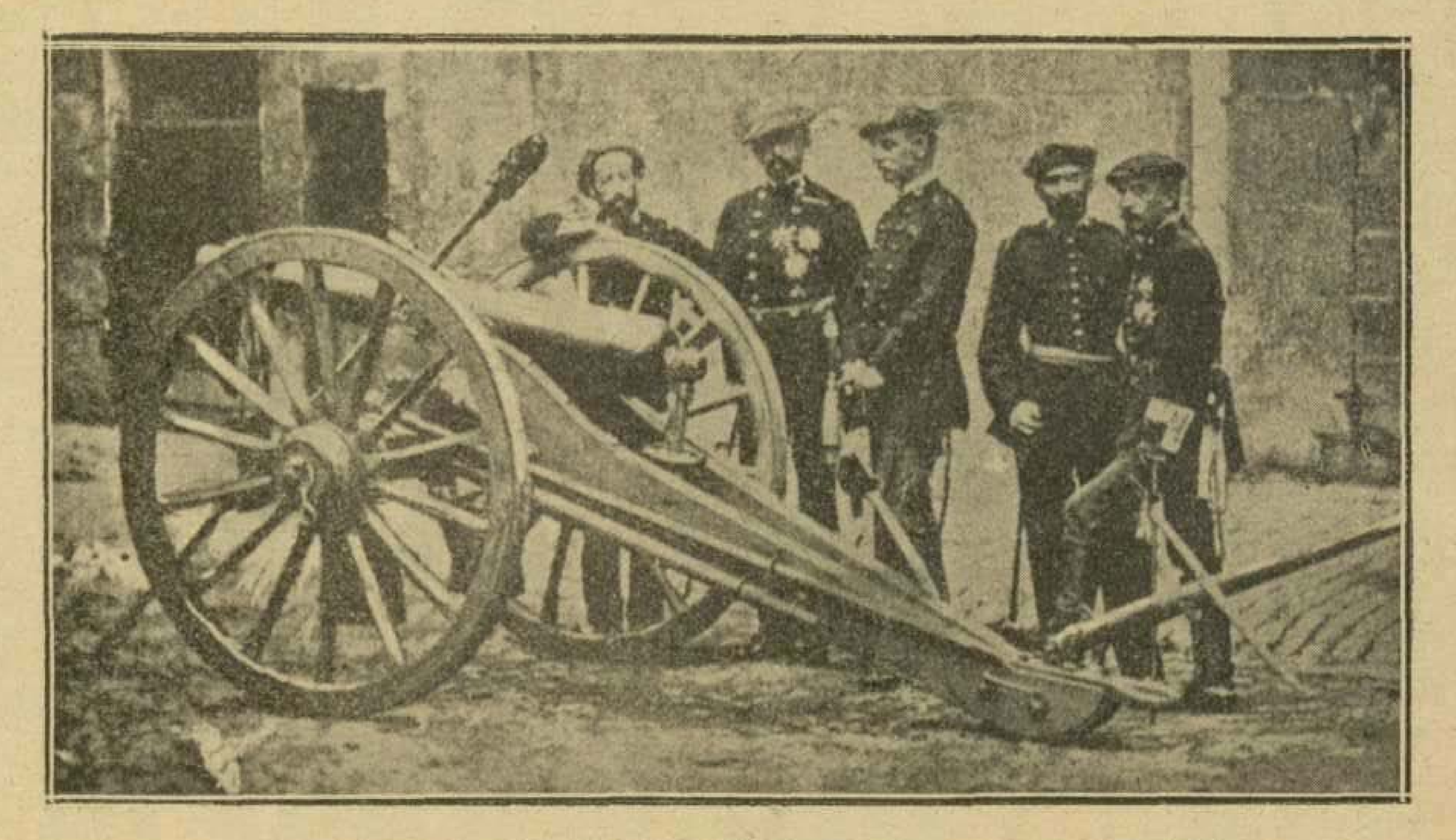
«En la noche del día 26 ocurrió en Abárzuza un incidente que tuvo más adelante inmensa trascendencia. Sea por imprudencia ó por descuido, sea por haberse dedicado á recorrer las bodegas del pueblo algunos de los soldados liberales que pernoctaron en aquel punto, ó sea, en fin, por lo que se quiera, lo cierto es que se produjeron algunos incendios, los cuales habrían sido castigados, seguramente, por el Marqués del Duero, con todo el rigor de las Ordenanzas Militares, pues profundamente disgustado dicho General en Jefe, apostrofó duramente á los batallones, haciéndoles comprender que sobre ellos podía caer la nota de incendiarios, y que *estaba resuelto á castigarles con todo el rigor de la Ordenanza, formando un consejo de guerra verbal para juzgarlos,* lo cual no pudo tener lugar por necesitarse dichas fuerzas para el ataque general. (*Narración Militar de la Guerra Carlista* por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, página 142 del tomo V). Otros incendios, aunque en menor escala, se produjeron también por los liberales en Zabal, Villatuerta, y Zurucuaín. . . . . . .

. . . .

. . . .

Esta desgracia (la muerte del General Marqués del Duero)

General Villar — Brigadier Pagés



Coronel Claver — General Maestre — General Brea

causó profunda pena y desaliento en los pocos que al principio se enteraron de ella, pudiendo creerse que si la muerte del General en Jefe republicano hubiera llegado oportunamente á noticia de los carlistas, habrían éstos salido impetuosamente de sus trincheras, y contando con el pánico que semejante suceso produciría en aquellas tropas liberales, ya tan quebrantadas, habría sido de incalculables resultados la victoria de los carlistas. . . . .

. . . .

. . . .

. . . .

La importante victoria de Abárzuza causó en el Ejército carlista y en el país vasco-navarro un entusiasmo indescriptible. Pródigo fué D. Carlos de Borbón en premiar á los generales, jefes, oficiales y voluntarios que más se distinguieron en tan glorioso hecho de armas, concediendo al Jefe de Estado Mayor General Dorregaray la Gran Cruz de San Fernando; elevando á la dignidad de Conde de Abárzuza al Comandante General de Navarra, Mendiry, que había secundado admirablemente las órdenes de Dorregaray; ascendiendo á Mariscal de Campo á D. Rafael Alvarez, cuya Brigada fué de las que más sufrieron; nombrando Brigadieres á los Coroneles Cavero y Fontecha, que habían resultado heridos, y al Coronel D. Carlos Costa.. .

. . . .

No terminaremos sin decir dos palabras sobre un hecho calificado duramente por los liberales al tratar de los fusilamientos de Abárzuza.

Conocido es de todos que al entrar á viva fuerza en Abárzuza el Ejército carlista hizo algunos prisioneros al enemigo en ocasión de que todavía humeaban los restos de algunas casas de Zabal y Villatuerta, y en que, llamas aún sin apagar, continuaban consumiendo las viviendas de

los inermes vecinos de Abárzuza. Al entrar el Jefe de Estado Mayor General carlista en el pueblo, oyó las voces de muchos prisioneros que le saludaban con las frases de: *¡Viva nuestro General Dorregaray!—¡Yo no soy General de incendiarios!*—hubo de contestarles el caudillo carlista.—*El Consejo de guerra se encargará de castigar á los que, como vosotros, hacéis la guerra destruyendo los campos y los albergues de los pacíficos habitantes de este país, que se quejan fundadamente de que el Ejército carlista es una fuerza armada que ni los defiende ni los protege.*

No se nos negará que el General en Jefe liberal Marqués del Duero increpó también duramente á los incendiarios de su Ejército, y que él mismo se hubiera encargado de castigarles, si la falta de tiempo material no se lo hubiera impedido.

Formóse, pues, el Consejo de Guerra, presidido precisamente por uno de los jefes más justificados del Ejército carlista, como lo fué el Coronel D. Simón de Montoya.

De todo hubo de enterarse Don Carlos de Borbón, quien con Doña Margarita se hallaba á dos jornadas de Abárzuza, y que se apresuró á conceder lo que algunos caracterizados jefes de su Ejército le pedimos, es decir, que únicamente se diezmara á los prisioneros, consecuente á cuyo acuerdo fueron sólo trece los fusilados.

De lamentar han sido siempre estos hechos; pero, á nuestro juicio, hay que tener en cuenta las consideraciones siguientes: que los fusilamientos de Abárzuza fueron, dichosamente para todos, de los pocos que ensangrentaron la victoria en el Norte; que antes y después de ellos, llevaron á cabo los liberales análogos hechos, siempre deplorables, pues no nos dejarán mentir los manes de Balanzátegui, de los carlistas de Montealegre, de los del Tajo, de los de Burgos y Soria, de los de San Martín de Unx, el del

bravo Coronel Lozano, y los de tantísimos otros partidarios del Carlismo; y, en fin, hay también que hacerse cargo de que pueblos en masa acudieron al Jefe de Estado Mayor General carlista pidiéndole amparo y protección para ellos, las mujeres y los hijos, y que de quedar impunes los incendios de Zabal, Villatuerta y Abárzuza (como antes lo habían quedado los de Oyarzun y otros puntos), posible hubiera sido que el país vasco-navarro se hubiese llegado á negar á dar, como hasta entonces, sus hombres, sus vidas y sus haciendas á la Causa carlista. Sabido es, por último, hasta dónde llegan las guerras civiles: pidamos á Dios que no se repitan jamás semejantes represalias.»

Como adición al presente capítulo consideramos oportuno dar á conocer á nuestros lectores el siguiente notable documento, de gran interés histórico, que, firmado por el General carlista Dorregaray á mediados del año 1874, publicó por aquella época el periódico oficial de Carlos VII, titulado *El Cuartel Real*, y lo reproduce íntegro el ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército en las páginas 179 á 185 del tomo V de su magnífica obra *Narración militar de la guerra carlista,* cuyo documento dice textualmente así:

«No con el respetable derecho que me da la victoria, sino con el derecho sagrado que me da la justicia, voy á levantar mi voz delante de España, delante de Europa y delante de todo el mundo civilizado, para dar á conocer una determinación que me he visto precisado á tomar y que, en verdad, es grave, pero que no por ser grave deja de ser justa y necesaria.

Acaban de ser pasados por las armas, como incendiarios, en Abárzuza, Villatuerta y Zurucuaín, delante de los res-

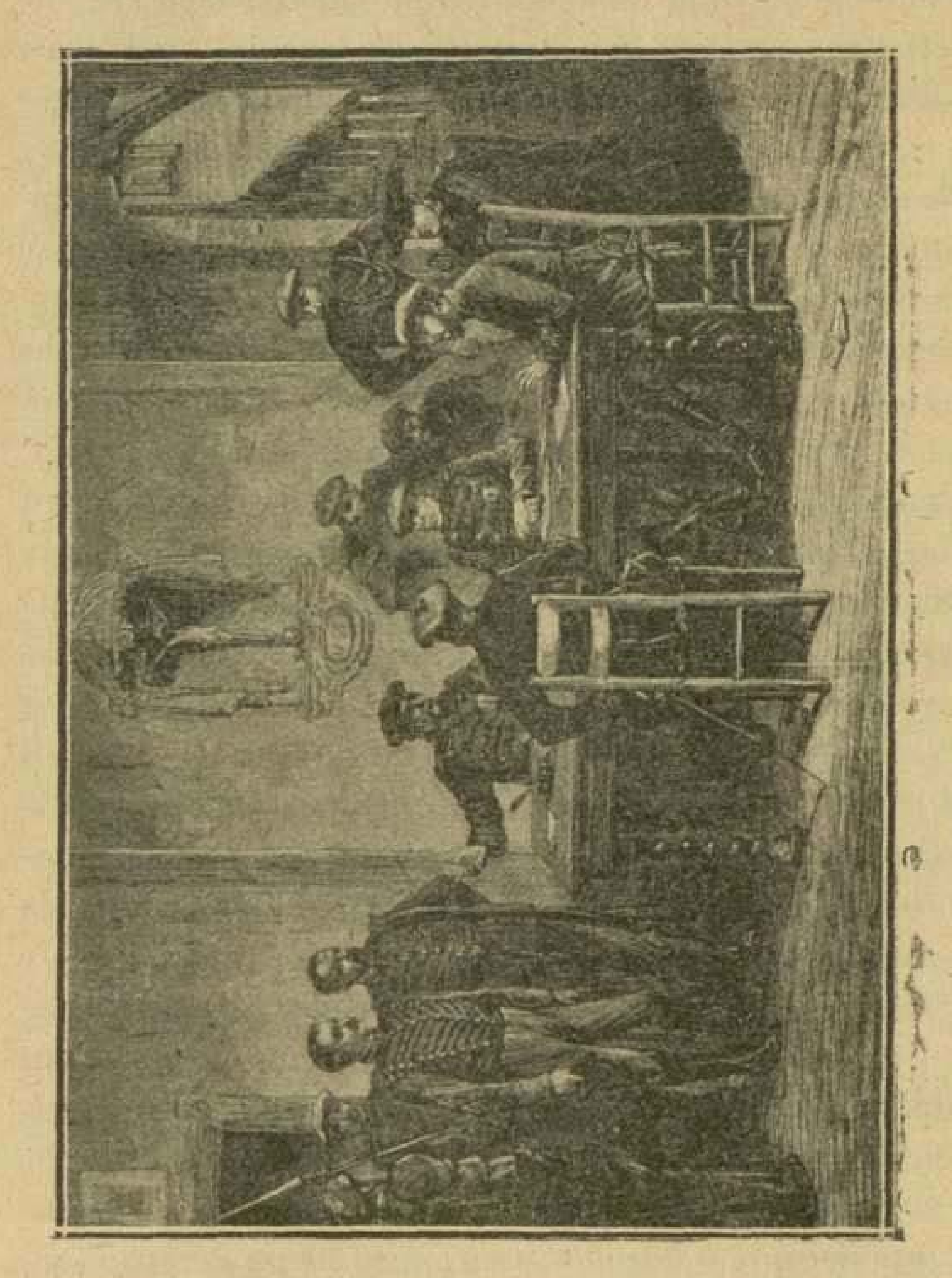
tos humeantes de sus incendios, la décima parte de los prisioneros de la última batalla, tan gloriosa para las armas reales como desastrosa para las de la revolución; y aunque la manera por demás hidalga y generosa con que hasta ahora se ha conducido el ejército real con los vencidos, me da derecho á esperar que todo el mundo crea desde luego justificada esta medida, me parece conveniente, sin embargo, decir con franqueza los motivos que he tenido para adoptarla; que propio es de quien tiene siempre por norma de conducta la razón y las leyes, nunca la pasión y el capricho, complacerse en dar á la conciencia pública las más amplias explicaciones de sus actos.

Hagamos un poco de historia. Cuando en el mes de Julio de 1869, algunas provincias de España se alzaron en armas por nuestro bien amado Rey D. Carlos VII (q. D. g.), el titulado Gobierno provisional, que por un motín se había apoderado del mando, circuló por el Ministerio de la Guerra, que ocupaba D. Juan Prim, una orden firmada por el Subsecretario Sr. Sánchez Bregua, mandando á los jefes de columna fusilar en el acto á todos los *malhechores* cogidos con las armas en la mano. Que por *malhechores* se entendían los carlistas, lo prueban los bárbaros fusilamientos de Montealegre, de Iglesuela y de Valcoveno; y que el Gobierno era el que mandaba aquellos asesinatos, lo prueban, además de la referida orden, los ascensos que inmediatamente recibieron los militares que la ejecutaron, como Casalís, Canceco y Centeno, y la rápida carrera que han hecho desde entonces, siendo muy de notar que los jefes de aquel movimiento carlista, entre ellos el honrado Balanzátegui, llevaban instrucciones de no hacer fuego sino en propia defensa, de pagar todas las raciones á los pueblos, y otras de carácter tan caballeroso que rayaba en lo cándido.

Nadie ignora la infame celada que el Gobierno de Ma-

drid tendió en el verano siguiente á los carlistas de estas provincias vasco-navarras por medio del tristemente célebre coronel Escodá, que fué por el Gobierno ascendido y remunerado. Sabido es igualmente el lazo indigno que un jefe llamado Carretero, de guarnición en Córdoba, preparó á varios antiguos oficiales carlistas de aquella ciudad, prometiéndoles sublevar á favor del Rey tres ó cuatro compañías de su mando, y haciendo que esta fuerza disparase á boca de jarro sobre ellos, cuando de noche acudieron al punto convenido; el autor de esta felonía también fué ascendido inmediatamente. A un Teniente Coronel llamado Cortijo, que en 1872, en la provincia de Toledo, hizo acuchillar sin confesión á unos cuarenta carlistas que estaban bañándose en el Tajo, el Gobierno de Madrid le envió el ascenso por telégrafo, y le ha servido tanto en su carrera el mérito contraído entonces, que hoy es Brigadier, el mismo Brigadier Cortijo que hace poco tiempo insultó cobardemente á nuestros heridos en Santurce. Dos comandantes de la Guardia Civil, uno llamado Cappa y otro Perruca, han sido también escandalosamente ascendidos por asesinar carlistas indefensos en las provincias de Burgos y Soria.

El carácter oficial que resalta en todos estos crímenes, resalta igualmente en los innumerables atropellos cometidos por autoridades de todas clases, y por una vergonzosa Sociedad, con cuyo nombre no he de manchar este escrito, organizada y pagada por el Gobierno contra nuestros periódicos, contra nuestros casinos, contra nuestros comités electorales de Madrid y provincias, y el mismo carácter oficial resalta en los innumerables asesinatos de sacerdotes, en las profanaciones de iglesias con bailes públicos y otros indecibles sacrilegios cometidos desde la revolución de Septiembre de 1868 hasta el presente, siempre en odio á Su Majestad el Rey y á la Santa Causa que representa.



Un consejo de guerra
(Del tomo II de *Anales de la guerra civil*)

En vano ha sido que los defensores de ésta se hayan conducido siempre con una honradez á toda prueba, así peleando en el campo como haciendo vida pacífica en las poblaciones; en vano que después de organizado el alzamiento actual en contra de un Gobierno á todas luces ilegítimo é injusto, Su Majestad el Rey depusiera inmediatamente al primer jefe de partida que ordenó algunos fusilamientos; en vano que, contentándonos con desarmar á gran número de prisioneros cogidos en Erault y en otras gloriosas jornadas, les pusiéramos en libertad á los soldados, sin condición alguna, y á los oficiales, después de comprometidos á no volver á hacer armas en contra de nuestro ejército, bajo palabra de honor, que casi ninguno ha cumplido; en vano que hayamos recogido y curado sus heridas con la misma consideración que á los nuestros, como aún continuamos haciéndolo, pues tenemos hoy en curación en nuestros hospitales más de cuatrocientos de aquéllos, recogidos en el campo del enemigo después de su derrota; todo en vano; nuestros enemigos fusilaban cruelmente nuestros prisioneros, ó los deportaban á la Isla de Cuba, en tales condiciones de estación y de clima, que puede decirse que los enviaban á sufrir una muerte segura y dolorosa.

El Gobierno de Madrid y los generales que sucesivamente ha tenido mandando el ejército que nos combate, nos han faltado á todas las palabras y á todos los compromisos; nos han considerado fuera de todas las leyes, y han tratado de exterminarnos por cualqnier medio, fuese justo ó injusto, fuese decente ó deshonroso. En uso de un derecho que nos daba una ley antiquísima de guerra, destruíamos las vías férreas y telegráficas, poderoso elemento que el Gobierno utilizaba en nuestro perjuicio, y nos daban por ello los epígrafes más denigrantes; pactaba con nosotros un General enemigo la neutralidad de dichas vías, y al día

siguiente de haberse comprometido á no trasportar soldados ni material de guerra, trasportaba material de guerra y soldados, y todo lo que convenía á sus planes. Se nos ha pedido el canje de prisioneros; lo hemos aceptado de buena voluntad, y hemos visto en los resultados, más de una vez, defraudada nuestra buena fe.

Todo esto y mucho más que podría referir, si no temiera hacer demasiado extenso este memorial de agravios, ha sufrido el Ejército Real con ánimo sereno; pero era poco que la saña de nuestros enemigos se ejerciese contra nosotros, y han querido también desplegarla furiosa contra el país que nos ha dado soldados, que nos sostiene con sus recursos y nos alienta con sus simpatías en la continuación de esta guerra hidalga, de cuyo éxito bien sabe que dependen su vida y su honra. El robo, el asesinato, la violación y el incendio, son las huellas que dejan los soldados de la Revolución á su paso por estos pueblos, que no les hostilizan, aunque no pueden menos de aborrecerles. En los días de la memorable batalla de Veladieta, el ejército de Loma y Moriones quemó casi todo el pueblo de Oyarzun y más de cincuenta caseríos en los alrededores de Tolosa, llegando á un extremo tan horrible las violaciones en Asteazu y en otros pueblos del contorno, que ¡parece mentira! casi oficialmente se le designaba una mujer á cada grupo de soldados. Reciente está la memoria de los incendios, asesinatos y violaciones cometidas en los alrededores de Bilbao por el Ejército de socorro, así como la inicua conducta del General en Jefe, que acordó prohibir estos crímenes cuando ya estaba todo incendiado y profanado, cuando ya sus soldados no tenían campo á sus brutalidades. Parecidos sucesos se repitieron poco después en Villarreal de Álava.

Más tarde, cuando el General Concha, de infausta memoria, se disponía á atacar á Estella, prometió en un breve

y orgulloso discurso pronunciado ante el Ayuntamiento y Clero de Lodosa, hacer á Navarra una guerra de exterminio, y destruir, no el Ejército Real, sino los pueblos en que domina; y, en efecto, apenas comenzó la batalla, comenzaron por parte de los soldados de Concha los incendios y toda clase de actos de que se avergonzarían las tribus salvajes de la Oceanía ó del interior del África; apenas comenzó la batalla, ardieron varias casas en Abárzuza, en Zurucuaín, en Zabal, algunas de ellas con sus moradores dentro, y más de sesenta en Abárzuza, pueblo, antes hermoso y que hoy no es más que un montón de ruinas; y llevaron á tal punto su inhumana ferocidad aquellos desdichados, que arrojaron á las llamas de una hoguera cinco de nuestros bravos voluntarios, únicos prisioneros que lograron cogernos, después de haber disparado sobre ellos, pero sin estar muertos todavía.

Y ante semejantes hechos, que la pluma se resiste á consignar, y ante tan villana conducta de nuestros enemigos, ¿hemos de seguir nosotros tratándoles con una generosidad que no agradecen, que acaso toman como muestra de miedo, y que sobre todo es notoriamente contraria á la justicia? ¿Hemos de seguir contemplando con dolor los brutales crímenes de nuestros enemigos, y permitir que los pueblos adictos á Su Majestad el Rey continúen siendo víctimas de tales atropellos? No; ¡vive Dios! que no ha de suceder así en adelante, porque la conciencia y el honor de consuno exigen ya de nosotros otra cosa. Los revolucionarios han despreciado nuestras amistosas advertencias y nuestros honrados ejemplos; veremos si desprecian del mismo modo nuestras justicias. Hoy hemos fusilado no más que la décima parte de los criminales; de hoy para arriba sufrirán esa suerte todos; de hoy para arriba haremos guerra sin cuartel á ese ejército de fieras, porque no debe haber

cuartel para los incendiarios, no debe haber cuartel para los violadores, no debe haber cuartel para los asesinos.

Entiéndanlo bien nuestros enemigos, entiéndalo la nación y entiéndalo bien el mundo; no hemos tomado represalias, por más que nos sobre razón para tomarlas; no fusilamos soldados del Ejército de la República por el hecho de serlo; fusilamos incendiarios y violadores; fusilamos ladrones y asesinos; fusilamos individuos de esas hordas de bandidos sin honor y sin conciencia, que están destruyendo y deshonrando á España. Entiéndase bien que volveríamos de buen grado á nuestra antigua conducta, si terminara la de los enemigos que ha motivado esta nueva. Entiéndase bien todo esto, para que se nos haga justicia cuando se nos juzgue.

El Rey, con la ayuda de Dios, ha de llegar á su Trono, pese á quien pese, y sean cualesquiera los obstáculos que encuentre en su camino; el Ejército Real que ha de allanársele, cuando encuentre enemigos que, aparte del hecho de serlo, no tengan otra cualidad odiosa, los tratará con su acostumbrada nobleza; pero mientras encuentre criminales, cobardes y traidores, los tratará con rigurosa justicia; al león le vencerá en lid galana; pero á la rastrera y venenosa sabandija la aplastará de cualquier modo y en cualquier parte. El Ejército Real tiene además el deber de proteger á los que están bajo el paternal dominio de Su Majestad, las vidas y haciendas de los pacíficos y honrados moradores, y el Ejército Real cumplirá este deber, como sabe cumplirlos todos.

Yo prometo á los pueblos, por mí y en nombre de Su Majestad, velar por sus intereses y por su honra; yo prometo á nuestros pueblos emplear todos los medios lícitos que conduzcan á tan alto fin, aunque parezcan rigurosos y

aunque parezcan duros. Nuestros voluntarios tienen derecho á exigir de mí que no haga estériles sus sacrificios y que no exponga su valor á la indigna burla de sus enemigos, que, después de cometer mil iniquidades, pasean impunes y orgullosos nuestras calles, y vuelven luego á empuñar el arma para combatirnos; nuestros pueblos tienen derecho á exigir de mí que haga respetar sus vidas y sus propiedades, y que no deje sin castigo á los que las atropellen. Yo prometo satisfacer los racionales deseos de los voluntarios y de los pueblos, que en mí tienen depositada su confianza.

Hace pocos días tuve ocasión de dar á escoger á los enemigos en un documento solemne, no entre la paz y la guerra (como el antiguo tribuno), sino entre la guerra humana y digna de la altura de la civilización á que nos ha traido el Catolicismo, y la guerra cruda del derecho natural; no han querido la primera, y tendrán la segunda. Nos hacen guerra de salvajes, y no contestaremos con guerra de salvajes, porque no nos lo permiten nuestra religión ni nuestra honra, pero daremos á la guerra un carácter de severa justicia.

Que conste, de ahora para siempre, que hemos hecho todo lo posible por no llevar la guerra al terreno que, forzados por la conducta de nuestros enemigos, la llevamos ahora. Que conste, que hemos tenido sobrada razón para llevarla á ese terreno mucho antes, y que por gran generosidad no la hemos llevado. Que conste, que nuestros enemigos pueden evitar las consecuencias de esta medida, y que si no lo hacen, sobre ellos caerá toda la sangre que se derrame fuera del campo de batalla, así como la justa indignación de la Patria y del mundo. Dadas todas estas explicaciones, no me queda nada que decir, sino que cumpliré mi palabra con la energía del que cumple un deber y

con la serenidad del que al obrar deja satisfecha su conciencia de cristiano y de caballero.

Estella 30 de Junio de 1874.

El Teniente General, Jefe de Estado Mayor General: *Antonio Dorregaray.*»

La Junta carlista gubernativa de Navarra publicó también la circular que á continuación copiamos:

«Para reprimir las grandes iniquidades y para prevenir su reproducción, preciso es adoptar medidas rápidas y enérgicas. Y las iniquidades que acaban de cometerse en los pueblos de Abárzuza, Zabal, Villatuerta y otros, por las tropas republicanas, no pueden pasar sin oportuno correctivo, porque de otro modo la impunidad alentaría á los criminales en su obra destructora, y dejaría en punible abandono los intereses lesionados. No; no es posible tolerar los actos de vandalismo que con escándalo del mundo se han realizado por las huestes liberales, que han querido vengar su impotencia y templar su desesperación con la ruina de seres inocentes. No; no es posible que esos hechos abominables, que descubren corazones siniestros, se consientan por quien puede suplir con el castigo la falta de virtudes y los excesos del crimen. Y para ese efecto, esta Real Junta, que en su carácter de gubernativa del Reino está obligada á velar por los fueros de la ley, no puede menos de adoptar disposiciones afirmantes, sin perjuicio de las que adopte Su Majestad el Rey, convencido como lo debe estar de que su generosa conducta y su noble proceder con el enemigo distan mucho de apreciarse en su valor inmenso y de producir ventajosos resultados.

Es preciso que se conozcan las leyes de la guerra; es preciso que se distingan los hechos que de ella se desprenden necesariamente, y los que revisten un carácter eminentemente social: los primeros son sus leyes, y hay que

respetar éstas; los segundos, son aberraciones infames. que hay que combatir con medidas preventivas y represivas y poniendo en juego los resortes de la responsabilidad y de la solidaridad. Si es posible que el que infringe los grandes principios morales indemnice los grandes perjuicios que irroga y sufra el condigno castigo, utilícese la ley de la responsabilidad. Si no es posible que la ley de la responsabilidad se haga efectiva, aplíquese la ley de solidaridad que hace sentir sus rigores á quienes en relación más íntima se encuentran con el que se aparta de los principios eternos de justicia, que con indeleble carácter están escritos en el corazón humano.

La guerra es un mal gravísimo; pero cuando se hace con noble sinceridad, por más que proceda de errores capitales, se concibe como una gran desgracia, y entonces hay términos hábiles para que los que batallan puedan llegar á perfecto acuerdo, porque cuando la sinceridad reconoce su error, lo confiesa con exaltado patriotismo, y ese reconocimiento es el precursor de una paz estable; pero cuando se lucha con perversa intención y con enconados sentimientos, entonces se siembra por todas partes el terror, se esparce la ingratitud, se difunde la alarma, y en pos de tantos quebrantos viene la destrucción, la muerte y el exterminio. Y he aquí lo que acontece con las fuerzas que luchan sin bandera positiva, con los políticos que sólo viven de la negación, con los que sólo quieren aniquilar á quienes afirman las grandes verdades, y ofrecen soluciones eficaces para salvar la sociedad; los que así pelean no albergan en sus corazones sentimientos levantados que los engrandezcan y dignifiquen, sino pasiones miserables que los envenenan y degradan. A quienes de tal modo proceden y se sustraen á la acción de la ley de la responsabilidad, es preciso hacerles sentir todo el rigor de la solidari-

dad, reclamando á los secuaces de su bandera la indemnización de los crímenes sociales, no de los hechos políticos que contra los hombres de la legitimidad y de sus propiedades llegasen á cometerse. Y crímenes sociales son los que se han consumado en los pueblos de Abárzuza y Villatuerta por las tropas republicanas; crímenes que no pueden quedar impunes sin desprestigio del principio de autoridad y sin responsabilidad del Gobierno que los tolera. Por tanto esta Real Junta acuerda:

Artículo único: La comisión de suministros del Reino hará todas las investigaciones conducentes para averiguar la cantidad de los daños causados por las tropas republicanas, al incendiar y saquear los pueblos de Abárzuza, Zabal, Villatuerta y otros puntos, y su importe lo distribuirá en la mejor forma entre los liberales de Navarra, para proceder inmediatamente á la indemnización oportuna.—Elizondo 30 de Junio de 1874.—El Presidente, *Cesáreo Sanz y López.—Esteban Pérez Tafalla.—Joaquín de Marichalar.—Narciso Montero de Espinosa.—Dámaso Echevarría.—Juan Cancio Mena.—Serafín Mata y Oneca.*»

A poco de obtenida por los carlistas la memorable victoria de Abárzuza llegaron Carlos VII y su augusta esposa Doña Margarita de Borbón á Estella, donde fueron recibidos con entusiasmo rayano en delirio, celebrándose en su honor una gran parada el día 2 de Julio, al pie del Montejurra, en la extensa llanada inmediata al Monasterio de Irache, mandando el General carlista D. Torcuato Mendiry la línea, compuesta de veintiocho batallones, á las órdenes de los generales Argónz, Alvarez é Iturmendi, y de los brigadieres Yoldi, Zaratugui, Zalduendo, Fontecha, Va-



Doña Margarita de Borbón
con sus augustos hijos
Doña Blanca, Don Jaime y Doña Elvira.

llueca y Costa; tres baterías de campaña mandadas por el Coronel de Artillería D. Antonio de Brea, y un regimiento de Caballería y tres escuadrones sueltos, á las órdenes del Brigadier D. José Pérula.

A las seis de la tarde se presentaron Don Carlos y Doña Margarita de Borbón, en sendos magníficos corceles, acompañados de la Dama de honor señorita de Flores, que montaba brioso caballo; de los generales Duque de la Roca, Dorregaray, Larramendi y Benavides; del Comandante General de Artillería, Maestre; del Comandante General de Ingenieros, Alemany; del Jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte, Oliver; del Brigadier Iparraguirre, Secretario de Don Carlos, y de un numeroso y brillante Cuartel General.

El Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en la página 19 del tomo sexto (edición de 1879) de su *Historia Contemporánea*, dice así: «Confundidas con los acordes de las músicas las atronadoras aclamaciones de aquellos guerreros, debió mostrarse Don Carlos, y mostróse, en efecto, satisfecho y entusiasmado, como lo manifestó después en la proclama que les dirigió, diciéndoles que en los campos de Abárzuza habían estado admirables y excedido á las más lisonjeras esperanzas. *Por eso quise presentaros á la reina* (les decía) *para que participara de mi contento, quedando ambos en la revista complacidísimos de vuestro estado de instrucción y de vuestro excelente espíritu bélico..... Voluntarios: cada vez estoy más orgulloso de vosotros; cada vez estoy más satisfecho de vuestro valor y de vuestra constancia; y, aunque nunca he dudado del triunfo, cada vez tengo, si es posible, mayor seguridad de obtenerle; porque con la protección de Dios, tan patente, y con soldados como vosotros, es imposible que fracase ninguna empresa. Seguid como ahora, y llegaremos pronto al feliz*

término de la nuestra, que es hacer la ventura de España.— Vuestro Rey, Carlos».

«Lo que faltaba á aquella tropa de pulcritud y elegancia en el traje, lo indemnizaban en esa marcial soltura que distingue al soldado español, y sería injusto negar á aquella masa carlista las condiciones de verdadero ejército, como lo era en su organización y en sus costumbres, y sabía batirse. Año y medio hacía que empezaron la guerra veintisiete hombres; aún no había pasado un año que sólo pudieron reunirse tres batallones en la frontera para recibir á Don Carlos, y ahora revistaba más de veinte mil hombres, á pesar de las contrariedades suscitadas no sólo por los liberales, sino que también por los mismos carlistas.»

Doña Margarita, hija del último Duque soberano de Parma, era una señora de claro talento, vastísima ilustración y, sobre todo, de un corazón ansioso siempre de remediar todas las desgracias que le permitía atender el estado poco lisonjero, entonces, de su fortuna. Aún antes de haber entrado en España había ya tenido ocasión de ejercer su inagotable caridad asistiendo y curando por sí misma, en su casa de campo de Burdeos, primero al Coronel Rada, Jefe del Batallón 2.º de Navarra; al Coronel de Caballería Pérula, y á muchos otros después. No hacía Doña Margarita excursión alguna al teatro de la guerra sin visitar detenidamente los hospitales, pasando largas horas en ellos, y animando con su presencia tanto á los heridos carlistas como á los liberales.

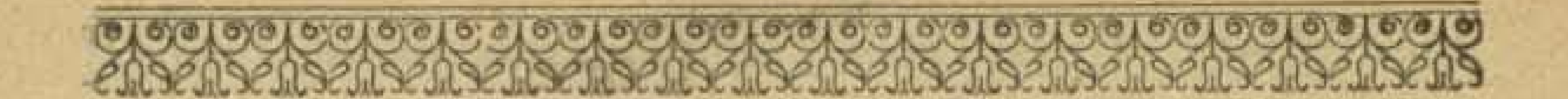
El ilustre General de Artillería D. Antonio de Brea, en su notable obra *Campaña del Norte de 1873 á 1876*, se expresa así: «Doña Margarita, aparte del natural interés que le inspiraba la guerra, no se mezclaba para nada en política de ninguna clase; la educación de sus hijos y el buen servicio de los hospitales eran su única ocupación. Entre

sus dotes naturales figuraba su prodigiosa memoria, que la hacía no olvidar las personas, una vez vistas, ni sus hechos, una vez conocidos; pero, como ya hemos dicho, entre todas sus excelentes dotes y virtudes sobresalía la caridad, que hacía no se apartasen de ella sin consuelo tantísimos desgraciados. Saludemos, pues, con toda la consideración y respeto que se merece la santa memoria de la egregia Princesa que fué alivio y consuelo de tantos españoles, y que, seguramente, ha recibido ya en el Cielo el premio de haber sido en la tierra *ángel de la caridad,* como la apellidaban, al bendecirla, tantos bravos.»

Al final de la guerra fueron llevados á Francia más de doscientos heridos procedentes de *los dos campos enemigos.* Doña Margarita, que residía en Pau, acudió en seguida á Bayona, y se encargó de cuantos gastos ocasionara su curación en el hospital civil de dicha ciudad, asistiéndoles y curándoles personalmente, á pesar de encontrarse ya cerca del noveno mes de un embarazo. A los que sanaban, les procuraba los medios necesarios para retornar á sus hogares; á los que morían, les hacía enterrar decorosamente; á los que quedaron inútiles para el trabajo y, por consiguiente, en la miseria, los llevó al *Hotel Midi,* su residencia en Pau, donde desde el principio de la campaña tuvo á cuantos heridos cogían en las habitaciones.

Como ya dijimos en nuestra obra titulada *Cruzados Modernos* (página 47), Doña Margarita de Borbón fué siempre considerada como un modelo de princesas, de madres y de esposas; nunca accedió á confiar la alimentación de sus hijos á nodriza ni mujer extraña, por ser opinión suya acertadísima que es deber de las madres, si desean el cariño de aquellos á quienes dan el ser, imponerse (como no sea en detrimento de su salud) ese pequeño sacrificio que nunca lo es para una madre tierna y

cariñosa... Su prematura muerte provocó una espontánea y espléndida manifestación de duelo en toda España, tanto entre liberales como entre los carlistas. Permítasenos, pues, recordar aquí con cierto orgullo, disculpable á nuestro juicio, que el grupo de Doña Margarita con Don Jaime, Doña Blanca, Doña Elvira y Doña Beatriz que figura en la página 14 de nuestra obra titulada *Príncipe heroico y soldados leales* (que publicamos en el año de 1912) es fiel reproducción de una magnífica fotografía, cariñosamente dedicada á nuestro idolatrado padre (al concluirse la última guerra carlista) por Doña Margarita, cuya augusta señora obsequió al mismo tiempo á nuestro querido tío el General Marqués de Bérriz, último Ministro de la guerra de Carlos VII, con otra preciosa fotografía, también cariñosamente dedicada, con cuyo fotograbado honramos las páginas de la presente obra, representando otro grupo de Doña Margarita con sus augustos hijos Don Jaime, Doña Blanca y Doña Elvira de Borbón y de Borbón.



CAPÍTULO XVII

Castellfullit, Olot, Blanes y Tordera

(MARZO DE 1874)

Al frente de los batallones de Infantería de línea de Navarra y de Cádiz, de los de Cazadores de Barcelona y de Arapiles, de dos compañías de Carabineros, de otras dos de voluntarios de La Libertad, de un Escuadrón del Regimiento de Cazadores de Almansa, de otro del de Alcantaría y de una Batería de Montaña, con cuatro cañones, dirigióse el día 14 de Marzo del año 1874 el Mariscal de Campo D. Eduardo Nouvilas hacia Olot, cuya plaza encontrábase á la sazón sitiada por los carlistas.

El día 4 de aquel mismo mes había reunido en la ciudad de Vich el General D. Francisco Savalls las fuerzas carlistas de las provincias de Barcelona y de Gerona con objeto de apoderarse de la importante villa de Olot y poder, durante su asedio, derrotar cualquier columna republicana que acudiese en auxilio de los sitiados.

El día 8 emprendió la marcha hacia Olot, disponiendo al propio tiempo que los batallones segundo y tercero de Ge-

rona fuesen á Mieras, para vigilar á la columna del General Nouvilas que aquel día se encontraba en Gerona.

A las once de la noche del día 9, con los batallones primero de Gerona, primero, segundo y quinto de Barcelona y tres compañías del Batallón primero de Barcelona, á las órdenes del intrépido Coronel D. Martín Miret, se daba el asalto á Olot, lo cual se realizó con la mayor bizarría, orden y prontitud.

Una vez posesionados los carlistas de la mayor parte de la población, se encerró en el fuerte de San Esteban, en el Hospicio y en tres torres ó edificios-fuertes, la guarnición liberal de Olot, que disponía de seis piezas de Artillería con sus correspondientes sirvientes, y estaba constituída por el Batallón de Cazadores de Manila, un Batallón de movilizados republicanos y una compañía de voluntarios.

Así se pasó el día 10, avanzando, sin embargo, los valientes soldados carlistas, y rechazando con energía cuantas cargas á la bayoneta intentaron dar los soldados liberales; en la noche de este día mandó el General Savalls paisanos que derribasen parte de las murallas, lo cual se efectuó con la mayor prontitud y entusiasmo; y sabedor al día siguiente de que la columna del General Nouvilas se acercaba para auxiliar á los sitiados, reunió los batallones, abandonó la plaza y salió á su encuentro, aprovechando, no obstante, la última hora de la tarde del mismo día para apoderarse de la torre de Visarocas, la cual molestaba á los carlistas cada vez que éstos entraban ó salían de la población.

En aquellos tres días causaron los carlistas á los liberales bastantes bajas y les hicieron cinco prisioneros, entre ellos un Alférez.

Entre tanto, la columna del General Nouvilas se acercaba á Olot; y el día 12, después de haber colocado el General Savalls el primer Batallón de Barcelona y tres compa-

ñías del tercero de Gerona en Batet, en prevención de todo movimiento de los sitiados, marchó con las demás fuerzas á ocupar las posiciones de Castellfullit, distantes una hora de Olot, en donde mandó levantar parapetos á fin de asegurar más la derrota de sus enemigos.

En este estado pasaron los carlistas el día 13, y en la mañana del 14 supo el General Savalls que las tropas liberales salían muy temprano de Tortellá, Argelaguer y Bezalú, y que en vez de tomar la carretera y forzar las trincheras carlistas, cogía el ala derecha de Montagut, creyendo así burlar el General Nouvilas los planes de su enemigo, y escapar del lazo que éste le tenía preparado.

No logró, empero, su objeto; pues enterado de su movimiento el General Savalls, mandó al primer Batallón de Gerona, á las órdenes de su valiente jefe Aymamy, para entretener al General Nouvilas y hostilizarle mientras llegasen las demás fuerzas, que las tenía á dos horas de distancia del punto que ocupaba el propio General Savalls con el Batallón 5.º de Gerona y tres compañías del Batallón 2.º de Barcelona.

Cuando ya la columna republicana estaba en la montaña de Montpelat, llegó el Batallón 1.º de Gerona á su vista, y allí tuvo lugar una pequeña escaramuza que duró una hora, el tiempo preciso que faltaba para alcanzarle el Batallón 2.º de Gerona, á las órdenes del infatigable Brigadier D. Francisco Auguet, parte del Batallón 2.º de Barcelona, con su acreditado Comandante Planas y tres compañías del Batallón 3.º, que á paso ligero subían la montaña para emprender un rudo ataque, como así ocurrió.

Una vez situadas algunas de las fuerzas carlistas en los puntos en que lo deseaba y había indicado á sus respectivos jefes el General Savalls, dispuso éste que el Batallón 1.º de Gerona pronunciase un movimiento de retirada para

salvar un montecito que impedía cortar á las tropas liberales. Pero observado por éstas que se les iba á atacar, ocuparon las alturas del Toix, posición magnífica y, al parecer, inexpugnable.

Entonces se empeñó una acción reñidísima, pues los bizarros voluntarios carlistas, con sus dignos jefes y oficiales al frente, fueron acometiendo á los liberales, de colina en colina, cargándoles á la bayoneta, hasta que no pudiendo resistir tan rudo empuje, principiaron á dispersarse los batallones del Ejército republicano que, confiados en vencer, habían subido orgullosos por aquellas montañas.

En vista de esto, los jefes y voluntarios del Batallón 2.º de Gerona se lanzaron sobre el grueso de la columna liberal, y á los gritos de *¡A ellos!* y *¡A la bayoneta!* se apoderaron en breve de cuatro piezas de Artillería de Montaña, siendo herido en esta carga el Comandante carlista Tarridas, y alcanzando allí gloriosa muerte el heroico Capitán de Artillería del Ejército liberal D. Eduardo Temprado, quien haciendo honor á su procedencia del Alcázar de Segovia, prefirió morir entre sus cañones antes que rendirse ni abandonar su Batería.

Los liberales pudieron, sin embargo, rehacerse y formar de nuevo en columna, mientras la caballería se escapaba por aquellos barrancos; pero resultaron ya inútiles todos sus esfuerzos para restablecer y sostener en condiciones ventajosas aquel combate.

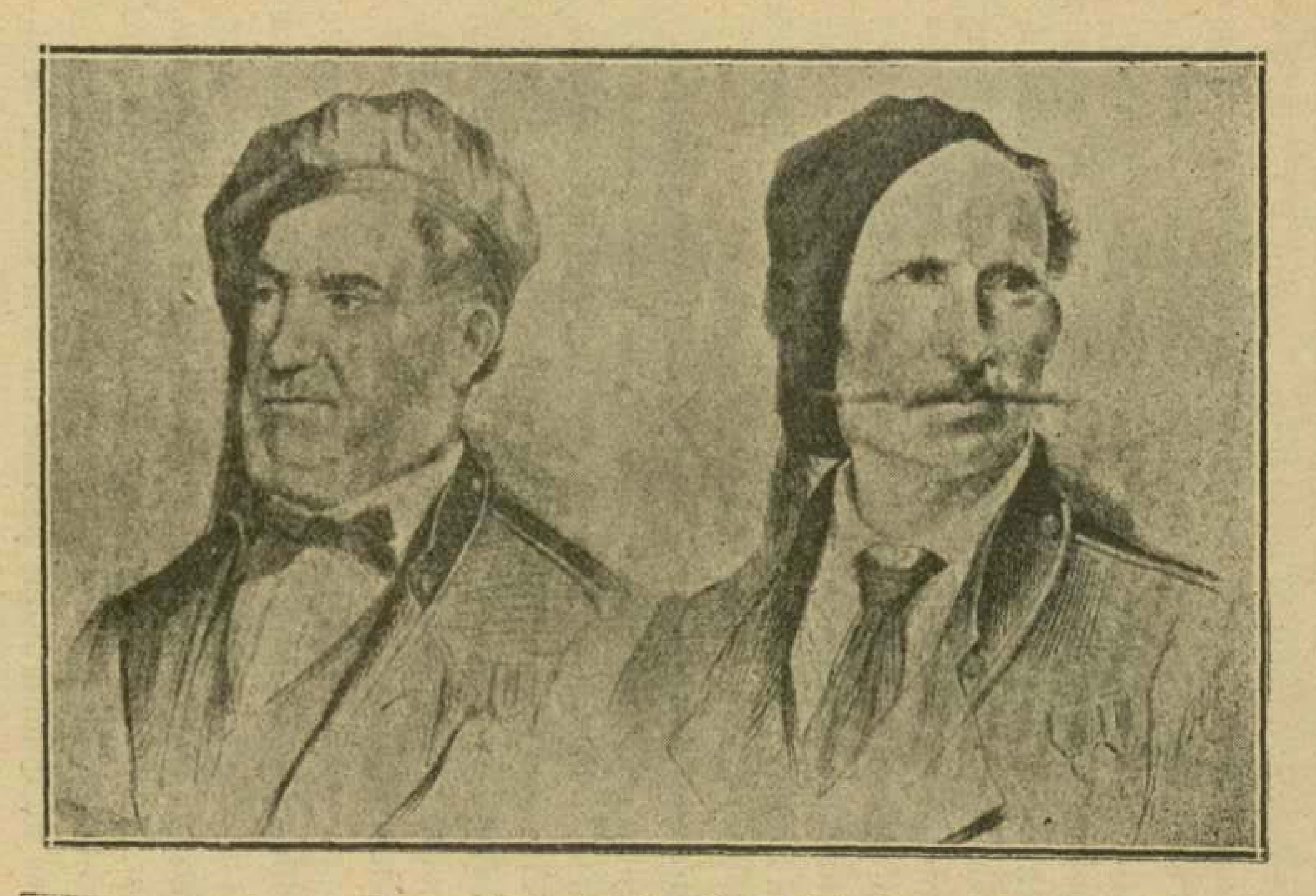
En efecto: salió por vanguardia el esforzado Teniente Coronel carlista Galceran á la cabeza del Batallón 5.º de Barcelona, y atacó de frente, mientras tres compañías del Batallón 3.º de Gerona y parte del 3.º de Barcelona hacían fuego por los flancos, y por retaguardia la restante fuerza carlista, de manera que todos los batallones de que en aquella jornada pudo disponer el General carlista Savalls,

se disputaban, con iguales bríos, la honra de tomar los primeros la posición en que temerariamente había resuelto hacerse fuerte el General republicano Nouvilas.

El resultado de aquella acción fué gloriosísimo para las armas carlistas, pues la columna liberal quedó copada, pocos fueron los que de ella pudieron escaparse de rendirse á los carlistas, quienes cogieron prisioneros al mismo Mariscal de Campo D. Eduardo Nouvilas, ocho jefes, un centenar de oficiales y mil setecientos diez y seis hombres más entre sargentos, cabos y soldados, apoderándose también de cuatro cañones, de más de dos mil fusiles, ciento cuarenta caballos, setenta y tres mulos, muchísimas municiones, todo el bagaje, los fondos de los cuerpos y gran cantidad de efectos y pertrechos de guerra.

Entre muertos y heridos sufrieron los liberales unas doscientas bajas más; las de los carlistas se redujeron á dos oficiales y diez soldados muertos, y unos cincuenta heridos, entre ellos el bravo Coronel D. Martín Miret y el bizarro Comandante D. Salvador Tarridas, si bien ambos pudieron continuar combatiendo hasta que se concluyó la sangrienta pelea de aquel día.

Por la noche del día 14, en que se libró la acción de Castellfullit, empezaron á entrar en Olot algunos dispersos de la columna del General Nouvilas; se refugiaron en aquella plaza un Comandante y un soldado de Caballería, ambos desmontados, un Capitán, varios oficiales y unos doscientos cincuenta hombres pertenecientes á los distintos cuerpos de Infantería que pertenecían á la columna derrotada y casi copada por el General carlista Savalls. Aquello fué como la señal para que el Ayuntamiento de Olot, los voluntarios de La Libertad y casi toda la población, fuesen á pedir indulto á los carlistas, por lo cual el Comandante Militar de aquella plaza, que lo era el Teniente Coronel del



Generales carlistas de Cataluña
D. Juan Castells y D. Francisco Savalls

Batallón de Cazadores de Manila D. Dámaso Alonso, tuvo que ocupar con la fuerza de dicho Batallón los fuertes de San Esteban y de San Francisco, y el Monte Olivete con la de Carabineros, porque los voluntarios de La Libertad que ocupaban dichos puntos se llegaron á comprometer con los carlistas para entregárselos á las once de la mañana del día 16.

El General carlista Savalls dirigió al Comandante Militar de Olot la siguiente comunicación:

«Ejército Real de Cataluña.—Comandancia General de las provincias de Gerona y Barcelona.—Con el copo completo de la columna del General Nouvilas que acabo de hacer, y que con dicho General es prisionera de guerra, toda resistencia de esa plaza es temeraria, y sería usted responsable ante Dios y los hombres de la sangre que se derramase, si por un momento intentara oponerse á que me apodere de esa guarnición y atribulada villa. Por mi parte no deseo ocasionar nuevas lágrimas, y sí enjugar las vertidas; pero no puedo menos de exigir la entrega á discreción de esa fuerza de su mando y entrada libre á esa población, pues no tiene más remedio que reconocer que no puede resistirse, pues que de ninguna parte puede llegarle auxilio. Breve es el plazo que para resolverse le queda, pues así como respetaré las vidas de todos si se rinden á las dos horas del recibo de este oficio, seré inexorable en caso de que quisiera temerariamente causar nuevas víctimas.—Dios guarde á usted muchos años.—Castellfullit 15 de Marzo de 1874.—*El Marqués de Alpens.*—Señor Jefe de la guarnición de Olot.»

Dos días se emplearon en negociaciones, al cabo de los cuales capituló la guarnición de Olot, con los honores de guerra, y la condición de ir á Barcelona, saliendo con las armas y los bagajes propios del Batallón de Cazadores de

Manila y de los militares procedentes de la destrozada columna del General Nouvilas; pero entregando á los carlistas las seis piezas de Artillería que tenía de dotación la plaza y quinientos fusiles de la Milicia Nacional. Al llegar el Batallón de Cazadores de Manila á la Capital del Principado (hasta cuyas puertas fué escoltado por cuatro ginetes carlistas), el Capitán General Señor Izquierdo le saludó con efusión por su digno comportamiento en Olot, y porque si capituló fué cediendo á un enemigo muy superior en número, y cuando, derrotada la columna del General Nouvilas, no podía abrigar ya la esperanza de verse auxiliado con oportunidad para lograr su salvación. Los prisioneros fueron perfectamente tratados, y así lo hicieron público, cual expresión caballeresca de su hidalga gratitud hacia sus enemigos los carlistas.

En sólo tres días se apoderaron los carlistas, entre las victorias de Castellfullit y de Olot, de diez cañones, de cerca de cuatro mil fusiles y de unos doscientos caballos. Dueño el General Carlista Savalls de la plaza de Olot, donde celebró solemne *Te Deum* en acción de gracias por sus recientes triunfos, hizo derribar sus murallas, y nombró Comandante Militar de aquel punto á D. José Ferrer, quien deseoso de calmar las pasiones políticas publicó un bando amenazando con la severidad de las leyes de la guerra á los que insultaren de palabra ó de obra á quienes profesasen distinta opinión política; al que ultrajare, vejare ó atropellare á su semejante, y juzgando y castigando como ladrón al que penetrase en el domicilio de otro con pretexto de buscar armas ó efectos de guerra.

La rendición de Olot produjo la de otros veinte pueblos fortificados, y el desastre sufrido por la columna del General D. Eduardo Nouvilas espantó de tal manera á otras fuerzas republicanas, que tardaron tiempo en operar con la

asiduidad con que lo habían hecho anteriormente, y, por lo tanto, en acudir al socorro de otras poblaciones amenazadas por los carlistas.

El día 21 de Marzo cayó el General Savalls sobre Blanes, derrotando allí á dos batallones de voluntarios de La Libertad y apoderándose en dicha villa de dos cañones, fusiles y gran número de pertrechos de guerra. Sabedor en la madrugada del día siguiente de que los liberales que guarnecían puntos ocupados recientemente por los carlistas se habían reunido en Tordera, organizándose en columna y dedicándose á cobrar contribuciones por los pueblos inmediatos, procuró atacarla el afortunado General carlista; logró sitiar en la iglesia á la mayor parte de los individuos que la constituían, desalojó de las casas á los restantes, y al fin capitularon los más animosos, quedando en libertad, pero entregando á los carlistas más de mil fusiles, abundantes municiones y una rica bandera. La guarnición de Llagostera huyó de la población abandonando dos cañones que luego recogieron los carlistas; al día siguiente, 26 de Marzo, también se retiró la guarnición de San Feliu de Guixols; de manera que en once días de aquel mes tan fausto para las armas carlistas (puesto que por aquellos días obtuvieron también la victoria de San Pedro Abanto, en el Norte) se apoderó de catorce cañones, de unos cinco mil fusiles, de más de doscientos caballos y de gran cantidad de dinero y pertrechos de guerra. La derrota del General Nouvilas en Castellfullit llegó á infundir verdadero pánico en los pueblos liberales de Cataluña; muchísimos voluntarios de La Libertad abandonaron las armas, y gran número de poblaciones prefirieron someterse á los carlistas mejor que hacerles frente y exponerse á ser tomadas por asalto.

En juicio contradictorio se concedió Cruz de San Fer-

nando, con pensión transmisible á sus respectivas familias, á los heroicos militares republicanos D. Eduardo Temprado, Comandante Capitán de Artillería, y al sargento primero de dicho Cuerpo D. Blas Gómez Lahoz, quienes, aún después de estar ya heridos, cargaron por sí las piezas, dirigieron sus fuegos sobre los carlistas con imperturbable serenidad, y llegaron á sostener con sin igual bizarría, ellos solos, el combate de la Artillería en el desastre de Castellfullit, sin cejar ni rendirse hasta obtener gloriosa muerte al pié de los cañones, inmortalizando sus nombres y escribiendo con su sangre generosa una de las más brillantes páginas de la historia artillera, en particular, y de la historia militar de nuestra querida Patria en el siglo XIX.



CAPITULO XVIII

SEGUNDA VICTORIA DE CUENCA

(15 DE JULIO DE 1874)

A mediados del mes de Julio del año 1874 encontrábase regularmente fortificada la ciudad de Cuenca, en buenas condiciones para hacer frente á tropas como las carlistas que no disponían de artillería de batir, sino de cañones de montaña, ó de poco calibre, y hasta la misma posición topográfica de la citada capital resultaba ya por sí muy favorable para rechazar un ataque.

Contaba, por entonces, aquella plaza para su defensa con unos mil trescientos hombres, cuatro cañones de batalla y unos doscientos caballos; mandaba en ella como Gobernador Militar el valiente y entendido Brigadier D. José de la Iglesia; y, en fin, las fuerzas de la guarnición republicana pertenecían al Batallón de Reserva de Toledo, á la Guardia Civil y á la Milicia Nacional, las de Infantería; y las de Caballería al Regimiento de Lanceros de España, al Regimiento provisional de Carabineros y á la Guardia Civil, además había una sección de artilleros.

El General en Jefe de los carlistas del Centro Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este sabía que además de estar bien guarnecida y fortificada Cuenca, podía ser fácilmente socorrida dicha plaza por causa de su proximidad á Madrid; pero nada le arredró, resolvió apoderarse de aquella capital, y después de algunos días de marchas forzadas, se presentó acompañado de su augusta esposa Doña Nieves de Braganza y de su Estado Mayor, en la madrugada del día 13 de Julio, á medio kilómetro de la ciudad objeto de su atención, dando inmediatamente orden al Brigadier D. Angel Casimiro Villalain para que con el Batallón de voluntarios de Cuenca, cuatro Compañías del Batallón de Cazadores de la Lealtad y un cañón de Montaña, se posesionara del arrabal y atacase por la parte alta de la población, ó sea por la en que estaba situado el castillo conocido por *de la Inquisición.* Ordenó, asimismo, al Coronel, jefe de la Brigada de valencianos, D. Manuel Monet, que con los batallones de su mando atacase al mismo tiempo por la parte de la plaza de Toros y puerta de la Ventilla.

Encomendó al propio tiempo al señor Grollo, Teniente Coronel del Batallón 6.º del Maestrazgo, la importante comisión de cortar las aguas de la ciudad y de entretener con sus disparos los fuegos del enemigo que ocupaba el edificio del Instituto, convertido en fuerte.

En aquella disposición rompieron los carlistas vivísimo fuego; pero no tardaron en reconocer prácticamente la insuficiencia de su artilleria como para abrir brecha en el reducido frente que presentaba la parte alta de la población, haciendo lo propio en la puerta de la Ventilla.

No obstante, los bravos voluntarios carlistas, al toque de ataque y á la bayoneta, se apoderaron, á las once de la mañana, del arrabal y de la plaza de Toros, posiciones muy favorables para los republicanos, debiéndose especialmente

aquella ventaja al arrojo de los Tenientes coroneles carlistas Ribera, Lozano y Sopena, y del Comandante Oriol.

En aquellos momentos el Brigadier Villalaín, desde su posición, hacía un fuego imponente, teniendo entonces que lamentar la sensible pérdida del Teniente de artillería que dirigía su cañón, D. Pedro Sebastián.

Posesionados los batallones carlistas valencianos del barrio de la Carretería, del cuartel de carabineros y otros edificios de importancia, encontráronse los carlistas con el inexpugnable puente de la Trinidad, de unos cincuenta ó sesenta metros de longitud, el cual estaba cerrado hacia su centro por una grande verja de hierro, y á su extremo con una puerta forrada de zinc y aspillerada, teniendo en uno de sus lados un parapeto. Los liberales habían emplazado en una altura, que distaba unos ochenta metros del citado puente, un cañón que no cesaba de disparar sobre los carlistas.

La artillería de los carlistas la distribuyeron éstos de la siguiente manera: un cañón ocupaba el cerro de la Virgen de la Cabeza, otro el de San Cristóbal, y los otros dos operaban indistintamente en la parte del arrabal, de la cual se habían apoderado, y por la entrada del puente de la Trinidad, distinguiéndose por lo acertado de sus disparos el Capitán D. José Curto, que era quien mandaba aquella batería, afecta al Cuartel General de S. A. R. Don Alfonso de Borbón.

En el momento de entrar los carlistas en el arrabal recibieron orden de demoler toda la obra de fortificación de la puerta de la Ventilla y sus alrededores, lo cual efectuaron, así como la aprehensión de cien arrobas de tabaco y una gran cantidad de papel sellado que se encontraba en una casa particular, pero que era de la pertenencia del Estado.

La segunda línea de defensa de los republicanos era

inexpugnable; no era fácil á los carlistas adelantarse sin tropezar con la muerte: allí mostraron el tesón propio del carácter español. Unos cuantos voluntarios carlistas se lanzaron sobre el puente de la Trinidad (que semejaba un volcán); al llegar á la verja de hierro que dividía el puente, pretendieron nada menos que arrancarla, con objeto de abrirse paso; pero á la voz de sus oficiales se vieron obligados á retirarse, no sin tener que lamentar algunas bajas. Visto aquello por sus fefes, y comprendiendo la imposibilidad que ofrecía su asalto, pasaron á atacar otros puntos difíciles de dominar y que ofrecían tenaz resistencia, porque los liberales todo lo tenían previsto y por todas partes se habían fortificado. Después de cuarenta y ocho horas de un vigoroso ataque, que no tenía otro resultado que la pérdida de muchos y denodados voluntarios carlistas, decidieron algunos de sus jefes presentarse á Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, con el objeto de manifestarle la imposibilidad que ofrecía la toma de la segunda línea republicana; pero aquel Príncipe les contestó lo siguiente:

«A mí no se me habla nunca de retirada; yo sólo recibo el parte de que la plaza está rendida y hechos prisioneros sus defensores: las dificultades se vencen en el campo del honor: marchad inmediatamente al frente de vuestros voluntarios y yo me reservo el derecho de tomar las medidas que crea convenientes, y tened por seguro que cuando todos hayáis perecido, yo también iré á morir al pié de los parapetos republicanos. ¡O Cuenca por Carlos VII, ó el Ejército del Centro muere al pié de sus murallas!»

Inmediatamente se dirigieron los referidos jefes carlistas á la población, cumplimentando la orden recibida; al propio tiempo dispuso Don Alfonso que el Brigadier Villalaín, una vez anochecido, se le presentase con el Batallón de voluntarios de Cuenca, á recibir órdenes, y que siguie-



D. Alfonso de Borbón y de Este
y
D.ª Nieves de Braganza de Borbón

ran sosteniendo los fuegos del castillo las cuatro compañías del Batallón de Cazadores de la Lealtad, que eran las que desde el principio de la jornada se encontraban con él, advirtiéndole que este movimiento lo efectuase con las mayores precauciones á fin de ocultarlo á los liberales, encargándole Don Alfonso en el momento de su presentación, del mando de todas las fuerzas del ataque y poniendo á sus órdenes el Batallón de Guías del Maestrazgo y otro de la División de Valencia, que estaba de reserva, para que con los tres y con los que ya estaban atacando, reforzase el punto que tanta resistencia ofrecía; pero á pesar de todas aquellas acertadas medidas se pasó la noche sin poder conseguir los carlistas ninguna ventaja sobre los republicanos; hasta que, por fin, el día 15 penetraron en la plaza á viva fuerza, saltando sobre los parapetos enemigos á los gritos de *¡Viva el Rey!, ¡vivan sus Altezas reales! y ¡viva España!*, cuyos ecos se confundían con los nutridos fuegos de fusil y de cañón, con los toques de las bandas de música y de cornetas que tocaban paso de ataque, animando con sus embriagadoras notas de muerte y de gloria á los denodados voluntarios carlistas, que, arrollándolo todo, dominaron por completo la segunda línea de defensa, reduciendo á los liberales á sus últimas fortificaciones, sosteniéndose luego el fuego con un valor indescriptible, hasta que llegó el momento del último y definitivo asalto.

Entre los carlistas que más se distinguieron en la conquista de las dos primeras líneas de defensa de la plaza de Cuenca merecen especial mención el Brigadier Villalaín; el Teniente Coronel del Batallón de voluntarios de Cuenca D. Francisco de Julián; el Teniente Coronel de los voluntarios de Gandesa D. José Agramunt; los Tenientes Coroneles Lozano y Sopena; los Comandantes Oriol y Ramos Izquierdo; el Capitán de la escolta de Don Alfonso, señor de

Moore; los Capitanes de Zuavos D. Julio de Godoy y don Pedro Antonio Rivas; el Capitán de Artillería D. José Curto; el Comandante D. Manuel Arias; el Teniente D. Joaquín Sastre; el Alférez señor de Pellicer, que fué herido; el Capellán del Batallón de Zuavos señor de Espinós; el Médico Mayor del mismo Batallón señor Baró, y el Delegado de la Real Hacienda señor Gómez.

El Capitán de Zuavos D. Julio de Godoy, que mandaba las compañías 3.ª y 8.ª y algunos gastadores de aquel brillante Cuerpo, estuvo á una altura admirable, rayando ya en temeridad su proverbial bravura.

Á pesar de que Don Alfonso veía retirarse precipitadamente á las tropas republicanas hacia sus últimas posiciones, ordenó á su Jefe de Estado Mayor, General D. Cayetano Freixa, que oficiase en su nombre al Brigadier Gobernador de la plaza intimándole la rendición y ofreciéndole por ella un indulto general. Rechazadas sus proposiciones, no pudo ya prescindir Don Alfonso de ordenar de nuevo el asalto al bizarro Brigadier Villalaín, quien destacó el Batallón de Cuenca al mando de su Teniente Coronel D. Francisco de Julián; el Batallón de Guías del Maestrazgo, á las órdenes de su Teniente Coronel D. Vicente Bou, y el Batallón 2.º del Maestrazgo, mandado accidentalmente por el Comandante D. Julio Segarra, ordenando á dichos jefes que bajo su más estrecha responsabilidad y á la carrera, salvasen la parte despejada de la huerta, y que horadasen las tapias y las casas á fin de penetrar al través de ellas en la población, en la que les esperaban las tropas republicanas, decididas á defenderse á todo trance para dar asi lugar á la llegada de las columnas de socorro que esperaban de Madrid. Dispuso también el Brigadier Villalaín que dos batallones, situados en un flanco, disparasen sin cesar, distrayendo la atención del enemigo para disminuir el morti-

fero fuego que debían sufrir los que de frente marchaban al asalto, y también hizo jugar la Artillería, cuyos proyectiles fueron dirigidos con el mayor acierto sobre las casas en que se encontraban parapetados los liberales, quienes esperaron la acometida haciendo horroroso fuego, que soportaron los bravos voluntarios carlistas con un heroísmo digno del mayor encomio, apoderándose á la bayoneta de los fuertes indicados por el Brigadier Villalaín, cumpliendo instrucciones de Don Alfonso. En este ataque distinguiéronse notablemente el Teniente Coronel señor de Julián, jefe del Batallón de Cuenca; el Ayudante del mismo Cuerpo señor Serrano y Cano, y el Capitán de Zuavos señor de Godoy. Nada les arredró: acompañados de sus bravos voluntarios abrieron brecha en las tapias y tabiques de las casas, avanzando con intrepidez, despreciando cuantos obstáculos se les presentaban. En el entretanto, un cañón carlista dirigía certeros disparos de granada sobre los puntos más convenientes, apoyando la carga de la infantería que palmo á palmo fué apoderándose de la parte alta de la ciudad, hasta desalojar á los republicanos de las posiciones que tenían por allí. Entonces el Brigadier Villalaín y su jefe de Estado Mayor el Coronel señor de Capablanca (que siempre se mantuvieron en primera línea), ordenaron á los carlistas que les seguían que se hiciesen dueños por completo de la que había parecido inexpugnable plaza, y fué de ver el heroísmo y entusiasmo con que aquellas órdenes se cumplieron en el acto: la planta de los voluntarios carlistas no vacilaba ante los muertos y heridos que iban quedando tendidos por las calles, siendo su único afán posesionarse de todo, reduciendo á la guarnición republicana á su último baluarte, que lo era el castillo que dominaba por completo el anfiteatro de Cuenca.

El Batallón de Guías del Maestrazgo y el de Cazadores

de Valencia secundaron el asalto por distintas direcciones; y los otros batallones carlistas ya citados anteriormente, así como las compañías de los zuavos, avanzaron con prontitud é intrepidez pasmosas.

El Brigadier Villalaín, previa la venia del General en Jefe carlista Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, á las once de la mañana del día 15 ordenó suspender el fuego y mandó á uno de sus ayudantes de campo, á un corneta y dos voluntarios de á caballo con un pliego al Alcalde presidente del Municipio, para que en el preciso término de una hora se le entregase la plaza á discreción, ofreciendo en nombre de su S. A. R. la vida á todos los prisioneros. El citado Ayudante de Campo carlista hizo tocar llamada de honor á corta distancia de la posición más avanzada que ocupaban los republicanos, quienes contestaron con una descarga, despreciando con ella una suspensión de hostilidades tan humanitaria. Entonces ordenó Don Alfonso de Borbón que se continuase el ataque sin ya ninguna interrupción hasta lograr reducir á su última y extrema posición á los liberales, rindiéndose al fin éstos, aterrados, al ver cómo los valerosos voluntarios carlistas asaltaban intrépidos sus parapetos, trincheras, barbacanas y baluartes, muriendo allí gloriosamente el temerario Comandante carlista D. Julio Segarra al frente de su Batallón, del cual perecieron también á su lado cinco bizarros voluntarios; distinguiéronse también en aquel decisivo asalto los señores González, Selma y Ortiz, oficiales de órdenes del Brigadier Villalaín, y el Capitán de Zuavos D. Gabriel Llompart, quienes se mantuvieron siempre en primera línea aquellos días.

El General Freixa, Jefe de Estado Mayor General de Don Alfonso de Borbón, inspeccionó con detenimiento la marcha de las operaciones, acompañado de su hijo y Ayu-

dante de Campo D. Joaquín Freixa, y á las dos de la tarde el pabellón de Carlos VII ondeó victorioso en la ciudad de Cuenca en medio de los vítores y aclamaciones de sus bravos y entusiastas voluntarios; el Comandante carlista señor de Arias hizo prisionero al Brigadier Gobernador de la plaza, haciéndose cargo de su espada, y lo presentó á Don Alfonso de Borbón y á Doña Nieves de Braganza de Borbón, quienes hicieron su entrada entre las más delirantes aclamaciones. Los prisioneros republicanos fueron el Brigadier D. José de la Iglesia, cuatro jefes, veinticinco oficiales del Ejército, quinientos individuos de tropa del Batallón Reserva de Toledo, dos escuadrones, uno de lanceros y otro de carabineros, una sección de Artillería, otras dos de la Guardia Civil (una de á pie y la otra montada) y toda la Milicia Nacional, sumando entre todos un total de unos dos mil hombres, con cuatro cañones de batalla y más de ciento sesenta caballos.

Las tropas carlistas que atacaron á Cuenca fueron los batallones de Zuavos, de Guías del Maestrazgo, de Cuenca, el 4.º y 6.º de Valencia y los dos primeros del Maestrazgo, tres escuadrones y una Batería de Montaña con cuatro cañones.

En la plaza citada, además de los prisioneros y cañones de que ya hemos hecho mención, se apoderaron los carlistas de quinientos treinta proyectiles de cañón Krupp, trescientos setenta y siete botes de metralla, quinientas sesenta y nueve espoletas, veinte cajones de cartuchos de granada, todo el armamento de la infantería, consistente en setecientos fusiles Remingthon, unas mil quinientas carabinas Miniés, quinientos mil cartuchos Remingthon, y otros efectos de guerra y estancados por la Hacienda Nacional. Tantas ventajas fueron alcanzadas con pérdidas relativamente pequeñas, pues las bajas carlistas dejáronse uer

veintiocho muertos (un Comandante, un Teniente de Artillería, dos oficiales de Zuavos y veinticuatro voluntarios) y cincuenta y cinco heridos (cinco oficiales y cincuenta individuos de tropa). Las bajas de los republicanos, según la *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por el ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército (página 213 del tomo XIV) fueron aún mayores que las de los carlistas, pues ascendieron á dos oficiales y veintidós soldados muertos, cuatro oficiales y cuarenta y ocho individuos de tropa heridos, y diez y siete soldados extraviados.

Carlos VII creó, en 11 de Septiembre de aquel mismo año de 1874, una medalla conmemorativa de la notable victoria obtenida por sus armas en la plaza de Cuenca.

Tanto el Brigadier liberal D. José de la Iglesia como las tropas que tenía á sus órdenes se batieron con heroísmo, cual se comprobó en la sumaria que el Gobierno de Madrid hizo instruir para depurar responsabilidades, resultando de ella que aquel digno oficial general había cumplido con su deber, desplegando singular bravura, acertada dirección, relevantes dotes militares.

La gran importancia y singular efecto moral de la toma de Cuenca por los carlistas superó á las ventajas materiales que la conquista de dicha plaza reportó á los vencedores, por ser aquella una victoria conseguida sobre una capital de provincia distante sólo dos jornadas de Madrid, tenazmente defendida por numerosa y bien provista guarnición, dotada de artillería moderna y protegida por las columnas republicanas que operaban por Aragón, Valencia y Castilla. No ya en España, donde produjo sensación, sino que también en el extranjero impresionó aquello de contemplar al General en Jefe del Ejército carlista del Centro, Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, tranquilamente alojado en su nueva conquista por espacio de tres



Asalto de Cuenca

días, ordenando la demolición de las fortificaciones, nombrando nuevo Ayuntamiento y dictando otras disposiciones favorables al servicio de su bandera.

Al día siguiente de entrar en Cuenca Don Alfonso y Doña Nieves, se celebró con gran pompa la fiesta de la Virgen del Carmen, comulgando aquellos augustos Señores y un gran número de jefes y oficiales carlistas en la Misa que dijo el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis D. Miguel Payá y Rico, quien entonó después solemne *Te Deum* en acción de gracias por la victoria que acababan de obtener las armas carlistas.

No hay en toda la última guerra carlista ningún hecho de que los liberales hayan querido sacar mayor partido que de la toma de Cuenca para acusar de crueles y sanguinarios á los voluntarios de Carlos VII, para pregonar por el mundo que sus ejércitos no merecían más nombre que el de hordas de bandidos y asesinos, y para denigrar á Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, tratándole como á un criminal.

Interesaba demasiado en aquella época al Gobierno republicano de Madrid poner en mal lugar á los carlistas y disminuir la importancia de sus victorias, para que las quejas que exhaló con motivo de la toma de Cuenca pudieran pasar á la historia como dogma de fe. Varias potencias extranjeras, en vista del crecimiento y organización de los ejércitos de Carlos VII en el Norte, en Cataluña y en el Centro, ante las grandes batallas que habían dado en los campos de Somorrostro y de Abárzuza, y de sus victorias en Cataluña, mostrábanse dispuestos á reconocerle como beligerante. El Gobierno de Madrid trataba de evitarlo rebajando el poder, el valor y la consideración de los carlistas, y para ello aprovechaba especialmente cuantas ocasiones se le presentaban de acusarlos de sanguinarios y

bandoleros. Este es (á nuestro juicio) el origen de las tremendas acusaciones que llovieron sobre ellos á consecuenbia de la toma de Cuenca, donde al entrar los carlistas después de sesenta horas de combate, cometieron algunos soldados sueltos excesos parciales, de esos que, por desgracia, son frecuentes hasta en los ejércitos más disciplinados del mundo, sobre todo al entrar por asalto en una plaza. Pero en aquellos excesos ni Don Alfonso de Borbón ni su Jefe de Estado Mayor General tuvieron la menor parte, ni tampoco los demás jefes carlistas; antes por el contrario, todos trataron de reprimirlos, y dictaron órdenes y disposíciones severísimas para impedir que se repitieran.

Los prisioneros liberales fueron tratados con la mayor consideración, tanto, que el Brigadier D. José de la Iglesia, que (como ya lo hemos dicho) era el Gobernador Militar de la plaza de Cuenca, al volver en libertad á Madrid, hizo justicia á Don Alfonso y á Doña Nieves, confesando como caballero que á él y á los suyos les habían tratado dignamente los carlistas, que S. S. A. A. habían hecho todo lo posible por humanizar la guerra, y que en ningún modo debían imputárseles los excesos que sin conocimiento suyo pudieran cometer algunos de sus soldados.

El ilustrado periodista liberal D. Saturnino Jiménez, Delegado de la Cruz Roja en el Ejército alfonsino del Norte, publica en las páginas 171, 172 y 173 de su obra titulada *Secretos é intimidades del campo carlista* la siguiente

«*Carta del General La Iglesia, ex-comandante militar de Cuenca, hecho prisionero por los carlistas, á M. Gordon*.

Muy señor mío: Recibí vuestra carta de 12 Febrero último, y como lo deseáis y habéis supuesto con certeza, no hallo inconveniente en decir la verdad, tanto á propósito de los buenos tratamientos que sus altezas Don Alfonso

y Doña María de las Nieves de Borbón y de Braganza tuvieron á bien dispensarme durante el tiempo que fuí prisionero de guerra, como por la conducta reprochable, en más de una ocasión, de los carlistas en general.

Así, pues, no puedo hacer menos que convenir en que son puras calumnias cuanto los periódicos han publicado acerca de las crueldades cometidas por las respetables altezas, cuya conducta, bondad y clemencia para con los prisioneros en general y para conmigo en particular no pudieron ser mejores; es igualmente falso que, á mi salida de Cuenca, se me haya conducido atado por el cuello, como me aseguráis que se ha propalado.

No me es posible daros informes claros con respecto á la conducta de los carlistas en general; en el momento de su entrada en Cuenca, fuí yo conducido á mi casa como prisionero; nada ví; mas oí decir que se habían cometido algunos excesos; seguramente sus altezas no tendrán de ellos conocimiento, pues de otro modo no los habrían tolerado.

Supongo asimismo que no se les haría conocer entonces, y que aún lo ignoran hoy día, sin que yo tampoco pueda afirmarlo, que durante la marcha de Chelva varios prisioneros defensores de Cuenca fueron fusilados.

En fin, convengo en que sus altezas han hecho todos los esfuerzos que les han sido posibles para humanizar la guerra, y no es suya la culpa si sus esfuerzos no han dado los resultados que eran de esperar.

Por lo que á mí toca, en particular, les estoy sinceramente reconocido y jamás olvidaré sus atenciones y la benevolencia que les debo.

Tengo el honor de ofreceros, etcétera.

José de La Iglesia.

Madrid 8 de Marzo de 1875.»

Nuestro respetable, querido é inolvidable amigo el caballeroso Capitán General alfonsino D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, quien cuando sólo habían transcurrido once días desde la entrada de los carlistas en Cuenca, tomó ya posesión del mando en Jefe del Ejército liberal del Centro, y de quien hay que suponer que debería estar perfectamente enterado de todo, dice en las páginas 175 y 176 de su obra titulada *El Ejército del Centro* lo que á continuación se expresa:

«Acompañaba á Don Alfonso su distinguida é ilustrada esposa Doña Blanca. Es Doña Blanca una señora bizarra, agraciada é interesante, que no representa la fortaleza de su sexo ni tiene figura varonil; todo lo contrario, es de pequeña estatura y tiene un físico delicado, sensible y débil. Esta ilustre señora compartía con Don Alfonso todas las penalidades, sufrimientos y escaseces de las guerras de montañas y de guerrillas, que es necesario haberlas practicado para conocer el alcance que tienen; y disfrutaba también de todas las contrariedades, obstáculos y disgustos de distintas clases que proporciona una insurrección popular. . . . . Doña Blanca observaba una conducta ejemplar y no era un obstáculo por su sexo para los movimientos y operaciones del carlismo. . . . . El General en jefe (que esto escribe) ha residido en los mismos alojamientos, y tanto en éstos como en los pueblos no ha escuchado más que numerosos elogios á tan distinguida é interesante señora, rindiéndole la justicia que se merecía. . . . .

El carlismo en el Centro tenía á su frente, además de una persona de estirpe regia que debía influir mucho en partido tan monárquico, á la ilustre é interesante Doña Blanca, que debía inspirarle gran consideración, mucho

respeto y profunda admiración, produciéndole un entusiasmo indescriptible. . . . . ¿Es posible que la vista de Doña Blanca no tuviera para los carlistas gran alcance, y su mirada no les excitase la energía, inflamándoles el corazón, volcanizando sus cabezas hasta la locura para alcanzar de tan virtuosa, sufrida y valiente señora una sonrisa de satisfacción ó palabras halagüeñas, con el dictado de bravos, la mayor recompensa que podían aspirar á obtener? ¿Es verosímil que la presencia de dicha señora, su ejemplar conducta, los peligros y penalidades que padecía, y los disgustos que sufría con grandísima resignación, no hubieran inspirado absolutamente nada á los enemigos de la libertad en el Centro?»



CAPÍTULO XIX

CASTELLÓN DE AMPURIAS

(3 Y 4 DE NOVIEMBRE DE 1874)

Habiendo tenido noticia el General carlista Savalls de que en la villa de Figueras se había organizado una columna del Ejército republicano, al mando del Brigadier don Antonio Antón Moya, compuesta de un Batallón del Regimiento de América, otro de la Reserva de Gerona, el de Cazadores de Tarifa, cuatrocientos carabineros, igual número de voluntarios de la República, ochenta y cinco caballos y dos piezas de Artillería montada, sistema Krupp, con objeto de impedir á las fuerzas carlistas la recaudación de las contribuciones, resolvió atacarla el ya citado General carlista.

Al efecto, hizo marchar el día 27 de Octubre de 1874 á la villa de la Junquera el cuarto Batallón de la segunda Brigada de la División de su mando, con una Compañía del Real Resguardo, al mando del Teniente Coronel del mismo Cuerpo, D. Juan Anglés y del Comandante de Estado Mayor, D. Juan Muñoz, con objeto de que fueran ataca-

dos los liberales y caer él con el resto de su fuerza sobre la retaguardia del enemigo; pero éste no aceptó el reto.

Considerando indispensable el General Savalls batir á la columna del Brigadier Antón Moya, determinó atacarla en la llanura, pues confiado en la bravura de los batallones carlistas, creyó fácil dar una lección á los republicanos, que tanto blasonaban de que destrozarían á los carlistas en cuanto éstos salieran de sus montañas.

Con el citado objeto reunió el día 2 de Noviembre el General carlista la brigada de Gerona, el segundo Batallón de Barcelona, dos piezas de Artillería de Montaña y setenta caballos, en la villa de Bañolas; hizo partir á marchas forzadas, y con dirección á Castellón de Ampurias, al Batallón tercero de Gerona y cinco compañías del cuarto, con veinte caballos; toda esta fuerza al mando del entendido Coronel del tercer Batallón D. Manuel Puigvert. Ordenó á éste que tomara posiciones y aguardara á los liberales, mientras que el propio General, con el resto de la fuerza, hacía una marcha estratégica en dirección del mismo punto.

Llegó la primera de las dos citadas fuerzas á Castellón de Ampurias á las nueve de la mañana del día 3, y dispuesta como se lo había prevenido el General, esperó el ataque de la columna republicana, la cual lo efectuó á la una y media sobre el puente, que defendían dos compañías del cuarto Batallón de Gerona, al mando del Comandante don Gumersindo Vilahur; pero fué tal el ímpetu con que avanzaron cuatro compañías de Carabineros y los voluntarios de la República, que, heridos gravemente á los primeros disparos el Comandante Vilahur y algunos voluntarios de las dos compañías carlistas, viéronse éstas obligadas á retirarse lentamente, posesionándose de varias casas, retirando á la iglesia cuatro heridos, y haciéndose allí

fuerte con veinticinco hombres el Comandante Muñoz.

Al propio tiempo cargaba la caballería republicana con gran empuje sobre la derecha carlista, mandada por el Teniente Coronel D. Francisco Orri, cuya ala se extendía hasta el cementerio; pero los carlistas sufrieron con admirable serenidad dos cargas de la caballería enemiga, matando á su jefe, á dos oficiales, á seis jinetes y diez caballos, siendo al momento cargada, á su vez, por una docena de lanceros carlistas que acompañaban la vanguardia del General Savalls, obligando á la caballería republicana á retirarse precipitadamente, no teniendo tiempo de rehacerse hasta que toda la vanguardia carlista estuvo ya reconcentrada en el pueblo.

Atacada ésta en sus últimas posiciones por quintuplicadas fuerzas liberales, se defendió heroicamente; pero tuvo al fin que ir perdiendo terreno, si bien fué ello palmo á palmo, habiendo llegado los liberales al extremo de poner fuego á la iglesia, después de haber hecho retirar á los carlistas á la parte Norte de la población, de modo que la torre de la referida iglesia quedó siendo la posición más avanzada de las que defendían el Batallón tercero de Gerona y cinco compañías del quinto Batallón de la misma Brigada.

Aquella situación duró hasta las cinco de la tarde, sin cesar ni un momento el fuego de la Artillería y fusilería de los liberales, y á dicha hora se apoderaron éstos de la Iglesia, después de haber sido rechazados á la bayoneta por sus defensores, por dos veces consecutivas, sin que de manera alguna pudieran entrar en la torre, último reducto de los carlistas.

Observando el General Savalls el terreno que últimamente habían conquistado los republicanos, que además se habían posesionado del puente, punto y llave de la pobla-

ción, que defendía con una de sus piezas de Artillería, alguna caballería y seis compañías, y que desde el hospital, edificio muy fuerte que se hallaba situado á la derecha, y desde una casa de la izquierda, hacían un fuego convergente sobre las avenidas del referido puente, comprendió que era de todo punto indispensable proteger á los batallones tercero y cuarto, y desalojar á los liberales del puente y demás puntos que ocupaban. Al efecto mandó atacar por tres puntos distintos para llamar la atención del Brigadier Antón Moya, reduciéndole, si era posible, á uno sólo, disponiendo que el primer Batallón de Gerona, al mando del arrojado Coronel D. Juan Aymamy, se dirigiera á apoyar á toda costa á los batallones tercero y cuarto; que el Teniente Coronel del segundo Batallón de Barcelona, D. Olegario Planas, atacara con su Batallón y veinticinco caballos por la parte de Rosas, y habiéndose ofrecido el Jefe de Estado Mayor D. Alberto Morera á atacar el puente, puso el General Savalls á sus órdenes media Compañía de Mozos de Escuadra, cuatro Compañías del Batallón segundo de Gerona, un cañón de Montaña y cuarenta caballos, formando á la vez dicho General una línea de reserva, compuesta de alguna Infantería, una Compañía de Mozos de Escuadra, una pieza de Artillería y una Sección de Caballería.

El Teniente Coronel carlista Planas, después de un denodado ataque en que sufrió muchas bajas, logró llegar al punto que le había ordenado su General, hasta ponerse en relación con los batallones tercero y cuarto de Gerona.

El Coronel Aymamy, al frente de un Batallón, logró tomar varias barricadas, á pesar de la tenaz resistencia de los liberales, aunque después de muchas horas de pelea.

El Coronel Morera, después de dos horas de fuego, comprendiendo que sólo podía apoderarse del puente por medio de un golpe de audacia, se puso al frente de dos



Heroica muerte del Capitán de Artillería Temprado

(De un cuadro de D. Marcelino de Unceta, existente en La Gran Peña de Madrid).

compañías, disponiendo convenientemente la demás fuerza, y á los gritos de *¡Viva la Religión!* y de *¡Viva el Rey!* se lanzó sobre el puente apoderándose de él, resultando heridos, si bien levemente, en aquel bravo ataque dos capitanes, un Teniente y tres voluntarios, y muertos un Alferez, un Sargento primero y otros tres voluntarios, todos ellos del Batallón carlista segundo de Gerona.

Los carlistas continuaron desalojando poco á poco de Castellón de Ampurias á las tropas de la brigada liberal de Antón Moya, despreciando el fuego de fusilería y el de metralla, causándola gran número de bajas, matando ocho de sus jinetes y cogiéndoles sus respectivos caballos; por fin tropezaron los carlistas con una fuerte barricada, de enormes piedras, desde la cual les hacían horroroso fuego de fusilería y de metralla los republicanos.

En tan apurado trance, y en medio de una granizada de balas y metralla, el Jefe de Estado Mayor carlista don Alberto Morera, con serenidad admirable, secundando por el oficial de órdenes D. Félix Oliver y por el Capitán don Jaime Bru, pudo levantar una fuerte barricada para proteger su cañón, con cuyos certeros disparos y los de fusilería consiguió apagar los fuegos de la barricada liberal, después de tres horas consecutivas de combate durante las cuales hubo de rechazar tres cargas á la bayoneta del Batallón republicano de América, el cual dejó en la calle bastantes muertos y heridos; las bajas del Coronel carlista Morera, en aquella porfiada lucha de barricadas, consistieron en un Capitán de Artillería, un Teniente, cuatro artilleros, un Teniente de Mozos de Escuadra, y ocho voluntarios heridos, y cuatro de éstos muertos. Conquistadas así por el valiente Coronel carlista Morera las principales posiciones de los republicanos, se fortificó en ellas, y á poco oyó que estos tocaban *alto el fuego* y pedían parlamento.

Inmediatamente se presentó el citado Jefe de Estado Mayor carlista, Morera, con el Capitán D. Tomás Arnau y un corneta, á conferenciar con el que parecía ser el jefe de aquella fuerza liberal, la cual estaba reducida ya á un sólo edificio, y aquel jefe republicano les recibió exclamando: *¡Nuestras condiciones son éstas!* y al mismo tiempo hizo su gente sobre los carlistas una descarga de la cual resultó gravemente herido el Capitán carlista Arnau, y con una contusión de bala en la mano derecha el Jefe de Estado Mayor carlista, quien ante aquel hecho tan inaudito, se lanzó con los suyos á la casa inmediata, y taladrándola entró en la que se guarecían los republicanos, batiéndoles por completo.

Tal era la situación en que se encontraban los carlistas á las tres de la madrugada del día 4, en Castellón de Ampurias, después de cerca de todo un medio día de tan rudo como continuado combate.

En vista de ello, ordenó el General carlista Savalls lo siguiente:

A su Jefe de Estado Mayor, Morera, que toda vez que al amanecer le sería imposible sostenerse en el terreno que á tanta costa había tomado (por sostenerse aún los republicanos en algunos edificios que dominaban las posiciones carlistas) lo que tenía que hacer era continuar molestándoles cuanto pudiese, y retirarse luego, antes de que se hiciera de día, cuidándose, en cambio, de impedir que el enemigo pudiera salir por el puente.

Al Coronel Puigvert le previno que con los batallones primero, tercero y cuarto de Gerona y el segundo de Barcelona, atacara la retaguardia de la Brigada republicana; cuyo movimiento dió por resultado que esta desalojara con grandes pérdidas sus posiciones y que cayera sobre la fuerza que mandaba el Coronel Morera, con el resto de la

Caballería que le quedaba y una pieza de artillería, siendo dos veces rechazada la tropa del Brigadier Antón Moya, dejando su camino cubierto de muertos y de heridos.

En tal estado continuaban las tropas carlistas y republicanas á las tres de la tarde del día 4 de Noviembre; las segundas estaban ya quebrantadas, pero aún podían seguir defendiéndose en los edificios que tenían á su derecha. Era, pues, necesario adoptar una resolución decisiva, y procurándola así ordenó el General Savalls á su Jefe de Estado Mayor Morera que se retirase con las fuerzas que había puesto á sus órdenes en aquella jornada, y en cambio dispuso que se sostuviera en donde ya se encontraba la mandada por el Coronel Puigvert.

Acto seguido fingió el General Savalls una retirada con su reserva y la fuerza que acababa de incorporársele, colocándose con toda ella en el camino de Figueras, que era por donde podía efectuarla el Brigadier liberal. Aquel movimiento le dió el resultado que deseaba y que con él había perseguido, pues á las cuatro y media de la tarde abandonaron las tropas liberales la población, confiadas en la gran ventaja que creían tener sobre los carlistas en el llano.

Entonces cayeron sobre la Brigada Antón Moya, con indescriptible decisión, los batallones primero, tercero y cuarto de Gerona y el segundo de Barcelona, cargaron sobre ella por un flanco la Caballería carlista de Gerona, y, después de una hora y media de terrible y sangrienta lucha, fueron derrotados los republicanos: su Brigadier, un Comandante, la Oficialidad y ciento treinta individuos de tropa cayeron prisioneros; la mayor parte de los que se salvaron arrojaron sus armas. Sobre el campo quedaron gran número de republicanos muertos, y los carlistas se poderaron de cuarenta caballos con sus equipos, de los

mulos, de casi todos los fusiles de aquellas tropas, de dos cañones de batalla, sistema Krupp, con sus correspondientes carros y armones, de infinidad de cajas de .municiones, botiquines y hasta de *dos banderas.*

Las pérdidas sufridas por las tropas carlistas en las treinta horas que duró sin cesar el fuego, consistieron en dos jefes, cuatro capitanes, cinco tenientes, cuatro alféreces y ochenta individuos de tropa heridos, y veinte muertos.

La resistencia que hicieron las tropas republicanas fué muy tenaz y porfiada; baste decir que al caer prisioneros estaban heridos desde el bizarro Brigadier Antón Moya hasta el último Alferez, todos los jefes y oficiales de aquella columna liberal.

Fué la victoria de Castellón de Ampurias una de las más terribles y sangrientas de las obtenidas por las armas carlistas en Cataluña durante la última guerra civil.

Su importancia aumenta más por el punto y condiciones del terreno en que se libró aquel combate, porque encontrándose situada la villa de Castellón de Ampurias en el centro del extenso llano del Ampurdán, casi en el vértice de un ángulo formado por la frontera y por el mar, teniendo á su derecha la ciudad de Gerona, y á retaguardia el fuerte castillo de San Fernando de Figueras, los republicanos se consideraban invencibles por allí; pero con aquella dura lección pudieron ya comprender que las bayonetas carlistas sabían dejar bien puesto en el llano al igual que en la montaña el honor de su bandera.

Como ya dijimos en la página 145 de nuestra obra titulada *Príncipe heroico y soldados modernos,* al publicar en ella el retrato y la biografía del bravo General carlista don Francisco Savalls, con la Gran Cruz Roja del Mérito Militar y el ascenso á Teniente General premió Carlos VII el

relevante mérito contraído con la victoria carlista de Castellón de Ampurias por aquel caudillo catalán cuyo prestigio, que había sufrido algún quebranto con el fracaso de sus operaciones sobre Puigcerdá, volvió á quedar asegurado, rayando á gran altura, así como el entusiasmo que por él sintieron los adictos á la Causa Católico-Monárquica, no sólo en España sino que también por el Extranjero.



CAPÍTULO XX

URNIETA

(7 Y 8 DE DICIEMBRE DE 1874)

Habiendo llegado á reunir unos diez mil hombres á sus órdenes el Comandante General republicano de Guipuzcoa D. José de Loma, propúsose avanzar hacia Tolosa y recuperar para las armas liberales aquella población tan importante en las operaciones de la guerra por la provincia de su mando; con este objeto salió de San Sebastián por la mañana del día 7 de Diciembre, dirigiéndose hacia Hernani, en unión del General Blanco, al frente de nueve batallones de infantería, tres baterias de montaña y alguna caballería.

Las tropas carlistas de Guipuzcoa se encontraban entre Andoain y Tolosa, con pequeños destacamentos en Lasarte y Pagollaga, puntos extremos de su primera línea de resistencia; el centro de operaciones y cuartel general estaban en Andoain; el Batallón 4.° de Guipuzcoa, mandado por el Teniente Coronel D. Tomás Fortuny, cubría las avanzadas hacia Urnieta.

Entre una y dos de la tarde salió el General Blanco de

la plaza de Hernani, iniciando el movimiento hacia Urnieta con tres mil hombres. La primera Compañía del Batallón 4.º de Guipuzcoa estaba situada en Bordacho, punto de observación sobre la carretera de Urnieta, cuyo pueblo estaba dominado por el fuerte liberal de Santa Bárbara; el capitán de la citada Compañía carlista, D. Prudencio de Iturrino, al observar los movimientos de los republicanos, dió por medio de corneta la señal convenida para que todo el Batallón se pusiera sobre las armas y tomase posiciones. Inmediatamente se distribuyeron las fuerzas de aquel Batallón carlista de la manera siguiente: una Compañía en la carretera y caserío Oyamunen, otra dominando la vía férrea, otra junto al caserío de Erabalbarri, otra de reserva en Arconobieta, y otras tres hacia las peñas de Elorriaga, de refuerzo de la Compañía mandada por el Capitán Iturrino, que rompió enseguida el fuego contra las avanzadas republicanas. Al mismo tiempo se daba aviso al Cuartel General de Andoain del movimiento del enemigo y de las disposiciones tomadas. La tercera Compañía del 4.º de Guipuzcoa, al mando del Capitán D. Esteban López, como alojada en paraje más próximo, fué la primera que, uniéndose á la que estaba de avanzada, la apoyó en el combate, y como la vanguardia liberal continuaba avanzando hacia el pueblo de Urnieta, después de un breve y nutrido fuego de fusilería, los dos Capitanes Iturrino y López, dejando dos secciones en reserva, se lanzaron con las otras á paso de carga, y contuvieron el avance de la vanguardia enemiga, haciendo en ella algunas bajas.

Parecía que el principal intento de las tropas liberales fuera el de apoderarse del flanco izquierdo de los carlistas y hacerse dueños de las posiciones de Elorriaga y Burunza, que dominan la villa de Andoain y carretera de Lasarte; desplegó su ala derecha por las alturas de Aracorte y de

Beritgutzata, y colocó sus reservas en el punto de Sangarda, bajo la protección del cercano fuerte de Santa Bárbara (cuyos cañones rompieron el fuego sobre los carlistas) mientras que el ala izquierda se extendía por la parte de Urnieta, llegando hasta el mismo pueblo; el fuego de fusilería se corrió en toda la extensión de la línea, y como no había parapetos ni más defensas que las naturales del terreno, aprovechábanse de los accidentes de éste los combatientes.

El Brigadier carlista D. Juan José de Aizpurúa acudió desde Andoain á dirigir las operaciones, llevando de refuerzo dos compañías del Batallón 7.º de Guipuzcoa, mientras una Compañía del 3.º llegaba por la parte de Pagollaga para reforzar á los del 4.º El ardor de los guipuzcoanos se acrecentaba con la presencia de los republicanos, y á la vista del peligro que la villa de Andoain, y luego otros pueblos, correrían si los liberales resultaban victoriosos; así, pues, á las cuatro de la tarde, las compañías primera y tercera se lanzaron de nuevo á la bayoneta, quedando otras dos de reserva en Elorriaga. Por el centro cargó el Teniente Coronel carlista Fortuny con otras dos compañías del 4.º Batallón, y dos del 7.º cargaron también por las heredades próximas á la carretera. Redoblaban los liberales sus fuegos de fusilería; pero en vano; los carlistas salvaron á la carrera la distancia que les separaba de Urnieta y cayeron sobre ellos con gran denuedo, posesionándose del pueblo que sus enemigos hubieron de evacuar precipitadamente, y aunque trataron de rehacerse apoyados por una reserva, nada consiguieron, porque los carlistas, desde las bocacalles de Urnieta les hicieron retroceder con certero y nutrido fuego, acabando por encerrarse en Hernani los republicanos, dejando algunos prisioneros en poder de los carlistas.

Entre tanto que el ala izquierda quedaba tan duramente

castigada, no era más afortunado el General republicano Blanco con las fuerzas que destacó por la derecha. Acometidas bruscamente por las compañías del Batallón 4.º de Guipuzcoa, resistieron por algún tiempo; pero al ver la retirada del centro é izquierda hacia Hernani, retiráronse también, y algo de prisa, á guarecerse en el fuerte de Santa Bárbara. Picada su retaguardia por los guipuzcoanos, un Capitán, un Teniente y treinta y tres soldados republicanos se metieron en el caserío Arcaitzaga con ánimo de resistir en él; pocos más que ellos serían en número los carlistas que allí les cercaron, intimándoles la rendición, que rechazaron, disparando, en cambio, contra sus sitiadores.

Como ya anochecía, la obscuridad favoreció á éstos, quienes pidieron algunos refuerzos á las compañías que ya estaban en Urnieta; mas antes de llegar el refuerzo, con voces de mando fingidas, y con ruído que hacían creer á los sitiados en el caserío que fuera mayor el número de los carlistas que les cercaban, y con algunos haces de paja encendidos que los voluntarios empezaron á tirar á la puerta del caserío, se intimidaron los de dentro y pidieron cuartel, que enseguida les fué concedido, y todos fueron tratados con respeto y humanidad. Algunos días después, varios de aquellos prisioneros liberales pidieron en Tolosa ser admitidos como voluntarios en las filas carlistas, lo cual se les concedió, y sus otros compañeros fueron llevados al Baztán.

Así terminó el combate por aquel día, en el que los voluntarios del Batallón 4.º de Guipuzcoa recogieron cuarenta y siete fusiles de los republicanos, muchísimas prendas de su equipo y un botiquín. Por la noche y en la mañana siguiente, los jefes, oficiales é individuos de tropa de aquel Batallón carlista, denominado de Cazadores de D.ª Blanca de Borbón, cuyo Cuerpo continuó en su servicio de avanzada, celebraron la fiesta de la Inmacnlada Concepción,

atribuyéndola su victoria y oyendo Misa de campaña en el caserío de Azconobieta.

A las once de la mañana de aquel mismo día 8 salió de Hernani la vanguardia de la División republicana, la cual se dividió en tres masas que simultáneamente se dirigieron hacia la línea carlista: una de ellas por la parte de Pagollaga para posesionarse de las alturas de Gorburu y apoyar en ellas su izquierda; la segunda, formando el ala derecha, por las alturas de Elorriaga, como la víspera, y la tercera (constituyendo el centro) hacia el pueblo de Urnieta.

Las tropas republicanas que tomaron parte en el combate de este día (según la *Narración Militar de la guerra carlista* escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, página 481 del tomo quinto) fueron mandadas por los generales D. José de Loma y D. Ramón Blanco, constituyendo dos brigadas. Se componía la primera de éstas (á las órdenes del Brigadier D. Agustín Oviedo) de los batallones de cazadores de las Navas y de Estella, del segundo Batallón del Regimiento Inmemorial, del Batallón Reserva de Granada, número 2, de una Compañía del primer Rigimiento de Ingenieros y cuatro cañones de la Sexta Batería del segundo Regimiento de Montaña; formaban la segunda Brigada republicana (á las órdenes del Brigadier D. Camilo Calleja) el Batallón de Cazadores de Puerto Rico, nueve compañías del Regimiento de Luchana, diez del de Murcia, el Batallón de Reserva de Huesca, número 18, y la tercera Batería del segundo Regimiento de Montaña.

La línea carlista se encontraba ya algo más reforzada en aquel segundo día de combate; los batallones 3.º, 4.º y 7.º de Guipuzcoa rompieron el fuego desde que tuvieron á los liberales á tiro de fusil; la desproporción numérica era, sin embargo, grandísima: tres batallones iban á hacer frente á la brillante División liberal, la cual, además, se apoyaba



Una emboscada

(Cuadro al óleo, de cuyo pintor no recordamos el nombre)

en una plaza fortificada y estaba protegida por los cañones del fuerte de Santa Bárbara.

El fuego se generalizó bien pronto; las descargas se multiplicaban; el humo de la pólvora envolvía á los combatientes, y las balas causaban numerosas víctimas por ambas partes. Los flancos se batían con denuedo, sin avanzar los liberales más que la víspera, á pesar de las baterías de Montaña que, convenientemente emplazadas en las alturas, los protegían con sus fuegos, y á pesar de los proyectiles de mayor calibre que el fuerte de Santa Bárbara dirigía sobre las posiciones defendidas por los carlistas. Estos se batían al descubierto, lo mismo que el día anterior, sin más defensa que la de los accidentes naturales del terreno. La masa liberal que atacaba por el centro penetró en Urnieta, ocupó las casas mejor situadas para hacer fuego sobre la línea carlista, y siguió su movimiento de avance por la carretera. Entonces empezó una serie de cargas á la bayoneta: cada vez que los liberales intentaban salir de Urnieta para ganar la pequeña cuesta que tiene la carretera de Andoain, las compañías carlistas que la defendían rompían el fuego sobre ellos, y atacando luego al arma blanca, les obligaban á retroceder hasta las casas mismas del pueblo; así, ganando y perdiendo el terreno que media entre Urnieta y la cúspide de la mencionada meseta, que los guipuzcoanos defendían tenazmente, continuó por bastante tiempo el combate.

El Comandante General carlista de Guipuzcoa D. Domingo de Egaña y su segundo el Brigadier Aizpurúa, animaban á sus batallones con la palabra, con el ejemplo y con sus acertadas disposiciones.

También acudió al lugar de la pelea el General carlista D. Antonio Díez de Mogrovejo, quien desde Andoain ordenó al Batallón de Guías del Rey (mandado accidentalmente por el Teniente Coronel Sacanell) que desde Villabona,

donde estaba acantonado, pasase á reforzar á los guipuzcoanos de Urnieta.

Horas llevaba el combate continuando indeciso el resultado; multitud de cadáveres yacían por las heredades y las calles de Urnieta; el ardor de los combatientes no disminuía; el General Loma ordenó un nuevo y vigoroso ataque por el centro (algo más adelantado que sus alas), por Urnieta, y, adelantándose hasta llegar á las primeras filas de sus tropas, las arengó entusiasta, animándolas con su ejemplo á seguir adelante, sin vacilar; pero cayó herido poco después. Entonces se hizo cargo el General Blanco del mando de las tropas republicanas, procurando evitar el desorden que en ellas había empezado á iniciarse. Dos Batallones, uno del Regimiento de Murcia y el de Cazadores de Puerto Rico, se lanzaron de nuevo á la bayoneta para disputar el alto de la carretera á los guipuzcoanos; pero éstos salen á su encuentro, también á la bayoneta, y llegando á poco el General carlista Díez de Mogrovejo á la cabeza del Batallón de Guías del Rey, pronunciáronse al fin en retirada los liberales; éstos y los carlistas se mezclaron en las calles de Urnieta, luchando cuerpo á cuerpo, y fieramente al arma blanca; desde las casas hicieron mortíferos disparos los republicanos sobre los carlistas; pero éstos, aunque cayó su General Díez de Mogrovejo con el pecho atravesado de un balazo, no se amilanaron, sino que siguieron peleando aún con mayores bríos, y se lanzaron al asalto de las casas: puertas y ventanas son hechas pedazos, unas por los carlistas que asaltan y otras por los republicanos que huyen después de una brava pero inútill resistencia. En algunas casas son pasados á cuchillo todos los republicanos encontrados dentro de ellas; pocos prisioneros hubo en aquella encarnizada refriega; las tropas del General Blanco desalojaron por completo el pueblo de Urnieta

y perseguidas por los carlistas, acabaron por desordenarse al ir á refugiarse en Hernani.

Las alas de la División republicana, al darse cuenta de la retirada de los de su centro, fueron replegándose en la misma dirección, reduciéndose con ello la línea de fuego, pero aumentando, en cambio, su intensidad como último esfuerzo de la jornada. La proximidad de Hernani libró á la División liberal de quedar completamente en cuadro; refugióse en aquella villa, que abrió sus puertas para recibir al anochecer como fugitivos á los que al medio día vió salir con grandes esperanzas de resultar vencedores, siendo digno de especial recuerdo la circunstancia de que los carlistas resultaron victoriosos á pesar de no disponer de Artillería y de batirse en cambio bajo el fuego de la del castillo de Santa Bárbara y del de los diez cañones que figuraban en la División del General Loma. En la mañana del día 10, con tiempo lluvioso, las tropas republicanas se volvieron desde Hernani á San Sebastián, siendo molestadas en el trayecto por las partidas volantes de los carlistas, para quienes quedó definitivamente asegurada la posesión de Tolosa; el asedio de Hernani y de San Sebastián se estrechó nuevamente, y aquellas jornadas de Urnieta, que tanta gloria dieron á las armas carlistas, reanimaron grandemente el entusiasmo del paisanaje de toda aquella provincia y de su brillante División.

Según el ilustre Cuerpo de Estado Mayor del Ejército en su *Narración Militar de la guerra carlista*, las pérdidas sufridas por los republicanos en los combates de Urnieta consistieron en un jefe, un oficial y treinta y nueve individuos de tropa muertos; un general, tres jefes, once oficiales y doscientos ochenta y un individuos de tropa heridos; un jefe, nueve oficiales y noventa y cuatro individuos de tropa contusos, y unos cuarenta prisioneros, entre ellos tres ofi-

ciales; además se apoderaron los carlistas de más de trescientos fusiles de los republicanos.

Según el parte oficial del Comandante General carlista de Guipuzcoa, sus bajas fueron tres oficiales y treinta y un voluntarios muertos; un general, diez y seis oficiales y ciento cuarenta voluntarios heridos.

He aquí cómo describe *La Ilustración Española y Americana* en su número de 30 de Diciembre de 1874 uno de los episodios más notables del combate de Urnieta: «No pudo contener su impaciencia el General Loma, y mientras el grueso de sus fuerzas flanqueaban el pueblo de Urnieta, mandó que dos compañías del Regimiento de Huesca se apoderasen de los caseríos que dominaban el camino, y de los cuales salía un fuego infernal. Así sucedió, pero atacadas luego por los Guías de Don Carlos, se vieron precisadas á abandonarlos y retirarse en desorden, después de un terrible combate á la bayoneta, y comunicaron cierto pánico á otras cuatro compañías que iban á apoyarles.

»Esto duró bien poco, pero costó muy caro: el General Loma recibió en el costado izquierdo una bala, que le salió por la cintura, entre los dos botones de la levita, y sólo consintió en retirarse cuando hubo pasado el desorden, marchando por su pie, y apoyado en su hijo y en su Ayudante de Campo Sr. Villalonga, también herido en el brazo derecho; el Sr. Cobo, capitán graduado de Comandante del Regimiento de Húsares de Pavía, Ayudante de Campo del General Blanco, recibió en la cabeza un balazo que lo mató como un rayo; el Sr. Portilla, Teniente de Caballería, Ayudante de campo del Brigadier Calleja, fué herido gravemente en el costado izquierdo, y cayó debajo de su caballo; el Brigadier Calleja, el Coronel de Ingenieros Ibarreta, el Capitán de Estado Mayor, Sr. de la Torre, y todos los demás jefes y oficiales del Cuartel General, á excepción de sólo

dos entre todos ellos, salieron, más afortunados, con los uniformes acribillados á balazos.

»En un espacio de algunos metros cuadrados, y en menos de cinco minutos, más de sesenta soldados liberales habían caído también, muertos ó heridos.

»El Coronel de Ingenieros Sr. de Ibarreta me decía después, con grande pena, que sólo en la batalla de los Castillejos (guerra de Africa de 1859 á 1860) había presenciado un cuadro semejante.»



CAPÍTULO XXI

CONSIDERACIONES MILITARES

No han faltado *héroes..... de café*, con vocación y arrestos de *mártires de la libertad* (sobre todo mientras no oían silbar las balas carlistas) que faltos por completo hasta de la más ligera noción del arte de la guerra ó inspirados en su odio sectario, han censurado con toda la petulancia propia de sus cabezas hueras y el cinismo característico de la mala fé, lo de que los carlistas utilizasen trincheras, achacándolo á cobardía, ignorando probablemente que el mismo Capitán General Duque de la Torre, Presidente del Poder Ejecutivo de la República Española, General en Jefe del Ejército liberal del Norte (y uno de los más bravos militares del siglo pasado), pocas horas después de concluída la célebre batalla de San Pedro Abanto, decía al Teniente General Marqués de Sierra-Bullones, Ministro de la Guerra, al participarle su derrota y pedirle refuerzos, lo siguiente:

Los carlistas se conducían valerosamente; pues si bien es cierto que se batieron á cubierto, en cambio nuestra arti-

llería podía causarles grandes destrozos, sin que por su parte tuviesen elementos que contrarrestasen los efectos poderosos de tan terrible arma.

Como se vé, hasta el mismo General en Jefe liberal justificaba y hasta aplaudía (desde el punto de vista militar) el proceder de las tropas carlistas al abrir y utilizar trincheras; proceder que no puede por menos de considerar lógico y natural todo el que se haga cargo de que en dicha batalla (como en casi todos los combates) era grandísima la desproporción entre las fuerzas y el material de guerra con que contaba el Ejército carlista, y las fuerzas y el material de guerra de que fácilmente podía disponer el Ejército liberal.

En efecto: y sin fijarnos más que en las batallas de San Pedro Abanto y de Monte-Muru ó Abárzuza (por ejemplo), recordaremos que en la primera de ellas atacaron los liberales á los carlistas lanzando contra ellos cuarenta y ocho batallones, despues de cañonearles durante dos días con la poderosa artillería de la Escuadra, desde el mar, y desde tierra con cincuenta cañones. Para contrarrestar el empuje de aquellas numerosas tropas y el fuego de sus muchas y potentes piezas de artillería, solamente disponían los carlistas de diez y nueve batallones y seis cañones de Montaña.

En la batalla de Monte-Muru (ó Abárzuza) solamente contaban los carlistas con aquellas mismas seis piezas de artillería que ya habían tenido en la linea de Somorrostro, y con veintiseis batallones esparcidos en una línea harto difícil de sostener, dada su mucha extensión; y, en cambio, los liberales *inútilmente* trataron de vencerles, resultando estériles sus esfuerzos á pesar de sus sesenta y cinco batallones y sesenta cañones de campaña.

Al considerar la enorme desproporción entre los elementos de combate que ponían en juego carlistas y libera-

les, parece increíble que las tropas de Carlos VII hicieran frente y derrotasen repetidas veces á otras tropas tan aguerridas como ellas y que, al propio tiempo, tanto les aventajaban en número, recursos y fuerza material.

Sería esto completamente increíble si á la vez no tuviéramos presente la fé y el entusiasmo con que los militares carlistas salieron á campaña.

En el plan de operaciones contra Estella, fechado en Lodosa el día 21 de Junio de 1874, y trasmitido á los generales que tenía á sus órdenes por el Capitán General Marques del Duero, decía éste así: «La numerosa artillería que se puede desplegar ha de ocasionar á los carlistas tantas pérdidas, que les obligará á abandonar al fin sus posiciones».

Más tarde, el 26 de aquel mismo mes, en una orden que el ya citado General en Jefe liberal dirigió al General Rossell, Jefe del primer Cuerpo de su Ejército de operaciones en Navarra, le decía: «Decidirá la jornada la toma de Muru, que se halla bien defendido sobre la cordillera, con unos bosques á cierta distancia de la subida; pero obrará contra él la mayor parte de nuestra artillería, y sus defensores no tendrán más remedio que retirarse».

Mal conocía el Marqués del Duero, á pesar de sus relevantes dotes militares, el temple de los carlistas; y es, sin duda, que, rodeado siempre de liberales, no se llegó á dar bien cuenta de que (como suele decirse) *la fé traslada montañas*. Efectivamente, todo el día 27 se lo pasaron *cuarenta* piezas de artillería cañoneando exclusivamente las trincheras carlistas de San Pedro de Muru; pero aunque sus granadas, destrozando las trincheras, sembráronlas de cadáveres, el Batallón tercero de Navarra (que era el que guarnecía aquella posición) no abandonó su puesto un sólo instante: tranquilos, serenos, abnegados, sufrieron los carlistas el horroroso fuego de la artillería enemiga, hasta que



Trinchera carlista

(Cuadro de D. José Cusachs, Capitán de Artillería del Ejército alfonsino)

á las siete de la tarde se lanzaron al asalto las tropas liberales, y sobre ellas cayeron entonces á la bayoneta, haciéndolas desistir de su empeño, y matando, precisamente, al mismo General en Jefe Marqués del Duero, que se había forjado la ilusión de vencerles con el esfuerzo de sus numerosos y potentes cañones.

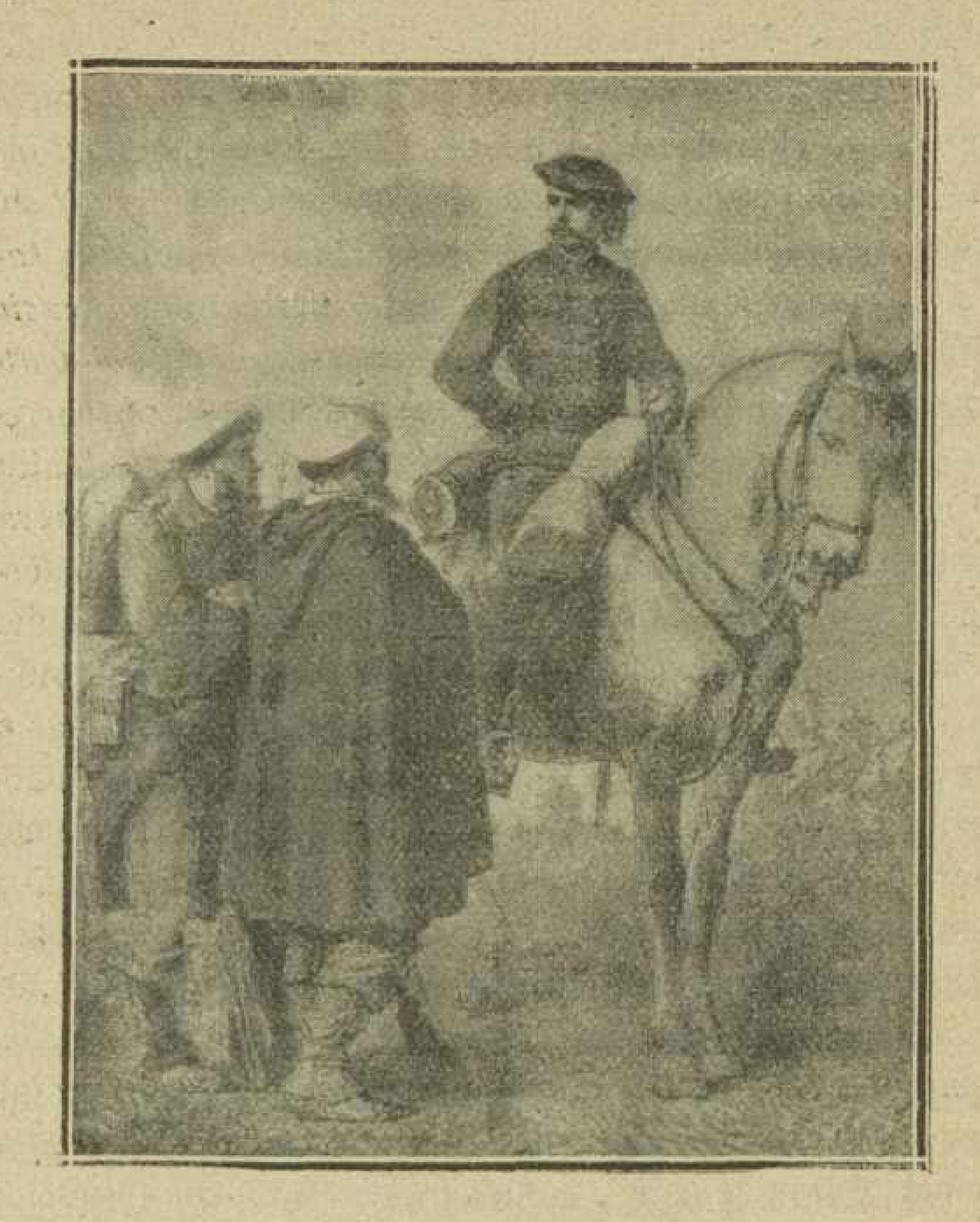
Al evocar los gloriosos recuerdos de las proezas militares realizadas por los cruzados modernos, los soldados de la intransigencia católica; al comtemplar su entusiasta fe, con la cual solamente son comparables la fe, y el entusiasmo de los zuavos pontificios del heróico Marqués de Pimodan, *los mártires de Castellfidardo*, no puede menos de abrigarse la esperanza de que llegará un día en que por en medio de las tinieblas que envuelven los horizontes de la Patria brotará la luz que ilumine el término feliz de sus desdichas; tal vez no este muy lejano ese día, y quiera Dios que lo alcancemos sin que antes hayamos de pasar por terribles horas de luto y de campaña, pues el espíritu católico y monárquico alienta hoy en nuestra patria como cuando con el primer manifiesto de la famosa *Regencia de Urgel* (suscrito por el Arzobispo de Tarragona, por el General Barón de Eroles y por el Marqués de Mataflorida) se puso decididamente en pugna con el espíritu liberal que produjo la sublevación del Comandante D. Rafael del Riego, secundada por el Ejército destinado á conservar nuestro poderío en América, iniciada el día primero de Enero del año 1820 en Cabezas de San Juan.

Y no se diga (como gratuítamente lo afirman algunos) que ya solamente se inspiran en ideales católicos y monárquicos los ancianos que se educaron á la antigua usanza, los corazones de acero en los que nunca hicieron mella las seducciones de la Revolución: esos rectos y valerosos hombres que con su sangre vertida en los campos de batalla

se han hecho dignos de la consideración de leales amigos y de nobles adversarios, podrán no alcanzar el triunfo de sus ideales, pero se despiden contentos de la vida al contemplar detrás de ellos una nueva generación entusiasta, batalladora, que cuenta hasta con virtuosas y bellas heroínas como *Mercedes Húmera*, y sus no menos valerosas y por todos conceptos dignas compañeras que, impávidas y resueltas ante el peligro, escoltaron su bandera en frente de las masas radicales de Medina del Campo, hace aun pocos años: una nueva generación, en fin, para la cual el gabinete de estudio es como la antesala de la lucha y del sacrificio por el Catolicismo y por España.

Entre una de nuestras anteriores obras, la titulada *Victorias carlistas de antaño,* y la presente, hemos publicado en menos de un año más de sesenta victorias carlistas; tenemos escritas *doscientas*; pero las dimensiones que (por causas varias que no son de este lugar) hemos forzosamente de dar á este libro, nos impiden incluirlas aquí todas; entre tanto que llegue el día en que Dios nos permita continuar tarea tan grata para nosotros, al concluir de recordar los principales triunfos obtenidos por los *Cruzados modernos sobre las tropas de la República española*, evocaremos, siquiera no sea más que como vago eco de gloria militar, los nombres de las victorias de *Amurrio* (ganada por el Coronel la Torre), de *Vergara* (obtenida por el General Gibelalde), de la *Cruz de la Saboya* (alcanzada por el General Cabrera), de *Castejoncillo* (ganada por el General Cabrera), de *Ariño* (obtenida por el General Cabrera), de *Guernica* (alcanzada por el General Sarasa), de *Treviño* (ganada por el General Zumalacárregui), de *Descarga* (obtenida por el General Eraso), de *Torregalindo* (alcanzada por el General Merino), de *Arrigorriaga* (obtenida por el General Maroto), de *Guevara* (ganada por el General Con-

de de Casa-Eguía), de *Orgañá* (alcanzada por el General Guergué), de *Prat de Compte* (ganada por el general Cabrera), de la *Yesa* (obtenida por el General Cabrera), de *Alcanar* (alcanzada por el General Cabrera), de *Guetaria* (ganada por el General Conde de Casa-Eguía), de *Orrantia* (obtenida por el General Conde de Casa-Eguía), de *Fuenterrabía* (alcanzada por el General Guibelalde), del *Valle de Mena* (ganada por el General Villarreal), de *Plencia* (obtenida por el General Conde de Casa-Eguía), del *Puente de Alcance* (alcanzada por el General Cabrera), de *Torrecilla* (ganada por el General Cabrera), de *Bañón* (obtenida por el General Quilez), de *Caspe* (alcanzada por el General Llangostera), de *Alcublas* (ganada por el General Llangostera de *Rivero-Villasante* (obtenida por el General Gómez Damas), de *Puente de Soto* (alcanzada por el General Marqués de Bóveda de Limia), de *Castrejana* (ganada por el General Villarreal), de *Tarna* (obtenida por el General Gómez Damas), de *Palencia* (alcanzada por el General Gómez Damas), de *Vertadillo* (ganada por el General Gómez Damas), de *Bujalaró* (obtenida por el General Gómez Damas), de *Baena* (alcanzada por el General Gómez Damas), de *León* (ganada por el General Gómez Damas), de *Maranchón* (obtenida por el General García), de *Cembrana* (alcanzada por el General Zaratiegui), del *Puente de Aranda* (ganada por el general Zaratiegui), de *Panadella* (obtenida por el General Tristany), de *Biosca* (alcanzada por el General Tristany), de *Ventas de Peña Aguilera* (ganada por el General Jara), de *Siete Aguas* (obtenida por el General Cabrera), de *Pla del Pou* (alcanzada por el General Cabrera), de *Peñacerrada* (ganada por el General Uranga), de *Peralta* (obtenida por el General Uranga), de *El Perdón* (alcanzada por el general Uranga), de *Ridaura* (ganada por el General Marqués de la Solana), de la *Ermita*



Militares carlistas del Norte

Dibujo del célebre pintor D. R. Balaca

(De «La Ilustración Española y Americana, 22 Febrero 1874)»

de Plasencia (obtenida por el General Jara), de *Rialp* (alcanzada por el General Marqués de la Solana), de *Estanys de Llavarolas* (ganada por el Coronel Castells), de *Sotoca* (obtenida por el General García), de *Malagón* (alcanzada por el General García), de *Berdejo* (ganada por el General Conde de Negri), de *Ramales* (obtenida por el General Guergué), de *Morella* (alcanzada por el General Cabrera), de *La Población* (ganada por el General Maroto), de *Ontoria del Pilar* (obtenida por el Brigadier Balmaseda), de *Tuy* (alcanzada por el General Guibelalde), de *Cardona* (ganada por el General Conde de España), de *Rialp* (obtenida por el General Conde de España), de *Ripoll* (alcanzada por el General Conde de España), de *San Pedro de Padullers* (ganada por el Brigadier Brujó), de *Carboneras* (obtenida por el General Cabrera), de *Cirauqui* (alcanzada por el General Elío), de *Mañeru* (ganada por el General Elío), de *Chulilla* (obtenida por el General Arévalo), de *Ager* (alcanzada por el Brigadier Castells), de *Bagá* (ganada por el Brigadier Castells), de *Hostal de Coll David* (obtenida por el General Conde de Morella), de *Fornells* (alcanzada por el Brigadier Marsal), de *Pasteral* (ganada por el General Conde de Morella), de *Camiols* (obtenida por el General Borges), de *Arizala* (alcanzada por el General Carasa), de *Oñate* (ganada por el General Ulibarri), de *Anglés* (obtenida por el General Savalls), de *Horta* (alcanzada por el General Savalls), de *Breda* (ganada por el General Savalls), de *Balaguer* (obtenida por el General Castells), de *Cuevas de Vinromá* (alcanzada por el Brigadier Cucala), de *Albiol* (ganada por el Coronel Sercós), de *Lamindano* (obtenida por el General Martínez de Velasco), de *Bañolas* (alcanzada por el Brigadier Auguet), de *Sanahuja* (ganada por el General Tristany), de *Prats de Llusanès* (obtenida por el General Savalls), de *Portugalete* (alcanzada por el General

Dorregaray), de *Ontón* (ganada por el General Andéchaga), de *Vich* (obtenida por el General Tristany), de *Riudellots de la Creu* (alcanzada por el General Savalls), de *Cardona* (ganada por el General Tristany), de *Vinaroz* (obtenida por el Brigadier Vallés), de *Biurrun* (alcanzada por el General Pérula), de *Monte San Juan* (ganada por el General Dorregaray), de *Albacete* (obtenida por el Brigadier Santés), de *Amposta* (alcanzada por el Brigadier Cucala), de *Santa Marina* (obtenida por el Brigadier Ormaeche), de *Bellmunt* (ganada por el Coronel Moore), de *Ventolá* (obtenida por el General Savalls), de *Agramunt* (alcanzada por el General Castells), de *Prades* (obtenida por el General Tristany), de *Lacar* (ganada por Carlos VII), de *Arbolancha* (obtenida por el General Berriz), de *La Cenia* (alcanzada por el General Alvarez), de *Tragó* (obtenida por el General Castells), de la *Costa Cantábrica* (ganada por el Brigadier Brea), de *Lucena* (obtenida por el General Dorregaray), de *Medianas-Carrasquedo* (alcanzada por el General Carasa), de *Chorritoquieta* (ganada por el Brigadier Rodríguez-Román), de *Lumbier* (obtenida por el General Pérula), de *Mendizorrotz* (obtenida por el Brigadier Rodríguez Vera), de *Espinalvet* (ganada por el General Castells), de *Molins de Rey* (obtenida por el General Savalls), de *Ridaura* (alcanzada por el General Savalls), de *Indamendi* (obtenida por el Brigadier Egaña), de *Axpe* (ganada por el General Berriz), de *Ramales* (alcanzada por el General Berriz), de la *Selva* (obtenida por el Coronel Sercós), de *Valls* (alcanzada por el Brigadier Vallés), de *Restia* (ganada por Su Alteza Real el Conde de Caserta), de *Navinés* (obtenida por el General Castells), de *Villaverde de Trucios* (alcanzada por el General Carasa), de *Artazu* (ganada por Su Alteza Real el Conde de Caserta), de *Puente Mendaro* (obtenida por el General Cavero) y de *Irurita*, alcanzada por Su Alteza Real don

Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta, el heroico Príncipe de Nápoles que en el sitio de Gaeta conquistó (hace ya más de medio siglo) la gloriosa Cruz laureada de la Real y Militar Orden de San Fernando; que como brillante jefe del ilustre Cuerpo de Artillería se había distinguido también en el desempeño de varias importantes comisiones científico-militares; que se había cubierto de gloria como Coronel de Artillería del Ejército Pontificio en la célebre batalla de Mentana; y que, en fin, obtuvo por méritos de guerra los ascensos á Brigadier y á Mariscal de Campo en el Ejército carlista del Norte, á cuya cabeza cúpole en suerte salvar el honor de sus armas, cuando, pacificados ya por completo los distritos militares de Aragón, de Valencia, de Cataluña y de Castilla, con sólo unos *treinta y dos mil hombres, mil doscientos caballos y ochenta y un cañones*, tuvo que hacer frente (en lucha casi incomprensible) á los ejércitos que el Gobierno de Alfonso XII reunió para operar sobre el territorio vasco-navarro, cuyos ejércitos alfonsinos (según la *Narración militar de la guerra carlista* escrita por el Cuerpo de Estado-Mayor del Ejército) sumaban un total de *doscientos mil hombres*, con cerca de *seis mil caballos* y *ciento setenta y cuatro cañones*, aún sin incluir en esta cifra las innumerables piezas de Artillería esparcidas por las plazas fuertes, así como por las poblaciones y posiciones fortificadas del dominio de los liberales en el teatro de operaciones del Norte.

Imposible, ya, en aquellas tan críticas circunstancias, la victoria para el Ejército del digno mando de Su Alteza Real el Conde de Caserta, tanto dicho Augusto Señor como sus aguerridas tropas no se dieron por vencidos sin antes sostener en tres meses numerosos y sangrientos combates, algunos de los cuales resultáronles victoriosos, obteniendo con su abnegación, levantado espíritu militar, sublime he-

roísmo y acrisolada lealtad, la entusiasta gratitud de los católico-monárquicos españoles, así como la consideración y simpatía de la crítica imparcial de todo el mundo, en general, y en particular de cuantos (prescindiendo de diferencias políticas) no vemos más que militares españoles (y como tales muy respetados y muy queridos para nosotros) en todos cuantos han ceñido dignamente espada de combate, lo mismo en los que rematan su uniforme con el ros que en los que lo han vestido con boina, batiéndose unos y otros bajo los pliegues de la adorada bandera roja y gualda, genuina representación de nuestras glorias nacionales.

FIN

ÍNDICE

TEXTO

GRABADOS

Páginas

NOTA. El grabado que aparece en la página 260 debía haber aparecido en la página 287, y el de ésta en aquélla.



FE DE ERRATAS

Páginas	Lineas	Dice	Léase
18	última	el	al
33	10	Nicolás Melchor	Melchor
37	7.ª	Avellana	Acellana
48	13	Senoríain	Senosíain
58	18	Laserra	Saserra
114	10	habian	había
120	13 y 17	Bagarra	Bogarra
129	6.ª	Ladosa	Lodosa
133	21	Argouz	Argonz
135	1.ª	Cortrejana	Castrejana
137	20	Argouz	Argonz
139	15	Argouz	Argonz
141	7.ª	encerrado	encerrados
186	29	Brigada	Rigada
198	17	Solocaeche	Solocoeche
203	31	dos	tres
218	3.ª	Zenarraza	Zenarruza
219	31	Ladosa	Lodosa
220	13	Esguinza	Esquinza
230	6.ª	un	á un
239	23	Valcoveno	Valcovero
249	última	Zaratugui	Zariategui
255	5.ª	Cazadores	Lanceros
257	9.ª	Bezalú	Besalú
274	última	dejáronse uer	consistieron en
290	25	cargaron	cargó
291	30	*modernos*	*leales*

